Gobierno de Reconciliación
y Unidad Nacional
El Pueblo, Presidente!

UNIDA, NICARAGUA TRIUNFA!

INSTITUTO NICARAGÜENSE DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL RUBÉN DARÍO

SALA DARIANA 3

Julio, 2021

Managua, Nicaragua

Sala Dariana 3

Instituto Nicaragüense de Cultura
Palacio Nacional de la Cultura

Telefax: (505) 2222 2362
Correo electrónico: cultura_inc2013@yahoo.com
Página Web: http://www.inc.gob.ni/

Arquitecto Luis Morales Alonso
Co-Director General
Instituto Nicaragüense de Cultura

Licenciada Nora Zavala
Directora, Biblioteca Nacional Rubén Darío

Director:
Master Pablo Kraudy

Editor:
Jorge Eduardo Arellano

Colaboradores especiales:
Faustino Sáenz, Ovidio Reyes Ramírez, Iván Uriarte,
Helena Ramos, Nydia Palacios,
Erika Paola Solís Miranda, Róger Norori Gutiérrez,
Ricardo Lobato, Flora Ovares y Margarita Rojas G.,
Arturo del Hoyo, Flory Luz Martínez Rivas,
Héctor Vargas

Ilustración de la portada:
Fotografía de Darío tomada de *Revista Moderna de México* (núm. 3, mayo de 1907), dedicada al diplomático mexicano Alfonso Cravioto en París, 1906

Diagramación:
Fernando Solís Borge

Contenido

Luis Morales Alonso/ Presentación 5

I. Ensayos e investigaciones

Pablo Kraudy Medina/ Rubén Darío y el Congreso Social y Económico Hispano-Americano (Madrid, 1900) 9

Jorge Eduardo Arellano/ Rubén Darío: lírico perdurable de nuestra lengua (sobre *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas* [1905]) 61

Faustino Sáenz/ En los 120 años de *España contemporánea* y de *Peregrinaciones* 108

II. *Cuentos* y *Rosas y lirios* de Rubén Darío

Ovidio Reyes Ramírez/ Presentación de *Cuentos* 117

Iván Uriarte/ La edición del BCN: *Cuentos* de RD 118

Helena Ramos/ Alteraciones textuales en los *Cuentos completos* (1950) de Darío 122

Ovidio Reyes Ramírez/ Presentación de *Rosas y lirios* 135

Nydia Palacios/ Dos poemas de *Rosas y lirios* 137

Erika Paola Solís Miranda/ «La Fe»: *eso que a nuestra alma inflama* 141

Róger Norori Gutiérrez/ Búsquedas y hallazgos del Darío desconocido 146

Helena Ramos/ Un tributo a Darío con rigor filológico 149

Jorge Eduardo Arellano/ Valoración de *Rosas y lirios* 155

III. Documenta rubendariana

Ricardo Lobato/ Dos reseñas escogidas 161

JEA/ Darío y su amistad con los Jesuitas 166

Jorge Eduardo Arellano/ Lecturas formativas de Darío en la Biblioteca Nacional de Nicaragua 179

Carta inédita de Rubén Darío (agosto 25, 1892): *Don Fulgencio* [Mayorga] *cree que está en León* 186

JEA/ Una dedicatoria de Darío A Luis F. Corea 193

IV. Textos rescatados

Rubén Darío/ Diario del retorno de chile a Centroamérica (9-14 de febrero, 1889) 199

Flora Ovares y Margarita Rojas G./ Textos olvidados de Rubén Darío en Costa Rica (1891-1892) 207

Justo Sierra/ Prólogo a la primera edición de *Peregrinaciones* (1901) 252

Arturo del Hoyo/ «Confesión» (1907): poema inédito de Rubén Darío 268

V. Noticias rubendarianas

Faustino Sáenz/ *Azul...* traducido al coreano 281

Flory Luz Martínez Rivas/ El sexto *Repertorio Dariano* de la ANL 282

JEA/ Rubén Darío en japonés 287

Héctor Vargas/ Dos obras de JEA sobre Darío en 2020 290

Presentación

Luis Morales Alonso
Codirector general
Instituto Nicaragüense de Cultura

DE CINCO secciones consta esta tercera entrega de *SALA DARIANA*, órgano del Instituto Nicaragüense de Cultura especializado en «el mayor poeta de la lengua española desde el siglo XVII», como afirma el mexicano Enrique Krause.

Conscientes de la vigencia de Rubén Darío como objeto de permanente estudio, investigación y difusión en el mundo hispánico y fuera de él, sus editores —el máster Pablo Kraudy Medina y el doctor Jorge Eduardo Arellano— dedican en la primera sección sendos trabajos, complementados con notas conmemorativas del 120 aniversario de las primeras ediciones de *España contemporánea* y *Peregrinaciones*, ambas aparecidas en 1901. Por cierto, la Biblioteca Nacional Rubén Darío divulgó reproducciones digitales de ambos libros de viajes, presentados en su Sala de Lectura Ana Ilce Gómez durante los primeros meses de 2021.

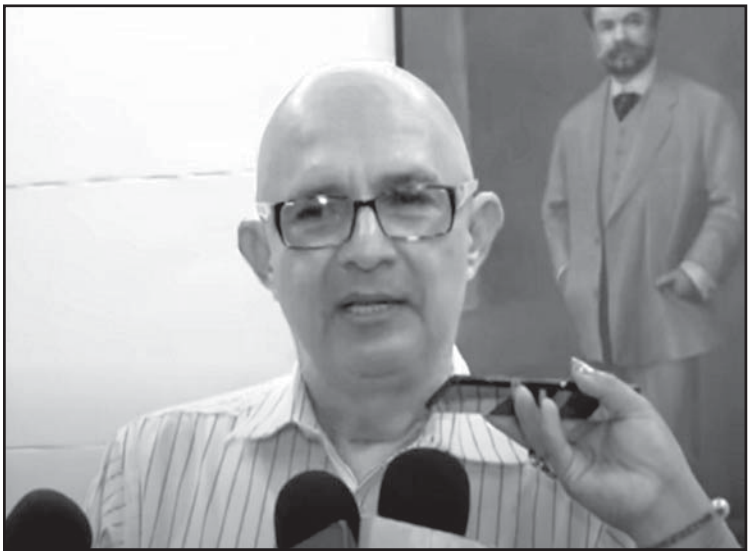
En la segunda sección se ofrecen nueve textos leídos en las presentaciones de las obras darianas, *Cuentos* y *Rosas y lirios* / Selección complementaria de sus *Poesías completas*, editadas por el Banco Central de Nicaragua. Ovidio Reyes Ramírez, Iván Uriarte, Helena Ramos, Nydia Palacios, Erika Paola Solís Miranda, Róger Norori Gutiérrez y Jorge Eduardo Arellano son sus autores.

En la tercera sección se documentan —con reseñas, artículos, cartas y una dedicatoria inédita— aspectos poco conocidos de Darío; y en la cuarta se rescatan textos olvida-

dos de las creaciones del mismo gran poeta.

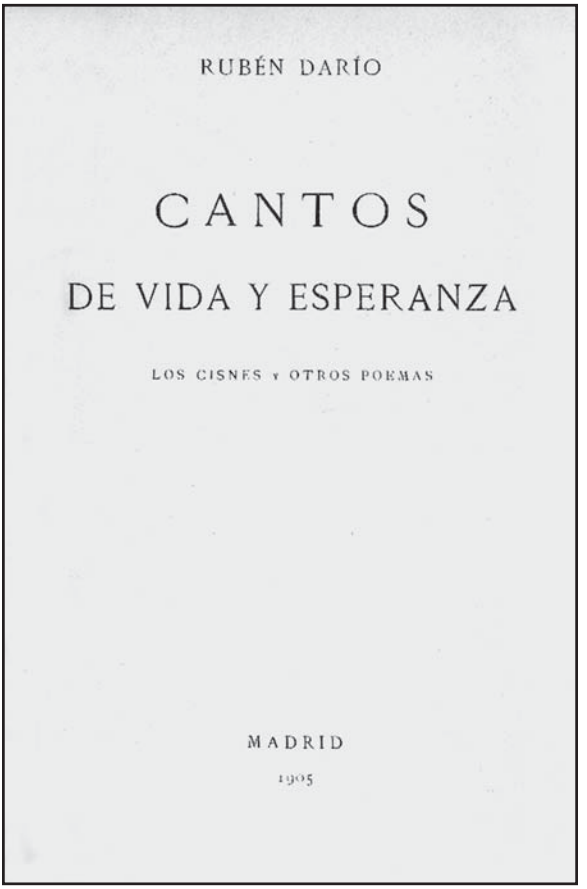
Finalmente, en la quinta sección se dan noticias recientes las traducciones de *Azul…* al coreano (obra presentada en el Instituto Nicaragüense de Cultura) y de los *Cuentos completos* al japonés. Igualmente, se comentan monografías —también recientes— acerca del Bolívar literario de nuestra América.

Una vez más, en fin, seguimos contribuyendo a proyectar el inmenso legado del nicaragüense universal.



Arquitecto Luis Morales Alonso
Co-director general del INC

I.
Ensayos
e investigaciones


RUBÉN DARÍO

CANTOS

DE VIDA Y ESPERANZA

LOS CISNES Y OTROS POEMAS

MADRID

1905

Rubén Darío y el Congreso Social y Económico Hispano-americano
(Madrid, 1900)

Pablo Kraudy Medina

I

ESTE ENSAYO aborda la valoración que Rubén Darío tuvo acerca del estado y porvenir de las relaciones entre España e Hispanoamérica; particular atención se presta al tratamiento que le dio a este tópico en «Congreso social y económico ibero-americano», crónica con data 21 de febrero de 1900, cuando el abatimiento, tras un año de sumergirse en la ambiencia predominante en España,[1] le hace sentir necesario *cambiar de aires* (DARÍO, 1900).

A través de esta crónica, publicada en *La Nación* el 25 de marzo del mismo año, Rubén informa a los lectores del diario bonaerense acerca de la propuesta hecha por la Sociedad Unión Ibero-Americana al Gobierno para celebrar en el mes de noviembre un congreso con el propósito de estrechar las relaciones entre este país y América Latina. Tres semanas después el Ministro de Estado, Francisco Silvela, en la exposición de motivos con que remite a la Reina Regente María Cristina el Real Decreto por el que se instauraría la Comisión

1 Desde mediados de 1899, según manifiesta en carta a Luis Berisso, venía experimentando cierto abatimiento, que lo hace desear mudarse a Italia o a Inglaterra (DARÍO, 2000: 189). Este sentimiento ha acrecentado para inicios de 1900, al punto que, en carta a Miguel de Unamuno del 7 de febrero, afirma: «francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achatamiento. ¡Necesito cambiar de aires!».

organizadora del evento, manifestaba la importancia que le atribuía el Gobierno a la realización del proyecto: *Gran parte del porvenir social y económico de nuestra Nación* —aducía— *descansa en la necesidad de acrecentar estas simpatías de raza que España tiene en América*, sobre todo, dada la urgencia de recuperar *aquellos naturales mercados* (CONGRESO, 1902: 1-2). Rubén consideró el proyecto un importante paso en la dirección del restablecimiento de las relaciones entre ambas regiones. Era, sin duda, una noticia que abría expectativas, en el deprimido ambiente que se experimentaba. Posteriormente, incorporó el escrito mencionado en su primer libro de crónicas, *España contemporánea* (1901).

A la iniciativa de celebración de dicho Congreso era inherente la necesidad de debatir y replantear la índole de relaciones entre España e Hispanoamérica. Se trataba, naturalmente, de un tema de interés para el poeta, de cuya importancia ya se había percatado en 1892. No obstante, hubo de suspender la atención al curso que tuvo la iniciativa, al recibir una nueva corresponsalía por parte de *La Nación*, teniendo que trasladarse *en seguida a la capital francesa* para cubrir la Exposición Universal de París (DARÍO, 1915: 229), que estaría realizándose del 15 de abril al 12 de noviembre. Su traslado debió efectuarse entre el 7 de abril, fecha que data su última crónica desde España, y el 20 del mismo mes, en que data la primera desde París: *En el momento en que escribo, la vasta feria está ya abierta* (DARÍO, 1901: 21). Durante septiembre y octubre Rubén viaja por Italia, y luego otra vez Francia; así, pues, el resto del año estuvo fuera de España y, por ende, tampoco pudo estar al llevarse a cabo dicho Congreso. Empero la crónica mencionada y su incorporación a *España contemporánea*, destaca la relevancia que otorgaba a la cuestión.

Este ensayo se ocupa, en primer lugar, del contexto de producción de la crónica aludida y el cambio de actitud respecto de España operado en Rubén en esa coyuntura; luego, de la configuración del hispanoamericanismo en América y

en España y la posición adoptada por el poeta en este sentido, para considerar después la salida que avizora Darío al problema español y, seguidamente, algunos aspectos del problema de las relaciones entre España e Hispanoamérica abordados, principalmente, en la crónica en cuestión, y, finalmente, lo que en efecto fue el Congreso, su significado y la delegación que asistió por parte de Nicaragua. En el transcurso del texto, junto a indicaciones contextuales y explicativas y del recurso a opiniones representativas, se ilustrará con suficiencia la postura del poeta, expuesta con sus propias palabras.

1. El cambio de actitud de Rubén Darío respecto de España

Al enterarse *de que* La Nación *deseaba enviar un redactor a España, para que escribiese sobre la situación en que había quedado la madre patria* luego de *la terrible guerra de España con los Estados Unidos* acaecida en 1898, Rubén Darío tuvo la determinación de ser él quien fuese comisionado por el diario bonaerense para ese cometido. Con un enfático *¡Yo!* lo refiere en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, y prosigue:

> *Fuimos juntos* [el poeta en compañía de Julio Piquet, secretario de redacción de *La Nación*] *a hablar con el señor de Vedia y con el director. Se arregló todo enseguida.* ¿Cuándo quiere usted partir? *me dijo el administrador.* ¿Cuándo sale el primer vapor? Pasado mañana. Pues me embarcaré pasado mañana (DARÍO, 1915: 215).

Este sería su segundo viaje a España. En ocasión del primero, en 1892, llegó como secretario de la delegación nicaragüense a las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América. En este segundo viaje, como corresponsal debía remitir cada mes a *La Nación* cuatro colaboraciones exclusivas. Zarpó el 8 de diciembre de 1898 del puerto de La Plata, dos días antes de la firma del *Tratado de Paz entre los Estados Unidos de América y el Reino de España*, el cual puso fin

a la guerra suscitada entre ambas naciones a raíz del hundimiento de un acorazado estadounidense, el *Maine*, el 15 de febrero de 1898. De este modo España pierde las últimas colonias en América mientras se abría paso la pretensión *yankee* de expansión en el Caribe.

La política imperial se había debatido entre la revolución de independencia y la derrota ante Estados Unidos, que había declarado la guerra a España el 24 de abril. Luego de algunos meses de combates, el gobierno español pidió en julio negociar la paz. Las negociaciones empezaron el 1 de octubre, desembocando el 10 de diciembre con la firma del Tratado de París. Eugenio Montero Ríos, jefe de la delegación española en las negociaciones, transmitió la respuesta oficial de España:

> *El Gobierno de Su Majestad, movido por razones nobles de patriotismo y de humanidad, no asumirá la responsabilidad de volver a traer a España todos los horrores de la guerra. Para evitarlos, se resigna a la penosa tarea de someterse a la ley del vencedor, por dura que sea, y como España carece de los medios materiales para defender los derechos que cree que son suyos, se aceptan los únicos términos que los Estados Unidos le ofrecen para la conclusión del tratado de paz*.

Por este medio, España renunciaba a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba y entregaba Puerto Rico, Guam y las Filipinas a Estados Unidos. Rubén había seguido dichas negociaciones, efectuadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores de París. En «El crepúsculo de España» (1898), artículo escrito y publicado seguramente en el mes de noviembre, dice: *Todavía en París, la petulancia del yankee se ejerce, a la mirada de los pueblos, en hacer notar la imposición de sus mandíbulas* (DARÍO, 1938: 163). El 10 de diciembre inmediato, mientras navegaba rumbo a España, acontece la firma del Tratado, y ya desde Madrid, en los primeros días de enero de 1899, alude a ese hecho:

> *Acaba de suceder el más espantoso desastre* —dice—*; pocos días han pasado desde que en París se firmó el tratado humillante en que la mandíbula del yankee quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo* (DARÍO, 1998: 90).

El hecho impactó profundamente a la sociedad española, cuyo estado moral Rubén describe empleando giros tales como espectáculo de amarguras, *imperio hecho polvo, las fuerzas agotadas, el esplendor opaco* (DARÍO, 1998: 91), encanijado el León simbólico, *indigencia moral* (DARÍO, 1998: 92), *estancamiento, helado ambiente* (DARÍO, 1998: 178), *amputada, doliente, vencida* y, parafraseando a Shakespeare, afirma: *Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto* (DARÍO, 1998: 90). Asimismo, fue un factor que generó entre los intelectuales americanos, recelosos del accionar expansionista estadounidense, un movimiento de simpatías respecto de España. El antiespañolismo que prevalecía en las naciones americanas, producto de los excesos de la dominación colonial —*No habría manera de paliar las atrocidades de la conquista, pues aun suprimiendo la* relación *del padre Las Casas, que es obra de varón verecundo y cristiano, no se pueden negar las imposiciones a sangre y fuego de los conquistadores* [...], *y tantas páginas rojas y negras que aportan su color a la leyenda* (DARÍO, 1998: 179), dice Rubén en crónica escrita en ocasión del viaje de Emilia Pardo Bazán a París, con data Abril 10 de 1899— o de la *justa recíproca inquina* que se mantuvo como fruto de las luchas de independencia y los posteriores intentos peninsulares de reconquista, el que en cierto sentido también participaba Rubén, y de cuya consecuencia hace refiere en «El crepúsculo de España» con los términos siguientes:

> *España no tiene ya en América un palmo de tierra, y poco ha faltado para que no se contase entre las naciones americanas de su sangre y de su lengua, con una sola voz amiga* (DARÍO, 1938: 163),

cede a una actitud diametralmente distinta, que no antepone

el sentido crítico que en numerosas ocasiones se sostuvo respecto de la política colonial que había seguido España, sino de simpatía y solidaridad. Rubén expresa este cambio de actitud en el artículo citado: *Mis simpatías han estado de parte de esa ilustre monarquía empobrecida y caída; mis antipatías, de parte de esa democracia rubicunda, que abusa de su cuerpo apoplético y de su ciclópeo apetito* (DARÍO, 1938: 163). Poco antes, en «El triunfo de Calibán» (*El tiempo*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1898), artículo en el que reseña un acto de protesta patrocinado por el Club Español de Buenos Aires en contra de la intervención estadounidense, celebrado en el Teatro de la Victoria el 2 de mayo de 1898, lo había afirmado claramente:

> *Y yo, que he sido partidario de Cuba libre* [...] *soy amigo de España en el instante que la miro agredida por un enemigo brutal que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia* (DARÍO, 1938: 162).

La comunidad de inmigrantes españoles, la segunda más numerosa en la República Argentina —siendo menor que la italiana, pero mayor que la francesa—, solo en Buenos Aires contaba, hacia 1895, más de 80 mil residentes[2]. En una so-

2 Según el *Censo general de Población, Edificación, Comercio e Industria de la ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República de Argentina, levantado en los días 17 de agosto, 15 y 30 de septiembre de 1887* (Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1889. Tomo Segundo), los inmigrantes residentes en la ciudad de Buenos ascendían al 52.8% (entre ellos 31.1% italianos, 9% españoles, 4.6% franceses), mientras los oriundos de Argentina, en general, el 47.2%. La cuantía de pobladores era 433,373, de la cual los españoles correspondían a 39,562 residentes, y presentaba una tendencia; así, para 1904, cuando el total de pobladores de Buenos Aires era 950,851, los residentes de origen español habían ascendido a 105,206 residentes, según el censo de ese año (*Censo general de Población, Edificación, Comercio e Industria de la ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República de Argentina, levantado en los días 11 y 18 de septiembre de 1904* (Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1906). Este mismo censo indica que para 1895 el total de pobladores en la ciudad de Buenos Aires era de 663,000, de los cuales 80,352 eran inmigrantes españoles, correspondientes al 12.1%.

ciedad en la que aún prevalecía el antiespañolismo, al iniciar ese año la guerra en Cuba, se acentuaron las manifestaciones de hispanofobia, contraponiendo a la Cuba española la Cuba Libre. En 1896, la colonia española protagonizó una explosión nacionalista y fundó la Asociación Patriótica Española, con el propósito de ayudar a la patria en el trance de la guerra hispano-cubana e, inminentemente, ya en abril de 1898, de la guerra hispano-estadounidense, esta última representaba un importante cambio de las coordenadas ideológicas del conflicto ante la opinión pública.

La colonia española acogió y alentó a intelectuales argentinos que empezaron a expresar que, con la intromisión de Estados Unidos, el conflicto había cambiado, viéndose ahora España enfrentada a la nación del Norte. Ante el nuevo conflicto, estos intelectuales, haciendo patente un cambio de actitud, se mostraban proclives a España. Es el instante en el que el representante de la tradición hispánica en Argentina, Calixto Oyuela (1857-1935), publica su «Oda a España» (*El tiempo*, 3 de abril de 1898) y Luis Vicente Varela (1845-1911) el artículo «España y Estados Unidos» (*El Tiempo*, 13 de abril de 1898). Oyuela, además, publicó meses después, con el patrocinio de la colonia española, el libro *España. Versos y Prosas*, cuyo primer texto es el poema antedicho, que en una de sus estrofas expresa: *Era fatal, ineluctable el choque, / entre el ladrón de California y Tejas, / y quien la Cristiandad salvó en Lepanto, / y dio un mundo a la Historia*.

A este poema sigue el soneto «Fines justiciœ», de agosto del mismo año, plasmando el desenlace del conflicto desde su inicio: «¡Robada España fue!», para rematar diciendo «roto el derecho, sin vigor la idea, / la Fuerza extiende su sangriento imperio». Ambos poemas fueron inmediatamente conocidos por Darío (DARÍO, 1938: 163).

A dichos intelectuales sucedieron otros que también se pronunciaron en el mismo sentido. Así, Alberto del Solar (1860-1920), militar y escritor chileno radicado en Buenos

Aires, autor de *El mar en la leyenda y en el arte*, conferencia dictada en El Ateneo el 14 de agosto de 1987 y editada al mes siguiente con prólogo de Darío, leyó en la misma institución cultural bonaerense, el 20 de junio de 1898, otra conferencia, «La Doctrina de Monroe y la América Latina», que seguidamente dio a imprenta precedida de la carta que le remitió Calixto Oyuela, quien era miembro de esa institución cultural, y que *El Tiempo* difundió dos días después. Oyuela destacaba en dicha carta lo documentado de la conferencia, como *para hacer ver a los ciegos, el egoísmo, la rapacidad y la grosería tradicionales y constantes de los Estados Unidos, en sus relaciones con todo el resto de la América independiente* (SOLAR, 1898: IV).

Rubén, como se indicó párrafos atrás, también vivenció este cambio de actitud que el contexto histórico propiciaba. El 2 de mayo había escuchado en el Teatro de la Victoria los discursos de *tres hombres representativos de nuestra raza* (Darío, 1938: 161): el italoargentino José Tarnassi (1863-1906), el francoargentino Paul Groussac (1848-1929) y el argentino Roque Saenz Peña (1851-1914). En «El triunfo de Calibán», que escribe a propósito de esa *fiesta solemne y simpática*, se sintió impelido a una explícita aclaración respecto de su cambio de actitud, lo cual hizo recurriendo a una primera elaboración del tema de las *dos España*s. Hay dos Españas, pero estas, en su alocución, construida desde la mirada de un observador y no la de un antagonista, son discordantes pero no necesariamente enfrentadas entre sí, ni como lucha ni como oposición verdad-mentira.

El observador-presente lanza una mirada retrospectiva y encuentra que no es que España sea lo que muestra una u otra imagen, desconociendo una al afirmar la otra. No se trata de que el contenido de una u otra imagen sean mentiras que han servido para el descrédito injusto o para el lustre de España, ni el que se vuelva proclive a una es porque considera mentira la otra. No; ambas imágenes remiten a contenidos reales. España es, pues, ambas imágenes: una incita crítica;

la otra, admiración; pero ambas nutren la conciencia histórica. Así, a la interrogante: *¿Y Vd. no ha atacado siempre a España?*, responde de modo categórico: *Jamás*, entrañando en ello la distinción entre contingencia y esencia, entre una falsa España —falsa no por inexistente o distorsionada, sino por no revelar lo esencial de esa entidad histórica— y una España verdadera:

> *España* —afirma— *no es el fanático curial, ni el perantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América* (DARÍO, 1938: 162).

Por cuanto la primera, que se critica, es explícita en su relación con la acción española en América, considerada cruel; no así con la segunda, definida por referencia a España misma y la red familiar en que se alinea, y no a una obra que realizada en América se considera civilizadora o bienhechora.

La discordancia entrañada en esta doble imagen, la España de la leyenda negra, que se critica por sus excesos históricos, *codiciosa, sangrienta, avara, inquisitorial, terriblemente peligrosa al progreso humano* (DARÍO, 1998: 179), y otra España, la de la leyenda aurea, *heroica, noble, generosa, potente, cuna del valor y la hidalguía* (DARÍO, 1998: 179), por cuyos valores despierta afectos, se resuelve con el despertar de una conciencia optimista, pero realista, que, sin desconocer ni paliar las atrocidades cometidas, asume de mayor relevancia la simpatía basada en los valores esenciales y la herencia cultural, sobre cuya base se construye una tercera imagen que avizora para España salida a la crisis, y para América Latina, la posibilidad de articular el idea de unidad supranacional frente a la peligrosidad personificada por el Calibán norteamericano.

Coherente con este alegato, en «La 'Sarmiento' en España», crónica con data «Madrid, 23 de marzo de 1900», publicada en *La Nación* el 25 de abril inmediato, pero no incluida en *España contemporánea*, escrita en el marco de los agasajos brindados en Barcelona y Madrid a los tripulantes de la fragata «Presidente Sarmiento», en su primer viaje de instrucción naval[3], Rubén afirma:

> *Yo no he creído nunca en fundamentales antipatías entre España y los países que fueron un tiempo colonias. Acabada la lucha de independencia, claro es que hubo de quedar por algún tiempo la justa recíproca inquina; pero el calor, por natural ley fue disminuyendo* (DARÍO, 1977: 49).

En 1895, con la publicación de «La insurrección en Cuba» (*La Nación*, 2 de marzo de 1895), Rubén ponía de relieve «los anhelos de libertad y las ansias rebeldes del alma cubana» (DARÍO, 1977: 13) y la simpatía que por ello se mostraba en las naciones americanas que ya habían roto con el dominio colonial, mientras censuraba «la hostilidad poderosa de España», sin pasar inadvertido la carga perturbadora de «odios profundos que parecen imposibles de cegar» (DARÍO, 1977: 18). Pasados los «horrores de la guerra», y luego de dos ocu-

3 La fragata «Presidente Sarmiento», conocida como La Sarmiento, permaneció en el puerto de Barcelona del 16 al 26 de marzo, siendo objeto de saludos, visitas y festejos, en Barcelona y Madrid, por la población, las autoridades del reino, del gobierno y las municipalidades, la prensa española —la cual dio cobertura a la estadía—, la Sociedad Unión Ibero-Americana, y personajes de la vida social, cultural y económica española. Por su parte, Darío ofreció una recepción el día 22 de marzo al corresponsal de *La Nación* que cubría el viaje, el más largo (12/1/1899 - 30/9/1900) e importante en la historia de la fragata-escuela, que informó en breves líneas *El País* (Diario Republicano. Año XIV, No. 4638, jueves 22 de marzo de 1900. Primera plana, 5ª columna), cambiando la nacionalidad del poeta debido seguramente a que se hallaba en España también como corresponsal del diario bonaerense: «El poeta argentino D. Rubén Darío, dará hoy en el café Inglés una comida en honor del Dr. D. Prudencio Plaza,

paciones militares estadounidense en Cuba, en marzo de 1910 Rubén alude a que la concordia entre ésta y España, a diferencia de lo ocurrido en la Hispanoamérica continental post-independencia, «ha sido más fácil e inmediata, y la mutua simpatía no ha tardado en manifestarse», en virtud de «la imposición de la raza, por la sangre y la lengua y lo crecido de los elementos peninsulares que quedaron en la grande Antilla (sic)» y de la «buena diplomacia» (DARÍO, 2011: 246).

Para cuando inicia la travesía a que lo comisiona *La Nación*, y en la primera crónica remitida, «En el Océano. Impresiones y notas», que debe corresponder al 8 de diciembre de 1898, y no al 3 como figura datada, insiste en ese cambio de actitud: *De nuevo en marcha, y hacia el país maternal que el alma americana* —americanoespañola— *ha de saludar siempre con respeto, ha de querer con cariño hondo. Porque si ya no es la antigua poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble, y si está herida, tender a ella mucho más* (DARÍO, 1998: 73).

Este cambio de actitud y el movimiento de simpatías que engendró la guerra de 1898, se advertía y valoraba positivamente, en particular para la realización de Congreso Hispanoamericano de 1900 y para el restablecimiento de las

---

cirujano de la fragata Presidente Sarmiento y corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires». El Dr. Plaza, amigo y médico del poeta, era el médico encargado el lazareto cuando Rubén pasó una temporada en la isla Martín García cuando Rubén pasó una temporada, publicó al año siguiente *La Fragata-Escuela Presidente Sarmiento alrededor del mundo* (Buenos Aires, Imprenta de «La Nación», 1901), en el que valora la gira:

podría decirse que el viaje de la Sarmiento hubiera estado justificado, aunque no hubiera tenido otro objeto que estrechar los vínculos que nos unen con la madre patria, que estaban un tanto laxos por causas que nadie se explica, vínculos que serán tanto más fuertes y duraderos cuando a los sentimientos amistosos se aúnen mayores sumas de intereses comerciales entre ambos países.

Esta es la aspiración que se ha hecho pública en los discursos pronunciados en Madrid, Barcelona y Buenos Aires (pp. 233-234).

El 26 de marzo, «La Sarmiento» zarpa hacia Cartagena (Murcia) y seguiría luego rumbo a Gibraltar, abandonando España.

entonces deterioradas relaciones entre ambas regiones. Sobre esta base el Ministro de Estado Francisco Silvela precisa su importancia en la «Exposición» de motivos con que remite a la Reina Regente María Cristina el proyecto de decreto del 16 de abril de 1900:

> *Gran parte del porvenir social y económico de nuestra Nación descansa en la necesidad de acrecentar estas simpatías de raza que España tiene en América, abordando sin pérdida de tiempo, desinteresada y noblemente, el problema de aumentar nuestras relaciones con los pueblos de origen ibérico*.
>
> *El Congreso indicado es oportunísimo en los actuales momentos, porque razones de todos conocidas deben avivar ahora más que nunca las espirituales inclinaciones de afecto con los pueblos hispano americanos, y en este aspecto social, el futuro Congreso ha de cumplir altos ideales de nuestra raza* (CONGRESO, 1902: 1-2).

Así, pues, la imagen que en las naciones hispanoamericanas se había tenido de España, pero también la de Estados Unidos, opera un drástico cambio en el transcurso del siglo XIX, siendo determinantes los acontecimientos de 1898. A España se le veía como un peligro latente, sumándosele al mismo tiempo la imagen de un país anquilosado: *España, esa rezagada a la Europa*, había dicho un argentino muy admirado por Darío, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). A Estados Unidos, por el contrario, se le veía como modelo del desarrollo político y económico, al punto de llegarse a postular *Seamos los Estados Unidos*, como hizo el mismo ilustre argentino. A partir de 1898, España perdió su potencial peligrosidad para las que fueron sus antiguas colonias, mientras afloraba una identificación con sus valores y problemas.

Para Rubén, había también dos Estados Unidos: el del Ariel y el del Calibán. Como las dos Españas, estos dos Estados Unidos son el desdoble de una misma entidad histó-

rica: *El país de Calibán busca también las alas de Ariel* (DARÍO, 2004: 138); *Entre esos millones de Calibanes nacen los más maravillosos Arieles* (DARÍO, 1901: 74). Doble rostro ante los cuales la conciencia hispanoamericana ha adoptados dos actitudes: ante el Ariel estadounidense, la de los *Poes, Whitmans y Emersons* (DARÍO, 1901: 73), *la de Washington que afirmó los derechos del hombre; la de Lincoln que abolió la esclavitud* (ZEA, 1984: 131), de admiración; ante el Calibán estadounidense, el *país de vida práctica y materialista* (DARÍO, 1917a: 22), prepotentes, *soberbios cultivadores de la fuerza* (DARÍO, 1901: 74), dedicados *al culto del dólar* (DARÍO, 1901: 73), la del destino manifiesto y el expansionismo, de rechazo. Refiriéndose a la última, afirma: *A pesar de las declaraciones de Mac Kinley y de Roosevelt, los Estados Unidos buscan no solamente influencia, sino también dominación. Han demostrado ya prácticamente buen apetito* (DARÍO, 2004: 147-148).

La admiración que despertó su éxito político y económico Estados Unidos, no impidió que hubiese quienes avizoraran desde los albores de la Independencia que el mismo conllevaba un peligro, en primer lugar, para los países vecinos, pero en definitiva, a medida que avanzó el siglo, para todas las nacientes repúblicas, países débiles al sur de sus fronteras para los cuales eran incompatibles los intereses expansionistas y la política exterior del coloso del Norte. El chileno Diego Portales (1793-1837), en carta a José M. Cea de marzo de 1822, comentando la doctrina Monroe, advertía: *¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra!* [...] *No conviene dejarse alagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de su envenenamiento*; por su parte, Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), de quien Rubén dijo *pertenecía no solo a Chile sino a toda la América* (DARÍO, 1934: 9), manifiesta en carta a Federico Errázuriz del 28 de julio de 1866, el cambio de actitud que experimentó en su persona, de admiración a desencanto y rechazo respecto de Estados Unidos, que se vuelve tendencia preponderante de la conciencia his-

panoamericana finisecular:

> *Yo he sido siempre, como tú sabes, un admirador político de este país. Mi primera visita en 1853* [...] *me dejó una gran impresión que conservé hasta mi llegada aquí en noviembre último* [...] *La grandeza de esta República, si alguna le queda es para ella sola. Para el resto del mundo, si algo tiene, es sólo desprecio, envidia, ignorancia o miedo* [...] *a nosotros* [los latinoamericanos] *nos miran con el más superior desprecio. Todas sus grandes doctrinas son simples farsas políticas para manejar sus intereses particulares e internos*.

Darío, consciente del interés norteamericano en el tema del canal por Nicaragua, al extremo que llevó en 1854 a un senador de aquella nación a decir *si Nicaragua nos conviene, temémosla* y al aventurerismo filibustero, a lo que Rubén agrega en 1902 *Si Walker triunfa, el canal estaría hace tiempo abierto* (DARÍO, 2010: 130), para 1886 aún no medía suficientemente la peligrosidad que encarnaba, llegando a escribir: *No se diga que eso traería una absorción: una estrella más al pabellón americano. Nada de eso. Los yankees no piensan de ese modo* (DARÍO, 1934: 24-25). Muy distinta es la actitud adoptada seis años después, ostensible en el artículo aparecido en *El Heraldo* de Costa Rica, el 15 de marzo de 1892, con título «Por el lado del Norte», en el que aduce: *Por el lado del Norte está el peligro. Por el lado del Norte es por donde anida el águila hostil* [...] *El hombre del Norte: ¡he ahí el enemigo!* (DARÍO, 2010: 287), e insta a los latinoamericanos a desconfiar de sus gestos dada la peligrosidad evidenciada por su expansionismo.

> *¡Cuidémonos de ella!* —añade—. *Quiere comprar a Cuba y descuartizar a Nicaragua. ¡Anexión! dicen por allá; ¡Canal! exclaman por aquí. Lo que se sueña es Cuba de Cuba: ni de España, ni del yankee, y si ha de ser de alguien, que sea de España. Canal, magnífico. Sin que se les deje tomar un dedo de la mano, porque si toman el dedo se llevarán todo el cuerpo*.

Y refiriéndose a la diplomacia angloamericana, en esta *no ha brillado nunca la buena fe ni la cultura moral*, por lo que recomienda: *nada de tratados de reciprocidad, con quien al hacer el tratado nos pone la soga al cuello* (DARÍO, 2010: 289). 1898 genera, en la percepción de los intelectuales, la equiparación del antagonismo entre España y Estados Unidos, con el antagonismo entre Hispanoamérica y Estados, de modo tal que pronunciarse a favor del *yankee* en la primera ecuación, sería como hacerlo igualmente en la segunda. A partir de entonces, la amenaza latente de Estados Unidos fue tomada como factor esencial para la unión de las repúblicas hispanoamericanas *la raza nuestra debiera unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados*, expresa Rubén en aquel momento (DARÍO, 1938: 162).

2. Rubén Darío y el hispanoamericanismo americano y español

La visión de la comunidad humana que tuvo Rubén Darío es, a su vez, una configuración identitaria e integradora, con connotación cultural, ética y política. La gradación que le es inherente, valga describirla empleando una figura geométrica: se da a la manera del espacio comprendido entre círculos concéntricos, en donde, por una parte, el círculo en sí no representa barrera o ruptura, sino que, por el contrario, hay permeabilidad o continuidad entre los contenidos de unos y otros espacios, y por otra, un espacio mayor incluye y expande los contenidos y sujetos de los menores según la gradación, representándose de esta manera el escalonamiento orgánico, en primer lugar, de la comunidad nacional y regional a una comunidad supranacional, y en segundo lugar, de un comunidad supranacional a otra de radio y espacio cada vez mayor, pero, además, por abstracción, en uno puede reconocerse los caracteres de otro sin tener que seguir la linealidad representada en la gradación. Una visión como la descrita, es la que queda reflejada en los términos y secuencia siguiente:

centroamericanismo → hispanoamericanismo → latinoamericanismo → cosmopolitismo.

Desde una ciudadanía e identidad situada, nacional y regional (centroamericanismo), se adquiere conciencia de una ciudadanía e identidad supranacional, continental y cultural (hispanoamericanismo y latinoamericanismo), parte y conexa a Occidente y su cultura, y se asciende a un sentido de ciudadanía e identidad humana, comunidad supranacional aún mayor, mundial (cosmopolitismo). Por cuanto el tema que desarrollamos, hemos de centrar nuestra atención en la visión e ideal hispanoamericanista profesada por nuestra máxima expresión intelectual, heredera y prolongación del hispanoamericanismo americano, nacido como americanismo a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, pero que en su constitución bifurca su enunciado, por un lado, ligado al movimiento de independencia del dominio imperial, tendiendo al autorreconocimiento e integración continental y que, relacionado con un pensamiento de corte liberal, veía en la obra y legado de España la causa de los males que padecían estas sociedades, vertiente que fue preponderante hasta la última década del siglo decimonono, a cuyo antiespañolismo se refiere Rubén cuando asevera que entre las naciones americanas poco le ha faltado para no contar «con una sólo voz amiga» (DARÍO, 1938: 163), y por otro, ligado a un pensamiento conservador que, puesto que no excluye del imaginario identitario el componente español, aboga por la emancipación y autonomía sin romper con la unidad cultural del mundo hispano. En la segunda mitad del siglo XIX, este hispanoamericanismo entronca con el hispanoamericanismo español y el regeneracionismo. El Congreso Social y Económico Hispano-Americano, en este sentido, es uno de los puntos culminantes del hispanoamericanismo español de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

Nótese que hablamos de hispanoamericanismo, sea en América o en España, como visión e ideal y, valga puntua-

lizarlo, no como política de Estado alguno, lo cual es siempre posterior. Múltiples personalidades públicas, políticos, ideólogos, periodistas, escritores, y de otros talantes e intereses, de uno y otro lado del Atlántico, lo adoptaron, convirtiéndose en un movimiento en ambas latitudes.

En América, al surgir con el proyecto emancipador del dominio español, nace, pues, como americanismo, teniendo como objetivo principal, primero alcanzar la emancipación hasta la independencia, y luego, configurando la idea integradora como una unión defensiva, que asegura la defensa de las débiles nuevas repúblicas frente a la peligrosidad que representaban las grandes potencias de la época: Rusia, Francia, Inglaterra, incluso España, para entonces potencia en decadencia pero cuya política de reconquista se mantuvo hasta 1866, y finalmente Estados Unidos; este último hace pasar esta forma de concebir la integración al siglo XX. Se trató, pues, de una dimensión esencialmente política de la integración, no limitada a la solidaridad en virtud de componentes culturales, de la historia, geografía y problemas compartidos. El componente cultural, no obstante, constituyó el primero y más lógico asiento integrador, dándose en este campo los iniciales y los más importantes adelantos en esa dirección, allanando el difícil camino de restablecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con España. Así, comenta Carlos Rama:

> *Mientras los ejércitos se han combatido, los 'políticos' han intercambiado proclamas e injurias, los fanáticos han abominado mutuamente de sus contendientes y los agentes económicos han creado resentimientos, ha sido gracias a esas olvidadas relaciones culturales que se ha salvado el lazo más firme, y diríamos que decisivo, entre España y los americanos* (RAMA, 1982: 15).

Luego de la independencia de sus otrora colonias, se configuraron en España dos posiciones opuestas de aprecia-

ción al respecto de ellas. La primera, adoptada por la monarquía, los gobiernos conservadores y las fuerzas sociales vinculadas al rey Fernando VII (1814-1833), optó por una política de agresión y no reconocimiento que derivó, en términos del historiador español Isidro Sepúlveda (2005: 63), en relaciones que «alcanzaron el extraño equilibrio entre escasas y tensas», y consecuentemente, en un período de alejamiento mutuo producido por los odios y rencores generados con la dominación y las guerras independentistas. Un cambio en esta política se produjo hasta 1836, al aprobar las Cortes un decreto que autorizaba al gobierno el reconocimiento de las nuevas repúblicas, lo que hará a través de tratados bilaterales que fueron estableciéndose lentamente en las siguientes seis décadas.

La segunda posición fue adoptada principalmente por la burguesía comercial a mediados del siglo XIX, la que dio lugar al surgimiento del hispanoamericanismo español como movimiento ideológico, político e intelectual, que tenía por objetivo la articulación de una comunidad transnacional, «comunidad imaginada que reunía a España con el conjunto de repúblicas americanas, otorgándole a la antigua metrópoli un puesto al menos de primogenitura, cuando no de ascendente, bajo la muy extendida expresión de Madre Patria» (SEPÚLVEDA, 2005: 13); de ahí la calificación de «imperialismo de sustitución» aducida por Tomás Pérez Vejo, esto es, de mecanismo ideológico que, perdida la posibilidad de recuperación territorial, articuló un proyecto espiritual y civilizacional que permitiese a España recuperar un papel internacional más activo. Este sería el enfoque del panhispanismo, vertiente conservadora que llega a ser preponderante hasta entrado el siglo XX.

La América hispana, que había mantenido unidad en la dominación, después de la Independencia fracasó en el proyecto de forjar la unidad en la libertad. Por su parte, en España, la animosidad despertada por el proceso independentista

le impidió conectarse con las iniciativas de integración surgidas en las naciones emergentes. Será hasta la segunda mitad del siglo XIX, al constituirse el hispanoamericanismo español, que su vertiente progresista busque establecer con ellas relaciones que favorecieran el incremento del comercio y el intercambio cultural, cimentadas en el hecho de que en éstas pervivía una herencia hispana. Uno de los vehículos iniciales fue la fundación de revista, entre ellas: *Revista española de ambos mundos* (1853-1855); *La América. Crónica Hispano-Americana* (1857-1874, 1879-1886); *Revista Hispano-Americana* (1864-1867); *La Ilustración Española y Americana* (1868-1921); *Revista Hispano-Americana* (1881-1882), y *Unión Ibero-Americana* (1886-1926). Esta última era órgano de la asociación homónima, la cual tenía por objetivo, según indica el artículo 1 de su Estatuto, «estrechar las relaciones sociales, económicas, científicas, literarias y artísticas de España, Portugal y las naciones americanas, donde se habla el español y el portugués, y preparar la más estrecha unión comercial en el porvenir».

La asociación Unión Ibero-Americana fue fundada oficialmente el 25 de enero de 1885, en el Paraninfo de la Universidad Central de Madrid, llegando a convertirse en la sociedad americanista con mayor proyección internacional. Su proceso formativo arranca de fines de 1883, y su revista comenzó a publicarse en 1886. Esta fue la asociación que impulsó la iniciativa de conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892) y la que propuso el proyecto y llevó a cabo los preparativos para la realización de un Congreso Social y Económico Ibero-Americano.

Heredero del primer hispanoamericanismo americano, Darío muestra, sin embargo, el giro que este movimiento experimenta frente a los acontecimientos de 1898, superando el antiespañolismo que le era característico y todavía prevalecía, y dando paso, con el cambio de actitud respecto de España detallado en el acápite anterior, a una segunda enun-

ciación hispanoamericanista, que sustituye la animosidad y el distanciamiento por una tendencia a la simpatía y la aproximación.

Para Rubén, esta segunda enunciación hispanoamericanista apertura dos vías o sentidos de aproximación con España, indisolublemente ligados entre sí: por un lado, sale al encuentro del ideal integracionista, y por otro, conecta con el regeneracionismo. Del 23 marzo de 1900 data «La 'Sarmiento' en España», crónica que desde Madrid remite a *La Nación*, y que el diario bonaerense reproduce el 25 de abril inmediato, en la que el nicaragüense alude a ambos sentidos. Respecto del primero, afirma: *Ha llegado el momento en que los vínculos morales se afiancen por otros más vitales y prácticos; y luego, en otro terreno, quizá no sería mala idea la de un panhispanoamericanismo por emergencias más que probables en el futuro* (DARÍO, 1977: 51).

Desde este punto de vista, las relaciones asentadas en los aspectos culturales compartidos, sin dejar de ser esenciales, tienen que consolidarse con vínculos comerciales y de otra índole, que hagan más tangible el ideal integracionista y sus mutuos beneficios, más aún frente a la creciente peligrosidad de la potencia emergente en la reconfiguración que experimenta el mundo, Estados Unidos. En el segundo sentido, en el restablecimiento y reestructuración de las relaciones entre España e Hispanoamérica Rubén encuentra uno de los grandes desafíos para regenerar España y salir de la crisis finisecular. Así alega:

> *España quiere salir de su aislamiento; España quiere levantarse; quiere volver a ser grande y la orientación que le conviene seguir es la que hacia las naciones nuestras la atrae. Económicamente se va rehaciendo, en lo relativo, poco a poco. El continente nuestro, al que la une idioma y una parte de la raza, tiene que ser uno de sus principales campos de acción* (DARÍO, 1977: 52).

Este movimiento de aproximación, que atañe a los distintos sectores de la sociedad, público y privado, en la esfera cultural, económica, política, requiere sin embargo, como gestor o facilitador principal, de los gobiernos de América y de España, para concertar las condiciones y mecanismos que lo hagan viable. De tal manera que, refiriéndose al accionar español, y debe suponerse cuota equivalente para el accionar americano, agrega Darío: *El único culpable, si esto no se realiza, será el gobierno. El gobierno, pues, es quien debe ayudar a los industriales, comerciantes, artistas y hombres de pensamiento a estrechar, o a crear esas relaciones que se desean* (DARÍO, 1977: 52).

Ricardo Beltrán y Rózpide, miembro de la Real Academia de Historia, confirma el temor externado por Rubén, pues al comentar en 1901 el accionar gubernamental español en esta dirección, no evidenciaba pasos claros, por el contrario, indicaba: *No hay en los que gobiernan, en los que dirigen la vida internacional, política bien definida que rija nuestras relaciones con los Estados republicanos de América española, y subsisten en gran parte los obstáculos que dificultan el tráfico y las comunicaciones entre aquellos y España. No tenemos en esta materia hombres de gobierno con principios fijos e iniciativas propias* (BELTRÁN Y RÓZPIDE, 1904: 6).

Factor de primer orden para llevar *por buena dirección la deseada unidad de miras ideales en España y la América española* —agrega Rubén—, *es la prensa, son los hombres de ideas y de pluma* (DARÍO, 1977: 52), pues son éstos, con su labor de difusión, los que *forman la atmósfera* apropiada para tales realizaciones. Pero los hechos no iban en la dirección de crear las condiciones subjetivas propicias, sino lo contrario. La indica el académico antes mencionado: *No ha habido tampoco, en sazón oportuna* —doloroso es decirlo—, *opinión hecha, sólidamente arraigada en la conciencia del pueblo español, respecto a la capital importancia que para todos tenía y tiene la comunidad de intereses entre las gentes de nuestra raza* (BELTRÁN Y RÓZPIDE, 1904: 6).

El mismo Darío lo indicaba: *en España interesa poco a la generalidad lo que sucede fuera de los términos de la tierra propia* (DARÍO, 1998: 98-99). Esto, que podría ser excusable si se refiriera a Francia u otro pueblo de cultura y lengua distinta, y que no ha jugado en Hispanoamérica el papel que le ha correspondido a España, no lo es en el caso de ésta última, precisamente por ser el país *que nos ha enviado con sus conquistadores, su habla, su religión, sus buenas costumbres y defectos* (DARÍO, 1998: 348).

En esto la prensa tenía mucha responsabilidad, lo cual era, sin duda, un gran obstáculo y una gran tarea. Paradójicamente, en la esfera informativa hispanoamericana y española, Beltrán y Rózpide observaba falta de reciprocidad por cuanto el interés por el conocimiento del otro. En la prensa española priva la indiferencia, hasta el olvido, lo cual, considera, en la misma línea que Darío, el académico considera inexcusable: *de nuestra América, de la América española, nada nos dice esa misma prensa, cono no sea alguna que otra noticia transmitida desde París o Londres por las agencias telegráficas* [...] *Lo que allí sucede ha de importarnos e interesarnos mucho más que lo que acontezca en Rusia o el Celeste Imperio* (BELTRÁN Y RÓZPIDE, 1904: 7-8).

Diferente ocurre en las naciones hispanoamericanas, en donde sus pobladores, agrega el historiador, oriundos y emigrantes españoles, «tienen siempre la vista fija en España». Los grandes diarios de estos países, continúa, «... dedican buena parte de sus planas a la política española, a nuestros hombres, a nuestro movimiento científico y literario»; ejemplo de ello eran las mismas crónicas de Rubén. Y prosigue el académico: «Nos conocen allí mucho mejor que nosotros a ellos. Aquí, ni sus periódicos leemos», ni siquiera se encuentran en centros a los que concurren personajes de prestigio político o cultural. Incluso los libros de textos apenas dedicas escasas líneas *al estudio geográfico e histórico de las grandes nacionalidades que hemos creado en el Nuevo Continente* (BELTRÁN

Y RÓZPIDE, 1904: 8). De ahí que el imperativo lógico todavía fuese, siguiendo el punto de vista rubeniano, *Primero conocerse; después, comprenderse; después, estimarse y unirse* (DARÍO, 1977: 52).

Hay que reconocer, sin embargo, y ya lo indicamos en sección anterior, la existencia de revistas que con el fin de fomentar las relaciones entre España e Hispanoamérica se crearon desde mediados de siglo XIX, y, además, intelectuales españoles que tuvieron iniciativa para promover el conocimiento sobre las que otrora fueron colonias hispanas; ejemplo de ello fue la serie de artículos firmada por L. Vega, «Las Repúblicas Hispano-americanas: Estudio Geográfico-Histórico-Estadístico», que *Unión Ibero-Americana* publicó a partir de marzo de 1899, y la de mismo Ricardo Beltrán y Rózpide en *La Ilustración Artística*. Pero, con todo, ésta continuaba siendo una agenda legítima y pendiente, fácilmente constatable.

Al importante papel que juega la prensa, se suman iniciativas prometedoras de buenos resultados, entre ellas el Congreso Social y Económico Hispano-Americano, entonces apenas proyectado, a condición de que su realización «se trate de algo más que de dar salida a preparadas oraciones» (DARÍO, 1977: 52). El hispanoamericanismo rubendariano hay que comprenderlo, según indicamos antes, en el esquema de gradación de la configuración del ideal de una comunidad e identidad supranacional cada vez mayor. De modo inmediato, esta configuración es el latinoamericanismo. Entre hispanoamericanismo y latinoamericanismo hay continuidad y complementariedad, que apenas ilustraremos a través de la enunciación que claramente lleva a cabo en «La fiesta de Francia», artículo reproducido por *La Nación* el 14 de julio de 1898:

> *Yo soy de la raza en que se usa el yelmo del manchego y el penacho del Gascón. Yo soy del país en donde un grupo de ancianos se sientan cerca de las puertas Sceas, a celebrar*

> *la hermosura de Helena con una voz 'lilial', como dice Homero; yo soy de los países pindáricos en donde hay vino viejo y cantos nuevos; yo soy de Grecia, de Italia, de Francia, de España. Y cuando España está abatida y veo apagado su esplendor antiguo, rotas sus armas, secas las mamas que alimentaron el mundo en que he nacido, vacilante la corona que ilustraron cien capitanes y celebraron cien poetas, estoy triste, muy triste; cuando Grecia cae, padezco; y cuando Italia sufre, sufro; y cuando Francia, la reina Francia, está de fiesta, canto con ella* (DARÍO, 1917b: 128-129).

Ese mismo año, pocos antes, en «El triunfo de Calibán», lo enunciaba en función de la necesidad de hacer frente al cambio de la hegemonía internacional: *vimos palpable la urgencia de trabajar y luchar porque la Unión Latina no siga siendo una fatamorgana del reino de Utopía, pues los pueblos, sobre las políticas y los intereses de otra especie, sienten, llegado el instante preciso, la oleada de la sangre y la oleada del común espíritu* [...] *la raza nuestra debiera unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza: el sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular* (DARÍO, 1938: 161-162).

3. La tercera España y la salida de la crisis

Rubén, al embarcar rumbo a España el 8 de diciembre de 1898, partía teniendo en mente que iba a enfrentar nuevos retos. *Pienso en lo que voy a hacer y a ser, en lo que tengo por delante*..., escribe desde altamar a Alberto Ghiraldo (DARÍO, 2000: 175). Abandonaba el suelo americano dejando el mensaje de vivir con actitud optimista: *Trabajen, luchen, siempre en la obra, siempre con el alma hacia la aurora*, decía a Luis Berisso (DARÍO, 2000: 171). Y asumía su propio mensaje al enrumbar a una sociedad que estaba en *la hora del Crepúsculo* (DARÍO, 1938: 163), a sabiendas que *echarse en brazos de los*

lacrimosos y de los pesimistas, sería aumentar los desastres (DARÍO, 1938: 163). Llevaba en su mente los grandes ideales integracionistas del pensamiento y de una supranacionalidad espiritual. Si en «El triunfo de Calibán» hacía referencia al soplo cosmopolita que nos llega *de Europa, del universo* y ayudará a *vigorizar la selva propia* (DARÍO, 1938: 162), en carta escrita a Luis Berisso mientras cruza el Atlántico rumbo a España, le habla a éste de lo que pueden contribuir para avanzar la realización de *la verdadera liga de nuestro pensamiento con el europeo* (DARÍO, 2000: 173).

Frente al problema de España, Rubén adoptó, pues, una actitud optimista, claramente manifestada en sus crónicas y reconocida por intelectuales de hoy como José Luis Abellán y Beatriz Colombi. Mientras Abellán ha señalado que durante su estadía no se dejó arrastrar por el pesimismo y *el tono de amargura y cansancio* que destilaban los intelectuales españoles en esa coyuntura (ABELLÁN, 2007:19), Beatriz Colombi alude a que, donde Rubén *escucha pesimismo, responde regeneración, donde percibe fracaso, enarbola reconstrucción* (COLOMBI, 2003: 128).

¿Iba a ver la realidad mejor de lo que era? No. Había que *fijar los ojos y poner las manos en la palpable y fría verdad* —asegura—. *España ha querido permanecer encerrada en una múltiple muralla China, que no la deja desarrollar las fuerzas interiores, ni penetrar la vida libre de afuera* (DARÍO, 1938: 163). Múltiples voces resuenan, de desolación unas, y otras *buscan el remedio, de alguna manera* (DARÍO, 1938: 163), mejorando la agricultura, la industria, el comercio, pero al final, no se pasa de la *palabrería sonora propia de la raza* (DARÍO, 1998: 92-94), de un desborde de *verbosidad nacional* [...] *de regeneradores improvisados* (DARÍO, 1998: 154). Las hay que reconocen y proclaman que *la causa principal de tanta decadencia y de tanta ruina estriba en el atraso general del pueblo español* (DARÍO, 1998: 92), social, cultural e intelectual, sin que nada se haiga hecho por salir de él, sino todo lo contrario, se sigue alimentando

una leyenda romántica, la «España para la exportación», del *color local*, de *olé*, gitanerías y castañuelas (DARÍO, 1968: 163-164), congelada en un tiempo premoderno, mientras *el oráculo de la ciencia se encierra en urnas*, ignorado del juicio público (DARÍO, 1998: 92).

En la perspectiva de Rubén, la solución no estaba en el abandono o la sustitución de prácticas tradicionales. Puesto que la historia ha mostrado que otros hombres, con la misma *esencia nacional*, levantaron un imperio y crearon grandes obras, *el mal de hoy está en los hombres* (DARÍO, 1938: 163), que carecen de la magnificencia de antaño (DARÍO, 1998: 154), y por ello, *en la política, en las miserias nuevas, en la pérdida, cabalmente, de las virtudes antiguas y el aflojamiento de fuerzas tradicionales*; por ende, en el mismo sentido avizora la salida, desde antes de emprender el viaje a la tierra de Cervantes: *Los que vienen, los que hoy son la esperanza de España, deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído, y sobre él comenzar la reconstrucción, poniendo el ideal nacional en contacto con el soplo universal; manteniendo el espíritu español, pero creciendo en la luz del mundo* (DARÍO, 1938: 163).

Y en la medida que se introduce a las interioridades de aquella sociedad, para Rubén, que observa, escucha, conversa, se informa, no pasa desapercibido que, como se suele decir, el mañana empieza ahora. Es así que manifiesta: *Mientras más voy conociendo el mundo que aquí piensa y escribe, veo que entre el montón trashumante hay almas de excepción que miran las cosas con exactitud y buscan un nuevo rumbo en la noche general* (DARÍO, 1998: 136).

Su actitud esperanzada admite, pues, como posible la «regeneración aguardada», que ha de ser obra de la «buena voluntad y de la comprensión del justo destino» (DARÍO, 1998: 408). De ahí que, como se advirtió páginas atrás, esté presente, aunque no explícitamente enunciada, la existencia de una tercera España, cimentada en la España de sus afec-

tos, «heroica, noble, generosa, potente, cuna del valor y la hidalguía» (DARÍO, 1998: 179), pero no anclada en el pasado sino, por el contrario, abierta al mundo y proyectada al futuro. La tarea es grande:

> *Hay que luchar con la oleada colosal de las preocupaciones; hay que hacer verdaderas* razzias *sociológicas, hay que quitar de sus hornacinas ciertos viejos ídolos perjudiciales, hay que abrir todas las ventanas para que los vientos del mundo barran polvos y telarañas y queden limpias las gloriosas armaduras y los oros de los estandartes; hay que ir por el trabajo y la iniciación en las artes y empresas de la vida moderna, hacia otra España, como dice en un reciente libro un vasco bravísimo y fuerte —el señor Maeztu—; y donde se encuentran diamantes intelectuales como los de Ganivet —¡el pobre suicida!—, Unamuno, Rusiñol y otros pocos, es señal de que ahondando más, el yacimiento dará de sí* (DARÍO, 1998: 136).

Es la España encarnada en «unos pocos valerosos» de la «generación que se levanta», que se han atrevido a abrir una ventana en el «castillo feudal» por la que entra un «soplo que se siente venir de fuera» (DARÍO, 1998: 93), lo cual «vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del olor de cosas viejas» (DARÍO, 1998: 88); y es la que anida en el pueblo laborioso «que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos» (DARÍO, 1998: 375):

> *España* —dice— *es como una vieja basílica atacada, antaño por catapultas y hogaño por cañonazos; una que otra pared se ha derrumbado y bajo los escombros han quedado las riquezas interiores, pero quedan los pilares principales y los cimientos macizos en los siglos. Sobre ellos la edificación de los arquitectos que traigan el deseo vivo, el querer vigoroso, la esperanza, la fe en las propias energías* (DARÍO, 1998: 408).

En la joven literatura ya se percibe *algo del ambiente moderno* que comienza a circular en España (DARÍO, 1998: 407). Pero esos aires de fuera no vienen a arrinconar la herencia cultural. Lo que vendrá, dice Rubén en mayo de 1899, será *una literatura en que se aúnen todos los elementos variados de la nación en un solo haz, una literatura de base nacional en la corriente del mundo* que será el producto *de las inteligencias fortificadas en un estudio sólido y metódico, al tanto del movimiento universal y que no pretende forzar el carácter propio por sendas extrañas* (DARÍO, 1998: 408). Seis años después, en «Los nuevos poetas de España. Una consulta del Mercure de France» que *La Nación* reproduce el 10 de diciembre de1905, y que Rubén incorpora posteriormente en *Opiniones* (1906), escribe: *Lo que sí se advierte en el primer momento es que la manera de pensar y de escribir ha cambiado. La liberación de la intelectualidad es un hecho, y más que la europeización, la universalización del alma española* (DARÍO, 1990: 317).

Se le puso término a las *libreas mentales* (DARÍO, 1990: 328) al *estancamiento* en la expresión literaria dando paso *a la puerta abierta en la vieja muralla feudal* (DARÍO, 1990: 318). En esa tercera España, que de salida a la crisis, las relaciones con América Latina son importantes. Como se adelantó con anterioridad, a juicio de Rubén, «la orientación que le conviene seguir es la que hacia las naciones nuestras [latinoamericanas] la atrae» (DARÍO, 1998: 435). Pero para ello habrá que impulsar modalidades y estrategias de relaciones que sean más «provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que *taquinan* la musa, de poetas que 'piden' la lira» (DARÍO, 1998: 95), y que definitivamente pongan término al distanciamiento y tensiones que caracterizaron las relaciones durante el siglo XIX. Desde hace mucho tiempo se pudo combatir el mutuo aislamiento, opina Darío, «pero no se hizo, ni se paró mientes en ello». Por el contrario, agrega:

se nos procuró ignorar lo más posible [...] *España no se ha tomado hasta hoy el trabajo de tomar en cuenta nuestros adelantos, nuestras conquistas, que a otras naciones extranjeras han atraído atención cuidadosa y de ellas han sacado provecho*.

Incluso en las relaciones culturales e intelectuales que desde mediados del siglo decimonono lograron establecerse, con todo y que pasan a constituir una base importante para un acercamiento más sólido, *ha habido siempre un desconocimiento desastroso* (DARÍO, 1998: 96). La conclusión general no podía ser otra: *La situación en que se encuentra la antigua metrópoli con las que fueron en un tiempo sus colonias, no puede ser más precaria* (DARÍO, 1998: 376). El anuncio en febrero de 1900 de un proyecto de Congreso Social y Económico Iberoamericano, era luz en las sombras: *ya era tiempo de ocuparse de este asunto* (DARÍO, 1998: 376), puntualiza, y para hacerlo, agrega, *sobran en España talentos y entre nosotros buenas voluntades que pueden realizar una unión proficua y mutuamente ventajosa* (DARÍO, 1998: 382).

Entroncando el camino, también entronca *con positivo interés* la persecución del ideal de unidad supranacional y de una *nacionalidad espiritual*, cuyo avance es más necesario ante el peligro *yankee*, puesto que *la expansión futura del imperialismo anglosajón no es un sueño; y la posibilidad de una lucha de razas tampoco* (DARÍO, 1998: 441). La hegemonía mundial ha cambiado y España, *después del desastre, recogida en su propio hogar*, al abrigo del hispanoamericanismo local, sueña recuperar en algo la posición perdida: *ya que no en imposibles reconquistas territoriales, lo que pueda en el terreno de las simpatías nacionales y de los mercados para su producción* (DARÍO, 1998: 376).

La visión integracionista de Rubén se aproxima en alguna medida al panhispanismo español. Darío ve de buena manera la integración Hispano-Americana, y lo afirma a Luis

Berisso en carta de diciembre de 1898: *Una nueva España será también la misma con la América de Lengua castellana* (DARÍO, 2000: 173). Pero su visión va más lejos, al ser latinoamericanista y no concebirla bajo la hegemonía o dirección de alguna nación. De esta forma la había enunciado en «El triunfo de Calibán»: 1898 hacía palpable

> *la urgencia de trabajar y luchar porque la Unión Latina no siga siendo una fatamorgana del reino de Utopía; pues los pueblos, sobre la política y los intereses de otra especie, sienten, llegado el instante preciso, la oleada de la sangre y la oleada del común espíritu* [...]. *De tal manera, la raza nuestra debiera unirse* [...] *el sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular* (DARÍO, 1938: 161-162).

En este sentido, Rubén valoró los pasos dados con las iniciativas del hispanoamericanismo español de la última década del siglo XIX, en particular las desarrolladas en 1892, y con miras al proyectado Congreso Social y Económico Hispanoamericano, advertía poco antes de abandonar la patria de Cervantes en abril de 1900: *Era ya tiempo de que las naciones americanas de habla española se conociesen, se relacionasen y uniesen más entre sí, y que este vínculo se extendiese, con positivo interés, hasta la tierra española* (DARÍO, 1998: 441).

4. El problema de las relaciones entre España e Hispanoamérica en la perspectiva de Rubén Darío

Uno de los temas a considerar es el concerniente al desconocimiento que en España se tiene respecto de los países latinoamericanos, del que ya se han hecho referencias. En este desconocimiento, que Rubén constata sumamente amplio, pues no sólo atañe a la literatura, sino a *la vida política y social y aún con la más elemental geografía*, incluye a la sociedad española en su conjunto, puesto que incluye no solo *al vulgo, o gente de cultura rudimentaria, sino a personas de valía*

mundana y hombres de ciencia, artes y letras (DARÍO, 1998: 348). Solo se apartan de este desconocimiento *un grupo escasísimo de hombres como Valera y Castelar*, señala Rubén (DARÍO, 1998: 96).

Para los defensores de la política americanista, la aproximación entre España y las naciones hispanoamericanas requería de un mejor conocimiento recíproco. En ánimo de responder a esta necesidad, venían trabajando algunas revistas. Aun cuando el desconocimiento seguía siendo notable, Rubén reconocía a fines de siglo una tendencia favorable en este sentido (DARÍO, 1998: 95). Ejemplo de ello eran las series escritas por L. Vega y Ricardo Beltrán y Rózpide, aludidas con anterioridad. Interesa destacar en este momento destacar dos aspectos de estas relaciones abordados por Darío. El primero, la política económica fallida desarrollada por España respecto de sus antiguos dominios hasta el siglo XIX, abordada en Congreso Social y Económico Iberoamericano, siendo que para él era evidente que el principal tópico que motivaba el Congreso, y al que se prestaría mayor atención, era el económico y comercial: *La influencia española, perdida ya en lo literario, en lo social, en lo artístico, puede hacer algo en lo comercial, y esto será a mi ver el alma del futura congreso* (DARÍO, 1998: 382). El segundo aspecto corresponde al del papel que juegan en las relaciones interestatales las representaciones diplomáticas, españolas y latinoamericanas, encargadas de los negocios correspondientes, tema de la crónica «El cuerpo diplomático hispanoamericano», escrita el 10 de marzo de 1900 y reproducida por *La Nación* el 29 de abril inmediato, pero no incluida en *España contemporánea*.

Para la valoración de la política española en América, particularmente la política económica, Rubén recurre a la investigación de autoridades en la materia —los españoles Juan de Mariana (1536-1624), Gonzalo de Céspedes y Meneses (1585-1638), Tomás de Mercado (siglo XVI), José Gestoso y Pérez (1852-1917), los franceses Charles Weiss

(1812-1864) y François Auguste Mignet (1796-1884), el historiador es, el argentino Juan Agustín García (1862-1923)—, de cuya lectura extrae datos ilustrativos y de la que desprende el reconocimiento explícito de que la decadencia española en los países hispanoamericanos *ha sido culpa de España* (DARÍO, 1998: 376). Pero, a la vez, la acción española tuvo un revés en España: *En cuanto a los males interiores, cierto es que no pocos se los causó el descubrimiento del nuevo mundo* (DARÍO, 1998: 376), como un efecto indirecto. Paradójicamente, la acción española resultó perjudicial *al reino conquistador* ya que el nuevo mundo sería el cebo de *aventureros ambiciosos* (DARÍO, 1998: 377), de *hábiles sacadores de dinero* y *duchos expoliadores* (DARÍO, 1998: 381), *y envenenaría de oro fácil las fuentes industriales de la península* (DARÍO, 1998: 377). Primero, permitió a España convertirse en una potencia, *era la nación de las naciones*, pero, en la segunda mitad del siglo XVI, *con Felipe II empieza la carcoma y el decaimiento*, y prolonga con sus sucesores, deviniendo en *nación de segundo orden, la pérdida en los distintos dominios, la decadencia militar y la mengua en el comercio* (DARÍO, 1998: 377), lo que fue aprovechado por otras naciones.

El comercio con América desde aquellos tiempos fue tratado con singular error, precisa Rubén. Si *en los comienzos hubo libertad de tráfico*, rápidamente vinieron las trabas, los impuestos, la disminución del comercio y el aumento del *contrabando de otras naciones* (DARÍO, 1998: 380). Y agrega refiriéndose al siglo XIX: *La independencia vino. Y desde la paz hasta la época actual el comercio español en América ha pasado por diversas fluctuaciones, llegando por fin al más lamentable descenso. Las cámaras de comercio poco han hecho, y la diplomacia ha sido nula en sus gestiones. También es cierto que la antigua Metrópoli no se ha acordado de que existíamos unos cuantos millones de hombres de lengua castellana en ese continente, hasta que las necesidades traídas por la pérdida de sus últimas posesiones americanas se la han hecho percatar* (DARÍO, 1998: 382).

De tal manera se sigue, que en las dos últimas décadas del siglo XIX se profundiza la misma tendencia, a tal extremo que, en testimonio del señor Faustino Rodríguez San Pedro, presidente de la Sociedad *Unión Iberoamericana,* organismo que propuso el proyecto de Congreso, y quien fungía como uno de los vicepresidentes del mismo, ante la Junta del Comercio de Exportación del Ministerio de Estado, cita Rubén:

> *España, decía* [Rodríguez San Pedro], *señora al principio del presente siglo de todos aquellos territorios poblados por su raza, con comunidad de idioma, de hábitos y de costumbres, ha perdido casi por entero sus mercados, de tal modo, que hoy se anteponen comúnmente a ella Inglaterra, Alemania, Francia, Austria, Italia y Bélgica, figurando nuestro comercio, al principio del postrer quinquenio, tanto en la importación como en la exportación, el último de todos* (DARÍO, 1998: 382-383).

Con este enfoque se hacía más que evidente la importancia que revestía el proyectado Congreso, a condición, es claro, de que *no se vaya todo en discursos*. De él se esperarían aportes concretos, realizables y provechosos para las partes. *En lo social* —indica— *se podrán crear nuevos y más estrechos vínculos, sobre toda ahora que la producción intelectual americana empieza, primeriza y todo, a imponerse. Pero hacen falta españoles de buena voluntad que digan a su patria la verdad, y que no la vayan a desacreditar en nuestras repúblicas* (DARÍO, 1998: 382).

En lo comercial, agrega, vendrá *a tratar de ver cómo se mejoran las transacciones comerciales entre España y las repúblicas americanas; pero no tendrán poco que modificar en las leyes actuales los legisladores, que quieren que el arreglo se lleve a buen término* (DARÍO, 1998: 383). No andaba, pues, Darío, lejos de lo que preocuparía a las mesas que se constituyeron meses después, durante la realización del evento.

Frente a la eventual realización del Congreso, inquieta-

ba a Rubén el tema de las representaciones que acudirían. El gobierno español, informa, ha dado muestra de que *apoyará la labor del congreso y se harán invitaciones oficiales a los gobiernos hispanoamericanos*. Pero Darío teme que, de aceptarse la invitación, *se cometa el error de elección cuando se trate de las representaciones*, pues al saberse la noticia, ésta despertará *un grupo de compadres intrigantes que quieran venir a ver bailar el fandango, y a conocer a la reina*, echando a perder la oportunidad.

El temor tenía base. Rubén conocía que, en lo que refiere a la selección de representantes y a las prácticas diplomáticas hispanoamericanas, no regían criterios apropiados y, por ende, no constituía esta esfera una de las *manifestaciones de progreso social* del continente. Y describe: *Cuando por razones de cortesía internacional ha habido que enviar un ministro, se ha aprovechado el viaje de un compadre, o se le ha hecho la maleta a un paniaguado: o si no, se han dado las credenciales al enemigo político que era conveniente alejar, y santas pascuas. Los señores ministros han venido a divertirse, a hacer versos algunas veces, y a oírlos siempre, y a que les den una encomienda o una cruz de Isabel la Católica* (DARÍO, 1998: 439).

Para entonces, no existía en nuestros países la carrera diplomática, y a quienes se les otorgaban los cargos eran seleccionados a la medida de un partido o de un gobernante (DARÍO, 1998: 437). Como consecuencia, este tipo de representaciones no acarreaban los beneficios deseables para restablecer y afianzar las relaciones y los negocios de las partes. Era un elemento adverso más a las ya deplorables relaciones entre España e Hispanoamérica, que desde la independencia, estuvieron sometidas a los vaivenes de la animadversión suscitada: política de reconquista y antiamericanismo por un lado, y antiespañolismo por el otro.

> *Las relaciones entre España y las que fueron sus colonias, han sido singularmente mal entendidas. Primero la inquina que quedó después de la independencia; luego la guerra con el Perú y Chile; luego las simpatías continenta-*

> *les para los cubanos en la primera insurrección o levantamiento, cuando hubo naciones como Bolivia y Guatemala que reconocieron oficialmente la independencia de la isla; y, sobre todo, la ignorancia peninsular respecto a la vida política, social e intelectual de los países hispanoamericanos, fueron la causa de un progresivo y lamentable alejamiento* (DARÍO, 1998: 438).

De ahí que se halla desembocado en prácticas que no han *cuidado gran cosa de sus verdaderos deberes* ni se han hecho notar *por su excelencia y por su eficacia*, quedando ocasionalmente casi invisibilizadas. Y puntualiza: *Si la diplomacia española en América ha sido mala, la diplomacia americana en España ha sido peor* (DARÍO, 1998: 438). Pocas son las excepciones, entre quienes Rubén reconoce al español Julio de Arellano y Arróspide (1846-1909), el chileno Patricio Lynch y el argentino Miguel Cané (1851-1905).

5. El Congreso Social y Económico Hispano-Americano

Rubén permaneció durante casi dieciséis meses en España, hasta mediados de abril de 1900. Durante ese transcurso, observa y se informa de diversos aspectos de la vida española, y a través de sus crónicas se los hace saber a los lectores de *La Nación*. Ese era el propósito para el que lo comisionó *La Nación*, de lo cual el poeta-cronista era todo consciente y lo afirma sin reparo: el diario bonaerense *me ha enviado a Madrid a que diga la verdad, y no he de decir sino lo que en realidad observe y sienta. Por eso me informo por todas partes; por eso voy a todos lugares* (DARÍO, 1998: 97).

La primera crónica desde suelo español data del 4 de enero de 1899, reproducida en *La Nación* el 30 del mismo mes. Luego de transcurrido un año, aquel ambiente empieza a sumergirlo en el abatimiento, según lo confiesa a Miguel de Unamuno en carta datada en Madrid, 7 de febrero de 1900. En uno de sus párrafos, dice: *Yo continúo aquí, en una soledad mental desesperante. Le aseguro que cada día me siento más extran-*

jero en este medio, en donde, por otra parte, no puedo quejarme de falta de personales simpatías. Mas, francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achatamiento. ¡Necesito cambiar de aires! Unamuno, que ha experimentado esa ambiencia en Madrid, le recomienda la introspección: *me reconcentro para irradiar; me recojo para mejor poder darme a los demás*, le dice, y agrega, refiriéndose a su deseo de *cambiar de aires*: *Pues cambie de ellos, amigo Darío, pero créese, ante todo, su aire interior* (GHIRALDO, 1943: 37).

Dos semanas después, el 21 de febrero de 1900 factura la crónica intitulada «Congreso Social y Económico Ibero-Americano», que el diario bonaerense publica el 25 de marzo siguiente. En esta Rubén comunica al respecto de la idea de efectuar dicho Congreso, el cual duraría 9 días, iniciando el 10 de noviembre de ese año. Por tanto, el poeta se informa de la iniciativa a través de la prensa y de conversaciones sostenidas con algunas personalidades. Así, por ejemplo, el 22 de enero había publicado *El Álbum Ibero-Americano* (Madrid, 22 de enero de 1900, Año XVIII, No. 3, p. 26) la nota «Crónica España y América» de Francisco de Paula Flaquer, en donde literalmente se lee:

> *La importante Asociación Unión Ibero Americana propónese, con el apoyo del Gobierno, celebrar un Congreso social y económico en el próximo otoño, con la cooperación de los representantes de América que concurran á la Exposición Universal de París, y la de importantes personalidades de las naciones hispano-americanas. Al efecto, una comisión de dicha Sociedad, presidida por el Sr. Rodríguez San Pedro, conferenció con el Sr. Silvela, quien, aplaudiendo el pensamiento, ofreció someterlo al Consejo de Ministros, para que pueda realizarse convenientemente*.

El despacho de que informaba dicha nota, tuvo su fruto cuando, el 16 de abril, Francisco Silvela, ministro de Estado y presidente del Consejo de Ministro, firmaba el decreto de

creación de la Junta Suprema de Patronato y organización de dicho Congreso, el que fuera publicado en la *Gaceta de Madrid* al día siguiente. El Congreso formaba parte de la política de acercamiento entre España y América desarrollada en la última década del siglo XIX. Como resultado de la colaboración entre iniciativas privadas y públicas, se constituyó como un espacio de debate en el que, si bien la preocupación fundamental era el restablecimiento de las relaciones económicas, se discutieron todos los problemas relacionados con el hispanoamericanismo, sociales, económicos, financieros, políticos y culturales. Los actores involucrados tenían interés en trazar una línea de acción que hiciera viable las relaciones y fortaleciera los vínculos entre ambas regiones.

En efecto, la finalización de la Exposición Universal de París el 12 de noviembre favoreció para que los países americanos tuvieran destacados representantes, pues numerosas personalidades que asistían pudieron en esos días trasladarse a Madrid e incorporarse al Congreso. Así, entre los hispanoamericanos figuraron, como presidentes honorarios, el mexicano Justo Sierra, quien fuera el prologuista de *Peregrinaciones* (1901), y Rafael Zaldívar, expresidente de El Salvador; como secretario del Congreso, César Zumeta, escritor venezolano autor de *El continente enfermo*, quien según Darío *merece un renombre superior al que ha logrado por su labor sociológica* (DARÍO, 2001: 93); en las comisiones, el filósofo peruano Alejandro Deustua, vicepresidente en la Comisión de Arbitraje, y Emilio Mitre, Director de *La Nación*, vicepresidente en la Comisión de Prensa.

Rubén había abandonado España a mediados de abril, para asistir a la Exposición Universal, que se desarrolló en París entre el 15 de abril y el 12 de noviembre; permanece hasta el 11 noviembre, cuando toma rumbo a Italia. Por ende, no estuvo presente durante el Congreso. La representación nicaragüense que asistió estuvo integrada por Teófilo Manzano Torres, Crisanto Medina y el doctor Miguel Velas-

co y Velasco. La *Unión Ibero-Americana* incluyó en su edición del 10 de noviembre, suplemento al No. 177, una nota de presentación por cada integrante de las distintas delegaciones asistentes, incluyendo la de Nicaragua, en las páginas 5 y 6, información prácticamente desconocida en el país. Relativa a Teófilo Manzano Torres y a Miguel Velasco y Velasco, carecemos de mayos información. Por su interés, se transcriben a continuación dichas notas. Teófilo Manzano Torres, quien fungió como uno de los vicepresidentes de la Mesa de Enseñanza en el Congreso:

> *Es el Sr. Manzano Torres el Secretario de la Legación de Nicaragua acreditado cerca de los gobiernos de Inglaterra, Francia y España. Diplomático joven y de gran cultura y perspicacia, pertenece a esa nueva generación de su país que tan alto coloca el nombro de su país en Europa. Ha sido condecorado por el gobierno Francés con la cruz de la Legión de Honor y por el nuestro con la de Carlos III. Saludamos al Sr. Manzano como a uno de los más ilustres Congresistas con cuya visita nos honramos.*

Don Crisanto Medina Salazar (1839-1911), personaje que sentía una gran antipatía por Darío debido, según Vargas Vila, a que *odiaba a todos los hombres inteligentes* creyendo que porque éstos lo eran no lo era él (VARGAS VILA, 1954: 116-117), y a quien el poeta describe como *antiguo diplomático de pocas luces, pero de mucho mundo y práctica en los asuntos de su incumbencia* (DARÍO, 1915: 245). Fue Ministro de Nicaragua ante Francia, Gran Bretaña y España y representante de Nicaragua en los procesos arbitrales limítrofes frente a Honduras, ante el Rey de España Alfonso XIII, y frente a Costa Rica y Colombia, ante el presidente de Francia Emile Loubet. Concurrió como Cónsul de Nicaragua a la Exposición Universal de París, evento para el que escribió *Le Nicaragua en 1900* (Paris, Société Anonyme de l'Imprimerie Kugelmann, 1900), folleto que fue comentado en el No. 174 de *Unión Ibero-Americana*, del 15 septiembre de 1900, páginas 6 y 7;

posteriormente se trasladó a Madrid para asistir al Congreso, hallándose presente desde la sesión preparatoria del 9 de noviembre, donde fue nombrado como uno de los presidentes honorarios.

> *Es el Excmo. Sr. D. Crisanto Medina una de las figuras más salientes que honrarán la representación de la América latina en la gran Asamblea que la raza ibérica en sus diferentes ramas está celebrando en los actuales momentos, movida por un instinto de defensa de sus intereses y de su alta significación en el mundo*.
>
> *Y la valía de tal personaje se acrecienta al considerarse lo mucho que una magna labor ya realizada permite esperar para el porvenir. Pues importa saber que el distinguido personaje cuya silueta a grandes rasgos trazamos, pertenece a la carrera diplomática hará veintiséis años, habiendo tenido ocasión de dar prueba de sus relevantes aptitudes en el cargo de Comisario general de Nicaragua en las últimas tres Exposiciones de París. El distinguido Representante de Nicaragua en París, Londres y Madrid, es también un notable publicista, ofreciéndonos un perfecto resumen de los progresos de su patria en el folleto* La Nicaragua en París.
>
> *Los Gobiernos cerca de los cuales ostentó la representación de su patria D. Crisanto Medina, premiaron la solicitud y noble interés revelados en el desempeño de su cargo, confiriéndosele por parte de Francia y España las dignidades de* Gran Oficial de la Legión de Honor *y* Comendador por dos veces de Isabel la Católica. *Hombres como D. Crisanto Medina están llamados a ser uno de los más firmes pilares de la gran obra de la confraternidad hispano-americana*.

Doctor Miguel Velasco y Velasco, quien fungió como uno de los vicepresidentes de la Mesa de Ciencias en el Congreso: *El Doctor Velasco es un médico eminente, de reconocida*

fama en todo el Centro de América, habiéndose dedicado durante muchos años al ejercicio del profesorado. Su Gobierno le ha utilizado varías veces, haciéndole representar a Nicaragua en Congresos y Asambleas de carácter internacional. Durante algún tiempo fue Ministro Plenipotenciario de Nicaragua en los Estados Unidos del Norte de América. Es el Doctor Velasco una personalidad honorable, cuyos conocimientos y experiencia le dan un relieve singular entre los Representantes que América nos envía.

Los fines del Congreso, según se estipuló en el Reglamento redactado para administrar la realización del mismo, era *estrechar las relaciones entre España, Portugal y la América latina, en todos los órdenes de la vida intelectual y material* de estas naciones (CONGRESO, 1902: 8). Para ello se estableció la constitución de once comisiones de trabajo: Arbitrajes; Jurisprudencia y Legislación; Economía pública; Ciencias; Letras y Artes; Enseñanza; Relaciones comerciales; Transportes, Correos y Telégrafos; Exposiciones permanentes; Relaciones bancarias y bursátiles, y Prensa (CONGRESO, 1902: 10-11). A la vez, se establecieron los temas que serían el contenido de trabajo de estas comisiones (CONGRESO, 1902: 9-10) y las miras aspiradas, a saber:

> 1. *el fomento de una gran corriente de opinión que induzca a los gobiernos de dichos estados a realizar alianzas, que permitan resolver los problemas interestatales por medio de tribunales arbitrales*;
>
> 2. *la manera y procedimiento para armonizar y* dar una dirección fija y determinada *al Derecho público y privado de los estados,* de tal suerte que, siendo unos mismos los principios generales y las bases que informen los Códigos, pueda llegarse a unificarlos en cuanto las circunstancias especiales de cada nación lo consientan;
>
> 3. *el problema de las migraciones*;
>
> 4. *las formas para facilitar el acceso a* las obras y

descubrimientos científicos *de dichas naciones, y adquieran* fácil y rápido desarrollo, garantizando los intereses de autores e inventores eficazmente y de las marcas de fábrica y d comercio, a fin de que los adelantos de estos pueblos se utilicen preferentemente por ellos mismos;

5. *la unidad y conservación del idioma español, la protección de los derechos de* la propiedad literaria y artística *y procura de que las ediciones de libro en español se hagan en territorios que hablan este idioma*;

6. *la unificación de los planes de enseñanza, validación recíproca de los títulos profesionales entre las naciones, y creación de museos pedagógicos internacionales de ciencias, letras, artes y oficios*;

7. *la adecuación de las legislaciones internas* para que los tratados internacionales respondan a las necesidades comunes, *ampliando las relaciones económicas entre estas naciones*;

8. *el estudiar de tratados de comercio, franquicias, comunicaciones y transportes, con miras a la unificación de los requerimientos en estas actividades*;

9. *el establecimiento de exposiciones permanentes internacionales de obras científicas, literarias, artísticas, catálogos y muestras de productos y manufacturas de estas naciones,* para evidenciar los adelantos y elementos de riqueza de cada país y dar mayor amplitud al comercio, haciendo más íntimo y provechoso el contacto entre productores y consumidores;

10. *la creación* Bancos generales iberoamericanos, *con sucursales y delegaciones en todas estas naciones,* que faciliten los giros y transacciones mercantiles; *la cuestión monetaria y los medios para que puedan participar todos estas pueblos en las bolsas de valores de cada país*;

11. *las facilidades necesarias para el desarrollo y ampliación del intercambio de prensa y el fomento de las relaciones entre los periodistas*.

El semanario bonaerense *Caras y Caretas* —al que entregó Darío en 1912 las páginas autobiográficas que conformaron posteriormente *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*—, en los números de diciembre, dedicó la sección «Actualidad Española» a noticias y fotografías referente al Congreso. El 1 de diciembre, en el No. 113, se publica el artículo «El viaje del duque de Alba —Congreso Hispano-Americano» en que alude a la atención que debe estársele prestando desde Estados Unidos: *Aunque el resultado de la referida asamblea efectuada en Madrid, parezca un poco platónico a primera vista, a los avisados yankees no se les han ocultado todas las consecuencias positivas que en lo porvenir puede esperarse del congreso, y la importancia moral que actualmente todos le reconocen*.

El 15 de diciembre de 1900, el mismo semanario publicó la noticia y fotografía de la sesión inaugural del Congreso, la cual se llevó a cabo en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales.

Concluido el Congreso, en el número 178 de *Unión Ibero-Americana*, del 30 de noviembre, se compilaron las opiniones de algunos de los representantes acerca del éxito obtenido en el Congreso, en particular con mira al futuro. Entre los consultados estuvieron Teófilo Manzano y Miguel Velasco. El primero adujo que éste *será satisfactorio en un tiempo más o menos lejano, porque se han echado los cimientos del grandioso edificio que constituirá la unión, y, por consiguiente, el progreso de nuestra raza*; el segundo externó *la esperanza de que el éxito final, en un tiempo más o menos próximo, será aquel que todos anhelamos, así españoles como hispano-americanos; pues van en ello todos nuestros grandes intereses de prosperidad social, de conveniencias económicas y de seguridad de nuestra raza*.

El madrileño almanaque ilustrado *Blanco y Negro,* le prestó

principalmente atención gráfica. En el número 497, del sábado 10 de noviembre de 1900, día de la inauguración del Congreso, reprodujo dos fotografías, de la Junta Organizadora, presidida por el Sr. Faustino Rodríguez Sampedro, presidente de la Sociedad Unión Iberoamericana, y de la Comisión de Jurisprudencia, presidida por el Sr. Groizard. Posteriormente, en el número 498, del sábado 17 de noviembre, incluyó dos fotografías más, la primera, de la sesión inaugural, verificada en la tarde del 10 de noviembre en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, y la segunda, fotografía de grupo con delegados de las repúblicas sudamericanos. En el número 499, del sábado 24 de noviembre, bajo el título «Congreso Hispano-Americano 1900», en tres de sus páginas se reproduce un total de 27 fotografías de los representantes de delegaciones oficiales que asistieron al homenaje que les ofreció el día 20 recién pasado; las fotografía fueron tomadas por danés Christian Franzen y Nisser (1864-1923), quien

Fotografía de la Solemne Sesión Inaugural del Congreso Social y Económico Hispano-Americano, Madrid 10 de noviembre de 1900, Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, reproducida en *Caras y Caretas*, No. 115, con fecha 15 de diciembre de 1900.

desarrollaba su labor en Madrid. Finalmente, en el No. 500, del sábado 1 de diciembre, reproduce una nota con el título «Congreso Hispano-Americano», en la cual se valora el evento y elogia el entusiasmo y constancia mostrada por los organizadores, particularmente del señor Faustino Rodríguez San Pedro, presidente de la Sociedad *Unión Iberoamericana*, del secretario, Jesús Pando y Valle y el publicista Luis de Armiñán, ilustrando la página con la fotografía de estos. Expresa dicha nota:

> *El ideal de la unión iberoamericana puede considerarse un hecho. Era una aspiración acariciada por los españoles de allá y los españoles de aquí, aspiración que para traducirse en realidad no necesitaba más que un punto de partida. Las sesiones del Congreso lo han establecido cumplidamente, puesto que de todas las Repúblicas latinas han acudido al llamamiento ilustres representaciones nacionales, que con perfecta armonía de criterio establecieron las bases de concordia sobre las cuales debe elevarse el edificio espléndido de la unión. Con entusiasmo digno de la causa han contribuido a la obra cuantos en ella tomaron parte, y en todos los discursos y en todas las soluciones puestas a discusión háse visto el deseo unánime de facilitar la anhelada tarea*.
>
> Blanco y Negro *se ha honrado al seguir en sus páginas el movimiento importantísimo de esta labor de paz y de grandeza que tan brillantemente ha inaugurado el reciente Congreso* [...] *Todos pueden estar satisfechos de la obra realizada; no era de esperar en tan poco tiempo un resultado tan positivo, y aunque de las brillantes sesiones del Congreso no se obtengan soluciones inmediatas, es indudable que han quedado establecidos los sólidos cimientos sobre los cuales se elevará muy pronto el hermoso edificio que ha de ser base firme de nueva grandeza, de nuevo esplendor, de nuevo poderío*.

Por su parte el semanario bonaerense *Caras y Caretas,*

No. 117, tomo correspondiente al cuarto trimestre del año 1900, con fecha 29 de diciembre de 1900, reprodujo en la sección «Actualidad Española» fotografías delegados oficiales de diferentes países hispanoamericanos al Congreso, treinta de ellos entre los que figuran tres integrantes de la delegación nicaragüense, y refiriéndose a los debates y acuerdos que se llevaron a cabo, valora: *El mes pasado celebró sus sesiones en Madrid el primer Congreso Iberoamericano, reunión importante, más para lo futuro que en el presente, y a la cual enviaron representantes todos los países de la América Española, menos Bolivia* [...] *Todas las deliberaciones y acuerdos del Congreso han sido importantes, pero la parte que más ha llamado la atención, no sólo en España y en la América latina, sino también en el resto de Europa y principalmente en los Estados Unidos, es la que se refiere a las relaciones que deben tener entre sí y con España las naciones americanas*.

II

Las relaciones entre España e Hispanoamérica estuvieron marcadas por la tensión y la ruptura durante el siglo XIX. La conmoción finisecular hispánica da lugar a que el siglo XX despunte con la apertura al diálogo entre ambas regiones, bien que antecedido por iniciativas de acercamiento en los últimos decenios. Uno de los principales instrumentos que la política hispanoamericanista, dirigida a fomentar este acercamiento, produjo, fue el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de noviembre de 1900.

El Congreso fue objeto de valores disímiles. El académico Ricardo Beltrán y Rózpide, juzgó provechosa su realización, pero, es evidente, el desafío mayor viene después: *Elocuentes discursos se oyeron, y adoptáronse acuerdos que, llevados a la práctica, habrían de aproximarnos ciertamente al ideal que perseguimos*, afirma (BELTRÁN Y RÓZPIDE, 1901: 7). Es, no obstante, apenas pasados dos meses, prematuro para juzgar su implementación. Manuel Ugarte, junto a quien Darío asistió

en París a reuniones socialistas y anarquistas y en cuya labor de periodista descubría una loable tendencia a la literatura de ideas (DARÍO, 1903: I-VI), en el artículo «La defensa latina», escrito en París el 5 de octubre de 1901 y reproducido en *El País,* Buenos Aires, 9 de noviembre de 1901, alude al Congreso al afirmar:

> *El congreso hispanoamericano que se reunió hace un año en Madrid no resolvió ninguno de los problemas que nos interesan, pero tuvo, por lo menos, el mérito de exteriorizar la buena armonía que nos une. Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos, son entre los gobiernos* (UGARTE, 1978: 4).

La lección aprendida, más que orientada a la eficacia del instrumento impulsado para el restablecimiento de las relaciones entre España e Hispanoamérica, es la constatación de que, *en el camino hacia el mismo ideal*, llámese unidad, solidaridad o integración, los obstáculos no son insuperables, de que la unidad latinoamericana es posible.

Claro está que el propósito del Congreso no era resolver de hecho los problemas de interés, sino llevar a cabo deliberaciones y tomar acuerdos como mira a su solución para, paso siguiente, transmitirlos a los gobiernos e instancias correspondientes y tuviese ahí el curso pertinente. De hecho, en el Reglamento redactado se indicaba que su objeto era *el estudio y discusión de los diversos temas acordados* (CONGRESO, 1902: 8). Asimismo, Rafael de Labra, en el discurso pronunciado durante la inauguración del evento, hace referencia a que, aunque se trate de un Congreso patrocinado por el

Gobierno de España y desenvuelto *en medio de la simpatía* de los gobiernos hispanoamericanos, los congresistas asistieron sin que los gobiernos respectivos les otorgaran carácter diplomático, ni entender que por su intervención en los debates y votaciones dichos gobiernos se comprometía a cosa alguna, además que hubo participación de organizaciones independientes.

> *De suerte que aquí* —aduce Labra refiriéndose al rol de los congresistas— *no tenemos más compromisos que el de nuestras personales opiniones y el de afirmar lo que la ciencia y la experiencia de hombres dedicados al trato del Mundo y al conocimiento de los principios del Derecho, puedan determinar en un momento crítico para toda la vida hispano-americana* [...al estar abocados a la búsqueda de] *fórmulas dentro de las exigencias del tiempo y sobre la base de la independencia y plena soberanía de las naciones* (CONGRESO, 1902: 46 y 53).

Por ende, las deliberaciones, recomendaciones y acuerdos producidos durante el Congreso, no adquirían carácter vinculante para los estados. *Nosotros* —prosigue— *no haremos más que votar y recomendar a los Gobiernos, y sobre todo a la opinión pública, como hombres honrados y que se dan buena cuenta de lo que pasa dentro y fuera del mundo hispano-americano, lo que nos parezca oportuno y provechoso, esperando que esa opinión decida e imponga, al fin, una solución que importa asegurar para la felicidad de nuestra familia y a la postre para tranquilidad del Mundo* (CONGRESO, 1902: 47).

Así, pues, *España fue una amenaza para América mientras en América poseyó colonias*, para decirlo con frase de Rufino Blanco-Fombona (2004: 49), con quien Darío tuvo discrepancia cuando éste difundió el poema «Salutación al Águila» a raíz de la III Conferencia Panamericana de Río de Janeiro (21 de julio-27 de agosto de 1906), y que, habiéndole remitido Blanco-Fombona carta recriminatoria, el poeta respondió por medio de otra datada 17 de agosto de 1906, con la

conocida frase: «Lo cortés no quita lo Cóndor» (DARÍO, 2000: 240). Tiempo después Blanco-Fombona reconoció que Rubén *sabía tornear sus argumentos con discreción diplomática, sin cejar en sus ideas ni menospreciar las del oponente* (BLANCO-FOMBONA, 2004: 142).

Cancelada la dominación hispana, la peligrosidad procede de la consolidación de EE.UU. como potencia y su política exterior crecientemente expansionista, la que ya había sido intuida en los momentos de la independencia y evidenciada en la segunda mitad del siglo, pero acentuada en 1898 y, de modo inmediato, con el episodio de Panamá en 1903, este último abiertamente admitido por el entonces presidente de aquella nación, Teodoro Roosevelt, en pronunciamiento del 3 de noviembre del mimo año, dio motivo a Darío para escribir el poema-respuesta «A Roosevelt» en enero de 1904. Como es de esperarse, de los acuerdos y resoluciones salidos del Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900 solo algunos llegaron a mayor efecto, pero, de por sí ellos, en virtud de las deliberaciones y debates desarrollados, eran ya un progreso en el tratamiento de temas que eran de interés común y modernizadores en el ámbitos de las relaciones entre los estados, al punto de que el Congreso, en palabras de José Carlos Mainer, se *convirtió en hito fundamental del hispanoamericanismo*.

Referencias bibliográficas

ABELLAN, JOSÉ LUIS (2007), «España-América Latina (1900-1940): La consolidación de una solidaridad». En: *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, pp. 15-32.

ARENAL, Celestino del (2011), *Política exterior de España y relaciones con América Latina. Iberoamericanidad, europeización y atlantismo en la política exterior española.* Madrid, Fundación Carolina / Siglo XXI de España Editores.

BELTRÁN Y RÓZPIDE, Ricardo (1904), *Los pueblos hispanoamericanos en el siglo XX*. Madrid, Imprenta de Adminis-

tración Militar.

BLANCO-FOMBONA, Rufino (2004), *Hombres y libros*. Selección y prólogo Oscar Rodríguez Ortiz. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

COLOMBI, Beatriz (2003), «Retóricas del viaje a España (1800-1900)». En: *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*. No. 9, pp. 119-133.

CONGRESO (1902), *Congreso Social y Económico Hispano-Americano reunido en Madrid el año 1900*. Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández.

DARÍO, Rubén (1900), Carta de Rubén Darío a Miguel de Unamuno. Madrid, 7 de febrero de 1900. Repositorio Documental de la Universidad de Salamanca.

_____ (1901), *Peregrinaciones*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret.

_____ (1903), Prólogo a *Crónicas del bulevar*, de Manuel Ugarte (París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores).

_____ (1915), *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona, Maucci.

_____ (1917a), *Los raros*. Madrid, Mundo Latino.

_____ (1917b), *Prosa dispersa*. Madrid, Mundo Latino.

_____ (1934), *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*. Edición de Raúl Silva Castro. Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile.

_____ (1938), *Escritos inéditos de Rubén Darío*. Compilación y edición de E. K. Mapes. New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

_____ (1968), *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*. Volumen I. Edición, compilación y notas de Pedro Luis Barcia. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

_____ (1977), *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*. Volumen II. Edición, compilación y notas de Pedro Luis Barcia. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

_____ (1987), *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Managua, Nueva Nicaragua.

_____ (1990), *Opiniones*. Managua, Nueva Nicaragua.

_____ (1998), *España contemporánea*. Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

_____ (2000), *Cartas desconocidas de Rubén Darío*. Compilación general José Jirón Terán; Cronología Julio Valle-Castillo; Introducción, selección y notas Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

_____ (2001), *La caravana pasa*. Libro tercero. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Tranvía.

_____ (2004), *La caravana pasa*. Libros cuarto y quinto. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Tranvía.

_____ (2010), *Escritos políticos*. Selección, estudios y notas Jorge Eduardo Arellano y Pablo Kraudy Medina. Managua, Banco Central de Nicaragua.

_____ (2011), *Crónicas desconocidas 1906-1914*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

GARCÍA, Ignacio (2002), «Rubén Darío y Francisco Grandmontagne en el Buenos Aires de 1898. La redefinición de los conceptos de hispanismo en América y de americanismo en España». En: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVIII, No. 198, enero-marzo, pp. 49-66.

GHIRALDO, Alberto (1943), *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Editorial Losada.

LABRA, Rafael María de (1906), *El problema Hispano-Americano*. Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández.

RAMA, Carlos (1982), *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica.

SEPÚLVEDA, Isidro (2005), *El sueño de la Madre Patria. Hispanismo y nacionalismo*. Madrid, Fundación Carolina /

Marcial Pons, Ediciones de Historia.

SCHMIGALLE, Günther (2003), «Más apreciaciones sobre la imagen de España en Rubén Darío». En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. *32*, pp. 153 - 163.

SOLAR, Alberto del (1898), *La Doctrina de Monroe y la América Latina*. Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Pauser.

SUÁREZ, Ana (1998), «La España de fin de siglo en Rubén Darío (*España Contemporánea*)». En: *Rubén Darío y el arte de la prosa*. Actas del XI Congreso de Literatura Española Contemporánea. Edición dirigida por Cristóbal Cuevas García. España, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea.

UGARTE, Manuel (1978), *La nación latinoamericana*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

VARGAS VILA, José María (1954), *Rubén Darío*. México Editorial «Don Quijote».

ZEA, Leopoldo (1984), *Filosofía de lo americano*. México, Editorial Nueva Imagen.

Blanco y Negro, Almanaque Ilustrado 1900. En segunda fila, los delegados por Nicaragua, Teófilo Manzano Torres, Crisanto Medina y Miguel Velasco Velasco..

Rubén Darío: lírico perdurable de nuestra lengua

(Sobre *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas*)

Jorge Eduardo Arellano

1. Dos autoantologías y la encuesta de *Ánthropos* (1997)

> La sazón del otoño dariano se dio, lúcida y acogedora, en *Cantos de vida y esperanza*, que certifican la calidad del mayor poeta de nuestra América. Su *intenso amor a lo absoluto de la Belleza* justifica la imposición al creador sobre las miserias cotidianas, afirmando la conciencia del hombre en la historia secular de las letras españolas. En este libro se impuso entre los líricos perdurables de la lengua.
>
> Juan Carlos Ghiano
>
> [Análisis de *Cantos de vida y esperanza*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, p. 10].

DE LAS tres fundamentales obras poemáticas de Rubén Darío, el crítico español Andrés González Blanco (1886-1924) eligió cuatro piezas de *Azul...* (1888, 1890, 1905), catorce de *Prosas profanas y otros poemas* (1896, 1901) y treinta y cinco de *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas* (1905) para incorporarlos a la primera antología en verso del nicaragüense universal. Consistía ésta en el segundo tomo de tres, bajo el título general de *Obras escogidas,* de *Poesías* (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1910). El primero comprendió un extenso estudio crítico del mismo González Blanco y el tercero una brevísima muestra

de su prosa. Los tres volúmenes carecían de calidad tipográfica[1].

Prescindiendo de los poemas de *Azul...* y de los dispersos en publicaciones periódicas antes de 1891, en su segunda antología —organizada por Darío en tres volúmenes— los seleccionados de *Cantos de vida y esperanza* (en adelante *CVE*) fueron cincuenta y cinco, distribuidos de esta forma: diecisiete en *Muy siglo XVIII* (1914), dieciséis en *Muy antiguo y muy moderno* (1915) y veintidós en el póstumo *Y una sed de ilusiones infinita* (1916). No en vano los títulos procedían de la tercera estrofa del poema inicial de *CVE,* «Yo soy aquel que ayer no más decía»:

> *y muy siglo diez y ocho y muy antiguo*
> *y muy moderno*; audaz, cosmopolita;
> con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
> *y una sed de ilusiones infinita*.

Como se ve, casi toda su tercera obra —55 de 59 piezas— consideró imprescindible incluirla en esa selección representativa de su poesía legada a la posteridad. La Biblioteca Corona, también madrileña, fue la editorial que le dio acogida y difusión lujosa[2].

Esta autovaloración que Darío hizo de *CVE,* al final de su existencia, no era gratuita. Porque dicha obra constituía una «summa», como afirmaban los medioevales: suma de su mundo poético, variadísimo y unitario a la vez. A partir de la actualización de los pre-clásicos y la asimilación de los

1 Julio Saavedra Molina: *Bibliografía de Rubén Darío.* Santiago de Chile, Edición de la «Revista Chilena de Historia y Geografía», 1945, pp. 54-55. Darío «no tuvo más intervención, según parece, que la de *mal vender la edición* [de *Obras escogidas*], como dice en la carta a S[antiago] Argüello del 12-I-1909».

2 Ibid., pp. 63, 66 y 67. «Es edición de lujo impresa a dos tintas en buen papel *vergé,* con mayúsculas decoradas y ribetes de color en cada página. El colorido de cada tomo es diferente: rojo en el I, morado en el II, verde en el IV».

clásicos españoles, Darío transformaba la lírica que le precedía de nuestra lengua en multicorde y multiforme, gestando una tradición de ruptura y de avanzada. Y esta transformación la protagonizó al incorporar diversas corrientes europeas del siglo XIX, superando y yendo más allá del movimiento modernista encabezado por él en América Latina, o más exactamente en el cono Sur: Chile y Argentina.

Así se apropió de ciertos elementos renacentistas, del romanticismo aliviado de llanto y pesimismo; del realismo matizado de fantasía; del naturalismo limpio de crudeza y obscenidad; del parnasianismo y su marmórea precisión y nitidez; del simbolismo y su belleza ideal; del impresionismo con sus trasposiciones pictóricas, por ejemplo. Más claro lo señala Pablo Antonio Cuadra al reconocer en Darío la voz más alta, profunda y ecuménica del modernismo latinoamericano y del hispano: el proceso que se gestó en una gran nación europea durante el siglo XIX —alude a Francia— desde el romántico Víctor Hugo hasta el vanguardista Guillaume Apollinaire —por obra de poetas como Nerval y Gautier, Baudelaire y Leconte de Lisle, Verlaine y Mallarmé—, Darío lo lleva a cabo personalmente en el idioma español. Y su cima correspondió a *CVE.* Por eso el mismo Pablo Antonio recordaba que en París, hacia la mitad del siglo pasado, una editorial publicó un título: *Los libros que forjaron el siglo XX.* Entre esos libros figuraba *CVE*[3].

¿Y en España? ¿Hasta qué punto Rubén Darío es hoy, entre los poetas vivos españoles, un maestro vigente? Este fue el objetivo de la encuesta a cincuenta de ellos —de la generación del 27 a nuestros días—, iniciativa de Manuel Mantero y Antonio Acereda.[4] Una de las preguntas claves

3 Pablo Antonio Cuadra: «*Cantos de vida y esperanza,* un libro que forjó un siglo». *El Pez y la Serpiente* [Managua], núm. 39, enero-febrero, 2001, p. 97.

4 En su carácter de coordinadores del número doble de la revista *Ánthropos* de Barcelona (enero-abril, 1997), consagrado al autor de *CVE.*

que enviaron por escrito fue: *¿Qué libro y qué poema de Rubén escogería usted?* Treinta y tres poetas eligieron *CVE*; y los restantes, *Prosas profanas* y *Azul...* Entre los poemas once optaron por «Lo fatal»; otros prefirieron diez poemas más de *CVE,* en este orden cuantitativo: «Salutación del optimista», «Yo soy aquel que ayer no más decía», «Marcha triunfal», «Letanía de Nuestro Señor don Quijote», «Carne, celeste carne de la mujer. Ambrosía», «¡Torres de Dios!, ¡Poetas!», el primer «Nocturno», «Phocas el campesino», «Spes» y «Leda».

He aquí veinticinco de esos poetas para quienes la obra de Darío constituye una herencia viva (enumerados por orden alfabético de sus apellidos): Francisco Acuyo, Pureza Canelo, Guillermo Carnero, Antonio Colinas, José Corredor-Matheos, Victoriano Cremer, Aquilino Duque, J. Font-Espina, Antonio Gamoneda, José Luis García Martín, Manuel García Viñó, Lorenzo Gomis, Jesús Hilario Tundidor, José Infante, Julio Maruri, Luis Jiménez Martos, Rafael Morales, Carlos Murciano, Jorge Justo Padrón, Fernando Quiñones, Carlos de la Rica, Antonio Rodríguez Jiménez, Jorge Urrutia, Jordi Virallonga y Pere Gimferrer.

El último —deslumbrado a partir de los años sesenta del siglo XX por la lectura de Darío—, estima al nicaragüense «el poeta más naturalmente dotado que ha tenido el castellano desde Lope de Vega, y el único capaz de igualar no solo al Lope lírico, sino también a quienes con él se miden en el panteón de nuestros clásicos, esto es, a Góngora o a Quevedo o al fundador Garcilaso».[5] Gimferrer llega incluso a relacionarlo con los genios representativos de las lenguas italiana e inglesa:

> *No lo comparé a la ligera con Dante o con Shakespeare; tiene con ellos en común no sólo la grandeza expresiva de sus mejores pasajes, sino también este don a la vez de abarcamiento universal y de síntesis suprema* —enciclo-

5 Pere Gimferrer: «Introducción», en Rubén Darío: *Poesía*, Barcelona, Planeta, 1987, p. xv.

> pedia y microcosmos— *que, en algún verso memorable, podrá cifrar todo lo visible e invisible. Como Shakespeare o Dante, Rubén Darío es muchos hombres, y muchos poetas comprimidos en la tersa y tensa unidad final del verso*.[6]

Sin embargo, la seducción que ha demostrado Gimferrer por Rubén Darío no lo conduce a la desmesura: «El genio expresivo que en los mejores poemas o versos de Darío se manifiesta es tan altamente inexplicable como el que sustenta los más celebrados pasajes de Dante o de Shakespeare; no ha producido una obra conjunta comparable a la de éstos, pero sí ha dado, como ellos, líneas y páginas que se sitúan en el límite de lo accesible a la perfección literaria. Nada hay, en verso castellano, que vaya más lejos que Rubén».[7]

2. La voluntad de renovar el idioma español

> Jamás poeta alguno puso tanta belleza en nuestros sueños, tanta armonía en nuestras quimeras, tanta música en nuestra alma, tanto dolor profundo de nuestro corazón. Ningún poeta, en el idioma español, fue tan hondo y tan humano como él. Y ninguno se acercó a aquella cumbre de belleza a que él llegara en sus *Cantos de vida y esperanza.*
>
> Manuel Gálvez
>
> [*Recuerdos de la vida literaria* (1900-1910). Amigos y maestros de mi juventud. Buenos Aires, Editorial Kraff, 1944, p. 252].

He ahí este reconocimiento a Rubén Darío y a su poemario cimero, suscrito por un olvidado novelista latinoamericano: Manuel Gálvez (1882-1962), uno de los representantes del realismo argentino. Desde luego, Gálvez había sido

6 Ibid. p. xxi.

7 Ibid., p. xvi.

admirador constante del nicaragüense desde su juventud y uno de sus amigos sinceros. Tal lo revelan las cartas que se intercambiaron. *A amigos como usted* —le escribió Darío en París el 15 de junio de 1911—*no se les puede olvidar. Mi largo silencio se lo explicarán los mil y un asuntos ajenos a la literatura, que me han tenido desde hace años en viajes largos y nuevas preocupaciones*.[8]

Otras preocupaciones —y no escasos viajes— había experimentado el autor del referido volumen de poesía, el primero que editó en España, a la que visitara también por vez primera como delegado oficial de su patria en 1892, con motivo de las fiestas del IV centenario de la empresa colombina. Nada diplomático, el joven de veinticinco años que era Darío, ya consagrado por su catapultante *Azul...*, escribió para *El Resumen* de Madrid y leyó en *El Ateneo* su brutal y desgarrado poema «A Colón», insólito anti-homenaje, depresivo para la obra civilizadora de España en América (*ojalá hubieran sido los hombres blancos / como los Atahualpas y Moctezumas*) y, al mismo tiempo, crítica de la realidad social y política de los países latinoamericanos durante el siglo XIX:

> *Cristo va por las calles flaco y enclenque*
> *Barrabás tiene esclavos y charreteras,*
> *y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque*
> *han visto engalonadas a las panteras*.

Y es que Darío, como intelectual formado en el liberalismo de tradición francesa, comprendía tanto la necesidad de haber buscado otros modelos distintos del español como el repudio al legado hispánico, tras el proceso independentista de América Latina. Comentando en 1882 la iniciativa de adoptar el texto de Gramática de la Real Academia Española para el estudio de *la bellísima y armoniosísima habla de Calderón*

8 Rubén Darío: *Cartas desconocidas.* Introducción, selección y notas: Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000, p. 321.

y de Cervantes, planteaba: *Desde que tenemos algún conocimiento del idioma en que escribimos hemos oído criticar la antigua gramática de la Real Academia Española*, reacia —según sus palabras— a *las nuevas ideas del siglo y a las diferencias remarcables* surgidas *aquende el Atlántico*.[9] Y puntualizaba:

> *Las emancipadas hijas de España han querido introducir los principios liberales, proclamados por ellas en política, aun en el lenguaje. Pero la Real Academia, más firme y poderosa que Fernando VII, no abdica de su poderío y está todavía ufana de que no se debe poner el sol en sus vastos dominios*.[10]

Adolescente aún, Darío sugería en el medio de su provinciano León, Nicaragua, una alternativa práctica: la convocatoria de *un gran congreso internacional lingüístico* —a celebrarse en Madrid— para discutir las reformas *dignas de ser admitidas en el idioma español, y que una Comisión de su seno escriba una gramática, la cual sería adoptada definitivamente por todos los países de habla española*.[11]. Ingenua, pero reveladora, dicha propuesta reflejaba precozmente en Darío una voluntad de renovar el idioma común de los peninsulares y americanos: programa a largo plazo de su poesía. Meses más tarde, tres antes de cumplir los dieciséis años, exponía la misma actitud en su composición recreativa «La poesía castellana» (San Salvador, octubre de 1882): 287 versos alusivos al tema desde el «Cantar de Mio Cid» hasta Ramón de Campoamor y, en el Nuevo Mundo, hasta la obra de *los Heredia, los Caro /los Palma y los Marroquín*, augurando a un poeta futuro —él mismo— capaz de ensalzar y purificar ...*la lozana /y armoniosa Poesía castellana.*[12]

---

9 Rubén Darío: «El idioma español», en *El Porvenir de Nicaragua* [Managua], núm. 17, 29 de abril, 1882.

10 Ibid.

11 Ibid.

12 Rubén Darío: «La poesía castellana», en *Poesías completas* (11ª ed.). Introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte [...] Madrid, Aguilar, 1968, p. 287.

Trazado y autoimpuesto desde entonces, ese destino lo llevaría a Chile y a la República Argentina para realizarlo; en el primer país, con *Azul...* (1888) y en el segundo con *Prosas profanas y otros poemas* (1896).

3. *Nada es extraño a mi yo*

> ...entre el 24 de junio de 1886, fecha en que desembarca en Valparaíso y el 9 de enero de 1889 en que retorna a su patria, aunque ya con la expectativa de Buenos Aires, no habrá camino que no explore, lección que no aprenda, descubrimiento artístico que no haga. Todo fue experimentado en menos de tres años: la poesía patriótica de entonación grandilocuente en el *Canto épico a las glorias de Chile;* las rimas becquerianas en *Otoñales;* la poesía satírica y realista descendiente de Campoamor, Núñez de Arce o de Bartrina en *Abrojos*; la poesía culta de inspiración americanista en los «Sonetos americanos»; el folletín romántico de *Emelina*; el cuento parisiense, el cuento realista y la poesía sensual en *Azul...*
>
> Ángel Rama
>
> [«Prólogo» a *Rubén Darío: Poesía.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. xviii].

Según palabras de Darío, este breviario *habría de conmover a la juventud intelectual de dos continentes* a partir de la *ècriture artiste* de sus modelos franceses que aplicó esplendorosamente. Mas dicha *ècriture* ya la había aprendido y ejercitado en su Nicaragua natal, donde se formó y forjó sus humanidades clásicas y neoclásicas. Y también en El Salvador, compartiendo adaptaciones métricas del francés —en concreto el alejandrino— con Francisco Gavidia (1863-1955).

De manera que, cuando llegó a Chile, Darío ya estaba suficientemente ducho para trasmutar en arte la *modernización* (el fenómeno económico del capitalismo mundial, impulsado por la emergente burguesía chilena vinculada a la industria del salitre) y plasmar, con sentido inaugural, la modernidad. En otras palabras: esa *experiencia histórica* de nuestro tiempo que Darío exalta y condena, disfruta y padece, sustentado en la crítica como orientación oculta, método y objetivo último de su creación.

Es esa realidad la que el joven veinteañero confronta y cuestiona a través de las piezas narrativas de *Azul...*, en los cuales se pronuncia contra la discriminación y la explotación, denunciando las condiciones del artista y del trabajador, condenados al destino de parias: viviendo bajo los signos de la pobreza, la soledad y la muerte. Con su actitud innovadora perfiló en *Azul...* lo que su admirador y hermano de ideales el cubano Julián del Casal (1863-1893) advertía en 1891: *una ferviente simpatía hacia los humildes, hacia los pequeños, hacia los desdichados. Los grandes de la tierra, salvo los artistas, sólo sirven de elementos para sus composiciones. Siente por ellos lo que el pintor por sus frascos de colores. Obsérvese también que está afiliado al socialismo artístico, por su odio agrio hacia el burgués.*[13] Diría, más bien, por su beligerante condena del filisteísmo de la sociedad burguesa, ejecutada con el arte paródico, irónico y protestatario de sus cuentos.

En cuanto a sus versos, ofrecía una visión del mundo que no era la sombría y maligna del romanticismo, sino una nueva y enérgica, luminosa y natural. Una visión o «contacto vivo con el objeto» —apunta el crítico uruguayo Ángel Rama— sin comprimir el subjetivismo inseparable del ser humano. Por eso, para el yo, el mundo se hace familiar y

13 Julián del Casal: «Rubén Darío: *Azul* y *A. de Gilbert*». *La Habana Literaria,* 15 de noviembre, 1891; compilado en *Prosas.* Tomo I. Edición del centenario. La Habana, Consejo Nacional de la Cultura, 1963, p. 70.

propio; compatibilidad y reconciliación que señalaría en el prólogo a su poemario *El Canto Errante* (1907): *He apartado, asimismo, como quiere Schopenhauer* —dijo— *mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que a mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño a mi yo. He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la Naturaleza y su inmenso misterio.*[14]

Asimismo, había cuestionado en *Azul...* la sociedad de su tiempo, a la que denunciaría no ya en otras ficciones, sino en un ensayo. Me refiero a uno de los que integró a su libro mistagógico *Los Raros* (1896), aparecido antes de *Prosas profanas* (que empezó a circular en las primeras semanas de 1897): su poemario más virtuoso y renovador. En dicho ensayo se identifica con uno de sus grandes «raros»: el dramaturgo noruego Heinrich Ibsen (1828-1906) —de acuerdo con Darío—, *hombre sano y fuerte*, *hermano de Shakespeare* y *uno de los que más hondamente ha escrutado la psique humana.*[15] En fin, el «Enorme Visionario de la Nieve», cuya militancia intelectual compartió Darío.

4. Convicciones y realizaciones en la cosmópolis sudamericana

> [Ibsen militó] contra los engaños sociales; contra los contrarios del ideal; contra los fariseos de la cosa pública; cuyo principal representante será siempre Pilatos; contra los jueces de la falsa justicia; los sacerdotes de los falsos sacerdocios; contra el capital cuyas monedas, si se rompiesen, como la hostia del cuento, derramarían sangre humana; con-

14 Rubén Darío: «Dilucidaciones», en *Poesía.* Prólogo: Ángel Rama. Edición: Ernesto Mejía Sánchez. Cronología: Julio Valle-Castillo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 304.

15 Rubén Darío: *Los Raros.* (2ª ed.) Barcelona, Maucci, 1905, p. 213.

> tra los errores del Estado; contra las ligas arraigadas desde siglos de ignominia para mal del hombre y aún daño de la misma naturaleza; contra la imbécil canalla apedreadora de profetas y adoradora de abominables becerros; contra lo que ha deformado y empequeñecido el cerebro de la mujer logrando convertirla en el transcurso de un inmemorial tiempo de oprobio, en ser inferior y pasivo; contra las mordazas y grillos de los sexos; contra el comercio infame, la política fangosa y el pensamiento prostituido...
>
> Rubén Darío
>
> *Los Raros*. [Buenos Aires, «La Vasconia», 1896].

Este párrafo antológico por su vigencia —como muchísimos otros— lo escribió su autor, no hay que olvidarlo, cuando consolidaba en Buenos Aires el movimiento modernista: primero de carácter estético surgido en la América española antes que en la antigua metrópoli. Sus dos libros bonaerenses lo sintetizaban, constituyendo devocionarios para su generación y la siguiente.

Los Raros era una colección de diecinueve ensayos —sobrecargados de erudición y entusiasmo creador— sobre igual número de maestros literarios: uno de lengua inglesa (Edgar Allan Poe), otro noruego que escribía en el idioma de su patria, similar al danés (el ya citado Ibsen), otro en portugués (Eugenio de Castro), otro en español (José Martí, el único latinoamericano) y catorce de expresión francesa. Como se ve, ninguno peninsular. Darío había pensado en Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), merecedor de tres artículos suyos, pero esta decisión era incompatible con sus convicciones ¿Cuáles? Él mismo postuló dos, con claridad meridiana, en otro artículo, pero de octubre, 1897, a un año

de la aparición de *Los Raros.* Esta obra panegírica de literatos afines y sustentada en copiosas fuentes —tanto originales como de segunda mano— difundía en español lo que consideraba en el Río de la Plata lo más moderno y valioso de la literatura de su tiempo.

La primera de sus convicciones correspondía a la indigencia mental, o atraso, de España; la segunda, a un desarrollo superior de las fuerzas productivas en Argentina que sustentaba un florecimiento intelectual. He aquí el párrafo en que fija ambas: «la innegable decadencia española —señalaba Darío— aumentó nuestro desvío, y el verdadero o aparente aire de protección mental y el desprecio que respecto al pensamiento de América manifestaban algunos escritores peninsulares, secó en absoluto nuestras simpatías y nos alejó un tanto de la antigua madre patria, por lo que la actual generación intelectual, los pensadores y artistas que hoy presentan el alma americana, tienen más relación con cualquiera de las naciones de Europa, que con España... *Al mismo tiempo en el Río de la Plata se realizaba el fenómeno sociológico del nacimiento de ciudades únicas, cosmopolitas y políglotas como este gran Buenos Aires, flor enorme de una raza futura. Y tuvimos que ser entonces políglotas y cosmopolitas y nos comenzó a venir un rayo de luz de todos los pueblos del mundo*»[16].

Pues bien, la cosmópolis sudamericana facilitó a Darío ejecutar *Prosas profanas*: todo un triunfo deslumbrante de la lucha intelectual que hubo de sostener, unido a sus compañeros y seguidores, *en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria.*[17] Así lo evocaría, en su «Historia de mis libros», destacan-

16 Rubén Darío: «María Guerrero», en *La Nación* (Buenos Aires), 12 de junio, 1897; inserto en Rubén Darío: *Escritos inéditos.* Recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por E. K. Mapes. New York, Instituto de las Españas, 1938, p. 125. El subrayado es nuestro.

17 Rubén Darío: *Historia de mis libros.* (Nota preliminar de Fidel Coloma). Managua, Nueva Nicaragua, 1988, p. 57-58.

do el valor del estudio y de la aplicación constante, el conocimiento del arte a que se consagraba[18]. *En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran don Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península egregios ingenios.*[19] En el fondo de su espíritu —puntualizaba— existía *el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto* [París]*, habría de tomar lo que contribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas.*[20]

Simultáneamente, *Prosas profanas* concretó la teoría poética de Darío. En este libro cardinal, si bien la poesía es ocupación —oficio, disciplina— en el lenguaje, es también visión totalizante de la realidad física y preocupación metafísica. *La renovación del estilo* (observa el crítico boliviano Oscar Rivera-Rodas) *se realiza tanto a nivel de expresión como a nivel de contenido.*[21] De ahí la errática afirmación de reducirlo a una dimensión formal y esteticista, en virtud de sus encantamientos musicales y logros expresivos. Y agrega: *Estética y ética, la nueva poesía no es sólo consecuencia de elaboración lingüística señalada por el poeta: atención a la melodía, que contribuye a la expresión rítmica, novedad en los adjetivos, estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo, aristocracia léxica; la poesía ahora es enfrentamiento con el mundo con la dualidad platónica que abarca el mundo intelligilis y sensibilis.*[22] En otras palabras, la cosmovisión de Darío reconoce al mundo sensible de las cosas —captados por lo órganos sensoriales— y el mundo inteligible de la mismas, aprehendido por la reflexión.

18 Ibid., p. 59.

19 Ibid., p. 61.

20 Ibid., p. 62.

21 Oscar Rivera-Rodas: *La Poesía Hispanoamericana del Siglo XIX* (Del romanticismo al modernismo). Madrid, Alhambra, 1988, p. 254.

22 Ibid.

5. Invención verbal y vertiente reflexiva

> La poética de Darío fue una y la misma a partir de *Azul...* En Rubén existió siempre una vena filosófica. Las diferencias son otras. Tal vez la verdadera diferencia que existe en uno y otro Darío reside en el acento puesto en la forma expresiva. Al principio, dominado por su inventiva verbal, subyugado por el descubrimiento del ritmo, dio rienda suelta a su genio prosódico y subordinó la filosofía al ritmo y al brillo lingüístico... Pero, bien examinados, los poemas de *Prosas profanas* revelan su filosofía.
>
> Ludovico Silva
>
> «Situación de Rubén Darío» (Prólogo a Rubén Darío: *Cuarenta y cinco poemas.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. vii-viii).

Siguiendo el análisis anterior, Darío presenta en *Prosas profanas* dos estructuras: una fenoménica que refleja las manifestaciones sensibles y otra profunda relativa a la inmanencia de las cosas. En esa dirección, su escritura muestra un discurso de la imagen (sensorial y descriptiva de los objetos) y un discurso de la idea (nocional, reflexivo, de juicio sobre la esencia de los objetos) porque la función de la poesía consiste en lograr la armonía entre la realidad sensorial y la realidad intelectual. Dicho con sus propios términos, Darío plantea que la palabra poética debe reflejar en su unidad del verbo e idea la perfecta correspondencia de la forma y el ser vital de las cosas. Reconoce que esto no siempre es posible, puesto que la esencia (el ser inmanente) de los objetos se muestra por lo general como enigma; cosmovisión enunciada en el poema más profundo del volumen de 1896, «Coloquio de los centauros»:

…Las cosas tienen un ser vital: las cosas
tienen raros aspectos, miradas misteriosas;
toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
en cada átomo existe un incógnito estigma;
cada hoja de cada árbol canta su propio cantar
y hay un alma en cada una de las gotas del mar.

Con igual intensidad, Darío plasma su concepción del mundo y su concepto de la poesía en *Cantos de vida y esperanza* (1905). Por tanto, realmente no existe una ruptura radical de ambos hilos conductores. A este respecto, el crítico español Alberto Acereda asegura que en algunos poemas de *Prosas profanas* «apunta ya la soledad del hombre como anuncio de *Cantos de vida y esperanza*, donde el poeta tendrá conciencia del tiempo efímero y aniquilador de la existencia»[23]. Y puntualiza que anticipa «muchas de las ideas y sentimientos que iba a propugnar después la filosofía existencial: Dios o la nada, la angustia o la duda, la vida o la muerte, la esperanza o el desencanto, el optimismo o el desasosiego».[24]

De esta manera, en *CVE* la poesía adquiere una función epistemológica al convertirse en instrumento de conocimiento. El volumen de 1905 configura plenamente la teoría poética de Darío a través de una mayor preocupación por hallar el sentido de la existencia humana, de su desconcierto angustioso y de su nuevo concepto de poeta: el pensante o —por citar el *cogito, ergo sum / pienso, luego existo* de Descartes— del poeta cogitante:

¡Ay, triste del que un día en su esfinge interior
pone los ojos e interroga! Está perdido.
¡Ay del que pide eurekas al placer o al dolor!
Dos dioses hay, y son: Ignorancia y Olvido.

23 Alberto Acereda: *Rubén Darío, poeta trágico / Una nueva visión.* Barcelona, Teide, 1992, p. 240.

24 Ibid.

6. «Antes o después de Rubén»

> Con Rubén Darío, el cetro de la poesía española pasó a América. Su poesía llena de esplendor nuestro tiempo, y quien dice su poema dice sus palabras. Ha sido la mayor influencia en la lengua poética desde Góngora. Quien sepa oír distinguirá fácilmente, entre los poetas contemporáneos, quienes escriben antes o después de Rubén, al igual que es muy fácil saber qué músicos han compuesto antes o después de Claude Debussy.
>
> Antonio Castro Leal
>
> («El español, instrumento de una cultura», *Memoria de El Colegio Nacional* [México], tomo VI, núms. 2 y 3, 1967-68)

Este juicio revela la proyección de Darío en la poesía finisecular de la lengua castellana con *Prosas profanas*, devocionario simbólico y signado exteriormente por una armónica orquestación y un refinamiento léxico que, en palabras de su autor, había renovado «el gusto y la forma y el vocabulario de nuestra poesía, encajonada en lo pedagógico clásico, anquilosada de Siglo de Oro o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas o baritonantes o campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados»[25].

Mayor repercusión tendría con *CVE*, cifra de su madurez y maestría, cuando ya miraba más al hombre que a la naturaleza, más al sujeto que al objeto, dejando atrás los alardes de pirotecnia aliterativa (*el ala aleve del leve abanico*, *la regia y pomposa rosa Pompadour*) de *Prosas profanas*. Ahora su aristocracia léxica es mesurada. Por ejemplo, en *CVE* apenas ofre-

25 Rubén Darío «Historia de mis libros», Op. cit., p. 84.

ce ocho helenismos: *crisálida, epifanía, estro, exégesis, filomela, gama, prora, sirte;* y veintiocho latinismos: *adusto, albo, ámbito, áureo, autumnal, bicorne, boreal, cornucopia, ebúrneo, fragancia, gélido, ignoto, ínclito, inconsútil, lustrar, melificar, nefando, numen, prístino, progenir, purpúreo, sacro, semen, subitáneo, término, ubérrimo, urna* y *veste.*

Las formas de galicismos sintácticos no presentan en *CVE* novedad alguna en relación a las obras precedentes. Por tanto, sus muestras son escasas. Apenas cuatro: el uso del artículo determinado con nombres de países: «el aire de *la* Francia («Al rey Óscar», v. 1), el uso de dos adverbios en *-mente*, unidos por la conjunción *y:* «...de envidiar *malamente* y *duramente...»* («¡Oh miseria de toda lucha por lo finito», v. 21); el uso de una *locución* francesa traducida literalmente al castellano, en lugar de su equivalente castellana: «¿Qué *signo haces,* oh Cisne?..., v. 1); y el uso adverbial del adjetivo *todo,* con el significado de entera o completamente: «era mi existencia *toda* blanca y rosada» («Allá lejos», v. 9).

En cuanto a galicismos, se han identificado en *CVE* pocos vocablos castellanos usados con significación francesa: *azur* («voy adelante... en el vasto *azur*), *lis* (los *lises* han de envidiar tu pureza estelar»), *palpitantes* (*palpitantes* ideas) y *revenir* por volver («gerifaltes de antaño *revienen* a los puños»). Por su lado, los vocablos franceses castellanizados se reducen a uno: *bebé* («lo arrulló como a un *bebé*) en «Canción de otoño en primavera», v. 30; y los sin castellanizar a dos: *bouquet* («mi rimado *bouquet*», v. 1), de «Ofrenda», y *sire* («*Sire* de ojos azules, gracias», v. 22) de «Al rey Óscar».

Pasando a los neologismos, disminuyen visiblemente. Unos corresponden a nombres derivados de sustantivos o nombres comunes: *canallocracia* («Letanía de Nuestro Señor don Quijote», v. 60) de *canalla*; *cerebración* («Soneto autumnal para el marqués de Bradomín», v. 7) de *cerebro;* y *Riflero* («A Roosevelt», v. 49) de *rifle.* Otros se derivan de nombre pro-

pio: *Hiperionida* («Helios», v. 6) de *Hiperión.* Y otros de verbos, como *ordeña* («Allá lejos», v. 7) de *ordeñar.*

Dos ejemplos de neologismos, en este caso adjetivos derivados de nombres, son *talismánico* («Salutación del optimista», v. 9) de *talismán:* «Encontramos de súbito, *talismánica*, pura, riente» y *tiarado* («En el país de las Alegorías», v. 3) de *tiara*: «Ante el *tiarado* Herodes». Dos más, derivados de nombre propio, corresponden a *triptolémico* («Salutación del optimista, v. 49) de *Triptolemo:* «Y el rumor de espigas que inició la labor *triptolémica*»; y *verleniana* («Yo soy aquel que ayer no más decía...», v. 42) de *Verlaine*: «Me encantó la marquesa *verleniana*». Y otro neologismo, o verbo derivado de nombre, es el siguiente: *aromar* («Los tres reyes magos», v. 5) de *aroma:* «-Yo soy Melchor. Mi mirra *aroma* todo».

Desde el punto de vista del yo poético, Darío mantiene en sus *CVE* sus maneras de *ver* el mundo, como lo ha especificado Salvador Aguado Andreut. Cabe aquí señalar solo una: *lo uno repartido en tres,* actitud presente desde sus primeros versos. Al mirar un objeto o una acción, el poeta indica los elementos que lo componen: esto es, distribuye y después reúne. O viceversa. «Resulta —señala el crítico español/ guatemalteco— que el número de la distribución es casi siempre *tres* y el de la recolección, inevitablemente, *uno*»[26]. Modo de ver que tiene sus raíces en la definición cristiana, concretada en el espíritu del catecismo católico: *en Dios hay tres y una sola naturaleza.*

Así lo confirman «Salutación del optimista» (vv. 37-38 y 51): «*tiene* su coro de vástagos, *altos, robustos y fuertes/ Únanse, brillen, secúndense*, tantos vigores dispersos (...) en *espíritu* unidos, en *espíritu y ansias y lengua*; «Letanía de Nuestro Señor don Quijote», vv. 41 y 50-61: «ruega *generoso, piadoso, orgulloso* (...) Del hampa que sacia/ su canallocracia/ con burlar

26 Salvador Aguado Andreut: *Por el mundo de Rubén Darío*. Guatemala, Editorial Universitaria, 1966, p. 129.

la gloria, la vida, el honor; «Un soneto a Cervantes», v. 8: «Es para mí: *suspira, ríe y reza*»; «A Goya», vv. 26-27: «*ángel, espectro, medusa* / tal aparece la musa»; y «¡Oh, terremoto mental!», vv. 11-12: «Y ser vencedor *del Vicio, / de la Locura y de la Muerte*».

Entonces ya estaba bastante lejos de las trasposiciones pictóricas —traducidas en imágenes, mitos y símbolos— de *Prosas profanas.* En este poemario, no exento de prospecciones reflexivas —como las del «Coloquio de los centauros» y «El reino interior»— había optado por la actitud torremarfilista, marcada por el rechazo del plebeyo presente burgués y la evocación de países remotos y épocas pretéritas. De hecho, significaría el triunfo del modernismo en el Río de la Plata. En 1901 Darío había incorporado a la segunda edición, editada en París por Garnier Hermanos, «Las ánforas de Epicuro» —trece sonetos de contenido filosófico—, tres poemas de temática española («Cosas del Cid», «La gitanilla» y «Al maestre Gonzalo de Berceo»), más los «Decires, layes y canciones», en los cuales recrea, revitalizándolos, antiguos metros y modelos estróficos castellanos.

7. La mayoría de edad de las letras hispanoamericanas

> En América hemos tenido ese movimiento [el modernismo] antes que en la España castellana por razones clarísimas: desde luego por nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia.
>
> R.D.: «El modernismo», *La Nación*,

Buenos Aires, 29 de diciembre, 1899 y *España contemporánea* (1901: 314).

Por algo la experiencia de Buenos Aires había profundizado en Darío su certeza en la unidad de la América española, sobre todo cuando la decadente y *pobre madre patria* fue derrotada en el Caribe por los Estados Unidos, perdiendo sus últimas posesiones: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Este acontecimiento conmovió tanto a la *América nuestra* como a la Península, hasta el grado de constituir la experiencia histórica de la generación modernista que Darío condujo. Ello explica que en sus ensayos «El triunfo de Calibán» y «El crepúsculo de España», ambos de 1898, formulase la unidad latina ante *la hija de Roma, la hermana de Francia, la madre de América*, en defensa de su *Hidalguía, Ideal, Belleza* y de sus representantes del Siglo de Oro; sin desconocer su atraso económico y social ni sus *miserias nuevas*. Antes bien, a raíz de su traslado a España como enviado especial del diario *La Nación* para informar de las consecuencias de su *debâcle,* postuló regenerarla —como un genuino noventayochista— a través de la revitalización del *espíritu español* y de su crecimiento *a la luz del mundo.* Igualmente, desde su estada bonaerense, había propuesto lo mismo: *comenzar la reconstrucción, poniendo la idea nacional en contacto con el soplo universal*.

En toda una obra crítica, testimonial y sociológicamente radiográfica desplegó esa misma idea. Me refiero a *España contemporánea* (1901): colección de 42 crónicas sobre la realidad española, escritas para el bonaerense diario *La Nación*, tras su desastre entre siglos, ratificado en el Tratado de París el 10 de noviembre de 1898. *La mandíbula del yanke quedó por momento satisfecha después del bocado estupendo* —aludió a la citada pérdida definitiva de las últimas colonias españolas en su tercera crónica suscrita en Madrid el 1º de enero de 1899. Catorce meses —hasta abril de 1900, al dirigirse a París para cubrir la Exposición Universal— permaneció en la *villa* y *corte*; lapso que bastó para consolidarse como figura rectora

de los modernismos de América y España, a los cuales unificaba promoviendo un fecundo diálogo transatlántico. Pero sin perder su perspectiva: la superioridad material e intelectual de la cosmópolis del Río de la Plata y la mayoría de edad de las letras hispanoamericanas a causa de su liderazgo, entre 1893 y 1898, dentro del movimiento modernista gestado en Buenos Aires. Movimiento que había respondido a un notable cosmopolitismo literario, una secularización ideológica —o desmisecularización del mundo— y una rebelión social asumida por los artistas[27].

De un *vivo entusiasmo* contagiaría Darío a sus seguidores y jóvenes discípulos españoles, a quienes prologó en verso y prosa sus libros, tarea iniciada en 1892 con el «Pórtico» al libro *En Tropel* de Salvador Rueda. Entre otros libros prologados, hay que citar los de Ramón del Valle-Inclán (tres), Alejandro Sawa, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra (dos), Ramón Pérez de Ayala, Javier Valcárcel, Joaquín Alcaide de Zafra y Juan Ramón Jiménez[28]. Su presencia en las publicaciones periódicas, que afirmaban la unidad de los modernistas de uno y otro lado del Atlántico, era rectora, por ejemplo en *Vida Nueva*, *Revista Nueva*, dirigida por Luis Ruiz Contreras; *Helios* de Juan Ramón, *Renacimiento* de Martínez Sierra, *El Nuevo Mercurio* de Enrique Gómez Carrillo y *Azul* de Eduardo de Ory, todas —excepto la última editada en Zaragoza— madrileñas[29].

Y fue en *CVE* donde se consagraría como máximo concitador de la poesía en lengua española. Incluso Pío Baroja,

27 Jorge Eduardo Arellano: *Los Raros: una lectura integral.* Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura, 1996, pp. 11-12.

28 Rubén Darío: *Prólogos*. Recopilación, introducción y notas de José Jirón Terán. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2003.

29 Jorge Eduardo Arellano: «Rubén Darío y su papel central en los modernismos de lengua española», en Fernando Cerezal (ed.): *Modernismo y modernidad desde Nicaragua.* Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2005, pp. 121-122 (capitulillo 7: «Las revistas del modernismo en España»).

ya en 1899, identificaba a Darío como poeta español, aunque también «americano afrancesado». Esta percepción respondía al antigalicismo de la intelectualidad peninsular que tuvo su momento germinal en la guerra de independencia contra Francia y su reactivación en el romanticismo; tradición que retomaría el krausismo en la Institución Libre de Enseñanza. Mas Darío estaba muy claro, desde mucho antes de su arribo a España por segunda vez, de su destino. Así lo confesó en carta a uno de sus amigos sudamericanos: *vamos a realizar nuestra verdadera liga de nuestro pensamiento con el europeo. Una misma España será también la misma de la lengua castellana.*[30]

En realidad, durante sus dos primeras etapas, a su obra poética se le juzgó extranjera. Los españoles le reprochaban su afrancesamiento —que fue un recurso parcial y efímero— y los americanos, su europeísmo. Unos —los casticistas— *comprendieron que la función del modernismo hispanoamericano* —acota Octavio Paz— *consistió en recordarle a España su pérdida de la universalidad: los críticos americanos de Darío, por su parte, parecían ignorar que nuestro continente es una creación de Europa en sentido literal.*[31]

De ahí que el proyecto del nicaragüense fuese la apropiación de la cultura de Occidente como totalidad o, dicho con sentido actual, de forma globalizante. Una convicción lo sustentaba: *Una cosa que nos hace superiores a los europeos en punto a ilustración* —afirmó Darío—, *es que sabemos lo de ellos más lo nuestro.*[32] Esta convicción lo volcó al ejecutar *CVE*, «orbe que todo lo humano encierra —al decir de Edelberto Torres—: los anhelos y las esperanzas, el amor y el odio, la

30 Rubén Darío: *Cartas desconocidas,* Op. cit., p. 173.

31 Octavio Paz: «El corazón de la poesía» (*Novedades,* 30 de agosto, 1943), citado por Alfonso García Morales en *«El caracol y la sirena*: una lectura surrealista de Rubén Darío». *Anales de Literatura Hispanoamericana* [Madrid], núm.28, 1999, p. 604.

32 Frase de 1911 citada por Ignacio Zuleta en *La polémica modernista: el modernismo de mar a mar (1898-1907).* Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1988, p. 21.

tristeza y la alegría; la duda o la fe; el desaliento y el optimismo; la gratitud y la amistad; la solidaridad americana y el amor a España»[33]. O sea, la *cima* de su pensamiento y su *abismo* interior.

8. *Soy un hijo de América, soy un nieto de España*

> Hay [...] mucho hispanismo en este libro mío; ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al cisne. O evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a D. Diego de Silva y Velásquez y a D. Luis de Argote y Góngora, o a Cervantes, o a Goya, o escriba la Letanía a Nuestro Señor Don Quijote. ¡Hispania por siempre!
>
> R.D.: «Historia de mis libros». *La Nación,* 8 de junio, 1913.

En cuanto a ese *amor a España,* cabe reiterar que se remonta al 98, cuando se solidarizó con sus valores culturales frente a los *estupendos gorilas colorados* que la habían vencido militarmente y humillado políticamente. Pero tuvo su inmediato desarrollo con la presencia determinante del propio Darío en la misma España, que pasearía —al decir de García Lorca— «como su propia tierra»[34]. Así, revalorando sus auténticas raíces, llegó a proclamar en este cuarteto:

> *Yo siempre fui, por obra y por cabeza,*
> *español de conciencia, obra y deseo,*

33 Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío.* Cuarta edición, corregida y ampliada. Barcelona, etc., Grijalbo, 1976, p. 330.

34 Véase su muy conocido «Discurso al Alimón sobre Rubén Darío» con Pablo Neruda [Buenos Aires, 1933], originalmente publicado en el *Sol* [Madrid], 30 de noviembre, 1934.

y yo nada concibo y nada veo
sino español por naturaleza.

Por tanto, Darío no ocultaba ni reprimía su *ciudadanía de la lengua,* ni tampoco su nutricia y profunda cultura española. Nicaragua fue apenas su patria originaria y Argentina su patria intelectual. También allí —es necesario reiterarlo— encabezó el movimiento transformador del modernismo, surgido —precisaba en 1899— antes que en la España castellana (pues conocía a fondo y era deliberadamente afín a las *Festes modernistas* de Cataluña).

Autoconcibiéndose *americano de España y español de América,* postuló una dirección clave: la identidad latina, concebida ante la arrolladora *fuerza yanqui,* tópico político-económico y cultural que desarrolló en la crónica del 12 de abril de 1902, inserta en su volumen *La caravana pasa,* publicado ese mismo año[35]. Se trata del pensamiento de un escritor británico en boga, William Thomas Stead (1849-1912), autor de un libro sobre la norteamericanización del planeta, donde planteaba la unificación y expansión del *english-spoken-world.* «Los norteamericanos se esfuerzan con inaudito despliegue de energía en rehacer el mundo a su imagen y semejanza» —tradujo, citó y comentó esta frase o tesis de Stead, al igual que la siguiente, a manera de conclusión: que los norteamericanos eran *los directores actuales de la Fuerza en la Humanidad*.[36]

35 Rubén Darío: *La caravana pasa.* París, Garnier Hermanos, 1902, pp. 203-209 (Libro cuarto, II).

36 Günther Schmigalle, en la introducción a los libros cuarto y quinto de su esmeradísima edición de *La caravana pasa* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua; Berlín, edition Tranvia, 2004, p. 17), establece que «La fuerza yanqui» forma parte de toda una serie de crónicas de Darío dirigidas contra el imperialismo estadounidense que abarcan: «Por el lado del Norte» (*El Heraldo de Costa Rica,* 15 de marzo, 1892; «El triunfo de Calibán» (*El Tiempo,* Buenos Aires, 20 de marzo, 1898); y entre otras, «Anti-diplomacia. Una nota de Mr. Knox» (*La Nación,* 1º de abril, 1910).

El mismo año de 1902 la revista *El Cojo Ilustrado* de Caracas, propulsor del modernismo en Venezuela, lanzaba una encuesta sobre «El porvenir de los países hispanoamericanos» que Darío respondió: «En el porvenir, la parte del continente que no haya sido conquistada por los Estados Unidos, formará un vasto imperio, que será quizás, en las próximas conflagraciones mundiales, el salvador del espíritu latino./ Los Estados Unidos, como lo ha hecho observar Mr. W. T. Stead en su notable libro sobre la *Americanización del globo*, ejercen mayor influencia en Liverpool o en Londres que en Buenos Aires o en Santiago de Chile. México está casi conquistado; esa lenta y gradual absorción ha sido calificada, en México mismo, de *conquista pacífica.* En la América Central se hace sentir la atracción de la Gran República, al punto que existe en Nicaragua un partido o grupo anexionista. En Colombia, las ciudades de Panamá y Colón son poblaciones de lengua inglesa»[37].

Estas ideas preceden la genealogía latina de Darío desplegada por Darío en *CVE*, concretamente en poemas como «Cyrano en España» (la relación Francia-España como apología de la latinidad) y «Salutación a Leonardo» (la misma apología centrada en un representante del Renacimiento italiano), ambos de 1899. «Charitas» —a través del santo francés Vicente Paúl— ilustra también ese contenido panlatino. Y no puede decirse menos de la célebre y celebrada «Salutación del optimista»: *La latina estirpe verá el gran alba futura* —proclamó con sus propios labios en el Ateneo de Madrid el 28 de marzo de 1905. En esa ocasión, acuñó también este lema identificatorio de la América hispana y su progenitora: *En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua*.

Por eso la «Salutación...» fue considerada por Alfonso Reyes *el himno de esperanza más grande que vuela sobre las pala-*

37 Gerald M. Mosser y Hensley C. Woodbridge, comps.: *Rubén Darío en El Cojo Ilustrado*. Nueva York, Hispanic Institute, Columbia University, 1961-1964, p. 47.

bras de la lengua.[38] Y para Guillermo de Torre significó *el más hermoso canto tributado a la estirpe hispánica*[39]. No en vano el propio Darío depositaba su fe y confianza *en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del Norte.*[40] De ahí su entusiasmo por la exclamación «Vive l'Espagne» del rey de Suecia y Noruega, en marzo de 1899, al pisar tierra española en Fuenterrabía.

En este poema —como en las dos salutaciones de *CVE*— pondera la genealogía e identidad latinas de España: *Un búcaro latino, un noble vaso griego / recibirá el regalo del país de la nieve.* Celebra tanto a los héroes de ambas naciones (Sigurd y el Cid campeador) como a los personajes literarios Segismundo y Hamlet: el primero íbero y el segundo nórdico. Pero Darío en «Al rey Óscar» eleva a categoría de utopía el *noble empeño* bélico y cultural de la áurea historia española. Al evocar las lanzas *que fueron una vasta floresta / de gloria y que pasaron Pirineos y Andes; por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña / y Velázquez que pinta y Cortés que domeña...,* Rubén canta tal empeño concibiéndolo «como una especie de razón de ser de España»:[41]

> *¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,*
> *mientras la onda cordial alimente un ensueño,*
> *mientras haya una viva pasión, un noble empeño,*
> *un buscado imposible, una imposible hazaña,*
> *una América oculta que hallar ¡Vivirá España!*

Uno de los núcleos identificadores de CVE y su eje ideo-

38 Alfonso Reyes: *Obras completas,* IV. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 320.

39 Guillermo de Torre: *Vigencia de Rubén Darío y otras páginas.* Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969, p. 50.

40 Rubén Darío. *Historia de mis libros*, Op. cit., p. 86.

41 José Coronel Urtecho: «Carta a propósito del Estrecho dudoso», en Ernesto Cardenal: *El estrecho dudoso.* Managua, Ediciones Nicarao, 1991, p. 35.

lógico —la identidad latina— comprende, además de tres de los citados («Salutación del Optimista», «Al rey Óscar» y «Cyrano en España», perteneciente a la primera sección) otros poemas de motivos españoles. Hablo del primero de «Los Cisnes» (la segunda sección de cuatro poemas), en el cual se autodefine: *soy un hijo de América, soy un nieto de España* e interroga: *¿Qué signo haces, oh cisne, con tu encorvado cuello / al paso de los tristes y errantes soñadores?*. Las interrogaciones de Darío a su ave-signo conducen a la transformación de la misma. El cisne (que para él aún tenía dimensión estética-erótica por excelencia, y había sido imagen de enigmática e impasible belleza y referencia legendaria y mítica) adquiere ahora otra función: conductor de actualidad histórica. Ejecutor del acuerdo pánico entre lo celeste y lo terrestre, entre lo humano y lo animal, deja de encarnar la energía cósmica para convertirse —de acuerdo con Saul Yurkievich— en Esfinge que escruta el porvenir:[42]

> *¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?*
> *¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*
> *¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?*
> *¿Callaremos ahora para llorar después?*

El primero de «Los Cisnes» se corresponde con el primero de los dos «Retratos» (que encabeza la tercera sección): ambos evocan personajes prototípicos del mismo pasado español. En uno el poeta lamenta que hayan desaparecido: *mas no brillan las glorias de las antiguas hoces, / no hay Rodrigos, ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños*; en el otro los describe: *Don Gil, don Juan, don Lope, don Carlos, don Rodrigo...* En síntesis, su hispanofilia tiene una esencial dimensión idealista: el sueño de una España que encarne la hidalguía, la generosidad y que no se ate —aunque no lo desprecie— al mero utilitarismo[43].

42 Saúl Yurkievich: «Los placeres de la luz en el abismo». En *Celebración del modernismo.* Madrid, Tusquets, 1976, pp. 35-36.

43 Teodosio Fernández: *Rubén Darío.* Madrid, historia 16 / Quórum 1989, pp. 205-208.

Este utilitarismo —»salvaje y opresor»— es el que condena Darío en «A Roosevelt», su composición socio-política más representativa. Manifiesto de su actitud protestataria antiyanqui, se remonta también al 98. No está demás recodar que esta oda se preludia en una crónica escrita en Madrid el 10 de marzo de 1900: era ya tiempo —pensaba— *que las naciones americanas de habla española* [...] *se uniesen más entre sí, y que este vínculo se extendiese con positivo interés, hasta la tierra española. La expansión futura del imperialismo anglosajón no es un sueño; y la probabilidad de una lucha de razas tampoco.*[44]

Pero el antimperialismo del poeta mestizo no se nutría de los temas del radicalismo político —lo deslinda Octavio Paz: «No ve en los Estados Unidos la encarnación del capitalismo ni concibe el drama hispanoamericano como un choque de intereses económicos y sociales. Lo decisivo es el conflicto entre civilizaciones distintas y en diferentes períodos históricos»[45]. Los Estados Unidos representan «la avanzada más joven y agresiva de una corriente —nórdica, protestante y pragmática— en pleno ascenso; nuestros pueblos, herederos de dos antiguas civilizaciones, atraviesan por un ocaso». Como se dijo, Darío postulaba desde 1899 la herencia cultural de nuestros pueblos latinos, y con más precisión el renacimiento —*con nuevas armas e ideales nuevos*— del *viejo y simbólico León de los íberos.*[46]

En el contexto del pesimismo español, su propuesta solidaria del alma hispanoamericana con la española confrontaba dos energías: la material de «los hombres del Norte» (los estadounidenses, a quienes reconoce su fuerza y magni-

44 Rubén Darío: «El cuerpo diplomático hispanoamericano», inserta por Noel Rivas Bravo en el apéndice de su edición anotada de *España contemporánea* (Darío, 1998: 441).

45 Octavio Paz: «El caracol y la sirena», en Juan Loveluck (comp.): *Diez estudios sobre Rubén Darío.* Santiago de Chile, Zig-Zag, 1967, p. 264.

46 Rubén Darío: «Cyrano en casa de Lope» (*La Nación,* 27 de febrero, 1899) y *España contemporánea* (Darío, 1998: 60)

tud: *Los Estados Unidos son potentes y grandes*) y la espiritual de los hombres del Sur (los latinoamericanos). «Las dos cúspides de expresión del poema —anota Pedro Salinas— están en esas dos palabras, correspondiente a cada una de las partes: *No y Dios*. Por genialidad poética resulta dos monosílabos rotundos y de formidable capacidad de impresión en el ánimo del lector allí donde están colocados»[47]. Darío, en esta oda —verdadero *clamor continental*— exalta las cualidades del «León español»; pero en «Los Cisnes» (I) lo descalifica al constatar la decadencia generada por el 98: *el extractor postrero de un caduco león*.

Sin embargo, la antítesis más perturbadora e imprevisible se da en la intromisión de la política que provoca —en palabras de Saúl Yurkievich— «una premonitoria disonancia» en «¡Carne, celeste carne de la mujer!...», poema en el que Darío glorifica a la mujer y sacraliza el erotismo. «En medio de la sublimación, irrumpe la repulsa al yanqui en la antepenúltima estrofa»[48]:

> *Inútil es el grito de la legión cobarde*
> *del interés, inútil el progreso*
> *yankee, si te desdeña*.

La antítesis u oposición en la estructura de *CVE* —como lo ha señalado Rocío Oviedo Pérez de Tudela— se advierte en los contenidos de sus poemas: no todos son *cantos de vida y esperanza,* sino también de *muerte y desesperanza,* o más bien, de desamparo. En esta línea, se advierten sus ejes constitutivos. El júbilo por la existencia es uno de ellos y tal vez «Aleluya» el poema por antonomasia que lo represente. En «Los tres reyes magos» proclama: *la vida es pura y bella*; luego dirá en «Canción de otoño en primavera»: *La vida es*

47 Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío.* Ensayo sobre el tema y los temas del poeta. Barcelona, Ediciones Península, 2005, p. 205.

48 Citado por Saúl Yurkievich en «Los placeres de la luz en el abismo», *Celebración del modernismo*, Op. cit., 1976, p. 36.

dura. Amarga y pesa.

Y la creación en todas sus manifestaciones, incluyendo los animales de apariencia desagradable («Filosofía»), la fe cristiana («Los tres reyes magos») y su sentido apocalíptico («Canto de esperanza»), la sublimación de la caridad a través de la *Divina Comedia,* personificada en San Vicente de Paúl («Charitas»), el triunfo del misterio artístico («Salutación a Leonardo», «Pegaso»), el destino trascendente de la poesía («¡Torres de Dios! ¡Poetas!») y la sacralización de lo erótico. En esta vertiente «la mujer es sinónimo de infinito» —al decir de Acereda— y el sexo vía para la búsqueda de una respuesta de la existencia, como lo plantea en «El país de las alegorías»:

Pues la rosa sexual
al entreabrirse
conmueve todo lo que existe,
con su efluvio carnal
y con su enigma espiritual

Pero también articulan los *CVE* la tragedia del poetizar («Melancolía») y la confesionalidad desgarrante que culmina —puntualiza de nuevo Acereda— «con el fracaso vital del poeta, con la autoconcepción rubeniana de *ser para-la-muerte*, adelantando el *Sein zun Tode* heideggeriano de la filosofía existencial»[49]. Esta confesionalidad —en diametral oposición a los contenidos anteriores— la comunica Darío desde el poema inicial de *CVE* («Yo soy aquél que ayer no más decía»), que tituló «Preludio» en el primer volumen de su antología (Madrid, Biblioteca Corona, 1914). Ahí, sin disfraz alguno, se autoconfiesa y autorretrata, examina y proclama su estética. A su vez, equipara la pureza del arte a Cristo: *Vida, luz y verdad, tal triple llama/ produce la interior llama infinita;/ el Arte puro como Cristo exclama:/* Ego sum lux et veritas et vita*)*, estrofa calificada de «sacrílega» por críticos de

49 Alberto Acereda: *Rubén Darío, poeta trágico / Una nueva visión,* Op. cit., p. 85.

manual.[50] Además reafirma su alma *sentimental, sensible, sensitiva*:

> *todo ansia, todo ardor, sensación pura*
> *y vigor natural; y sin falsía,*
> *y sin comedia y sin literatura;*
> *si hay un alma sincera, ésta es la mía*.

Sin duda, el mayor biopoema de nuestra lengua.

Su confesionalidad corre paralela a una metafísica: como indagación en torno al ser en cuanto tal, de su origen y fundamentos últimos, concretado en «A Phocas el campesino», «La dulzura del Ángelus» y, concentradamente, en «Lo fatal» que cierra *CVE* como una lápida.

Pero es en los dos poemas titulados «Nocturno» donde, aparte de ser más explícitos, sus nexos confesionales se corresponden en tensión interior y profundidad metafísica. Obsérvese la duda desesperante, el abismo que sustituye a la ausencia de fe, en los versos finales del primer «Nocturno» (*Quiero expresar mi angustia en versos que abolida*):

> *la conciencia espantable de nuestro humano cieno*
> *y el horror de sentirse pasajero, el horror*
>
> *de ir a tientas, en interminables espantos,*
> *hacia lo inevitable desconocido, y la*
> *pesadilla brutal de este dormir de llantos.*
> *¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!*

No en vano, según Juan Ramón Jiménez, su autor llegó estampar sus iniciales —al final de esta composición— con su propia sangre.[51]

---

50 Felipe B. Pedraza Jiménez (coord.): *Manual de literatura hispanoamericana.* Pamplona, Cénlit Ediciones, 1998, p. 243.

51 Juan Ramón Jiménez: *Mi Rubén Darío* (1900, 1956). Reconstrucción, estudio, notas críticas de Antonio Sánchez, Romeralo. Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 1990, p. 96.

9. Gestación y repercusión de *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas*

> Si hasta ayer se le juzgó desafecto a predicar evangelios, a asumir el rol de *poeta civil*, hoy quiere ser paladín de causas nobles, predica el culto reverente al arte «fecunda fuente cuya virtud vence el destino», el amor a la vida, la sinceridad (*ser sincero es ser potente*), y canta los ideales de la familia española. Ha exultado con tal fervor, en los cantos de su último libro, los ideales de la raza, y ejerce hoy tal verdadero y poderosa influencia en la literatura de España, que ha llegado a ser el poeta *representativo* de la juventud de nuestro idioma en este momento».
>
> Pedro Henríquez Ureña
>
> [«Rubén Darío», capítulo de *Ensayos críticos.* La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905].

En 1901 Darío concibió un nuevo libro de versos que sería precursor de *CVE*: «El caracol». Aprovechando la cubierta de un lujoso ejemplar del poemario *Eglantinas* (también publicado en 1901) del argentino Pedro J. Naón (1872-1913), dibujó un caracol dentro del emblema de la editorial y sobre él colocó el título; en las inmediatas páginas en blanco transcribió las primeras versiones de sus poemas «Caracol» y «Marina», incluidos en *CVE*, pero publicados en 1903, bajo el título «Junto al mar», por la revista *Caras y Caretas* de Buenos Aires.

Hasta los primeros meses de 1903, sin embargo, la idea comenzó a retomarla. Desde París, el 12 de abril de ese año, le escribe a Juan Ramón Jiménez (1881-1958), en ese momento su más entusiasta discípulo español: «Le enviaré lo

primero de mi próximo libro de versos». Según otra carta, ya tenía concebido el título de su «próxima *plaquette*»: *Cantos de vida y de* (sic) *esperanza.* A [Ricardo] Calvo le leí algo»[52]. El 20 de octubre de 1903 le sigue informando: «preparo un nuevo libro de versos»[53]. Sin pasar por Madrid, marcha hacia Andalucía. Desde Málaga, el 12 de enero de 1904 promete enviar a Jiménez «versos nuevos a *Helios*»[54] [revista dirigida por Juan Ramón], lo que hizo; uno de los poemas es la oda «A Roosevelt». Doce días después enviaba a su discípulo instrucciones tipográficas o de *estética política* —fueron sus palabras[55]. El 10 de marzo de 1904, ya en París, le comunica que procurará «dar pronto [a luz] esa plaquette»[56]. El 15 de marzo el proyecto de *CVE* continuaba: «Lo que me llega hoy [de materiales literarios], me trae también ánimo para seguir en la tarea. Le mandaré, pues, versos. Para B[lanco] y N[egro] y para *el libro*» (el subrayado es mío)[57].

Tras su viaje a Hungría, Austria y Alemania, de nuevo en París, el 15 de junio ya ha escrito «Por el influjo de la primavera»[58]. Y fue hasta enero de 1905, en la segunda edición de *Los Raros,* que Darío anunció el título de su próxima plaquette: *Los Cisnes y otros poemas;* pero muy pronto —durante sus «pláticas» con Jiménez en Madrid, febrero del mismo año— decidió integrarlo a *Cantos de vida y esperanza,* sobre el cual había escrito Jiménez, siempre desde París, el 12 de diciembre de 1904: «En cuanto al [libro] de versos míos, le diré que tengo ya unos cuantos que podrían formar una bonita *plaquette*, juntándolo con lo que usted tiene (la *Marcha Triunfal*, por ejemplo, que yo no tengo). Se podría clasificar

52 Ibid., p. 99.
53 Ibid., p. 102.
54 Ibid., p. 104.
55 Ibid., p. 107
56 Ibid., p. 109.
57 Ibid., p. 112.
58 Ibid., p. 113.

lo que hay y dar ordenación a los escasos materiales. Si usted gusta, lo haremos, —o lo hará su bondad de usted»[59]. Para el 24 de diciembre de 1904 Darío ya ha avanzado en la preparación de *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas* al informar a Jiménez en una carta más: *voy a mandarle pronto, muy pronto los versos. U*[sted] *verá. Hay de todo. Mas por primera vez se ve lo que Rodó no encontró en Pr*[osas] *Profanas: el hombre que siente.*[60]

Además del contenido intimista de *CVE*, Darío expresaba en la misma carta su deseo de una edición «a la inglesa, elegante, seria y decorativamente». Y añadía: *este libro, por corto que sea, puedo asegurarle que será un negocio, al menos en América toda.*[61] En la del 17 de enero de 1905 le especificaba: *entre otros y largos poemitas, habrá como unos cuarenta y cincuenta, contando con algunos viejos. De más decirle que no quedo satisfecho. Apenas me gustan algunos nuevos porque me han brotado de lo más hondo.*[62]

Pero la impresión concluyó a principios del mismo año y el costo lo pagó él mismo, de acuerdo con factura del 23 de junio de 1905: 816.25 pesetas, a favor de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.[63] Jiménez cuidó con mucho esmero la edición (papel, tipos, tintas, diseños en las páginas) y, hasta cierto punto, fue su organizador, pero dirigido por Darío, revisor y corrector de las pruebas. Quinientos sumaron sus ejemplares que, como se dijo, debieron salir de la imprenta a principios de junio, pues el 16 de ese mes otro discípulo

59 Ibid., p. 115

60 Ibid., p. 117.

61 Ibid., p. 119.

62 Ibid., p. 121.

63 Seminario Archivo Rubén Darío, núm. 2488. No se trata de un presupuesto, sino de una factura. Dictino Álvarez la transcribió en su compilación *Cartas a Rubén Darío (Epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles*). Madrid, Taurus, 1963, p. 125; y Luis Sáinz de Medrano lo ha reproducido facsimilarmente en *Anales de literatura hispanoamericana*, [Madrid], núm. 26-I, 1997, p. 93.

querido del poeta, Antonio Machado (1875-1939), le informaba: «Aquí han triunfado los *Cantos de vida y esperanza.* Yo he escrito un artículo que no sé donde publicar»[64]. Machado no lo dio a luz nunca, pero el mismo Jiménez celebraba la aparición de *CVE* con el poema «A Rubén Darío/ que habla otra vez en versos de oro», aparecido en *República de las Letras* (año I, núm. 8, Madrid, 24 de junio, 1905):

Duque de melancolías,
ven a dar a mi jardín
tus primaveralerías
de lira y de violín[65]

—dice el primero de sus diecisiete cuartetos.

Cuatro dedicatorias impresas destacaron en el poemario. El conjunto «A Nicaragua» (su tierra formativa) y «A la República Argentina» (su patria intelectual, donde había conducido el modernismo entre 1893 y 1898). La primera sección (catorce poemas: de «Yo soy aquel que ayer no más decía» a «Marcha triunfal») la dedicó al pensador uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), autor del más extenso estudio consagrado a *Prosas profanas* (1896), sin haber advertido su hondura interior; «Los Cisnes» (cuatro poemas) a Juan Ramón Jiménez, en testimonio de agradecimiento por su servicio editorial; y «Otros poemas» (cuarenta y uno: de «Retratos» a «Lo fatal») al político liberal nicaragüense doctor Adolfo Altamirano (1871-1906), Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública del gobierno de J. Santos Zelaya (1893-1909), quienes le habían nombrado Cónsul de Nicaragua en París el 12 de marzo de 1903. Igualmente, en abril de 1905 su jefe inmediato en el Ministerio había firma-

64 Tarjeta postal enviada a Darío desde Madrid. Seminario-Archivo Rubén Darío, núm. 1841.

65 Ricardo Llopesa: «Un poema desconocido de Juan Ramón Jiménez a Rubén Darío», en *Boletín de la Dirección General de Bibliotecas,* Hemerotecas y Archivos [Managua], núm. 4, enero, 1995, pp. 39-40.

do el tratado Altamirano-Harrison, mediante el cual Inglaterra reconocía definitivamente la soberanía nicaragüense en la Mosquitia, antiguo territorio del litoral atlántico que esa potencia —enemiga de España— controlaba desde finales del siglo XVII.

Uno de los primeros ejemplares lo remitió Darío a Miguel de Unamuno (1864-1936) desde Asturias, donde pasaba el verano de 1905, autografiado: *Con mi saludo afectuoso, desde la orilla del Cantá-/ brico./ R.. Darío/ San Esteban de Pravia/ (La Arena)/ Julio 23 1905.*[66] Otro lo dedicó en París, ese mismo año, al doctor Enrique Bosch: *Homenaje de su cuasi-compatriota*, de acuerdo con el catálogo de la colección rubendariana del bibliófilo chileno don Alamiro de Ávila Martel y un tercero lo envió a León, Nicaragua, destinado a un amigo de la infancia: *A. L. H. Debayle, poeta. /Rubén Darío.*[67]

La repercusión en los medios escritos de Madrid fue clamorosa. Aseguraba Francisco Navarro Ledesma en *ABC*: *Es un poeta vivo, de hoy y aún de mañana* [...] *un poeta español, pero mucho más español que todos los otros* —se refería a predecesores como Campoamor y Zorrilla. En el mismo periódico, Azorín examinaba la forma en que *el poeta se había reconcentrado en sí mismo y pensado en la vanidad de las cosas* [...] *Su espíritu, sin querer, marcha por la senda de Leopardi y de Shelley.*[68] En la misma línea se expresaban Martín Abril (Revista *Contemporánea*, agosto, 1905) y Bernardo G. De Candamo (*La Lectura,* octubre, 1905). Abril llamaba a Darío *poeta único* y Candamo lo reconocía entre los más altos de todos los tiempos de las letras españolas, aunque no faltó la parodia de uno

66 Reproducida facsimilarmente en Antonio Oliver Belmás: *Este otro Rubén Darío.* Barcelona, Editorial Aedos, 1960, pp. 160 y 161.

67 Citada en Jorge Eduardo Arellano: *El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica.* Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, diciembre, 2000, p. 121.

68 Ambos juicios citados por Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío /abismo y cima.* México, Fondo de Cultura Económica, 1966, pp. 187-188.

de sus poemas («Canción de otoño en primavera»), escrita por un anónimo crítico antimodernista de la revista *Gedeón.* Sin embargo, eran susceptibles al valor de *CVE*, como afirmó uno de ellos:

> *Tenemos que hablar del libro de Rubén Darío,* Cantos de vida y esperanza. *Sería una injusticia darle un palo. Sería una imprudencia darle un bombo de los no usados aquí. Nos gustan mucho los versos de Rubén Darío; pero como nuestro deber es molestar todo lo posible, vamos a chafarle la mejor composición del libro, haciendo una pequeña parodia…*[69]

En México, cabe citar otra recepción laudatoria: la del argentino Eugenio Díaz Romero (*Revista Moderna,* octubre, 1905): «*Cantos de vida y esperanza* no son, como *Prosas profanas*, obra de juventud. Son, por el contrario, producto de un talento que llega a la madurez, que ha penetrado más bien en ella por completo [...] Atraído por la voz de la vida y la muerte, [Darío] ha abierto su corazón estallando en confesiones de inmensa sinceridad... Nunca habíamos escuchado de sus labios palabras tan interiores»[70]. Díaz Romero consideraba el primero de los *CVE* la composición más hermosa del libro, al igual que Pedro Henríquez Ureña: «obra plena y melancólica de hombre, de *malinconia virile,* de quien, como D´Annunzio, amó la juventud con un amor que era a un tiempo mismo ingenuo y sabio, mezcla de candor helénico y de perversidad gálica» —observaba en La Habana el joven literato dominicano en un ensayo crítico que insertó en su primer libro.[71]

---

69 En Carlos Lozano: *La influencia de Rubén Darío en España.* León, Editorial Universitaria, 1978, p. 96.

70 Citado en Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío / Abismo y cima,* Op. cit., p. 189.

71 Véase el estudio de Ernesto Mejía Sánchez «Henríquez Ureña, crítico de Darío» en *Cuestiones rubendarianas.* Madrid, Revista de Occidente, 1970, pp. 35-52.

Consistía tal ensayo en una atenuada exégesis, fundamental para el conocimiento y la valoración de los ejercicios métricos y los intrínsecos aportes de Darío. Para Henríquez Ureña, *CVE es un todo independiente a la vez que más rico de erudición cosmopolita* [en el sentido de universal] *y de experiencia humana.*[72] En la misma capital de Cuba, Eugenio Hortas firmaba una reseña más[73]. Y otro dominicano, Oswaldo Bazil, otra[74].

Pero el saludo más impregnado de la letra y el espíritu de *CVE* lo escribió Mariano de Cavia: la «Rapsodia» en tercetos monorrimos octosílabos, dirigidos a la «Musa» de Darío:

Ven, oh musa de Rubén,
ven a refrescar mi sien,
o a encenderla en llamas cien.

Que así eres aroma sutil
o tienes con rayos mil,
visión fiera o flor de abril.

Ya de vida y esperanza,
ya de erótica añoranza,
ya de plácida bonanza,

son tus cantos. Mas también
haces plañir a Rubén
trenos de Jerusalén.

Cuando presagia el fatal
fin de la América austral
presa del Nemrod boreal.

72 Id.

73 Eugenio Hortas: «Cantos de vida y esperanza. Rubén Darío», *El Fígaro,* año xxi, núm. 41, octubre, 1905.

74 Oswaldo Bazil: «Rubén Darío y sus *Cantos de vida y esperanza*», en *Listin Diario* [Santo Domingo, República Dominicana], 30 de agosto, 1906.

No por el Mañana llores
mientras el Hoy te da amores,
rosas, brisas, flores, loores,

cantando al cisne de Leda
con rima grácil y leda
contenta tu ánima queda,

musa andante de Rubén,
que el americano Edén
truecas por el parisién.

Otrora algo de tu sol
buscas en el arrebol
del horizonte español.

Rezas ante don Quijote
para que de nuevo brote
de vida al Reino del Zote,

y ante el recuerdo de Goya,
en vez de «Aquí fue Troya»,
nos brindas fúlgida joya.

Para lo bello y el Bien,
¡Vive, oh Musa de Rubén,
por siempre jamás, amén![75]

10. Un *opus rotumdum:* organizado y orgánico

> Rubén Darío está repastado en los clásicos, sobre todo en nuestro Góngora, y por ende tiene noticias, y de muy buenas fuentes, del otro espíritu clásico que sospecho se da en él por el parentesco que tienen entre sí todos los grandes poetas. Y porque lo es, no se puede decir de él en redondo que es un parnasiano,

75 Transcrito por Rubén Darío en «Mariano de Cavia», *Letras* (París, Garnier Hermanos, 1911, pp. 210-211).

> ni un simbolista, ni un romántico, ni un helénico, si se pretende calificarlo al lado de Laconte, de Lisle, o de Verlaine, o de Zorrilla, o de Moreás; es sencillamente un gran poeta.
>
> José Rogelio Sánchez: *Autores españoles e hispano-americanos.* Estudio crítico de sus obras principales. Madrid, Sucesores de Hernando, 1911. p. 753.

Posteriormente, la crítica fue unánime en relación a *CVE:* como su epinicio y el libro más depurado técnica y estilísticamente de Darío. En 1906, Gregorio Martínez Sierra en su volumen *Motivos* (editado en París por Garnier Hermanos), dedicó un capítulo a Darío y a sus *CVE*: sus «versos impecables» —decía— «poseen en el más alto grado este nuevo poder inquietador: son perfectos, son sabios, tienen armonías de líneas y de sonidos y de perfume y de color; son, en su diáfana hermosura, maravilla de complejidad y hacen llorar no pocas veces...»[76]. En 1907, dentro de su libro *Sagitario*, Andrés González Blanco formulaba un juicio crítico similar, interrogando: *...qué es sino pasión, pasión fuerte y humana la que palpita en poesías tan definitivas como* Canción de otoño en primavera, *la mejor poesía, sin disputa, que se ha escrito en castellano desde el siglo XVI.*[77]

Ese mismo año el poeta francés Valery Larbaud confirmó una verdad rechazada por los antimodernistas madrileños: que la influencia francesa de Darío era una de las muchas que había recibido para conformar su *cosmopolitismo*; influencia de igual proporción que la inglesa y la alemana. «Y no es insensible a las bellezas de la literatura italiana. En sus poe-

76 En José Rogelio Sánchez: *Autores españoles e hispano-americanos.* Estudio crítico de sus obras principales. Madrid, Sucesores de Hernando, 1911, p. 750.

77 Citado en Carlos Lozano, Op. cit., p. 108.

sías, todas esas influencias —atinaba—, sin hacerse sentir directamente, contribuyen a aportar un carácter de universalidad que hace sentir del autor de la *Marcha Triunfal* lo que los alemanes llaman *ein Weldichter*»[78].

Los juicios anteriores (de Martínez Sierra, González Blanco y Larbaud) eran compartidos por algunos coetáneos españoles, entre ellos José Rogelio Sánchez, catedrático de Literatura en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. En su diccionario *Autores españoles e hispano-americanos* (1911), Sánchez retoma y amplía a Martínez Sierra. En los *CVE* —especificó— «hay verdadera y honda pasión y evocaciones maravillosas, que hacen de él el poeta complejísimo, el *gran maestro de la belleza dicha en verso español*»[79]. Transcribiendo las cuatro estrofas iniciales de «A Goya», elogia «Cyrano en España» y «Letanía de Nuestro Señor don Quijote»: ambos «anulan los reparos [observados en 1888] de don Juan Valera». Se refiere luego a los sonetos «Leda» y «Cleopompo y Heliodemo», los cuales *influyen intensamente sobre los* [poetas] *nuevos porque tienen la pátina venerable de lo secular, a cuyo encanto el Arte no se sustrae jamás.*[80]

No dejan de ser interesantes, sobre todo por el año en que fueron formulados, estos otros juicios de Sánchez que van mucho más allá de una escueta ficha de referencia: «El maestro ha logrado fijar, mediante su natural vigor artístico y su cultura, *lo que otros vislumbraban y generalmente no podían comprender del todo, por falta relativa de la última condición* [el subrayado es nuestro]... Nacido en la república de Nicaragua, ha logrado para su patria, en el orden literario, lo que jamás podía esperar en el orden político: influencia sobre millares

78 Valery Larbaud: «La influencia francesa en las literaturas de lengua castellana». *Nuevo Mercurio* [Madrid], abril, 1907, citado por Carlos Lozano, Op. cit., p. 109.

79 José Rogelio Sánchez: *Autores españoles e hispanoamericanos,* Op. cit., pp. 749-750.

80 Id., p. 752.

de hombres a quienes sorprendieron sus audacias de poeta [...] El modernismo de Rubén Darío no se confunda jamás con el ignaro de muchos imitadores, faltos de talento. Es modernista, porque siendo gran poeta buscó *nuevos moldes*, nueva expresión, modo de *colorear*, de hacerla transparentar la intimidad; renovó notas sonoras y cuerdas cuya perpetua tensión habíalas gastado y teníalas al saltar; mas todo lo hizo sabiendo lo que hacía y conociendo su misión».[81]

Lo demostró, con la clarividencia conceptual y erudita que le caracterizaba, en los artículos de 1913 sobre *Azul..., Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza.* Sustentado en el último, es posible sintetizar el contenido de cada uno de ellos, a saber. En la primera sección, *Cantos de vida y esperanza*; I. «Yo soy aquel que ayer no más decía»: autobiografía estética y humana; II. «Salutación del optimista»: proclama apoteósica de los pueblos hispánicos; III. «Al rey Oscar»: elogio de un monarca nórdico y rememoración de las proezas españolas; IV. «Los tres reyes magos»: recreación de motivo bíblico; V. «Cyrano en España»: exaltación de la genealogía latina compartida por la Galia y la Iberia; VI. «Salutación a Leonardo»: triunfo del misterio artístico encarnado en Da Vinci; VII. «Pegaso»: símbolo de la potencialidad creadora representada por un mito griego; VIII. «A Roosevelt»: preconización solidaria del alma hispanoamericana ante las tentativas imperialistas del coloso del Norte; IX. «¡Torres de Dios! ¡Poetas!»: canto a la poesía como don divino y faro de esperanza ante el igualitarismo aterrorizador de la plebe; X. «Canto de esperanza»: plegaria cristiana ante los horrores apocalípticos de la humanidad; XI. «Mientras tenéis, ¡oh nobles corazones!»: reiteración de la victoria final de los poetas, pese al odio y a la miseria; XII. «Helios»: oda cósmica al Arte y a la Naturaleza; XIII. «Spes»: Jesús como fuente de resurrección; y XIV. «Marcha triunfal»: apoteosis marcial y moderna de los trimphus romanos.

81 Id., pp. 749, 751-752.

En la segunda sección, *Los Cisnes*: I. «¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello?»: el ave majestuosa y serena ligada al destino hispánico; II. «En la muerte de Rafael Núñez»: reconocimiento a un pensador augurando el triunfo de la Cruz; III. «Por un momento, ¡oh Cisne!, juntaré mis anhelos»: búsqueda sexual de la mítica Leda mediante un cunninlinguis; IV. «Antes de todo, ¡gloria a ti, Leda!»: el cisne como representación del supremo acto de fusión entre la espiritualidad y la sensorialidad.

Y en la tercera, *Otros poemas*: I. «Retratos»: lienzos evocadores de las pasadas figuras de la grandeza hispánica (cuatro caballeros y una abadesa); II. «Por el influjo de la dulzura del ángelus»: evocación en busca de la síntesis del misterio de la vida o de Dios; IV. «Tardel del trópico»: paisaje marino de duelo, amargura y tristeza; V. «Nocturno»: confesión existencial y exculpatoria; VI. «Canción de otoño en primavera»: hondo sollozo comprimido ante la transitoriedad de la juventud; VII. «Trébol»: laudatios de dos glorias españolas: el poeta Góngora y el pintor Velázquez; VIII. «Charitas»: sublimación de la caridad personificada en San Vicente de Paúl dentro de la *Divina comedia*; IX. «¡Oh terremoto mental!»: autoexamen con preocupación científica y doctrina moral ante las potencias maléficas; X. «El verso sutil que pasa o se posa…»: canción irónica ante la mujer conceptualizada como eterna enemiga; XI. «Filosofía»: aceptación total de la creación independientemente de las formas que adopta; XII. «Leda»: canto reiterado a la gloria del Cisne; XIII. «Divina psiquis, dulce mariposa invisible…»: trascendencia del amor espiritual sobre la corporeidad; XIV: «El soneto de trece versos»: experimentación mallarmeana; XV. «¡Oh miseria de toda lucha por lo finito!»: revisión interna de la finitud; XVI. «A Phocas el campesino»: angustia íntima por el destino de dolor que espera al hijo; XVII. «¡Carne, celeste carne de la mujer! Ambrosía»: máximo himno erótico-místico; XVIII. «Un soneto a Cervantes»: retrato ferviente y fiel del autor del Quijote; XIX.

«Madrigal exaltado»: galantería con fondo reflexivo y metapoético; XX. «Marina»: canto sensorial y metafórico del mar con reminiscencias histórico-mitológicas; XXI. «Cleopombo y Heliodemo»: meditación filosófica digna de Epicuro; XXII. «Ay, triste del que un día...»: indagación en el destino del hombre, en su amargura y desesperanza; XXIII. «En el país de las Alegorías»: sacralización de lo erótico a través de una permanente silueta bíblica; XXIV. «Augurios»: gradación descendente de los animales y su simbología para el hombre; XXV. «Melancolía»: radiografía del poeta y del poetizar; XXVI. «¡Aleluya!»: exaltación de la alegría del universo y del amor a las vírgenes hembras; XXVII. «De otoño»: modelo de brevedad y hondura existencial; XXVIII. «A Goya»: retrato y homenaje de un príncipe de luces y tinieblas; XXIX. «Caracol»: instrumento musical, amuleto erótico y metáfora de la poesía; XXX. «Amo, amas»: concentración del erotismo vital del universo; XXXI. «Soneto autumnal del Marqués de Bradomín»: celebración de un ingenio español con recursos oníricos o inconscientes; XXXII: «Nocturno»: proclamación de la angustia y necesidad de compartirla; XXXIII. «Urna votiva»: ejemplo de factura parnasiana y adaptación de la versificación latina; XXXIV: «Programa matinal»: proyecto epicúreo de vida; XXXV: «Ibis»: denuncia de la maldad con evocación de un monstruo mitológico; XXXVI. «Thanatos»: sentimiento estremecido ante la muerte; XXXVII. «Ofrenda»: galantería a lo Banville; XXXVIII: «Propósito primaveral»: perfecta muestra del Darío erótico; XXXIX: «Letanía de Nuestro Señor don Quijote»: el más alto poema cervantino; XL. «Allá lejos»: evocación de la tierra natal; XLI. «Lo fatal»: poema-lápida.

He allí el *opus rotumdum* de Darío, organizado y orgánico a la vez. Organizado por sus tres secciones ya referidas, de contenidos heterogéneos; y orgánico porque todos los poemas están interrelacionados a través de ejes temáticos y vinculaciones intertextuales, de juegos estructurales simétricos

o disimétricos. Jaime Concha (1988), Marie Claire Zimmermann (1995) y Norbert-Bertrand Barbe (2003) han puntualizado esta organicidad: el primero insiste en *CVE* como un todo cerrado, la segunda en un eclecticismo unitario y el tercero en las relaciones dialécticas que desarrollan las distintas composiciones.

Por eso en «Historia de mis libros» (1913), su autor consignó: *Al escribir* Cantos de Vida y Esperanza *yo había explorado, no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregad un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas.*[82]

Pero fue en el «Prefacio» donde Darío planteó las circunstancias de su realización maestra: El movimiento de libertad [el modernismo] que me tocó iniciar en América se propagó hasta España y tanto aquí como allá el triunfo está logrado.[83] Y también esta actitud reiteradora: «Cuando dije que mi poesía es mía en mí, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la belleza». Y añade: Al seguir la vida que Dios me ha concedido tener, he buscado expresarme lo más noble y altamente en mi comprensión. Voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa que solamente las espigas comprenden, y cultivo, entre otras flores, una rosa rosada, concreción del alba, capullo de porvenir, entre el bullicio de la literatura.[84]

82 Rubén Darío: «Cantos de vida y esperanza», en *Historia de mis libros,* Op. cit., pp. 84-85.

83 Rubén Darío: «Prefacio», en «Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y otros poemas». Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 1905, p. 3.

84 Ibid., p. 5.

En este mismo «Prefacio» retomó dos de las ideas expresadas en «Palabras liminares» de *Prosas profanas:* la concepción de la aristocracia del pensamiento y la nobleza del arte. También confiere importancia a los aspectos técnicos de la métrica para afirmar un nítido concepto de su aptitud creadora: *la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas*.[85] Indica así —apunta Juan Carlos Ghiano— «un reencuentro con la más amplia popularidad, desdeñada en buena parte de su producción de Buenos Aires». Popularidad que alcanza a través de una voz profundamente humana como las de «Canción de otoño en primavera» y «Lo fatal»[86].

Bastan estas apostillas para introducirnos a *CVE,* poemario que suscitó esta certeza de Jorge Guillén, cuando insurgían las vanguardias españolas e hispanoamericanas: «Ninguno ha sido emperador tan absoluto en nuestros días como el poeta que logró ser poeta de todas las Españas. Sólo en los versos de Rubén no se pone el sol».[87] El poemario que consolidó a su autor como lírico perdurable de nuestra lengua y que, en el cincuentenario de su edición príncipe, sería cantado por Salomón de la Selva como solo él podía hacerlo, destacando su hispanismo celebratorio y unificador, abierto a las raíces latinas y a la proyección universalista:

> *Libro ninguno echó mayor raigambre*
> *para hacer de los pueblos de habla nuestra*
> *en tan diversos suelos disgregados*
> *una única patria; ni alzó tronco más alto ¡su nobleza*
> *que ennoblece a todas nuestras razas!;*
> *ni ramaje extendió más hermoso y variado,*
> *que roza a Grecia, toca a Italia, adorna*

85 Ibid., p. 4.

86 Juan Carlos Ghiano: «Prólogo», en Rubén Darío: *Cantos de vida y esperanza.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, p.

87 *La Libertad*. Madrid, 23 de agosto, 1921.

con sus flores a Francia, y en un solo abrazo
cobija por igual a América y a España,
y en el ocaso tiende
su sombra al Asia.[88]

Postdata bibliográfica

Aparte de los trabajos precisados con todos sus datos en las notas al pie de página, resulta imprescindible consignar la insuperable edición de *España contemporánea* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1998), emprendida por Noel Rivas Bravo, a la cual solo se le especificó el año de su publicación.

Lo mismo se hizo con los estudios de Jaime Concha: «Los Cantos... darianos como conjunto poético», en *Casa de las Américas* [La Habana], n° 169, julio-agosto, 1988, pp. 3-11; Claire Marie Zimmermann: «El eclecticismo poético de Rubén Darío: heterogeneidad y unidad en *Cantos de vida y esperanza*», en Jacques Issorel [comp.]: *El cisne y la paloma.* Once estudios sobre Rubén Darío. Perpignan, Crialup, Presses Universitaires de Perpignan, 1995, pp. 193-212 y Norbert-Bertrand Barbe: «La concepción milenaria: apocalíptica y finisecular de Rubén Darío en *Cantos de vida y esperanza*», en *Estudios darianos.* Angers, Bes Editions, 2003, pp. 67-75.

Finalmente, un resumen (muy abreviado) de este ensayo precedió a la edición crítica de *CVE* (Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura, 2005), que Pablo Kraudy y yo acometimos en conmemoración de su *editio princeps*.

88 Salomón de la Selva: *Evocación de Píndaro.* San Salvador, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, 1957, pp. 57-58 («Primer canto: Recordación y defensa del cisne», 6, 8).

EN LOS 120 AÑOS DE *ESPAÑA CONTEMPORÁNEA*

Faustino Sáenz

GARNIER HERMANOS fue la editorial de París que en 1901 reunió en volumen la mayoría de las crónicas que Rubén Darío escribiera, como enviado especial del diario *La Nación*, para informar sobre la situación en que había quedado la península tras su derrota militar en 1898 ante los Estados Unidos de Norteamérica. Cuarenta u dos sumaron dichas crónicas. Escritas en Madrid y publicadas entre el 18 de enero de 1899 y el 1ro. de mayo de 1900, respondían a un género colindante con el ensayo, la crítica, el relato, el apunte descriptivo y el poema en prosa.

España contemporánea mereció la cuidadosa atención de cuatro escritores representativos de la España finisecular. Doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) sostuvo que su contenido, en general, era «exacto, justo y bien visto», añadiendo que las opiniones literarias emitidas por Darío «yo podría discutirlas; la mayoría, no; porque encierran verdad suficiente para tener ortodoxia». Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901) elogió la más brillante crónica del conjunto unitario: «Castelar», editada en folleto en Madrid por B. Rodríguez Serra dos años antes. «Fue [don Emilio Castelar: 1832-1899, afirmó Darío] uno de los más potentes órganos de la humanidad. Por su boca habló el espíritu de su patria y, siempre, en obra de bien, si algunas veces no le prestó apoyo la verdad, jamás dejó de escucharle con sus alas mágicas la Belleza».

Por su parte, Miguel de Unamuno (1864-1936) afirmó que Darío tenía el alma «más española de lo que él mismo cree», puntualizando que *España contemporánea* constituía «un cinematógrafo algo caleidoscópico, en que desfilan drama-

turgos, poetas, novelistas, libreros, editores, políticos, pueblo en general y hasta campesinos». Finalmente, refiriéndose a los objetivos juicios expresados por el cronista procedente de Argentina moderna (con un desarrollo económico superior al de España); Luis Bonafoux (1855-1925) aseguró: «Ni encono mi desdén hay en la censura que entrañan dichas páginas».

En fin, *España contemporánea* conforma un vasto retablo histórico y sociológico de la decadente y antigua madre patria. Una obra severa, pero comprensiva y solidaria. «Los que vienen, los que hoy son esperanza de España —recomendó—, deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído, y sobre el comenzar la reconstrucción, poniendo la idea nacional en contacto con el soplo universal; manteniendo el espíritu español, pero creciendo a la luz del mundo».

ESPAÑA

CONTEMPORÁNEA

POR

RUBÉN DARÍO

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

EN EL 120 ANIVERSARIO DE *PEREGRINACIONES*

Sala Dariana

ESTA OBRA fue la segunda que editó Rubén Darío en París el año de 1901. La primera había sido *España contemporánea*, poco antes el mismo año lanzada por Garnier Hermanos. Ambas contienen extensas crónicas aparecidas en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, del que era corresponsal a partir de diciembre de 1868. Constituyeron pues volúmenes pioneros de su condición de periodista vital y vitalicio. No olvidemos que la corresponsalía del diario argentino le proporcionó —a lo largo de su etapa europea— sus mayores y más constantes ingresos.

Las crónicas de *Peregrinaciones* suman dieciséis. Doce pertenecen a la primera sección: «En París» y cuatro a la segunda: «Diario de Italia». Casi todos estos trabajos se escribieron en 1900. El 20 de abril está fechado el primero de los parisinos y el 8 de enero de 1901 el último. Las correspondientes a Italia las elaboró Darío durante el curso de un mes: del 12 de septiembre al 12 de octubre d 1900 y consisten en los relatos y descripciones de sus visitas a cinco ciudades: Turín, Génova, Pisa, Nápoles y Roma. En este centro planetario de la cristiandad conoció al magno Papa León XIII y besó su mano derecha con «la fe que no han podido borrar de mi espíritu —puntualizó— los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros ásperos y ácidos de nuevas filosofías».

Este párrafo resume su experiencia en Roma: «Es tiempo en que el Año Santo [1900] trae a Roma caravanas de creyentes de todo el mundo católico. Lo que a París lleva el placer trae a la Vía Eterna la religión, una incesante corriente humana que se renueva a la continua, corazones fervorosos que animan sangres de diversas razas, labios que rezan las

distintas lenguas, ciudadanos de la cosmópolis cristiana que con un mismo aliento proclaman la unidad de la fe en la capital. *Civis romanus sum*».

De junio, 1904, volvió a visitar Italia y de esa fecha datan dos crónicas más: «Venecia y Florencia», incluidas en la edición madrileña de *Tierras solares* (1904). En la crónica sobre Florencia, Darío inventa un neologismo: *Italoterapia*, o sean la curación de la fatiga, del hastío del tumulto, de la pereza cerebral, de la desolante neurastenia que seguramente padecía.

«En París» —primera sección de *Peregrinaciones*, como se dijo— consta de doce piezas tituladas, destacándose «El viejo París», «La casa de Italia», «Los anglosajones», «Purificaciones de la piedad» y «Reflexiones del año nuevo parisiense». Cinco de ellas versan sobre la Exposición Universal, desarrollada en *la ciudad luz* en 1900. En «Los anglosajones» describe con mucho detalle el pabellón de los Estados Unidos. Al preguntar en qué consistía la superioridad de «Los anglosajones», su acompañante norteamericano le respondió que el Congreso de su país había invertido en el megaevento siete millones y medio de francos. «Sobre la cúpula presuntuosa —consigna Darío—, el águila yanki abría sus vastas alas, dorada como una moneda de 20 dólares, protectora como una compañía de seguros. —*Ustedes* —dije a mis amigos—, *que tienen buenos arquitectos y hasta la vanidad de un estilo propio, ¿por qué han elevado un edificio romano en vez de un edificio de Norteamérica?* Y le contestó el gringo:

> —No hubiera quedado muy bien una casa de veinte pisos, a no ser que la colonia viniese a vivir en ella. En cuanto a lo romano, nos sienta perfectamente. Nosotros también podemos decir hoy: *Ciris,* etc.
>
> En el pabellón imponen el repetido motivo del Capitolio. En dimensiones, *es el más alto de todos*. Sobre la base arquitectural triangular, se alza la vasta cúpula, en la que se posa el glorioso pájaro de rapiña. Hay

un arco al lado del Sena sobre el cual la Libertad en el carro del Progreso, es llevada por una cuadriga; entre las columnas corintias del arco, el general Washington está montado a caballo.

Entramos. Mister Woodward ha dicho: «En lo interior de ese monumento el americano estará en su casa, con sus amigos, sus diarios, sus guías, sus facilidades escenográficas, sus máquinas de escribir, su oficina de correos, su oficina de cambio, su *bureau* de informes y hasta su agua helada». Y mister Woodward tenía razón a fe mía.

Al penetrar en el gran *hall*, no encuentro sino compatriotas de Edison que van y vienen, leen periódicos, o consultan guías, o toman agua helada y oficinas por todas partes, en un ambiente de la Quinta Avenida. Allí hay un salón de recepción de la comisaría; más allá una serie de buzones; más allá, telégrafo; más allá un banco.

—¿Quiere usted cambiar algunos *greenbacks* o águilas americanas? Me pregunta mi yanqui. Le contesto con mi modestia latina, que propiamente en ese instante, no tengo intenciones... Y agrego: «Las águilas vuelan tan alto como las odas!...»

A los dos pasos superiores se sube en ascensor *made in United States*.

—Aquí —me dice mi sonrosado compañero, primer premio de rowing— aquí está únicamente nuestra casa, nuestro *home*. Nuestro progreso, nuestras conquistas en agricultura, en ingeniería, en electricidad, en instrucción pública, en artes, en ciencias, en todas las labores y especulaciones humanas, están expuestas en los distintos grupos de la Exposición, como ya lo habréis visto. Venimos con la completa satisfacción de nuestras victorias. Somos un gran

pueblo y saludamos al mundo [...]

Ese pueblo adolescente y colosal ha demostrado una vez más su plétora de vitalidad. Como agricultores han ganado los norteamericanos justísimos premios; como maquinistas e industriales han estado en el grupo de primera fila, como cultivadores del cuerpo y de la gallardía humana un Píndaro de ahora merecen sus atletas discóbolos y saltadores; como artistas, ante los latinos que les solemos negar la facultad y el gusto por las artes, han presentado pintores como Sargent y Whistler y unos cuantos escultores de osados pulgares y valientes cinceles. En el Palacio de Bellas Artes se han revelado nombres nuevos, como Platt, como Winlow Horner, como John Lafargue, que aparece en la exposición con sus temas samoanos como el R. L. Stevenson de la pintura [...]

Es tan vasto aquel océano, que en su seno existen islas en que florecen raras flores de la más exquisita flora espiritual. (¿En qué país de Europa se superan publicaciones como el *Chap Book*?) Whistler ha contribuido con su influencia a una de las corrientes en boga del arte francés contemporáneo. En la poesía francesa modernísima dos nombres principales son de norteamericanos: Villié-Griffin y Stuart Merrill. Los yanquis tienen escuela propia en París, como tienen escuela propia en Atenas [...] Su lengua ha evolucionado rápida y vigorosamente, y los escritores yanquis se parecen menos a los ingleses que los hispanoamericanos a los españoles. Tienen «carácter», tienen el valor de su energía, y como todo lo basan en un cimiento de oro, consiguen todo lo que desean [...]

Como se ve, Darío no pudo menos que reconocer la asombrosa energía creadora de la civilización norteamericana.

Resulta igualmente memorable la crónica consagrada a la personalidad del famoso escultor francés Auguste Rodin (1840-1917) y a las piezas que exponía entonces. Antes de admirarlas, Darío leyó —confiesa— «todo lo que sobre el gran artista se ha publicado, desde los ditirambos de los que le juzgan un dios, hasta los ataques en que se le declara poco menos que un imbécil». Después de su primera visita volvió varias ocasiones. «Una sola estatua me ocupaba a veces una hora larga» —agregó. En dicha crónica, nuestro arraigado cosmopolita estuvo a la altura del genio francés.

Otra crónica de la misma extraordinaria es la titulada «Purificaciones de la piedad», dedicada a otro genio, esta vez inglés: el malaventurado Oscar Wilde (1854-1900), fallecido pocos días antes en París, solo y pobrísimo, a los 44 años. «Este poeta, dotado de maravillosos dones de arte, ha tenido en su corta vida sobre la tierra los mayores triunfos que un artista pueda desear y las más horribles desgracias que un espíritu pueda resistir» —señaló Darío en esa crónica, cuyo primer párrafo vale la pena transcribir:

> *Hay un cuento de Tolstoi en que se habla de un perro muerto encontrado en una calle. Los transeúntes se detienen y cada cual hace su observación ante los restos del pobre animal. Uno dice era un perro sarnoso y que está muy bien que haya reventado; otro supone que haya tenido rabia y que ha sido inútil y justo matarlo a palos; otro dice que esa inmundicia es horrible; otro, que apesta; otro, que esa cosa odiosa e infecta debe llevarse pronto al muladar. Ante ese pellejo hincado y hediondo, se alza de pronto una voz que exclama: «Sus dientes son más blancos que las más finas perlas». Entonces se pensó: «Este no debe ser otro que Jesús de Nazareth, porque solo él podía encontrar en esa fétida carroña algo que alabar». En efecto, era esa la voz suprema Piedad*.

Finalmente, la obra *Peregrinaciones* —desde su edición príncipe— fue prologada por don Justo Sierra (1848-1912), prócer intelectual de México y amigo de su autor.

II.
Cuentos y *Rosas y lirios* de Rubén Darío

Ovidio Reyes Ramírez, presidente del Banco Central de Nicaragua, durante la presentación de *Rosas y lirios*

Presentación de *Cuentos*

Ovidio Reyes Ramírez

EN SU proyección cultural, el Banco Central de Nicaragua ha privilegiado la difusión de nuestra máxima figura universal: Rubén Darío. En efecto, tiene en su haber varias publicaciones significativas, destacándose los volúmenes *Escritos políticos* (2010), *Antología poética* (2016) y *Novelas* (2017). Ahora tengo el honor de presentar sus *Cuentos* (2020).

En este volumen se documenta a fondo al Darío cuentista. Casi un centenar de narraciones breves brotaron de su pluma desde 1881 (a sus catorce años) hasta 1914 (a los cuarenta y siete). Publicadas y reproducidas en revistas y periódicos de América y España, se han traducido a trece idiomas: alemán, árabe, búlgaro, chino, danés, eusquera, francés, griego, inglés, italiano, japonés, portugués y ruso.

Tras los once cuentos de su breviario renovador *Azul...* (1888 y 1890), Darío elaboró narraciones realistas, ficciones neopaganas, recreaciones judeocristianas, relatos fantásticos —macabros, maravillosos, sobrenaturales, poéticos— y otros textos procedentes de la crónica periodística, del autobiografismo ficcional y de la veta infantil.

La mujer y el amor, la vida y la muerte, lo pintoresco y lo exótico, las leyendas y tradiciones, el humor y la ironía, la denuncia social, el heroísmo bélico por causas justas, la infancia y la juventud se despliegan en su obra de cuentista que, por lo demás, se interrelaciona con la escritura del poeta.

Esta edición contribuye a una mejor comprensión y al disfrute de una de las narrativas breves modernas y fundacionales de Hispanoamérica. En resumen, el lector tiene entre sus manos la compilación más rigurosa que hasta hoy se ha acometido de los cuentos de nuestro Rubén Darío. Un volumen que enorgullece a nuestra institución y a Nicaragua.

LA EDICIÓN DEL BCN: *CUENTOS* DE RUBÉN DARÍO

Iván Uriarte

I

ES POSIBLE afirmar que Jorge Eduardo Arellano aprendió a leer a los 3 años, a la misma edad que el niño Rubén Darío, y precisamente Arellano, cuando comenzó a leer, lo hizo leyendo a Darío. De otro modo no se explicaría la dedicación, el fervor, el afecto lectoral de la obra literaria de nuestro gran poeta, así como el conocimiento amplio y profundo que desplegaría desde los años cuando laboraba en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (1967) hasta sus actuales años de constante investigador y editor de sus increíbles logros.

Por otra parte, sabemos que Jorge Eduardo, un auténtico polígrafo, ha incursionado en todos los saberes de la epistemología nuestra; pero su centro siempre ha sido la investigación y estudio de la vida y obra de Rubén Darío. Del centenar y pico de obras diversas que ha publicado, una buena parte de ellas corresponden a la ampliación y actualización, como una constante, de los diversos aspectos de la obra dariana.

Si el Banco Central de Nicaragua celebra en este año sus sesenta años de fundación con una buena nueva en el abatido año 2020: la edición de los ***Cuentos completos*** de Rubén Darío, no es la primera magna obra suya que se edita bajo su sello. En el 2010, y en el marco de sus cincuenta años de fundación, se publicaron los ***Escritos políticos,*** en el 2017 aparecieron las casi desconocidas e inencontrables ***Novelas***. Ambos textos fueron recopilados y editados por Jorge Eduar-

do y su discípulo Pablo Kraudy. Y en el 2020 se hizo una publicación sorprendente: ***Rosas y lirios*** (Selección complementaria de su *Antología poética*).

Hoy, por fin, tenemos acceso a los cuentos de Darío confrontados con sus publicaciones originales, sin erratas, ni párrafos omitidos, como aconteció hasta ahora en anteriores publicaciones. Pueden, pues, a partir de esta autorizada edición, leerse en toda su integridad.

II

Darío es un cuentista prodigioso, como bien lo ha calificado Arellano en su prólogo, y yo agregaría que es el cuentista nato por excelencia. Ya en sus tempranos años se inició en la narración en verso («La cabeza del Rawi», «Alí» y «El ala del cuervo») y en revolucionaria prosa como la de los cuentos de ***Azul...***

Ahora bien: si la brevedad es el rasgo característico del cuento como género literario (economía, condensación y rigor), Darío nunca sobrepasó ese límite. Sus cuentos oscilan entre 1 y 8 páginas como máximo. En este sentido podemos señalar que nuestro poeta más bien revirtió los límites del cuento, reduciéndolo algunas veces a escasa media página, situándose así como precursor de la modalidad del minicuento que Augusto Monterroso ha eclosionado en nuestra posmodernidad literaria, teniendo como adalides a Álvaro Menéndez Leal, solo para referirnos a nivel centroamericano. Para no quedarnos en el aire en lo relativo a esta innovación, me permito leer un minicuento dariano: «El nacimiento de la col»:

> En el paraíso terrenal, en el día luminoso en que las flores fueron creadas, y antes de que Eva fuese tentada por la serpiente, el maligno espíritu se acercó a la más linda rosa nueva en el momento en que ella tendía, a la caricia del celeste sol, la roja virginidad de

sus labios.

—*Eres bella*.

—*Lo soy* —dijo la rosa.

—*Bella y feliz* —prosiguió el diablo—. *Tienes el color, la gracia y el aroma. Pero…*

—*No eres útil*. *¿No miras esos árboles llenos de bellotas? Esos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco…*

La rosa entonces —tentada como después lo sería la mujer— deseó la utilidad, de tal modo que hubo palidez en su púrpura.

Pasó el buen Dios después del alba siguiente.

Padre —dijo aquella princesa floral, temblando en su perfumada belleza—, *¿queréis hacerme útil?*

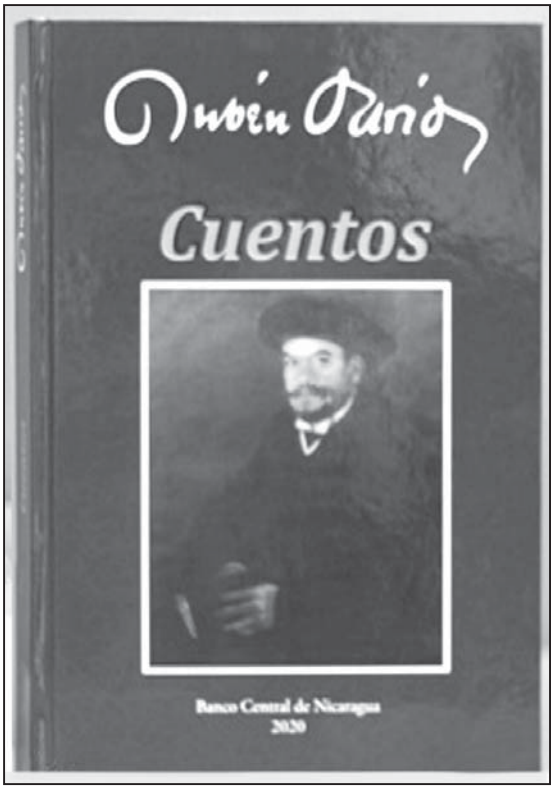
—*Sea, hija mía* —contestó el Señor sonriendo.

Y entonces vio el mundo la primera col.

Notemos que, a primera vista, se trata de una narración que se desarrolla en plano mítico, *in illo tempore*, anterior al pecado original mismo. En cuanto a procedimiento literario es un *pastiche* bíblico que reescrituralmente nos ubica frente a un mito etiológico, mitos que nos hacen ver la conformación de un orden en cuanto al origen de animales y cosas. Ejemplo: ¿por qué la piel de los leopardos tiene manchas, las aves plumas o las cebras rayas negras?, o ¿por qué los volcanes son protuberancias ígneas sobre la tierra? El minicuento al que nos referimos está escrito con una delicadeza extraordinaria, y su abordaje se sitúa a nivel del Génesis, sin demérito alguno.

La importancia y universalidad de la cuentística dariana está ampliamente documentada en el prólogo y la vasta bibliografía razonada que Jorge Eduardo despliega en esta imponderable edición con la que el Banco Central de Nica-

ragua muestra orgullosamente al mundo literario hispano y a todas las lenguas cultas del planeta. Felicitamos a su presidente, Ovidio Reyes Ramírez, por darnos una primicia editorial esperada hace más de cincuenta años.



ALTERACIONES TEXTUALES EN LOS *CUENTOS COMPLETOS* (1950) DE DARÍO

Helena Ramos

PESE A que Rubén Darío es una figura de primer orden del ámbito literario hispanoparlante, las ediciones más prestigiadas de sus cuentos abundan en erratas, algunas de vieja data. En Internet se encuentran libros digitales de cuentos dizque completos que no lo son y que carecen de mínimo rigor filológico. No valen la pena en absoluto. Desafortunadamente, la edición de cuentos completos darianos más accesible en Nicaragua —la de Hispamer, de 2007— contiene un sinnúmero de alteraciones, por lo cual tampoco es recomendable.

La fijación textual de cada pieza requiere la consulta del original y luego, muy esmerada revisión del texto, puesto que este puede contener las erratas primarias, surgidas en cualquier fase de la producción del impreso. El primer paso plantea dificultades, ya que la mayoría de los cuentos se hallan dispersos en periódicos y revistas de donde fueron recopilados. Una vez realizado el rescate, los investigadores y editores suelen recurrir a fuentes secundarias, porque son mucho más accesibles.

La pionera edición de *Cuentos completos* (1950), ya obsoleta

Así procedió Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985) —EMS— al editar *Cuentos completos* (México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 357 p.). Tal como señala Jorge Eduardo Arellano en *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica* (Managua, Banco Central de Nicaragua, 2020, 358 p.), aquella edición de 1950 marcó «un hito en la compilación, ordena-

ción y valoración de la narrativa breve de Darío». Sin embargo, contiene numerosas imprecisiones y erratas y sus valiosísimas notas a pie resultan a estas alturas muy insuficientes.

Entonces, el Banco Central de Nicaragua emprendió una nueva edición —sin duda alguna, la más completa, precisa y actualizada— de los cuentos darianos. El doctor Arellano estuvo a cargo del proyecto, proveyendo el libro de valiosas notas y de bibliografía anotada, la cual incluye, entre otros ítems, las ediciones de cuentos de Darío, el registro de traducciones de estos a otras lenguas y amplia lista de estudios y artículos sobre los cuentos en cuestión.

Muchas revistas y periódicos donde los cuentos de Darío vieron la luz por primera vez han sido digitalizados y ahora están disponibles en Internet. Eso permitió cotejar los textos y depurarlos de erratas surgidas en las sucesivas reproducciones. A veces solo son minucias de dígito, pero también hay variaciones importantes. Los cuentos tempranos «A las orillas del Rhin», «Las albóndigas del coronel» y «Mis primeros versos» fueron recopilados por Diego Manuel Sequeira (1903-1984) en *Rubén Darío criollo o raíz y médula de su creación poétic*a (Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1945, 315 p.). Las fuentes originales de los primeros dos no se conservan, pero el ejemplar hemerográfico de *El Imparcial* (Managua, año I, núm. 4, 29 de enero de 1886) donde aparece «Mis primeros versos» resultó ser una fuente de sorpresas.

«Mis primeros versos»

Hay numerosas modificaciones: «Lo publicarán **indudablemente**» (*El Imparcial*) y «Lo publicarán **inmediatamente**» (otras ediciones); «Pues, **hombre** —repliqué algo amostazado» (*El Imparcial*) y «Pues **bien** —repliqué algo amostazado» (otras ediciones); «Con **mucho** gusto» (*El Imparcial*) y «Con gusto» (otras ediciones); «suscritores» (*El Imparcial*) y «suscri**p**tores» (otras ediciones); «no hay fuerzas humanas

para resistir **a** tanto» (*El Imparcial*) y «no hay fuerzas humanas para resistir tanto» (otras ediciones).

Hay asimismo diferencias en la puntuación y la división en párrafos, pormenores que no trastocan mucho el significado del texto. Sin embargo, hay otras modificaciones que sí lo hacen. *El Imparcial* dice: «Apenas llegó a mis manos *La Calavera*, **me** puse de veinticinco alfileres [...]». En cambio, la versión de Sequeira y de EMS es: «Apenas llegó a mis manos *La Calavera*, **que** puse de veinticinco alfileres [...]». Este cambio en apariencia mínimo convierte la oración en un sinsentido. Hasta el siglo XX los alfileres se usaban para sujetar vestidos y otros adornos de la persona; 'ponerse de veinticinco alfileres' significa, según la más reciente (23ª) edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (*DRAE*), «con todo el adorno y compostura posible». Obviamente, quien se vistió con esmero es el narrador protagonista, no el periódico. Además, en una ocasión se trata, a todas luces, de una alteración consciente. He aquí la versión original:

> A los pocos pasos encuentro a un amigo, con quien entablé el diálogo siguiente:
>
> —*¿Qué tal, Pepe?*
>
> —*Bien, ¿y tú?*
>
> —*Perfectamente: dime, ¿has visto el número 13 de* La Calavera*?*
>
> —***No leo** nunca ese periódico*.
>
> Un jarro de agua fría en la espalda o un buen pisotón en un callo no me hubieran producido una impresión tan desagradable como la que experimenté al oír esas ***cinco*** palabras.
>
> La versión de Sequeira reproducida en publicaciones posteriores es esta:
>
> A los pocos pasos encuentro a un amigo, con quien entablé el diálogo siguiente:

—¿Qué tal, Pepe?

—Bien, ¿y tú?

—Perfectamente. Dime, ¿has visto el número 13 de La Calavera*?*

*—**No creo** nunca en ese periódico.*

*Un jarro de agua fría en la espalda o un buen pisotón en un callo no me hubieran producido una impresión tan desagradable como la que experimenté al oír esas **seis** palabras.*

En la primera, Pepe simplemente no lee *La Calavera*, sin indicar sus razones; en la segunda, explícitamente no confía en el rotativo referido. Como el número de palabras en ambas negaciones difiere (cinco en la primera, seis en la segunda), ha sido cambiado. También hay cambio en otro diálogo:

Las respuestas no se hicieron esperar y llovieron en esta forma:

*—No me gustan esos verso*s.

—Son malos.

*—**Son muy malos**.*

—Son pésimos.

En otras ediciones se lee:

Las respuestas no se hicieron esperar y llovieron en esta forma:

—No me gustan esos versos.

—Son malos.

—Son pésimos.

Se omitió «Son muy malos», afectando la cadencia del horrible *crescendo* de reprobaciones que atormentan al novato rimador. En vista de tantas alteraciones una se pregunta si no fueron modificados también «Por el Rhin» y «Las albóndigas del coronel». Tampoco se libran de alteraciones los cuentos

de *Azul...*, pese a su gran fama y amplísima divulgación. Me limitaré a señalar solo algunas.

«El pájaro azul»

En «El pájaro azul» aparece «soltando el trapo a la **vena**» (EMS, ibíd., p. 95) por «soltando el trapo a la ***ventana***», tal como se lee en la tercera y definitiva, si bien tampoco exenta de erratas, edición del libro en cuestión (Buenos Aires, Biblioteca de *La Nación*, 174, 1905, p. 86), y «si m**o**l no recuerdo» (EMS, ibíd.) por «si m**a**l no recuerdo» (*Azul...*, ibíd.). Asimismo se omite una parte en la oración que habla sobre el viento que «hace aletear las cintas ***de los sombreros*** de paja con especial ruido» (*Azul...*, ibíd., p. 87), transformándola en «hace aletear las cintas de paja con especial ruido» (EMS, ibíd., p. 96). ¡Cómo me devanaba los sesos intentando averiguar de qué cintas se trata!

«Arte y hielo»

En «Arte y hielo» las principales diferentes son estas: «sus ademanes ca**den**tes [cadenciosos]» (*La Libertad Electoral*, Santiago, 20 de septiembre, 1888) y «sus ademanes ca**nden**tes [incandescentes, ardientes]» (EMS, ibíd., p. 179); «¿no son una profanación **tremenda**?» (*La Libertad Electoral*) y «¿no son una profanación?» (EMS, ibíd.); «músculos **br**otan» (*La Libertad Electoral*) y «músculos **r**otan» (EMS, ibíd., p. 181); «la caprichosa adora**da**» (*La Libertad Electoral*) y «la caprichosa adorad**ora**» (EMS, ibíd.), alteraciones detectadas por Paredes.

«El humo de la pipa»

En «El humo de la pipa», especificaré alteraciones más relevantes. Debe leerse «hab**ía** damas» (*La Libertad Electoral*, Santiago de Chile, 15 de octubre de 1888) y no «hab**ría** damas» (EMS, ibíd., p. 188); «Yo **coronaba de** flores rústicas a la mujer morena» (*La Libertad Electoral*) y no «Yo **cortaba**

flores rústicas a la mujer morena» (EMS, ibíd., p. 190).

«El linchamiento de Puck»

Pese a la brevedad del cuento, no son pocas las alteraciones en «El linchamiento de Puck». De acuerdo con Mapes, el original dice: «Puck, al salir del gabinete **de un poeta**, iba negro como un legítimo africano, pues se había caído en el tintero **de un poeta**». Para eliminar la repetición, ciertamente innecesaria, que bien pudo surgir a causa de la eterna prisa periodística, Mejía Sánchez optó por transformar el texto de la siguiente manera: «Puck iba negro como un legítimo africano, pues se había caído en el tintero de un poeta» (EMS, ibíd., p. 267), suprimiendo el dato sobre la visita del *dulce genio* al gabinete del vate. Parece más lógico modificar el final, no el principio de la frase: «Puck, al salir del gabinete de un poeta, iba negro como un legítimo africano, pues se había caído en el tintero», objeto que obviamente ha de pertenecer al dueño del gabinete en cuestión.

Asimismo, debe leerse «**e**scuro disfraz de tinta» y no «**o**scuro disfraz de tinta»: el autor prefirió un vocablo menos usual, debido a su marcado gusto por las palabras raras y sonoras. En vez de «tiene **el** rostro de **un** niño» (ibíd.), lo correcto es «tiene rostro de niño»; y en lugar de «el hada cruel que dio a Byron la cojera se arrancó un cabello cano, y con él colgó a Puck de un laurel», «el hada cruel que dio a Byron la cojera se arrancó un cabello cano, y con él **se** colgó a Puck de un laurel». En «Las razones de Ashavero», se omitió el párrafo subrayado:

> *A lo cual objetó el poeta que, como el ave de Júpiter, si hablaba latín en la tierra del yankee, era para exclamar:* «E pluribus unum».
>
> ***—Porque allí soy más reina que en ninguna parte, tendiendo mis alas de oro en las sonoras monedas de a veinte pesos.***

«Respecto a Horacio»

En «Respecto a Horacio», en vez de «caballero **de** Arecio», aparece «caballero Arecio» (ibíd., p. 291), como si se tratara de un antropónimo, siendo en realidad un gentilicio. El aludido Cayo Cilnio Mecenas (c. 70-8 a. e. c.), político romano y gran patrocinador de la literatura y las artes, nació en una localidad llamada Arecio (actualmente Arezzo). Y era, en efecto, un *caballero*, puesto que procedía de la clase ecuestre: grupo social privilegiado, pero que no remontaba su origen a las familias más antiguas de Roma.

«Historia prodigiosa de la princesa Psiquia…»

En cuanto a «Historia prodigiosa de la princesa Psiquia, según se halla escrita por Liborio, monje, en un códice de la abadía de San Hermancio, en Iliria», me fue posible cotejar el texto con su publicación original en *La Nación* (Buenos Aires, 26 de diciembre, 1894, p. 3, col. 6-7).

Las diferencias son numerosas, solo mencionaré algunas: «otro príncipe del país de Golconda, también bell**o** y dueñ**o** de indescriptibles pedrerías (*La Nación*) y «otr**os** príncip**es** del país de Golconda, también bell**os** y dueñ**os** de indescriptibles pedrerías» (EMS). Leyendo la versión de Mejía Sánchez, me pregunté por qué razón Golconda tenía mayor cuota de príncipes que los demás reinos. Igualmente, existe gran diferencia entre Arabia **F**eliz (*La Nación*) y Arabia **f**eliz (EMS). El primero es un topónimo derivado del latín *Arabia Felix*, que significa 'Arabia fértil' o 'dichosa', nombre dado en la Antigüedad a la parte sur de la península arábiga, donde había floreciente agricultura, debido a su clima menos árido que en el resto de la zona.

El siguiente párrafo en versión de EMS me pareció muy confuso: «Del lado del país de los griegos llegó entonces una gran carroza en donde maravillosos liristas hacían resonar sus liras, y jóvenes hermosos agitaban palmas **en una alta** figura

de mujer; con grandísimo decoro extendía**n** dos alas como de ángel, y tenía**n** cerca de sus labios, asido con la diestra, un largo clarín». ¿De qué manera aquellos jóvenes agitaban palmas —que en Grecia y Roma simbolizaban la victoria y, por consiguiente, la gloria— en una figura de mujer? ¿Y con qué punto y propósito?

En cambio, la versión de *La Nación* resulta clara: «Del lado del país de los griegos llegó entonces una gran carroza en donde maravillosos liristas hacían resonar sus liras, y jóvenes hermosos agitaban palmas, **y** una alta figura de mujer con grandísimo decoro extend**ía** dos alas como de ángel, y ten**ía** cerca de sus labios, asido con la diestra, un largo clarín». La mujer de la carroza no es otra que Feme o Fama, diosa que se encargaba de divulgar toda clase de noticias, sean ciertas o falsas, glorificadoras o denigrantes. Sus atributos son las alas —pues las noticias vuelan— y el clarín, por su bien audible sonido.

«En la batalla de las flores»

Darío describe la faceta positiva de esta deidad: la de dar a conocer los logros y las hazañas. También se refiere a ella en «En la batalla de las flores» al hablar de «los desconocidos, de los que no han sentido nunca una sola caricia de la fama. Aquellos cuyo nombre no resuena, ni resonará jamás en la bocina de oro de la alada divinidad». También me suscitó inquietud la frase «tierra de Galia, en donde había las más terribles **luchas**» (EMS), pues no comprendía por qué precisamente allí se libraban luchas más terribles que en otras partes. La versión de *La Nación* —»tierra de Galia, en donde había las más terribles **hachas**»— alude, al parecer, a *francisque*, ciertamente terrible y célebre hacha de guerra que se usó en el territorio de la actual Francia, el cual formaba parte de Galia, nombre romano de esa extensa región histórica de la Europa occidental.

«Historia de un 25 de mayo»

En «Historia de un 25 de mayo» hay dos erratas significativas: «Abb**i**-Garima» por Abb**a** Garima (lugar donde en marzo de 1896 tuvo lugar una batalla en la cual las tropas italianas fueron derrotadas por las etíopes) y Crisp**is** por Crisp**i**. Francesco Crispi (1818-1901) era un político italiano que en dos ocasiones encabezó el gabinete de ministros y promovió en su política exterior el distanciamiento de Francia y la estrecha alianza con Alemania y Austria-Hungría. Crispis es una marca de cereal.

«Thanatophobia»

«Thanatophobia» —que figura en numerosas recopilaciones recientes de narrativa fantástica y/o vampírica— se publicó por primera vez en *Tribuna* (Buenos Aires, 2 de noviembre, 1897), dato ignorado por Mejía Sánchez. Tampoco sabía él de su reproducción en *Páginas olvidadas* (Buenos Aires, Ediciones Selectas América, 1921, pp. 83-90), con el título equivocado de «*Thanathopia*», el cual se repitió en varios libros posteriores, incluyendo *Cuentos completos* de EMS.

«La leyenda de San Martín, patrono de Buenos Aires»

En «La leyenda de San Martín, patrono de Buenos Aires», aparece «la diestra entumecida y vio**lenta**» (EMS) por «la diestra entumecida y vio**leta**» (*La Nación*); «No puede [...] traer **el** cristianismo a su padre» (EMS) por «No puede [...] traer **al** cristianismo a su padre» (*La Nación*); «Val**entino** y Justina» (EMS) por «Val**entiniano** y Justina» (*La Nación*). Valentiniano I (321-375), emperador romano desde 364 hasta 375, estaba casado en segundas nupcias con Justina (c. 340-c. 388). Según la tradición, San Martín buscó el apoyo de Valentiniano contra los arrianos, pero como Justina simpatizaba con ellos, al religioso se le negó la audiencia. Sin embargo, Martín logró entrar milagrosamente a los aposentos, y la

silla en que estaba sentado el imperador estalló en llamas (o, de acuerdo con otra versión, el fuego rodeó el asiento). Entonces, Valentiniano concedió a Martín todo lo que deseaba el religioso.

«El Salomón negro»

«El Salomón negro» apareció por primera vez en *Revista Nueva* (Madrid, vol. I, núm. 13, 15 de junio, 1899, pp. 582-585) y no en *El Sol* (Buenos Aires, 24 de julio, 1899), como afirma Mejía Sánchez, dato establecido por Carlos Lozano en *Rubén Darío y el modernismo en España: 1888-1920*. Ensayo de bibliografía comentada (New York, Las Americas Publishing Company, 1968).

Las diferencias más significativas son las siguientes: «Eres hermoso como el día**; yo**, bello como la noche» (*Revista Nueva*) y «Eres hermoso como el día**, y** bello como la noche» (EMS); «Dios se llam**aba** X; se llama Cero» (*Revista Nueva*) y «Dios se llam**a** X; se llama Cero» (EMS); «la razón siempre **será** con él» (*Revista Nueva*) y «la razón siempre **está** con él» (EMS).

«La larva»

La versión primigenia de «La larva» en *Caras y Caretas* (Buenos Aires, año XIII, núm. 621, 27 de agosto, 1910) también ofrece diferencias, algunas importantes. He aquí la enumeración: «a jugar al tute, **al fusilico** o al tresillo» (*Caras y Caretas*) y «a jugar al tute o al tresillo» (EMS); «un sastre que hacía de **tenorino** [tenor ligero] entonó [...]» (*Caras y Caretas*) y «un sastre que hacía de **tenorio** [mujeriego] entonó [...]» (EMS); «De las ventanas de aquella **d**ulcinea [mujer querida]» (*Caras y Caretas*) y «De las ventanas de aquella **D**ulcinea [personaje del *Quijote*]» (EMS); «Ignoraba, pues, **el dulce** misteri**o**» (*Caras y Caretas*) e «Ignoraba, pues, **todos** los misteri**os**» (EMS); «Yo iba en busca de la soñada revelación, **del apagamiento de mi sed**» (*Caras y Caretas*) y «Yo iba en busca de la

soñada revelación, **de la aventura anhelada**» (EMS); «Fui insinuante y a**c**tivo» (*Caras y Caretas*) y «Fui insinuante y a**l**tivo» (EMS). A mi juicio, en *Caras y Caretas* la hipersexualidad del adolescente narrador protagonista se describe de manera más franca.

«Primavera apolínea»

En cuanto a «Primavera apolínea», sirvió de prólogo a *La juventud intelectual de la América hispana* (Barcelona, Tip. Presa Hermanos, 1911, pp. 7-10) del escritor argentino Alejandro Sux (1888-1959). Luego apareció en *Mundial Magazine* (París, núm. 4, agosto, 1911, pp. 393-395). La versión del libro, que se consultó para la edición del BCN, difiere bastante de la de la revista, reproducida en ediciones posteriores, y el caso amerita una comparación detallada. Por ahora, solo me limitaré a señalar variaciones que más inciden en la comprensión del texto.

Debo confesar que la frase «estrofa que otras veces abofeteara a los oídos se retorció en un gesto de insultador» (EMS) me dejó perpleja. Alegar que un poema abofetea —es decir, golpea y/o escarnece— los oídos no suena a elogio. Tampoco queda claro lo del «gesto de insultador»: me preguntaba cuál gesto e insultador de quién... He aquí la versión inicial: «la estrofa que otras veces abofeteara a **los viles** se retorció en un gesto de **insultadora lástima**».

«Cuento de Pascuas»

Sobre alteraciones en «Cuento de Pascuas» (*Mundial Magazine*, París, vol. II, núm. 8, diciembre, 1911, pp. 151-157) se puede escribir un ensayo, así que señalaré solo algunos detalles. En la primera edición las comillas se emplean para encerrar vocablos en lenguas extranjeras (*réveillon*, *wisky-and-soda*, etc.), palabras textuales de personajes y también las citas, y se requiere especial atención para detectar las

últimas. Aquí un precioso pasaje sobre el siglo XVIII: «Cabelleras empolvadas, 'moscas asesinas', trianones de realizados ensueños, galantería pomposa y libertinaje encintado de poesía, tantas imágenes adorables, tanta gracia sutil o pimentada, de página de memoria, de anécdota, de correspondencia, de panfleto...». Mejía Sánchez suprime las comillas de «moscas asesinas», tal vez por considerarlas innecesarias, pero hay mucha historia detrás.

La palabra *mosca* no solo designa a un insecto díptero, sino también a lunar postizo hecho de tafetán, terciopelo o seda —siempre de color negro—, en forma de círculo, estrella, medialuna, corazón, etc. que las damas colocaban en el rostro, cuello o escote, a modo de adorno. Cuando se ponía en la esquina exterior del ojo, se denominaba «mosca asesina» (*mouche assassine* en francés). En el siglo XIX la expresión, ya caída en desuso, reapareció en la extensa obra teatral *Le Château des cœurs* (*El castillo de corazones*, publicado en 1880) de Gustave Flaubert (1821-1880), muy estimado por Darío.

Tampoco coincide con el original la frase final del cuento. *Mundial* dice: «—Nunca dormir inmediatamente después de comer —concluyó mi buen amigo el doctor». En EMS aparece «Nunca **es bueno** dormir inmediatamente después de comer». Eso de «nunca dormir» suena un tanto áspero, puesto que el infinitivo no debería utilizarse con valor imperativo, pero el doctor o desatiende la regla, porque está acostumbrado a dar órdenes un tanto bruscas, o habla en general, pues el uso del infinitivo sí es aceptable para dar instrucciones impersonales.

«El último prólogo»

Al no conocer la primera publicación de «El último prólogo» (*La Nación*, Buenos Aires, 25 de septiembre, 1912, p. 6, col. 6-7), Mejía Sánchez se apoyó en la recogida por Boti de *El Cubano Libre*. El cotejo arroja el siguiente resultado,

siempre considerando solo lo más relevante: «**aed**as [cantores épicos], estetas» (*La Nación*) y «**ascet**as [personas que buscan purificar el espíritu por medio de la negación de los placeres materiales], estetas» (EMS, ibíd., p. 394); «cualquier barbilampiño entre dos v**o**ces» (*La Nación*) y «cualquier barbilampiño entre dos v**e**ces» (EMS, ibíd., 395).

En cuanto a esta última, busqué inútilmente alguna expresión idiomática que me permitiera entender a dónde entraba dos veces el mentado barbilampiño y, al no hallar nada, pensé que ha de ser una expresión rara, tal vez caída en desuso... ¡Y se trataba de pinche errata, de una sola letra equivocada! No son tan numerosas las diferencias entre el original de «¡A *poblá*!...» (*La Nación*, Buenos Aires, 2 de octubre, 1912, p. 7, col. 3-4) y la versión de EMS. La más sustanciosa está en el último párrafo: «Y así, o se vuelve usted a su tierra vieja, a seguir **con su vida de café, y a dar a los suyos un improbable pucherete,** con las consabidas prosas y los consabidos versos, o se mete, con alma y corazón, tierra adentro, convencido de que ha venido a trabajar, y no 'a *poblá*'...». La parte recalcada no aparece en *Cuentos completos*.

Con los antedichos ejemplos basta para demostrar que la edición del BCN avanza de manera considerable en la fijación textual de la cuentística dariana.

Presentación de *Rosas y lirios*

Ovidio Reyes Ramírez
Presidente/ BCN

ENTRE LAS obras de Rubén Darío que el Banco Central de Nicaragua ha editado en la última década, figuran *Escritos políticos* (2010), *Canto a la Argentina y otros poemas* (2014), *Antología poética* (2016) y *Novelas* (2017). Ya ha entrado en prensa *Cuentos completos* y ha visto luz *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica* (2020) del doctor Jorge Eduardo Arellano.

Ahora me honro en ofrecer *Rosas y lirios*/ Selección complementaria de sus *Poesías completas*. Se trata, en realidad, de un verdadero rescate —ejecutado con rigor filológico— de 106 textos que vienen a enriquecer la creación poética de nuestro bardo universal. A los investigadores literarios de nuestra institución, Jorge Eduardo Arellano y Helena Ramos, se les debe la escogencia de los poemas, las notas contextuales de cada uno y las múltiples fuentes bibliográficas y hemerográficas en que fundamentan su labor.

Una convicción guía a ambos: la necesidad de presentar una imagen integral de la producción lírica de Darío, siguiendo el consejo del polígrafo mexicano Alfonso Reyes: «Hay que recoger piadosamente todos los rasgos de su pluma». Compartiendo este mandato, los editores críticos de esta obra la han organizado en orden cronológico y a través de cinco secciones: I. *Mi dulce patrio suelo* (primer periodo centroamericano: 1879-1886); II. *El sueño y la aurora* (periodo chileno: 1886-1889); III. *Nada se oculta a tu fulgor supremo* (segundo periodo centroamericano: 1889-1893); IV. *Yo creo en un mundo rosado y florido* (periodo argentino: 1893-1898); y V. *Para las angustias, para las tristezas* (etapa europea: 1899-1916).

En fin, aportamos una excelente obra destinada a difundir nuevas facetas de la poesía dariana y a perpetuar la memoria de su autor, nuestro nicaragüense máximo.

Panelistas durante la presentación de *Rosas y lirios*

Dos poemas de *Rosas y lirios*

Nydia Palacios

EN LA extraordinaria compilación de poemas poco conocidos de Rubén Darío, *Rosas y lirios*, editada por el Banco Central de Nicaragua, figuran dos poemas claves de su religiosidad. Ambos merecen comentarse.

«Se dice que en la agonía»

El primero se titula «Se dice que en la agonía», conservado en el Fondo Dariano del Banco de América y divulgado por Jorge Eduardo Arellano en la plaquette Rubén Darío: *Nuevos poemas inéditos* (Managua, Museo y Archivo Rubén Darío, Fondo Editorial Cira, junio, 2004, p. 19). Su composición del lugar es el momento supremo de la muerte. Es decir, durante la agonía (palabra que viene del griego *Agón* que significa *lucha*) se repasa todo lo que el hombre hizo en su vida. El tiempo de vivir al fin ha llegado, se detuvo el ciclo vital y ya no caben la alegría, ni las risas; desaparece también el dolor, el sufrimiento y la tristeza. En su tránsito hacia la eternidad, el yo lírico se pregunta adónde van los suspiros. El gran misterio parece más impenetrable. Henry Bergson (1859-1941) y William James (1842-1910) son los anunciadores de ese infinito donde nuestra voz no alcanza. Por ello se preguntará: *Esos suspiros ¿van dónde? / Mi palabra ¿quién recibe? / ¿Quién mi aliento lo percibe, / pues mi sombra se esconde?*

Con Leopoldo Lugones y otros intelectuales, Darío asistió a sesiones espiritistas siempre buscando la verdad; le atrajo la masonería. Tantas ciencias ocultas tenían el propósito de encontrar respuestas. En el poema «Yo soy aquel» nos dice y *La vida es misterio / la luz ciega / y la verdad inaccesible asombra*. El panida era miedoso como un niño. Contribuyeron a eso las

leyendas que escuchaba en León en casa de la buena abuela tía Bernarda; el fraile sin cabeza, la carretanagua y otras leyendas que le infundían miedo. Darío dormía con la luz encendida y creía ver fantasmas. También contribuyó a la duda las enseñanzas de don José Leonard, lo que causó en el poeta un violento cambio en su fe como lo expresa en su extenso poema «El libro».

Su lucha es entre lo pagano y lo cristiano. En «Melancolía», expresa ese deseo de conocer el misterio. Este poema lo dedicó a su amigo Domingo Bolívar, quien se suicidó con cianuro: *Hermano, tú que tienes la luz dime la mía / soy como un ciego. Voy bajo tempestades y tormentas / ciego de ensueño y loco de armonía* y en el poema «El reino interior», se ahonda su pecado, se intensifica su lucha interior; su alma se asoma al balcón y ve dos desfiles: a un lado van las siete virtudes vestidas de blanco y al otro lado, van los pecados capitales vestidos de rojo. Ambos le atraen y al final dice: *—¡Princesas, abrazadme con vuestros blancos velos! —¡Príncipes abrazadme con vuestros brazos rojos!*

El dilema no se resuelve. Su dualidad se manifiesta imposible de resolver. Vacila entre el lirio y la rosa. Por ello Rubén Darío reflexiona: *me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo*. La vida de nuestro bardo fue tormentosa y siempre vacilaba entre creer y no creer en el Dios supremo, en el Hacedor de todo lo creado, pues todo está bajo el signo de un destino supremo/… *por el camino que hacia la esfinge se encamina* («Alma mía»).

«A Dios»

El segundo se titula «A Dios» y lo difundió el polígrafo gallego Dionisio Gamallo Fierros (1914-2000), uno de los invitados para conmemorar en Nicaragua el centenario del

natalicio de Rubén Darío, a través del artículo «Un poema a Dios, y posiblemente escrito hacia 1907, por Rubén Darío» (*La Prensa Gráfica*, Managua, 18 de enero, 1967). Su manuscrito, sin el título «A Dios», lo reprodujo facsimilarmente el investigador literario español Luis Sáinz de Medrano (1928-2012): «Tres poemas inéditos» [de RD] (*Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, núm. 23, 1994, pp. 234-235). En la 223 especificó que estas tres estrofas «responden a las inquietudes religiosas que tantas veces manifestó Darío». Dice:

> *Yo bien sé que tu fe me ayuda como un báculo,*
> *Y sé que la Esperanza tiene un ancla de oro,*
> *Y que el Amor-custodia brilla en tu tabernáculo.*
> *Y por eso te ruego a veces, y oro, y lloro.*
>
> *Mas el don que me diste de comprender me abruma.*
> *Es una lamparilla para noche tan vasta*
> *Como es nuestra existencia de tiniebla y de bruma.*
> *En veces he mordido dudas candentes y hasta*
>
> *He tenido, Señor, el pavor de tu ausencia.*
> *La culpa ha sido el misterioso destino*
> *Que hizo gustar al hombre la fruta de la ciencia,*
> *Cuya pulpa estaba hecha de veneno divino.*

Las virtudes teologales, la esperanza y el amor conducen al yo lírico a encontrar el enigma que le abruma. La fe es el báculo que lo conduce a encontrar el enigma y tiene la esperanza de llegar a conocer lo desconocido. Darío se nos muestra dual. Lo desconocido lo aterra y reza y llora. La carne lo atrae poderosamente, le tiene miedo a la muerte *y no saber adónde vamos, / ni de dónde venimos*. El poema «A Dios» se enfrenta con su famoso poema «Lo fatal». Esa duda expresada no lo deja en paz.

Divisa en «A Dios» como una lucecilla que, perdida en la oscuridad, no encuentra salida y solo lo atormenta la niebla. Busca a Dios y no sabe dónde encontrarlo. *La vida es dura.*

Amarga y pesa / ya no hay princesa que cantar. Culpa al destino que al primer hombre lo condujo al pecado, a probar la fruta del Árbol de la Ciencia. Fruta exquisita que probó Adán y desde entonces, la duda disfrazada de exquisita fruta no fue más que una celada, un ardid, un filtro venenoso, mortal y por ello, al hombre le está vedado conocer el misterio.

Siente temor que el Todopoderoso lo abandoné y no encuentre salvación. El Señor de Señores lo ha dejado solo y la soledad del yo poético es la consecuencia de su nefasta culpa. Las resonancias bíblicas palpitan en el poema. Darío realizó esfuerzos para encontrar a Dios. Fue a La Cartuja en Palma de Mallorca para sentirse cerca de él. Estuvo en la cueva de Raimundo Lulio y leyó libros y breviarios. Busca un confesor y reza lloroso. Pasaba largos ratos en la iglesia. Sabe que ha abusado mucho de licor y la carne. Se trata de un yo dividido entre la catedral y las ruinas paganas, como lo expresa en «Divina psiquis». Siempre busca el perdón, pero vuelve a caer. Angustiado, el yo lírico exclama: *Jesús, incomparable perdonador de injurias, ¡Óyeme!* y con un grito agónico agrega: *Sembrador de trigo / dame el tierno pan de tus hostias / dame contra el sañudo infierno / una gracia lustral de iras y lujurias*. Al final de su vida, en su agonía, encontró paz. Recordemos que murió abrazado al crucifijo que le regaló Amado Nervo.

Finalmente, en otros poemas Rubén Darío pide perdón a Dios por haber sido hombre débil. Quiere poner término a su angustia existencial y espera que Dios escuche su plegaria: *De hinojos / ¡Oh Dios mío! / alzo mi ruego ante el altar sagrado. / Perdón por mi desvarío, perdón por mi pecado. Perdón por las heridas que te he dado*. Es un Darío contrito, arrepentido que luchó entre el cisne y el sátiro, ángel y fauno, ascético y creyente, entre pecar y no pecar.

«LA FE»: *ESO QUE A NUESTRA ALMA INFLAMA*

Erika Paola Solís Miranda

AGRADEZCO A dos instituciones por permitirme estar aquí hoy: a la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, espacio que para mí no ha sido simplemente el lugar donde laboro, sino una academia (como su nombre lo indica), donde he aprendido de la máster Ligia Madrigal Mendieta y del doctor Jorge Eduardo Arellano (tesorera y secretario, respectivamente), en materia de historia, literatura y cultura. Y al Banco Central de Nicaragua en las personas de su presidente, doctor Ovidio Reyes Ramírez y de la gerente de servicios generales licenciada Jeannette Solórzano, por tomarme en cuenta para la presentación de la edición: *Rosas y lirios* (selección complementaria a la *Antología poética*) de Rubén Darío.

Para esta intervención seleccioné «La Fe» (consignado en la p. 33 de *Rosas y lirios*), primer soneto de Darío y la composición poética más temprana que de él se conoce, escrita a sus 13 años, cuando cursaba estudios con los jesuitas que vinieron expulsados de Guatemala el 15 de septiembre de 1871. Alentado por su tía Rita, se acerca a los miembros de la Compañía de Jesús y en la iglesia de La Recolección, inicia sus estudios en griego, latín, liturgia, dogmas, música (órgano y acordeón) y da sus primeros pasos poéticos. Allí contó con la guía de varios sacerdotes, entre los que destaca el padre y poeta Mario Valenzuela (1836-1922) de origen colombiano (ARELLANO, 2016: 111-115). «La Fe» se publicó en la revista literaria *El Ensayo* (León, 29 de enero, 1881, p. 216) y el mismo Darío lo incluyó en *Poesías y artículos en prosa* (Tomo I, León, julio de 1881). A continuación, leeré el

poema antes de comentarlo:

En medio del abismo de la duda
Lleno de oscuridad, de sombra vana
Hay una estrella que reflejos mana
Sublime, sí, mas silenciosa, muda.

Ella, con su fulgor divino, escuda,
Alienta y guía a la conciencia humana,
Cuando el genio del mal con furia insana
Golpéala feroz, con mano ruda.

¿Esa estrella brotó del germen puro
de la humana creación? ¿Bajó del cielo
a iluminar el porvenir oscuro?

¿A servir al que llora de consuelo?
No sé, más eso que a nuestra alma inflama
Ya sabéis, ya sabéis, La Fe *se llama*.

Pero, en sí ¿qué es la FE? Para los judíos la FE es conocida como *emuná* y se puede definir, en palabras sencillas, como «la herramienta espiritual que nos ayuda a expandir gradualmente nuestra conciencia», siendo una convicción innata que trasciende al razonamiento. Pero, paradójicamente, debe ser alimentada por medio del estudio y la razón (*Porque el Señor da la sabiduría; conocimiento y ciencia brotan de sus labios*. Proverbios 2: 6). De este modo, se evita que los individuos tergiversen la FE tornándose en seres irracionales o fanáticos y, en caso contrario, el conocimiento con la ausencia de FE vuelve a las personas demasiado racionales, quedando atrapadas en el *abismo de la duda* ya que nunca logran encontrar explicaciones racionales a fenómenos que solo son plausibles por medio de la FE. Un ejemplo de esto es la leyenda alemana «Fausto», basada en el personaje homónimo que pasa toda su juventud encerrado estudiando numerosos libros sobre diversos temas, tratando de explicar o probar la existencia de Dios y que al final es salvado del

pacto que hizo con el maligno por la FE de su amada Margarita.

En Efesios capítulo 6, versículos 10 al 20, encontramos el subtítulo «La armadura de Dios»; que es una guía de cómo los creyentes debemos prepararnos para los ataques del Enemigo. Exactamente el versículo 16 dice: *SOBRE TODO, tomad el escudo de la FE, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno*, cumpliéndose lo que Rubén nos dice en la segunda estrofa del poema: *Ella, con su fulgor divino, escuda, / alienta y guía a la conciencia humana, / cuando el genio del mal con furia insana / golpéala feroz, con mano ruda*.

Hago una salvedad: en el Corán al Diablo se le identifica como un *genio* y su nombre es *Iblis*. En la «Sura de la Caverna», capítulo 18: 50, relata: «Y cuando dijimos a los ángeles: Postraos ante Adam y se postraron, aunque no Iblis que era de los ***genios*** y no quiso obedecer la orden de su Señor». En consecuencia, *Iblis* fue expulsado del Paraíso y culpó a la humanidad por su castigo. La víctima del maligno más conocida, pero que su FE la mantuvo firme, es Job.

Como señalé al inicio, la FE es innata en el ser humano. Pero ¿por qué tiene esta característica? Porque la FE viene impregnada en nuestra alma ya que no solo los humanos tenemos FE en nuestro Señor, Dios mismo tiene en FE en nosotros. Aun cuando la FE humana flaquea, la FE del Padre Eterno se mantiene firme e inmutable en su creación. Por ello, se pueden contestar positivamente las interrogantes de Darío: *¿Esa estrella brotó del germen puro de la humana creación?* Así es, cuando Dios nos otorga el soplo de vida. *¿Bajó del cielo a iluminar el porvenir oscuro?* Sí, la FE es la *estrella luminosa* que sirve de guía a la *conciencia humana*. *¿A servir al que llora de consuelo?* También la respuesta a esta pregunta es sí ya que «el auxilio me viene del Señor» (Salmos 120: 2).

Aunque en el poema Darío afirma que no sabe las respuestas a estas interrogantes, ya que en ese entonces tenía 13

años, a lo largo de su vida logra responderlas. Citaré un ejemplo: cuando en sus días preagónicos solicita un confesor, el doctor Santiago Argüello le expresa: *Yo comprendo, Rubén, tu deseo de descargarte* [...] *pero para ello busca a un hombre capaz de comprenderte, un alma al nivel de la tuya*. Darío, le contestó: *No, Santiago amigo, yo quiero un sacerdote consagrado* [...] *quiero a cualquier sacerdote por pobre y humilde que sea*. Don Mariano Barreto que era más radical le repuso: «Rubén déjate de temores, después de muerto, todos somos como esa bolsa de naranja [Darío en ese momento se acababa de chupar una naranja y tenía la cáscara sobre la mesa] materia, pura materia». Y Darío le replicó: «No, Mariano, ese es el despojo del hombre destinado a convertirse en polvo, pero el espíritu, el alma triunfadora o derrotada flota hacia arriba sobre la tumba» (citado en MADRIGAL MENDIETA, 2017: 203).

Como se puede ver en la cita anterior, Darío comprendía a la perfección lo que dice el libro de Juan capítulo 3, versículo 6: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». En el poema «Canción de otoño en primavera», vemos como Rubén flaquea en la antepenúltima estrofa afirmando: *La vida es dura. Amarga y pesa*. Pero resurge, al final diciendo: *¡Mas es mía el Alba de oro!* ¿Qué tamaño e intensidad tuvo la FE de nuestro poeta? *No sé, más eso que a nuestra alma inflama/ Ya sabéis, ya sabéis,* La Fe *se llama*.

Fuentes consultadas

ARELLANO, Jorge Eduardo: «Darío y su amistad con los jesuitas», en *Indagaciones rubendarianas*. Managua, Centro Especializado de Documentación, Investigación e Información Judicial/ Corte Suprema de Justicia, septiembre, 2016.

AUTORES VARIOS: *Sagrada Biblia*. Versión digital Reina Valera, *BibleGateway.com*, 1960.

DARÍO, Rubén: *Rosas y lirios*/ Selección complementaria de su

Antología poética (2016). Edición de Jorge Eduardo Arellano y Helena Ramos. Managua, Banco Central de Nicaragua, 2020.

FREEMAN, Tzvi, rabino: «¿Qué es la *Emuná*?». Artículo publicado en la página *Jabad.com*. Recuperado de: https://es.chabad.org/library/article_cdo/aid/1871788/jewish/Qu-es-la-Emun.htm

MADRIGAL MENDIETA, Ligia: *El cielo y el infierno/ La construcción histórica de la muerte en el pensamiento nicaragüense*. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2016.

MOSS, Aron, rabino: «¿Qué hago si no creo?». Artículo publicado en la página *Jabad.com*. Recuperado de: https://es.chabad.org/library/article_cdo/aid/4957716/jewish/Qu-hago-si-no-creo.htm

SAGRADO CORÁN: «Sura de la Caverna». Traducción de Abdel Ghani Melara. Recuperado de: http://noblecoran.com/index.php/coran-traducido/traduccion-de-abdel-ghani-melara/168-18-sura-de-la-caverna

Erika Paola Solís Miranda durante
su presentación de *Rosas y lirios*

BÚSQUEDAS Y HALLAZGOS DEL DARÍO DESCONOCIDO

Róger Norori Gutiérrez

EN EL año 2016 fue editada por el Banco Central de Nicaragua la obra *Antología poética* de Rubén Darío en el marco de la celebración del centenario de su fallecimiento. En la misma se destacó en primer lugar el poema inconcluso titulado «Huitzilopoch-tli», del cual se dijo que su manuscrito «atesora el BCN en su colección literaria».

Cuatro años después la misma entidad nos convoca para la presentación de otro volumen dariano *Rosas y lirios.* Selección complementaria de su *Antología poética*. Como la anterior, esta nueva edición estuvo al cuidado del académico Jorge Eduardo Arellano, Secretario general de la AGHN.

Rosas y lirios es producto de una empeñada búsqueda que me parece un trabajo tan arduo como matar al león de Nemea o capturar el jabalí de Erimanto o cualquiera de aquellos trabajos que cumpliera Hércules en la mitología griega. La búsqueda de estas muy poco conocidas producciones darianas es seguir la pista en páginas de periódicos decimonónicos, en libros o revistas que han quedado olvidados en cualquier biblioteca u otras producciones que no han sido incorporadas a sus poesías completas.

Y vaya que sí es una empresa ardua esa búsqueda. Solo me imagino dónde encontrar aquellas producciones tempranas del poeta-niño de versos brotados instintivamente que caían como una lluvia en aquella casa de las Cuatro Esquinas en León, cuando pasaba la procesión de Jesús del Triunfo. O aquellos versos que refiere Anselmo Fletes Bolaños en su artículo titulado «Tú no lo sabes Rubén este rasgo de tu vida»,

publicado en la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* núm. 65. En dicho artículo se alude al episodio entre José Rosa Rizo, director del Instituto de Oriente y mama Naya, en el cual conocimos de algunas producciones tempranas del poeta-niño en una noche de tertulia en aquella casa. Todo el escrito insinuaba la escritura de un niño y mama Naya habría insistido: «Rubén, don Rosa, yo lo he visto escribirlos». «Pero si yo he visto que los saca de su cabeza». Corría el año de 1872, lo que quiere decir que Darío tenía unos cinco años y dormía sobre la falda de la señora en aquel momento.

En las secciones definidas en *Rosas y lirios* (primer periodo centroamericano, periodo chileno, periodo argentino, segundo periodo centroamericano y periodo europeo o cosmopolita), se puede percibir la evolución de su madurez literaria desde las poses de soldado creyente en su relación de los jesuitas de La Recolección, quizás aún influenciado por la métrica rigurosa de la poesía española, hasta aquellas producciones de 1915 en su periodo europeo.

En esta nueva recopilación pueden admirarse poemas inspirados por ciertos momentos vivenciales de la niñez y adolescencia del poeta, entre ellos «De caza», actividad de la que era aficionado. Otros fueron motivados por la libido que cabalgó a tropel en su adolescencia. A estos efectos el mismo poeta cuenta en su autobiografía: *Solía ganarme las mejores sonrisas de las muchachas, por el asunto de los versos. ¡Fidelina, Rafaela, Julia, Mercedes, Narcisa, María, Victoria, Gertrudis! Recuerdos, recuerdos suaves*. El mismo poeta afirma haber *sufrido, apasionado precoz, más de un dolor y una desilusión*, por lo que ya *tenía escritos muchos versos de amor*.

De su estancia en Managua se conoce el episodio con aquella *adolescente de ojos verdes, de cabello castaño, de tez levemente acanelada*, que fue otra ocasión para escribir versos: *Jamás escribiera tantos versos de amor como entonces. Versos unos que no recuerdo y otros que aparecieron en periódicos y que se*

encuentran en algunos de mis libros.

Entre los poemas del primer periodo centroamericano figura el titulado «De caza», el cual se mantuvo durante tantos años en manos de la familia Carrillo y lo vino a conservar el profesor Rafael Carrillo, mi maestro de Matemáticas en la secundaria del Instituto Ramírez Goyena. En esa época de adolescencia había ya depurado su estilo de poeta-niño, criticado por Enrique Guzmán: *Escritos van, escritos vienen* y Darío se defendió y por cierto que lo hace de un modo brillante, demostrando, apoyado en el ejemplo de autoridades en el idioma, que su expresión *simpatía derramada* usada por él y criticada por Guzmán, era *del toda correcta*.

Róger Norori Gutiérrez en su disertación
sobre *Rosas y lirios*

Un tributo a Darío con rigor filológico

Helena Ramos

EL LEGADO de Rubén Darío es y siempre será pródigo en disfrutes, enseñanzas y sorpresas. Hasta la fecha, todos los intentos de editar su obra completa no han dado el resultado pretendido, puesto que siguen apareciendo textos no recopilados. Para que alguna vez sean posibles las anheladas *Obras completas*, es absolutamente necesario recopilar poesías y prosas desperdigadas, y *Rosas y lirios*, volumen editado por el Banco Central de Nicaragua, recoge 106 textos ausentes en las *Poesías completas* (Madrid, Aguilar, 1968).

Honra cuidadosamente a personas que rescataron y difundieron poemas no incorporados a las referidas *Poesías completas* de Rubén Darío, editadas por el literato mexicano Alfonso Méndez Plancarte. Mencionaré en primer lugar al polígrafo doctor Jorge Eduardo Arellano, investigador del BCN: aquellos poemas de *Rosas y lirios* en cuyas notas no aparece indicado su rescatador fueron hallados por él.

He aquí la nómina de descubridores: los españoles Andrés González-Blanco, Antonio Oliver Belmás, Dionisio Gamallo Fierros, Miguel Enguídanos, Carlos Lozano, Camilo José Cela, Arturo del Hoyo, Luis Sáinz de Medrano y Jesús Sáinz Mazpule; los nicaragüenses Román Mayorga Rivas, Gustavo Alemán Bolaños, Juan Carrillo Salazar, Rafael Carrillo Díaz, Diego Manuel Sequeira, Adolfo Ortega Díaz, Eduardo Avilés Ramírez, Agenor Argüello, Octavio Quintana González, Andrés Largaespada, C. Segura O., Edelberto Torres Espinosa, José Jirón Terán, Mauricio Pallais Lacayo, José Santos Rivera y Ernesto Mejía Sánchez; y los salvadoreños: Miguel Ángel Gallardo, Carlos y Alejandro Orellana, Rafael Álvarez Mónchez, Joaquín Leiva, Jorge Ávalos y

Carlos Cañas Dinarte.

Continúo: los colombianos L. Hernández Posada, Publio González-Rodas y Luis Miguel Fernández Ripoll; los uruguayos Antonio Seluja Cecín y Roberto Ibáñez; los dominicanos Emilio Rodríguez Demorizi y Julio Jaime Julia; los argentinos Alberto Ghiraldo, Pedro Luis Barcia y Leopoldo Martínez Sastre; los cubanos Regino E. Boti y Ángel Augier; el chileno Julio Saavedra Molina, el mexicano Jaime Torres Bodet, la peruana Emilia Romero de Valle, el boliviano Saturnino Rodrigo, la estadounidense Evelyn Uhrhan de Irving, el venezolano Mario Briceño-Iragorry, el brasileño René Thiollier, el nica-estadounidense Alfonso Vijil y el nica-español Ricardo Llopesa.

Para *Rosas y lirios*, el primer paso ha sido, naturalmente, la recopilación; el segundo la depuración, pues ha habido atribuciones erróneas. Por ejemplo, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (núm. 124, enero, 1971, p. 72), aparece como escrito por Darío el hermoso poema que inicia así: *Para encontrarte, mi bienamada*,*/ cuánto camino tuve que hacer*... Lo que me hizo sospechar sobre la autoría no era la calidad estética, sino el tono diferente del que suelen tener poemas darianos de ocasión. Y, en efecto, es de Amado Nervo (1870-1919). Titulado «Para encontrarte», figura completo en el volumen del poeta mexicano *Sus mejores poemas* (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1920, pp. 231-232).

Tampoco es de Darío «Una lágrima», supuestamente escrito en la adolescencia. Su autor es el colombiano Gregorio Gutiérrez González (1826-1872). Se localiza en la cuarta edición de sus *Poesías* (París, Librería de Garnier Hermanos, 1888, pp. 58-59), fechado en 1846. Todavía figura en *Poesía completa* de Darío (edición e introducción de Álvaro Salvador, Madrid, Editorial Verbum, 2016).

Cuando se trata de un poema manuscrito, el tercer paso

es paleografiarlo, y no siempre resulta fácil, pues a veces la letra de Darío era similar a «patas de mosca». Entonces, *Rosas y lirios* incluye textos paleografiados muy cuidadosamente, sin alteraciones que contienen sus publicaciones anteriores.

El hecho que muchas revistas y periódicos han sido digitalizados y ahora pueden ser vistos en internet, sin tener que viajar al país donde aparecieron, hace posible verificar algunos textos darianos que antes aparecían alterados a causa de «horrores de dígito» o bienintencionados intentos de corregir supuestas erratas, cuando en realidad se trata de vocablos poco comunes. Por ejemplo, en «Diálogo» (1882), escrito por Román Mayorga Rivas y Rubén Darío, se pudo restablecer la escritura correcta: «*¿Has oído el manantío* [en vez de 'murmullo']*/ Que producen confundidas/ Náyades adormecidas/ Sobre las ondas del río*?»; y «*murmurios* [en vez de 'murmullos'] *y sonrisas*». Ambos vocablos que fueron sustituidos son desacostumbrados, pero castizos; el primero significa 'lo que mana' y el segundo, 'murmullo', 'susurro', 'ruido blando y apacible', 'ruido seguido y confuso de voces o de otras cosas'.

En «Inclinaba la lora su cabeza...» (c. 1908) Darío usa el rarísimo verbo 'socabar', no recogido por ninguna de las ediciones del *Diccionario de la Real Academia Española*. Entonces, sustituido por 'socavar', o sea, 'excavar algo por debajo' o 'debilitar'. Empero, el vocablo 'socabar' aparece en el *Diccionario Enciclopédico Gaspar y Roig* (Madrid, 1855) y significa 'habitar'. Con la voz correcta restablecida, el sentido del poema se modifica. La mirada de la misteriosa lora de la que habla Darío no debilita el alma, sino que *habita* en lo profundo del alma.

Rosas y lirios también ofrece al público lector las notas contextuales, explicando el significado de algunos vocablos raros y desusados e indicando quiénes fueron los destinatarios de poemas darianos o ciertos personajes en ellos mencionados. Eso facilita la lectura y permite comprender más a fondo los versos.

Por ejemplo, el personaje del poema «Adolfo Valdés» (Buenos Aires, 1893) es el colombiano Adolfo Valdés Figueroa (1840-1873), poeta romántico y beligerante periodista. Desterrado de su patria por razones políticas, desde 1863 se refugió en Perú, donde fue asiduo colaborador de los diarios. Enfermo de tuberculosis, en 1873 se trasladó a Chile buscando un clima más benigno. Fue bien acogido en los círculos literarios y periodísticos. Sin embargo, su salud decaía rápidamente y murió en Valparaíso el 29 de octubre del mismo año. Su amigo peruano Eusebio Tafur escribió *Los últimos días del poeta colombiano Adolfo Valdés* (Valparaíso, Impr. del Mercurio de Tornero y Letelier, 1874), que incluye una florida corona fúnebre y numerosos poemas del fallecido. Entonces, cuando Darío llegó a Chile, pudo haber escuchado aquella conmovedora historia sobre *Los sueños, la tisis, el negro sepulcro, / la pena primero, la gloria después*. A mi juicio, «Las flores y el colibrí» de Valdés podría ser una de las fuentes para «La historia de un picaflor», el primer cuento escrito por Darío en Chile. Años después, ya en Argentina, indagó precisamente a Adolfo Valdés sobre lo que espera al ser humano después de la muerte...

Es muy peculiar el destino del poema a «A Moisés Ascarrunz» (Madrid, 1899). Este soneto alejandrino fue inserto por el periodista, diplomático y político liberal boliviano Moisés Ascarrunz Peláez (1862-1939), amigo de Darío, en el libro *La revolución liberal de Bolivia y sus héroes* (Barcelona, Tipolitografía de Luis Tasso, 1899, pp. 113-114). Sin embargo, la edición tuvo una circulación limitada y ningún dariano dio con el texto. Años después el poema fue rescatado del olvido por otro escritor y diplomático boliviano: Saturnino Rodrigo (1894-1988), quien creyó que se trataba de un texto hasta entonces no había visto la luz. Por eso el artículo donde lo reproduce se titula «Un soneto inédito de Rubén Darío» (*Brecha*, San José, Costa Rica, año I, núm. 6, febrero, 1957, pp. 18-19). Allí cuenta que en 1938 conoció

a Moisés Ascarrunz, embajador de su país en España cuarenta años atrás. Ascarrunz, entonces, compartió experiencias literarias con Darío, recién llegado como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, y refirió al nicaragüense la muerte de los poetas que lucharon contra el general y presidente Mariano Melgarejo (1820-1871).

Sin embargo, *La revolución liberal de Bolivia*… ni siquiera menciona a Melgarejo, sino que habla sobre acontecimientos posteriores, como la guerra civil boliviana conocida como la Guerra Federal (1898-1899), conflicto armado que enfrentó a liberales y conservadores. Los jóvenes Adolfo Ascarrunz y Miguel Flores, el primero, hermano menor y el segundo, cuñado de Moisés, cayeron en combate en abril de 1899. El libro en cuestión comprende notas periodísticas y poesías dedicadas a su memoria. Ellos son los «hermanos muertos en los campos de batalla», a quienes se refiere Darío en la dedicatoria.

El poema «Rosa» (París, 1905) me cautivó con su ligera gracia picante y la riqueza de referencias gustativas, por lo general menos comunes en las letras que las visuales y auditivas:

Yo he probado de menta,
de naranja sangrienta,
de rosa y flor de lis,
de crema, de granada,
de leche merengada,
de angélica, de anís,
y de conchas marinas,
y de canelas finas,
y el sabor singular,
que se debe callar…

Y que en Eleusis fue
la iniciación. ¿Por qué
cayó por Salomé

la cabeza de Juan?
Por un dulce olibán
dado en una pastilla.

Su historia también es peculiar. El poeta y dramaturgo español Manuel Machado (1874-1947) obsequió a Darío, su maestro y amigo, un ejemplar del poemario *Caprichos*, publicado en 1905, con la dedicatoria «A Rubén Darío, devotamente Manuel Machado». Entonces, el nicaragüense añadió al texto del sevillano unas estrofas manuscritas. El libro anduvo perdido durante muchas décadas, hasta que llegó a las manos del periodista Jesús Sáinz Mazpule, licenciado en Filosofía y Letras en la rama de Clásicas, quien descubrió los textos darianos y los divulgó en el artículo «Aparecen poesías inéditas de Rubén Darío, en España» (*La Prensa Libre*, San José de Costa Rica, 24 de noviembre, 1962).

Las microhistorias que acompañan la mayoría de poemas reunidos en *Rosas y lirios* permiten comprenderlos mejor y disfrutarlos más.

Helena Ramos

Valoración de *Rosas y lirios*

Jorge Eduardo Arellano

ESTOY MUY agradecido con el Banco Central de Nicaragua, en la persona de su presidente Ovidio Reyes Ramírez, por conmemorar el sesenta aniversario de la institución con dos obras de Rubén Darío en las que he tomado parte, otorgándome satisfacción plena.

La trascendencia de ambas a nivel del mundo hispánico está a la vista. Me refiero a *Cuentos* y a *Rosas y lirios* / Selección complementaria de su *Antología poética* de Darío que ya se había acreditado el Banco en 2016. Y solo espero que su difusión sea ejemplar, sobre todo entre los colegas darianos y dariístas.

Yo me limitaré a señalar tres rasgos distintivos de la compilación *Rosas y lirios*: **colectiva, culminante** y **erudita**.

Esta obra es **colectiva**. No son muchos los hallazgos de quien les habla, limitados a unos cuantos de la sección dariana del archivo del escritor en la Biblioteca Nacional de Chile y del *Cuaderno de Hule Negro*, conservado en el Archivo Histórico de la Universidad Compluetense. Los demás hallazgos fueron realizados y difundidos por 43 estudiosos de Darío desde los años veinte: 18 nicaragüenses (destacándose Edelberto Torres y José Jirón Terán), 9 españoles (entre ellos mi maestro en la Complutense Luis Sáinz de Medrano), 3 argentinos, 3 colombianos, 2 cubanos, 2 dominicanos, un chileno, un mexicano, una peruana (la esposa del hondureño Rafael Heliodoro Valle), un brasileño, una estadounidense y un venezolano.

Es **culminante**, ya que sistematiza unos aportes precedentes, con sentido crítico, logrando rescatar en volumen 106 piezas poco conocidas de Rubén Darío y ausentes en sus

Poesías completas (1968). Una premisa nos asiste como dariístas: ser partidarios de unas *Poesías completas* lo menos incompletas posibles. Y lo hemos logrado. La variedad temática del volumen es múltiple. Destacan poemas menores y ocasionales, como los de álbum, no exentos de brillo, música, frescura, espontaneidad y ligereza; pero también los profundos y reveladores, como debieron ser dos extraviados definitivamente: el soneto que dedicó Darío a Jean Moréas y un tercer poema —en verso libre— a Juan Ramón Jiménez. Tres poemas de los últimos quisiera leer: «El Poeta y el Rey» (1887), de su periodo chileno; «Versos a la Reina» (1894), de su periodo argentino y «A Moisés Ascarrunz» (1889), de su etapa europea y cosmopolita.

«El Poeta y el Rey» es un breve cuento en verso, preanuncio de «El Rey Burgués» (*La Época*, Santiago, núm. 1886, 4 de noviembre, 1887):

Llevaron un día ante el Rey
a un hombre solitario...
El trono le deslumbraba
y mirándole de soslayo
el monarca quiso saber
qué elementos componían
las trazas del raro ser…

Indulgente y patriarcal
con suavidad preguntó:
—¿Tienes nombre?
—No, señor.
—¿Patria por casualidad?
—El mundo es mi vecindad
—¿Por qué tanta la amargura
que de tu garganta brota?
¿Eres libre, eres ilota?
—Libre soy, mas triste cosa:
Yo, señor, yo soy
¡Poeta!

«Versos a la Reina» es, para mí, el más excelso poema a la Virgen María escrito en lengua castellana, como lo he desarrollado en un artículo de *El Nuevo Diario* (Managua, 7 de diciembre, 2018). Apareció publicado en *El Bien* (Montevideo, año XVII, núm. 45-49, 29 de abril de 1984, p. 2, col. 4), y fue descubierto por el dariano Uruguayo Antonio Seluja Cecín. Consta de nueve estrofas de tres versos octosílabos (o sea tercetos en *terza rima*) con idéntica rima consonante:

¡Oh, celeste, Reina mía!
¡Sol de amor, luz de alegría
Lis de Dios, Madre María!

A tu planta soberana
Cayó la luna pagana
De la frente de Diana.

Rosas para tu incensario,
Perlas para tu rosario,
Almas para tu santuario.

Refugio del pecador,
Reina del divino amor,
Tu alma engrandece al Señor.

Caen a tus plantas bellas
Las flores de las doncellas
Las lágrimas, las estrellas.

Buena, sacra, madre, pura
Halla en ti la criatura
Remedio a toda amargura.

«Ave, Mater! Gratia Plena»
Inmarcesible azucena,
Quítame pecado y pena.

Y en vital cautiverio
Cante tu santo misterio
Con la lengua del salterio.

Hasta que pueda llegar

A tu reino a descansar,
¡Mística estrella del mar!

Y «A Moisés Ascarrunz» (se publicó por primera vez en *La revolución liberal de Bolivia y sus héroes*, Barcelona, Tipolitografía de Luis Tasso, 1899, pp. 113-114) es uno de los grandes poemas pacifistas de Darío. Lo dedicó a su amigo boliviano, que además de diplomático sería rector de la Universidad de San Andrés y creador de la Biblioteca del Congreso de su país; y se nombra en él a Rodrigo, obviamente alusión a Rodrigo Díaz (c. 1048-1099), conocido como el Cid Campeador y a Marat: Jean Paul Marat (1743-1793), médico y científico que sobresalió como periodista y activista político radical durante la revolución francesa. Dice:

Maldigo la quijada del asno, el enemigo,
odio la flecha, el sable, la honda, la catapulta;
maldigo el duro instinto de la guerra, maldigo
la bárbara azagaya y la pólvora culta;

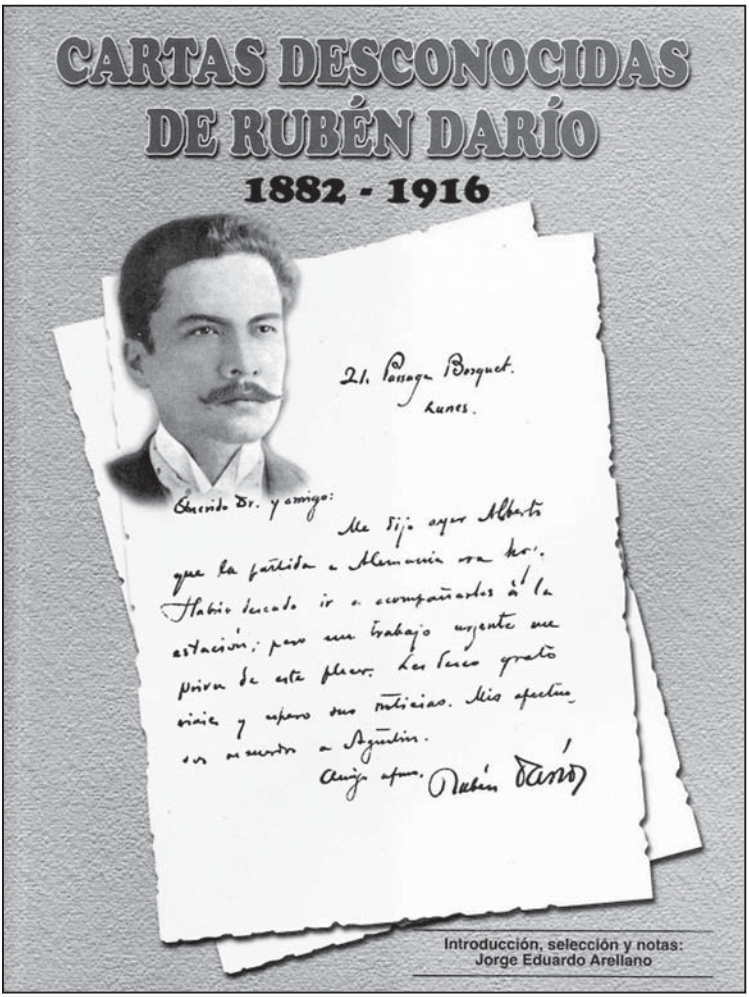
y a quien ahoga en sangre la cosecha de trigo,
y a quien ciego de rabia la cruz de paz insulta;
a Bonaparte o César, a Marat o a Rodrigo,
príncipe de soldados o rey de turbamulta.

Los maldigo por tantas tristes almas de duelo
que van todos los días por la senda del cielo
precedidas por Cristo, a pedir paz y luz,

por Cristo, que solloza, que palidece y sufre,
mientras un negro incendio de salitre y azufre
obscurece a los hombres la visión de la Cruz.

Por fin, *Rosas y lirios* es una obra **erudita**, como se indica en la sección de «Fuentes» que suman 158: 10 compilaciones, 68 libros auxiliares y 80 artículos y ensayos, además de un centenar de publicaciones periódicas (diarios y revistas), publicadas en Nicaragua, España y en casi todos los demás países latinoamericanos tanto de la época de Darío como posteriores.

III.
Documenta rubendariana


CARTAS DESCONOCIDAS
DE RUBÉN DARÍO
1882 - 1916
Introducción, selección y notas:
Jorge Eduardo Arellano

DOS RESEÑAS ESCOGIDAS

Ricardo Lobato

I. *Cartas desconocidas de Rubén Darío (1882-1 916)*. Introducción, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000. 432 p.

II. ARELLANO, Jorge Eduardo: *El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000. 200 p.

Tomadas de: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Servicios de Publicaciones Universidad Complutense, núm. 29, 2000, pp. 309-323. En: https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0000110319A/22293

I

SI ES realmente posible acceder al claustro íntimo del *otro* —y quizá no lo sea; ni siquiera asomarse al propio—, las cartas que cada ser humano ha escrito resultan, desde luego, un mirador indispensable, privilegiado; la película en la que quedan impresos sus afectos, razones o turbaciones. En la empresa, forzosamente inconclusa, de matizar hasta el extremo el retrato de una personalidad, la de Darío, tan asediada como inagotable, las *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, seleccionadas por Jorge Eduardo Arellano, constituyen —y no es poco decir— una aportación significativa. El volumen reúne y sistematiza, aprovechando la labor de compiladores ante-

riores —desde la edición pionera del peruano Ventura García Calderón (1920) o los sucesivos repertorios de Alberto Ghiraldo (1926, 1940, 1943), pasando por las compilaciones parciales de, entre otros, Dictinio Álvarez (1963), F. J. Tort (1966) o Edelberto Torres (1967), hasta el reciente *Epistolario selecto* (1999) de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris— y añadiendo un buen número de piezas inéditas, una nutrida selección del *corpus* epistolar del autor. La colección, formada por doscientas cincuenta cartas pertinentemente anotadas, con indicación de la fuente y aclaraciones sobre los nombres aludidos, recorre la vida de Darío entre 1882 y 1916. Los textos, ordenados cronológicamente, se entreveran con una precisa biografía —firmada por Julio Valle-Castillo— que permite ubicarlos en la trayectoria vital del poeta. Completa el libro un apéndice con siete piezas autógrafas.

No se revelan —no cabía esperarlo— facetas ignoradas de Darío, pero se documentan de manera vívida, estremecedora a veces, aspectos ya conocidos de su biografía o talante: su obstinada neurastenia, indisociable de una lacerante desazón existencial —«Mi cerebro ha estado a punto de estallar, mi sangre a punto de paralizarse; dolores, desmayos, una calamidad. Luego, el inmenso hastío que ve hasta la misma muerte como un refugio» (p. 54)—; una relación dialéctica, no siempre fácil, con su país natal —«Pena me ha dado ver y comparar lo que era en mi tierra y cómo se me trata y aprecia en Chile» (p. 9); «En fin, cada vez que me he acercado a la tierra en que nací ha sido para padecer» (p. 53); pero también: «Yo no podré olvidar que León ha sido la ciudad querida de mis primeros años» (p. 72); o incluso: «Comprendo la nostalgia, ¡yo la tengo, aunque parezca mentira! Sin fiebres, sin mosquitos, sin polvo, sin calor horrible y sin temblores, júrole que me iría a acabar mis días a Nicaragua» (p. 164)—; una aguda y permanente sensación de soledad —«El estado moral o cerebral mío es tal, que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo» (p. 227)—; la susceptibilidad

ante las opiniones de los críticos —pues «la aspiración de un poeta, de un artista verdadero, en lo que se refiere a la crítica, es ser comprendido» (p. 64)—; o, por supuesto —los ejemplos son innumerables—, la acuciante penuria económica.

II

SI LAS *Cartas desconocidas de Rubén Darío* proponen, una inmersión de primera mano en el sol mismo del sistema dariano, *El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica*, también de Jorge Eduardo Arellano, instala al estudioso de la literatura en una de sus órbitas más próximas. En *Negra espalda del tiempo*, el narrador-protagonista, de nombre Javier Marías, advierte al personaje episódico llamado Francisco Rico: «Es posible que seas más recordado por haber aparecido como personaje en una novela tan perdurable que sea rastreada hasta el infinito, que por cuanto esté en tu mano lograr con tu aplicación y tu talento exegético y tus saberes acumulados». Luis H[enry] Debayle (1865-1938), figura preeminente de la aristocracia criolla nicaragüense; conspicuo cirujano, poeta y ensayista ocasional, debe buena parte de la relativa —fuera de Nicaragua— pero inalienable parcela de inmortalidad que le corresponde a dos poemas de Rubén Darío: el celebérrimo cuento rimado «A Margarita Debayle», dedicado a una de sus hijas, y el soneto alejandrino «En casa del doctor Luis H. Debayle», incluidos ambos poemas en *Poema del otoño y otros poemas* (1910) y compuestos durante la apoteósica estancia de Darío en Nicaragua entre noviembre de 1907 y abril de 1908.

El sabio Debayle constituye un asumido «ensayo reivindicador» —el sintagma es del autor— enderezado a recuperar por sí misma a una personalidad central de la Nicaragua del cambio de siglo relegada, a su juicio, en los últimos años, por razones políticas. En efecto, Debayle, suegro de Anastasio Somoza —con quien contrajo matrimonio en 1911 su hija mayor, Salvadora Debayle Sacasa [1895-1987]—, ha queda-

do en el imaginario nicaragüense asociado a la memoria del dictador, un estigma que ha impedido una justa ponderación de su talla intelectual y de sus aportaciones a la ciencia y a la cultura del país. Arellano, por ello, se esfuerza en desvincular a Debayle del somocismo y entroncarlo, a cambio, en la tradición liberal nicaragüense, como declarado simpatizante del Partido Liberal Nacionalista del general —«progresista, aunque autócrata»— J[osé] Santos Zelaya [1853-1919], artífice, entre 1893 y 1909, de la llamada «Revolución Liberal».

Estamos ante una semblanza profusamente documentada, fundada en un exhaustivo rastreo tanto de textos originales del cirujano leonés como de bibliografía pasiva acerca de su quehacer profesional, su personalidad o su peripecia vital. El autor encarece especialmente su decisiva contribución a la transformación de la praxis médica en Nicaragua: a Debayle, formado en Francia —llegó a ser elegido miembro de la Academia de Medicina de Paris—, se debe la introducción en el país centroamericano de nuevos hábitos y técnicas —la esterilización, por ejemplo, que permitió el desarrollo de la cirugía y el descenso radical de la mortalidad por infección después de la intervención—, así como del moderno instrumental médico —bisturí, escalpelo, estetoscopio— desconocido hasta entonces; como profesor y decano de la Facultad de Medicina de León, impulsó, además, un desacostumbrado rigor en el proceso de formación de los nuevos facultativos, generalizando las prácticas de disección en cadáveres y promoviendo el empleo de textos de referencia actualizados que recogieran las nuevas ideas de [Louis] Pasteur [1822-1895] o [Joseph] Lister [1827-1912].

El libro se completa con un capítulo dedicado específicamente a la prolongada y fraternal amistad que unió a Rubén Darío con Luis H. Debayle —desde la infancia, como compañeros de juegos y condiscípulos en el colegio de jesuitas de León, hasta la muerte del poeta, en febrero de 1916, asistido por él— y un extenso apéndice en el que se incluyen algunos

textos acerca de Debayle escritos por sus contemporáneos— dos de ellos, de Darío: «Prólogo que es página de vida», concebido para encabezar una edición de su producción literaria, y la etopeya «Discípulo ferviente de Pasteur», tomada de *El viaje a Nicaragua* (1909)— junto con otros, originales, del biografiado. Conocemos, por estos, al empedernido francófilo —«Entre Francia y Nicaragua, de escoger, no acierta a decir el corazón. La una grande, mi madre legítima, de cuyo seno me privó el azar, la otra, la generosa madre adoptiva, escuchó mi primer vagido», escribe en «Mis dos patrias»—, al fino humanista —el «Discurso en el Primer Aniversario de la muerte de Rubén Darío», inevitablemente ampuloso, contiene, no obstante, un certero análisis de conjunto de la poesía dariana— y al positivista convencido que confía sin tasa en las posibilidades de la ciencia: al hombre de su tiempo —si se me permite el tópico— que fue, en suma, Luis H. Debayle.

Darío y Luis H. Debayle

DARÍO Y SU AMISTAD CON LOS JESUITAS

JEA

> *…Aquellos mis primeros ecos, en la amistad con los jesuitas... entonces se abrieron los primeros sueños, entonces se rimaron las primeras estrofas.*
>
> RD

EL PRIMER contacto formal que Rubén Darío tuvo con la literatura fue a través de los jesuitas. No consistió en un aprendizaje profundo, pero lo introdujo en el conocimiento de la poesía neoclásica española y le fundamentó cierta conciencia hacia la asimilación de las culturas griega y latina que desarrollaría a lo largo de su vida; además de marcarle creadoramente, ese contacto o impulso literario nunca llegó a olvidarlo. De ahí su interés como influencia inicial y elemento de esporádicas referencias en su obra.[1]

I

Darío tenía cinco años cuando los jesuitas, expulsados de Guatemala, llegaron a León y catorce cuando la abando-

1 Un antecedente ejemplar de esta investigación es la de Ernesto Mejía Sánchez: «Las humanidades de Rubén Darío», en *Libro Jubilar de Alfonso Reyes*. México, Imprenta Nuevo Mundo, 1956, pp. 243-263 y *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 65, febrero, 1966, pp. 89-95. Sobre ese trabajo anotó el jesuita Ángel Martínez: «…irreprochable (…) minuciosidad extrema de detalles y exactitud en todo» (ficha manuscrita). También Ángel comentó elogiosamente la primera versión del nuestro, aparecido en *La Prensa Literaria*, Managua, 6 de febrero, 1966 e inserto en Jorge Eduardo Arellano: *Contribuciones al estudio de Rubén Darío*. Managua, Dirección General de Bibliotecas, Hemeroteca y Archivo, 1981, pp. 13-21.

naron. Muy pronto, pues, debió asistir a la iglesia de la Recolección por influencia de su acaudalada tía Rita, como lo escribiría en varias oportunidades.[2] En la residencia que junto a este templo habían establecido los reverendos, el niño aceptaba los bombones y golosinas que le obsequiaban, ejecutaba el órgano y el acordeón, ostentaba en el pecho la cinta azul y la medalla de oro de los congregantes y cantaba a la Virgen: «*Oh María, / madre mía, / dulce encanto / del mortal...*»[3]

Dos veces transcribió esta cuarteta en las páginas evocadoras de esta primera relación con los jesuitas.[4] Iniciada alrededor de 1878, comprendería los servicios de acólito, la instrucción dogmática y el inicio en las letras. Así, tratado con cariño y confianza, publicó unas aún desconocidas odas y cantatas en varias «revistas ínfimas y precarias» para emplear sus propias palabras.[5] Dirigido y acariciado por *padre Tortolini, anciano* —recordó en 1909—, *un padre Valenzuela, poeta de Colombia; un padre Koening, sabio astrónomo; un padre Junguito, hoy obispo de Panamá*, y los que había perdido en la memoria, él y sus compañeros fueron *tentados por el demonio literario que era entonces ángel jesuita* dando *al viento sendas silvas a la clásica, naturalmente dirigidas al mar, al sol o a la Virgen María*.[6]

---

2 Por lo menos en *El viaje a Nicaragua* (1909) y en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915); en ambos libros confiesa que comenzó a frecuentar a los jesuitas por influencia de su tía Rita.

3 Rubén Darío: «Prólogo», en Luis H. Debayle: *Ritmo y alma*. Managua, Imprenta Nacional, 1933, p. X; incluido en *Todo al vuelo* (Madrid, Renacimiento, 1912, pp. 101-108) con el título de «Prólogo que es página de vida», fue escrito para el libro *Prosa y verso* del mismo Debayle. Dicho libro, estando en prensa en la librería Ollendorf de París, se extravió a causa de una inundación del Sena.

4 En el prólogo anterior y en la novela *El oro de Mallorca*, capítulo IV; véase una de sus últimas ediciones, prologada y anotada con *La isla de Oro* —otro trabajo narrativo de Darío sobre la misma isla mediterránea— por Luis Maristany. Barcelona, La Novela Corta, 1978, p. 106.

5 Rubén Darío: «Prólogo», p. XII, art. cit. en la nota 3.

6 Idem., p. XI.

De los tres sujetos, solo el primero figura entre los temas de sus primeras composiciones conocidas («Al Mar»), fechada el 18 de marzo de 1881. Pero su soneto «La Fe», que firmó en enero de 1879, parece confirmar esa relación.

En 1913 volvió a recordar a sus antiguos maestros: *Había entre ellos un padre Koening, austriaco, famoso como astrónomo... un padre Valenzuela, célebre como poeta en Colombia y otros cuantos*.[7] Olvida al padre Junguito, mas se acuerda de otro: *un padre Aruba, bello e insinuante orador*.[8] Este párrafo autobiográfico contiene otros datos: el halago de los jesuitas al niño, sin sugestionarlo mucho, *para entrar en la Compañía, seguramente viendo que yo no tenía vocación para ello*; y la participación del mismo en una asociación piadosa: «Entré en lo que se llamaba la *Congregación de Jesús*», semejante a lo que sería —durante la vigencia pastoral de la acción católica— la *Cruzada de Cristo Rey*, integrada por los alumnos de primaria.

En pocas palabras, la naturaleza pedagógica y política del catolicismo —encarnada por los jesuitas— fueron palpados por Darío niño. Su biógrafo más connotado insiste que en la residencia leonesa de los jesuitas encontró estímulo intelectual al recibir nociones de latín y lecciones de métrica, impartidas por el padre Valenzuela. Este leíale también sus propios versos.[9]

Por otra parte, en plena madurez, Darío recordó un hecho peculiarmente jesuítico: *Allá en los años de mi infancia los jesuitas ponían un buzón místico en la iglesia de la Recolección,*

7 Rubén Darío: *Autobiografía*. Madrid, Mundo Latino, 1920, p. 19. (Obras Completas, XV).

8 Idem.

9 Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío* (4a. ed. corregida y ampliada). México, Editorial Grijalbo, 1966, p. 31. Torres agrega que Valenzuela le leía «*los* [versos] *de otros poetas de su tierra colombiana y españoles* (...) *explicándole la estructura de los diferentes metros castellanos*».

10 Rubén Darío: *El viaje a Nicaragua*. Libro del Mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 65, febrero, 1966, p. 23.

buzón que recogía las cartas que se escribían no sé ya más si a San Ignacio o San Luis Gonzaga a la Virgen María, las cuales contestaban por medio de sus reverencias los padres confesores.[10] Y posteriormente fue más concreto: además de revelar esta forma de influencia, explica que por su edad no aprovechó ni comprendió los Ejercicios Espirituales:

> Por aquel entonces hubo un gran escándalo. Los jesuitas ponían en el altar mayor de la iglesia, en la fiesta de San Luis Gonzaga, un buzón, en el cual podían echar sus cartas todos los que quisieran pedir algo o tener correspondencia con San Luis y con la Virgen Santísima. Sacaban las cartas y las quemaban delante del público: pero se decía que no sin haberlas visto antes. Así eran dueños de muchos secretos de familia y aumentaban su influjo por estas y otras razones. El gobierno decretó su expulsión, no sin que antes hubiese yo asistido con ellos a los ejercicios de San Ignacio de Loyola, ejercicios que me encantaban y que por mí hubieran podido prolongarse indefinidamente por las sabrosas vituallas y el exquisito chocolate que los reverendos nos daban.[11]

El sabor de este chocolate lo llevaría impregnado para siempre en el recuerdo, ya que en su viaje a Italia en 1900, cuando frisaba en los 33 años, llegó a Pisa, visitó un convento en las afueras de la ciudad y, preguntando por la comida de los frailes, trajo a colación *el chocolate de mis primeros maestros los jesuitas*.[12] Catorce años después, el recuerdo de esos *primeros maestros*, se haría presente de nuevo en las páginas de *El oro de Mallorca*, tentativa de novela autobiográfica. Lo que afirma el personaje central, el músico Benjamín Itaspes, procede de su experiencia americana, en concreto de:

---

11 Rubén Darío: *Autobiografía*, op. cit., pp. 19-20.

12 «Diario de Italia», en Rubén Darío: *Obras completas*. Tomo III: Viajes y crónicas. Madrid, Afrodisio y Aguado (1950), p. 550.

> ...la frecuentación de los jesuitas... [Con ellos] había aprendido de muchas cosas en la frescura de su adolescencia; mas todo aquello no debía haber encontrado muy propicio terreno, pues no había prevalecido contra los ataques posteriores de la existencia.[13]

Darío, en fin, fue iniciado por los jesuitas en la lectura de algunos clásicos, escribió sus primeros versos —inspirado en los modelos neoclásicos de la poesía española— al lado de ellos, y aprendió *una que otra espiga del latín y aún del griego*.[14]

II

Pero no todo fue armonía entre Darío y la Compañía de Jesús. Hubo una interacción que tuvo su resultado en dos décimas que, impulsado por amigos *librepensadores*, escribió: «El Jesuita». Para entonces, tenía catorce años y le entusiasmaba la masonería; hablo de 1881, año en que serían expulsados de Nicaragua sus recientes amigos.

Dentro de los tensos hechos políticos previos a esa expulsión, se dieron los versos citados, cuya circunstancia ha referido Torres: «...algunos amigos del libre pensamiento y de pasatiempos intelectuales, ponen a prueba su capacidad de componer versos. Le dan las palabras finales de dos décimas que él deberá construir, haciendo que cada verso concluya precipitadamente con la palabra correspondiente que se le da.»[15] Forzosamente, los versos debían ser una invectiva antijesuítica. Y Darío, concentrado en las veinte palabras que le suministran, produjo:

> *¿Qué es el jesuita? —Bolívar*
> *preguntó una vez a Olmedo—.*

13 «El oro de Mallorca», en *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Recopilación y prólogo: Roberto Ibáñez (Montevideo). Biblioteca de Marcha (1970), p. 202.

14 Rubén Darío: «Prólogo», art. cit., p. XII.

15 Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío*, op. cit., p. 39.

Es el crimen: el enredo:
es el que da al pueblo acíbar
envuelto en sabroso almíbar.
El inmortal Andrés Bello,
estaba poniendo un sello
a una carta a San Martín
y dijo con retintín:
¿El jesuita? …Lo dice ello…

En esta composición, el celebrado poeta-niño respiraba el aire ideológico de los principales intelectuales leoneses, enconados ante la actitud de la clerecía local contra el director del Instituto de Occidente, el polaco José Leonard, por haber pronunciado un discurso de ideas progresistas la fecha de la inauguración del centro: el 6 de marzo de 1881. Ello motivó a los clérigos de León, encabezados por el canónigo Apolonio Orozco, solicitar la expulsión de Leonard. Y Darío era uno de sus admiradores seguidores. Por eso decía en su otra décima:

Bien: ahora hablaré yo.
juzga después, lector, tú:
el jesuita es Belcebú
que del Averno salió.
¿Vencerá al progreso? ¡No!
¿Su poder caerá? ¡Oh, sí!
Ódieme el que quiera a mí;
pero nunca tendrá vida
la sotana carcomida
de estos endriagos aquí.

Los estudiosos han tomado partido ante la posición ideológica de Darío en esos versos. El primer editor de sus poesías completas los ubica en la etapa que denomina «L'enfant Terrible» y la define como «breve sarampión jacobino en suave expresión francesa» y «prédica demagógica y retórica jacobina —fugaz por dicha— de aquel victorhuguito de ca-

torce años, bajo la explotación de protectores clerófobos masones».[16] Por su lado, un canadiense no comparte esas definiciones: «El poemita 'El Jesuita' nos presenta algunas ideas políticas del Darío joven que no gustan a su póstumo editor, el doctor Méndez Plancarte, quien emplea la mitad de la p. 1287 para aleccionar al niño con las palabras del hombre maduro».[17] Y el único jesuita que alude a las décimas se ha opuesto al contenido de ellas.[18]

Curiosamente, la oposición a Darío ha sido tradicional entre los jesuitas, a partir de la existencia de esa diatriba. Al año de su elaboración su autor recibía el alfiretazo de uno de los jesuitas expulsados en 1881 al redactar, en un folleto polémico, que en la instalación del Congreso de la República —el 24 de enero de 1882— se había aplaudido el discurso del presidente, añadiendo:

> ...mas, ¿y qué no se aplaude en este mundo? La misma noche, a la presencia del señor P[residente]. Zabala (sic) fue aplaudida una composición poética del joven Rubén Darío, a quien llamaban el Poeta Niño, en la cual este se *colocara a la altura de los libres pensadores más avanzados!* Mas, dejemos al poeta niño y sus niñerías para ocuparnos del señor presidente...[19]

16 Alfonso Méndez Plancarte: «Notas bibliográficas y textuales», en Rubén Darío: *Poesías completas*. Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmás. (Madrid) Aguilar (1967), p. 1156.

17 Thomas Ballantine Irving: *Darío y la Patria*. Managua, Publicaciones del Ministerio de Gobernación, 1959, p. 10.

18 Ángel Martínez en ficha manuscrita conservada por el autor: «Poéticamente las décimas [de 'El Jesuita'] son todo lo mala que pueden ser y quizá peores».

19 *El Mensaje de 24 de enero y El Dictamen de 21 de febrero en el Congreso de Nicaragua en 1882*. Relativos a la cuestión «jesuita» de 1881. Examen Histórico-Jurídico con algunos documentos anotados y comentados por el P.F.M. Crispolti de la Compañía de Jesús. Nueva York, 1882, p. 7.

He aquí, por tanto, la primera expresión antirrubendariana surgida entre los jesuitas.

III

Ahora es oportuno preguntarse: ¿Conoció el padre Valenzuela las décimas de su antiguo discípulo? Resulta imposible confirmarlo. Pero debió leer el referido alfiretazo de su compañero, ya que también se enfrascó en la defensa de los suyos ante la expulsión oficial del país editando dos folletos.[20] Y en el momento de cumplir la orden de expulsión se hallaba en Matagalpa, en el colegio que regentaba allí en su orden.

Por otra parte, ¿qué se sabe del destino de los jesuitas evocados por Darío y, particularmente, de su primer maestro: el padre Valenzuela? Muy poco.

El padre Camilo Koening era belga y, antes de llegar a León, había sido profesor en Guatemala. Allí se le consideraba un celoso director y *operario de almas*, y en el colegio de San Luis Gonzaga de Costa Rica, ya expulsado de Nicaragua, volvió a impartir clases de su especialidad: la astronomía. Tras vivir luego algunos años en el Perú, fue trasladado a Málaga donde murió a los 88 años.[21]

En cuanto al padre Valenzuela, ya se sabe que se llamaba Mario, de acuerdo con el escritor granadino Enrique Guz-

20 *¿Es lícito a los jesuitas defenderse? Y a Dios rogando y con el mazo dando*, en refutación al cargo que el gobierno hacía a su orden de conspirar contra el orden público. Al segundo se refiere Enrique Guzmán en una carta sobre «La expulsión de los jesuitas» del 23 de mayo de 1881: «El R.P. Mario Valenzuela S.J. —escribe— *publicó ayer un cuadernito en defensa de sus hermanos perseguidos. Aunque me tilden de retrógrado, diré a Ud. que, a mi juicio, ese cuadernito está muy bien meditado y que abunda en argumentos incontestables*» (*Huellas de su pensamiento*, Granada, s. i., 1943, p. 173).

21 [Pedro J. Cuadra Ch.]: «Rubén Darío y los jesuitas». *El Diario Nicaragüense*. Granada, Nicaragua, 13 de noviembre, 1941.

mán. Otro escritor de la misma ciudad, Pío Bolaños, cuenta cómo lo conoció, cuando llegaba a Granada, en la casa de doña Elena Arellano; al observar que salían muchos hombres y mujeres de la casa, cruzó la calle y se introdujo en el zaguán: en el patio vio unas bestias y en los corredores *a unos jesuitas con el aspecto de cansados, sentados en unos taburetes. Me acerqué a un jesuita, con el objeto de verlo de cerca* —agrega— *y me llamó la atención su fina fisonomía: era blanco, de ojos azules que me miraron dulcemente. Toda su apariencia era la de un hombre distinguido... Pregunté a una señora que conservaba con él, cómo se llamaba ese jesuita, y me dijo ser el padre Mario Valenzuela, de origen colombiano*.[22]

En efecto, Valenzuela había nacido en Bogotá el 19 de enero de 1836. Se dedicó a las letras desde 1852, año de su ingreso a la compañía después de un desengaño amoroso que reflejó en su larga composición «Triunfaste». Estudió en Kingston, Jamaica; vivió en Nicaragua unos cinco años: primero en León y luego en Matagalpa. Y fue considerado uno de los mayores poetas jesuitas de su patria, donde se difundió su obra.[23]

IV

Siguiendo las relaciones entre Darío y la orden ignaciana, conviene complementarla con las referencias que el poeta nicaragüense, ya maduro, externó acerca de los jesuitas. La más significativa fue la carta en contestación a una en-

22 Pío Bolaños: *Memorias*. Libro del mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 69, junio, 1966, p. 8.

23 En las antologías colombianas del siglo XIX preparadas, respectivamente, por Rafael María Merchán y Belisario Isaza; posteriormente fueron recopilados en tres tomos sus *Escritos escogidos en prosa y verso el tomo III*, que comprende los literarios; apareció en Bogotá, Editorial Minerva, 1930. Allí se insertó un sermón inédito: «Los dolores de Nuestra Señora», predicado en León de Nicaragua. Por lo demás, la América Poética, que circulaba en Nicaragua, incluyó su poesía «Recuerdo», reproducida en *El Diario Nicaragüense*.

cuesta sobre San Ignacio, aparecida en el periódico *La Vasconia*, de Buenos Aires, el 30 de enero de 1894.

> Señor director de *La Vasconia*: Contestaré en pocas palabras a la pregunta de usted. Pienso, señor, que el guipuzcoano Iñigo López de Recalde, o sea San Ignacio de Loyola, fue el primer soldado de Cristo y el apóstol elegido por el Maestro para completar los doce, reducidos a causa del ahorcado. Como escritor, sus Ejercicios Espirituales parécenme el mejor manual de gimnasia de la voluntad. San Ignacio es uno de los más grandes caracteres que hayan existido sobre la tierra. Su obra, su entender: la oración, la ciencia y la disciplina. No admiten los jesuitas en su seno, ni a los tontos ni a los malos. Y por eso me explico que los hayan echado de tantas partes.[24]

Cuatro años después, en su artículo «El triunfo de Calibán», Darío incluiría al fundador de la Compañía de Jesús entre los hombres representativos de la España inmortal: «La España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Belleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián; se llama el Cid, *Loyola*, Isabel...»[25] En un artículo que insertaría en su *España contemporánea*, antes de su viaje a Italia en 1900, citaría la obra de uno de los académicos españoles: «El señor Mir escribe con muchas intenciones académicas... Ha publicado un libro en que se descubre sinceridad e independencia, libro antijesuítico y de largo nombre: *Los jesuitas de puertas adentro y un barrido hacia fuera de la Compañía de Jesús*...[26] En 1905, en un homenaje a la gorra vasca, volvería el apellido de San Ignacio a ser escrito por su pluma, esta vez en verso:

---

24 Fragmento reproducido en Rubén Darío: *Poesías completas*, op. cit., pp. 1156-1157.

25 Rubén Darío: «El triunfo del Calibán», en Juan Carlos Ghiano: *Rubén Darío* (Buenos Aires), Centro Editor de América Latina (1967), p. 70.

26 Rubén Darío: «Los inmortales», en *España contemporánea*. Madrid, Biblioteca Rubén Darío, s.a., p. 221 (Obras completas, v. XXI).

hacia delante, o hacia atrás, casco, aureola,
ya redondez de hongo, o arista de peñasco,
al ponerte en mi testa, me siento un poco vasco,
ya Iparraguirre, o bien Unamuno, o Loyola.

(«Chapergorri»)

Y en *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical* (1909), refiriéndose a la dominación española en Nicaragua, anotaría: *Llegó también un Loyola, que no juzgo haya sido de sangre de San Ignacio.* Por fin, retomaré, otras expresiones de Darío procedentes de los textos ya conocidos para ampliar la valoración que, con el transcurso del tiempo, hizo de los jesuitas y del impacto de niño. La primera pertenece a *El viaje a Nicaragua*: «Los padres jesuitas, durante su permanencia en la república contribuyeron mucho a la difusión del amor a las humanidades en la juventud que atraían».[27] De la misma índole fueron las líneas del fallido prólogo a las poesías de Luis H. Debayle, inserto en *Todo el vuelo* (1912): *He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los promotores de una cultura que por ser, si se quiere, conservadora, deja de hacer falta en los programas de enseñanzas actuales*.[28] Y en *El oro de Mallorca*, redactada en 1913, no pudo ser más claro y elogioso:

> ¡Ah! otra cosa hubiera sido si él se hubiese quedado para siempre en aquellos claustros en donde los sacerdotes de la Compañía de Jesús se deslizaban como sombras, cuando eran llamados con individuales toques de campana. Habría él quizá sido un excelente soldado de San Ignacio, pues hasta sus aficiones musicales encontraron allí estímulo. Allí el son del órgano y del armonium conmovieron sus potencias nacientes. Allí sintió penetrar la música, y comprendió por primera vez cómo los griegos abarcaban en ella todo, hasta la misma poesía. Allí escuchó las

27 Rubén Darío: *El viaje a Nicaragua*, op. cit., p. 17.
28 Rubén Darío: «Prólogo», art., cit., p. XII.

primeras revelaciones... Allí había sido ungido con el óleo melodioso.[29]

Con todo lo anotado, es posible concluir que no estaría muy desatinada la idea de agregar el nombre de Rubén Darío a la legión de personalidades intelectuales que adquirieron, gracias a la formación de los jesuitas, una distinguida superioridad o una superior distinción.

Bibliografía citada

AAVV (1956): *Libro jubilar de Alfonso Reyes*. México, Imprenta Nuevo Mundo.

CRISPOLTI, Felipe María (1882): *El Mensaje del 24 de enero y El Dictamen del 21 de febrero en el Congreso de Nicaragua en 1882*. Relativos a la cuestión jesuita de 1881. Examen histórico-jurídico con algunos documentos anotados y comentados por el P.F.M. Crispolti de la Compañía de Jesús. Nueva York.

CUADRA CH., Pedro Joaquín (1941): «Rubén Darío y los jesuitas». *El Diario Nicaragüense* [Granada, Nicaragua, 13 de noviembre].

DEBAYLE, Luis H. (1933): *Ritmo y alma*. Managua, Imprenta Nacional.

DARÍO, Rubén (1920): *Autobiografía*. Madrid, Mundo Latino. (Obras completas, XV).

_____ (1966): *El viaje a Nicaragua*. Libro del mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 65, febrero.

_____ (1970): «El oro de Mallorca», en *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Recopilación y prólogo: Roberto Ibáñez. Montevideo, Biblioteca de Marcha, pp. 180-219.

_____ (1950): *Obras completas*. Tomo III: Viajes y crónicas. Madrid, Afrodisio Aguado.

29 «El oro de Mallorca» en *Páginas desconocidas de Rubén Darío*, op. cit., p. 202.

_____ (1967): *Poesías completas*. Introducción, edición y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmás. Madrid, Aguilar.

GUZMÁN, Enrique (1943): *Huellas de su pensamiento*. Granada, s.i.

IRVING, Thomas Ballantine (1959): *Darío y la Patria*. Managua, Ministerio de Gobernación.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto (1966): «Las humanidades de Rubén Darío». *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 65, febrero, pp. 243-263.

TORRES, Edelberto (1966): *La dramática vida de Rubén Darío*. (4ª edición corregida y ampliada). México, Editorial Grijalbo.

Jorge Eduardo Arellano, 2021

LECTURAS FORMATIVAS DE DARÍO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE NICARAGUA

Jorge Eduardo Arellano

EL PRESIDENTE de Nicaragua Joaquín Zavala inauguró la Biblioteca Nacional en Managua el 1ro. de enero de 1882. Para esa ocasión, Rubén Darío —días antes de cumplir 15 años— escribió las cien décimas de su poema «El libro», que no pudo recitar entonces, sino hasta el 24 del mismo mes, en una recepción del presidente Zavala a los miembros del Congreso Nacional, con motivo de la apertura de sus sesiones. En dicho poema —inspirado por otro homónimo del poeta salvadoreño Joaquín Méndez, publicado en *La Palabra*, San Salvador, núm. 10, octubre 15 de 1881, pp. 91-92— «desfilan las nociones ya numerosas que [el Darío jovencito] posee de la historia humana, de las ideologías religiosas, filosóficas y políticas».[1]

Quince mil pesos se destinaron para su instalación en el costado noreste, primera planta, del antiguo Palacio Nacional, destruido por el terremoto de 1931. Y sus fondos iniciales —los llamados *libros fundadores*— sumaban 4.623 volúmenes. Seleccionados, a petición del gobierno, por una comisión que presidía el tribuno español Emilio Castelar, se encuadernaron en pasta española, ostentado en su carátula el escudo de Nicaragua grabado en oro. Los fondos abarcaban las cuatro secciones, ya indicadas, en su *Catálogo general*.[2] Las

1 Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío*. Cuarta edición, corregida y ampliada. Barcelona-México, Ediciones Grijalbo, 1966, p. 51.

2 *Catálogo general / de los libros de que consta la / Biblioteca Nacional / de la / República de Nicaragua*. Managua, Tipografía de Managua, Calle Nacional N° 63 / 1882, 90 p.; *Revista Conservadora del Pensamiento Cen-*

obras impresas en el país apenas figuraban en dicho catálogo: 43 volúmenes de códigos, decretos y reglamentos patrios aparecidos entre 1871 y 1879, más dos colecciones de publicaciones periódicas: un volumen empastado de *El Semanal Nicaragüense* (1864-1865) y otro de la *Gaceta Oficial* (1867-1881).[3]

He aquí seis títulos pertenecientes a la primera sección, todos en francés:

> *Histoire générale / et raisonnée / de la diplomatie française* [...] / *par M. de Flassan / Tome sixième. / A Paris, / Chez Lenormant, Imprimeur-Libraire* [...] MDCCCIX [1809].
>
> *Science / du publiciste, / ou / Traité / des principes élémentaires / du droit* [...] / *par M. Alb. Fritot, Avocat / Tome Dixième. / A Paris, / Chez Bossunge Père, Libraire* [...] / 1823. 577 [1] p. [Tomo décimo de una obra en 11 tomos].
>
> *Traité / des / Preuves Judiciaires, / ouvrage extrait des manuscrits / De M. Jérémie Bentham, / jurisconsulte anglais, / par Ét Dumont* [...] Tome premier / Paris, / Hector Bossange [...] 1830. 452 p.
>
> *Le / Droit Maritime / International / considéré dans ses origines / et dans ses rapports avec / les progrès de la civilisation / par / Eugène Cauchy* [...] / Tome second. / Paris / Guillaumin et Cie Libraires, 1862. 549 p.
>
> *Recueil / des / Traités de la France* [...] *par / M. de Clercq* [...] Tome premier / 1713-1802. / Paris / Amyot, Éditeur des Archives Diplomatiques / [...] MDCCCLXIV (1864). 623 p.

---

troamericano, núm. 122, noviembre, 1970, a partir de la página 13 sin numerar y *Boletín Informativo* / Biblioteca Nacional Rubén Darío, núm. 1, 1981, pp. 59-148.

3 *Catálogo general / de los libros* [...], op. cit., pp. 1 y 89-90.

L'Ouvrière / par / Jules Simon / Huitième Édition / Paris / Librairie Hachette et Cie / 79 Boulevard Saint-German, 79 / 1876. 444 p.

También pertenecía a las **Ciencias políticas y sociales** —primera sección, de 431 títulos— la obra en francés *Economie rurale*, publicada en 1882, el mismo año del *Catálogo*; y a las **Ciencias matemáticas, físicas y naturales** —segunda sección, de 330 títulos— la obra de Darwin *El origen del hombre* (1880).

En la sección de **Humanidades** —la tercera, de 1.020 títulos— se hallaban las colecciones de clásicos griegos (Hachette) y latinos (Didot), ambas editadas en París. Y entre las obras de autores españoles figuraban: 25 de Benito Pérez Galdós (1843-1920), por ejemplo *Marianela* y *Doña Perfecta*; 17 de José Selgas y Carrasco (1822-1882), a saber: *Fisonomías contemporáneas* y *La familia cristiana*; otras 17 de Antonio de Trueva (1819-1889), destacándose *Arte de hacer verso* y siete colecciones de cuentos; 16 de Emilio Castelar (1832-1889), como *Vida de Lord Byron, El ocaso de la libertad* y *Recuerdos de Italia*; 11 de Jaime Balmes (1810-1948), incluyendo desde luego *El criterio*, más su *Historia de la filosofía* y *La métaphysique et la science*; 10 de Ramón de Campoamor (1817-1909): no solo sus obras poéticas, sino también sus *Polémicas*; 9 de Juan Valera (1824-1905): las novelas *Pepita Jiménez* y *Las ilusiones del doctor Faustino*, más sus ensayos críticos; otras de José Zorrilla (1817-1893): *Cantos del trovador* y *Don Juan Tenorio* las encabezaban; y 6 de Enrique Pérez Escrich (1829-1897), verbigracia *La mujer adúltera* y *El mártir del Gólgota*, muy leída desde el siglo XIX entre el pueblo, hasta el punto de servir como parlamentos de las representaciones escénicas de Semana Santa conocidas como *Judeas*.

Por fin, la sección cuarta **Miscelánea** incluía obras generales de referencia: guías, memorias, anales y diccionarios técnicos, destacándose el *Diccionario doméstico* de Cortés y Morales.

Primeros directores: Miguel Brioso Iglesias y Modesto Barrios

El primer director de la Biblioteca fue el abogado y general salvadoreño Miguel Brioso Iglesias, de nacionalidad salvadoreña, pero que residió —con su familia— en Managua, ocupando una casa situada frente al ala norte del Club Internacional. Brioso Iglesias había sido en su patria ministro, enviado especial de su gobierno, diputado, codificador, gobernador y comandante general en varios departamentos, además de catedrático universitario de Lógica y Psicología. El 4 de septiembre del 82 obsequió un ejemplar de la edición parisiense de *Notas geográficas y económicas de la República de Nicaragua* (1873) —escrita por el francés Pablo Levy—a la Baronesa de Wilson [la española Emilia Serrano García del Tornel: 1843-1922], durante su primera visita a Nicaragua.[4] Por cierto, seis volúmenes de esa obra figuraban entre los *libros fundadores*.[5]

En sus «Apuntes para la formación de una Biblioteca Nicaragüense», Lévy registró toda la información bibliográfica y cartográfica sobre el país acumulada en varias lenguas.[6] No obstante, recibió la crítica de un coterráneo y colega —ingeniero con más años de residencia en Nicaragua— al sostener que el *corpus* de su compilación procedía, en su mayor parte, de las conocidas obras de Squier, Brasseur de Bourbourg, García Peláez, Belly y otros. No de consultas directas en las bibliotecas europeas.[7]

El 16 de mayo de 1883 —durante la presidencia de Adán

4 Eduardo Zepeda-Henríquez: «Escorzo histórico de nuestra Biblioteca Nacional». *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 100, enero, 1969, p. 1.

5 Ídem., p. 53.

6 En Pablo Levy: *Notas geográficas y económicas sobre la república de Nicaragua*. París, Librería Española de E. Denné Schmitz, 1873, pp. 593-613.

7 Adolfo Shiffmann: *Idea de la jeología* [sic] *de Nicaragua*. Granada, Imprenta de El Centro-Americano, 1873, p. 36.

Cárdenas— sucedió a Brioso Iglesias, en la dirección de la Biblioteca, el doctor Modesto Barrios (1849-1926), «verdadero fundador de la misma». Así lo llamó el académico Alfonso Ayón. En compañía de José Dolores Gámez, Barrios trajo de León a Darío adolescente para nombrarlo colaborador suyo e iniciarlo en la literatura francesa, de la que era un adelantado en Centroamérica; por algo Barrios era reconocido como el primer estilista de los escritores nicaragüenses.

Primigenia *alma mater* de nuestro Rubén Darío

De hecho, nuestra Biblioteca constituyó la primigenia *alma mater* de la dimensión universalista de Darío. Su formación básica partió de la lectura de los volúmenes de la *Biblioteca Clásica* de Madrid, editados por Luis Navarro hasta 1884, y de las estimulantes lecciones personales del tercer director de la Biblioteca y Archivo, Antonino Aragón (1835-1896). Gran humanista y pedagogo, Aragón «era un varón excelente, nutrido de letras universales, sobre todo de clásicos griegos y latinos. Me enseñó mucho».[8] Nombrado el 20 de marzo de 1885, Aragón tomó posesión el 1ro. de junio siguiente, cargo que ejerció durante diez años con el sueldo de sesenta pesos mensuales. Como dato curioso, cabe informar que con motivo de su nombramiento, tuvo que derogarse el artículo 14 del reglamento del Archivo-Biblioteca, el cual establecía que para ocupar la dirección de ambas instituciones era necesario ser abogado y escribano público.

A mediados de los años cincuenta, Ernesto Mejía Sánchez registró todas las evidencias de esa temprana asimilación del legado grecolatino llevada a cabo por Darío.[9] En su

8 Rubén Darío: *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 25.

9 Ernesto Mejía Sánchez: «Las humanidades de Rubén Darío», en *Libro jubilar* de Alfonso Reyes. México, UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, 1956, pp. 243-263 y en *Cuestiones rubendarianas*. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1970, pp. 137-170.

autobiografía, el mismo Darío indica que aprovechó su labor como empleado de nuestra institución, leyendo «todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua».[10]

Pero su asimilación más significativa fue gala. Uno de sus primeros guías, el mexicano residente en León, Ricardo Contreras (1853-1918), dejó escrito en 1916 que Rubén salió muy joven de Nicaragua, «sin haber concluido ni los estudios preparatorios, aunque sabiendo con perfección el idioma francés, por su afición a leer obras francesas en la Biblioteca de Managua».[11] No descuidó entonces su aprendizaje de la lengua de Molière. Incluso llegó a familiarizarse con el *Diccionario de galicismos* —registrado en el *Catálogo general* de la Biblioteca— de Rafael María Baralt (1810-1860) y entre los *libros fundadores* de 1882 se encontraban vertidas al español 27 obras de Théophile Gautier, 16 de Víctor Hugo, 15 de Honoré de Balzac (más los 25 tomos de sus originales obras completas) y *Le Roman expérimental* de Émile Zola. Dos años más tarde, el fondo francés se había enriquecido con lotes enviados por Desiré Pector —cónsul general de Nicaragua en París— que incluía la *Revue des Deux Mondes*, donde colaboraba Catulle Mendès —principal modelo de los cuentos de *Azul...*—, con «otros maestros del modernismo hispanoamericano como los hermanos [Edmond y Jules] Goncourt y René Maizeroy».[12]

10 Rubén Darío: *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, (1991), op. cit., p. 25.

11 Ricardo Contreras: «Rubén Darío». *El Demócrata*, México, 6 de marzo, 1916; reproducido en *Estudios sobre Rubén Darío*. Compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. México, Fondo de Cultura Económica / Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, pp. 162-163.

12 Eduardo Zepeda-Henríquez: «La formación francesa de Darío en la Biblioteca Nacional de Nicaragua». *El Pez y la Serpiente*, núm. 16, invierno, 1975, p. 134.

En síntesis, la Biblioteca Nacional de Nicaragua constituyó la primera escuela del modernismo de Darío, y no la biblioteca del diario chileno *La Época*, ni la de Pedro Balmaceda Toro, en el Palacio de la Moneda, de Santiago. «Chile significó, para Rubén, un grado más en el conocimiento de la nueva literatura de Francia».[13] En otras palabras, la asimilación de la lengua y las letras francesas adquiridas por Darío en su patria le preparó suficientemente para dar el salto cuantitativo y cualitativo en Chile que hizo posible la creación de *Azul...*[14]

Palacio Nacional de Nicaragua a finales del siglo XIX, donde se localizaba la Biblioteca Nacional

13 Ibíd., p. 137.

14 Jorge Eduardo Arellano: «*Azul...* y la formación nicaragüense de Darío», en *Azul... de Rubén Darío / Nuevas perspectivas*. Washington, Organización de los Estados Americanos, 1993, p. 18.

CARTA INÉDITA DE RUBÉN DARÍO:
Don Fulgencio [Mayorga] *cree que está en León*

Un descendiente del jurisconsulto nicaragüense José Francisco Aguilar (1853-1918) conserva esta carta inédita de Rubén Darío, cuya copia digital ha llegado a mis manos. De inmediato la compartí con mis más próximos amigos dariístas y uno de ellos, Günther Schmigalle, la ha transcrito casi enteramente. En su correo electrónico del 11 de octubre de 2020: «gracias nuevamente por facilitarme esa bella carta. RD, quien a sus 25 años, escribía cartas muy espontáneas y divertidas». Finalmente, Fernando Solís Borge completó y depuró el texto que ahora presentamos.

En mis [250] *Cartas desconocidas de Rubén Darío. 1882-1916* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, marzo, 2000, pp. 50-51) inserté otra carta —anterior a la presente— dirigida al mismo destinatario que entonces lo representaba ante los tribunales de justicia de León en la petición de la herencia de su padre don Manuel Darío. Esa carta terminaba: *Póngame a los pies de su distinguida señora, salúdeme a Jerónimo y Crisanto* [hermanos de José Francisco Aguilar], *y no se olvide de su amigo.* Con igual ruego, esta pieza epistolar fue redactada por su autor recién llegado a Madrid para asistir como secretario de la delegación de Nicaragua a las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América. Su jefe era don Fulgencio Mayorga, ministro de Hacienda del gobierno de Roberto Sacasa (1889-1893). **JEA**

Confidencial

Madrid, 25 de Agosto de 1892

Sr. Dr. Dⁿ J. Francisco Aguilar

León

Mi querido amigo

Desde hace algunos días nos hallamos en Madrid. La Exposición no se abrirá hasta en octubre. Y voy al grano. Nicaragua quedará muy mal! Sabe U. porqué? Por la idea que el Gobierno ha tenido de enviar de Jefe de la Comisión a quien es Jefe de ella. Damos a Europa, a España mejor dicho, el espectáculo de un delegado absolutamente inculto, y de una comisión que vive en un hotel de cuarto orden, peor que los últimos empleados del Consulado de Haití!

Yo sufro por el cargo que tengo, porque por lo que toca a la manera con que personalmente me ha recibido España, la verá usted en los recortes que le incluyo.

Don Fulgencio creé que está en León, y entre un gobierno que viene representar con información de pobreza y un Jefe de Comisión que hace saludos a los cocheros y anda con zapatos claveteados, y se mete en un agujero para vivir, vea U.! Rojo me pongo cuando nos visitan gentes oficiales por nuestro cargo, o personas ilustres me visitan por motivo de aprecio intelectual... Y esto que todavía no hemos entrado en la sociedad, en el tout Madrid, porque la Corte está en San Sebastián!

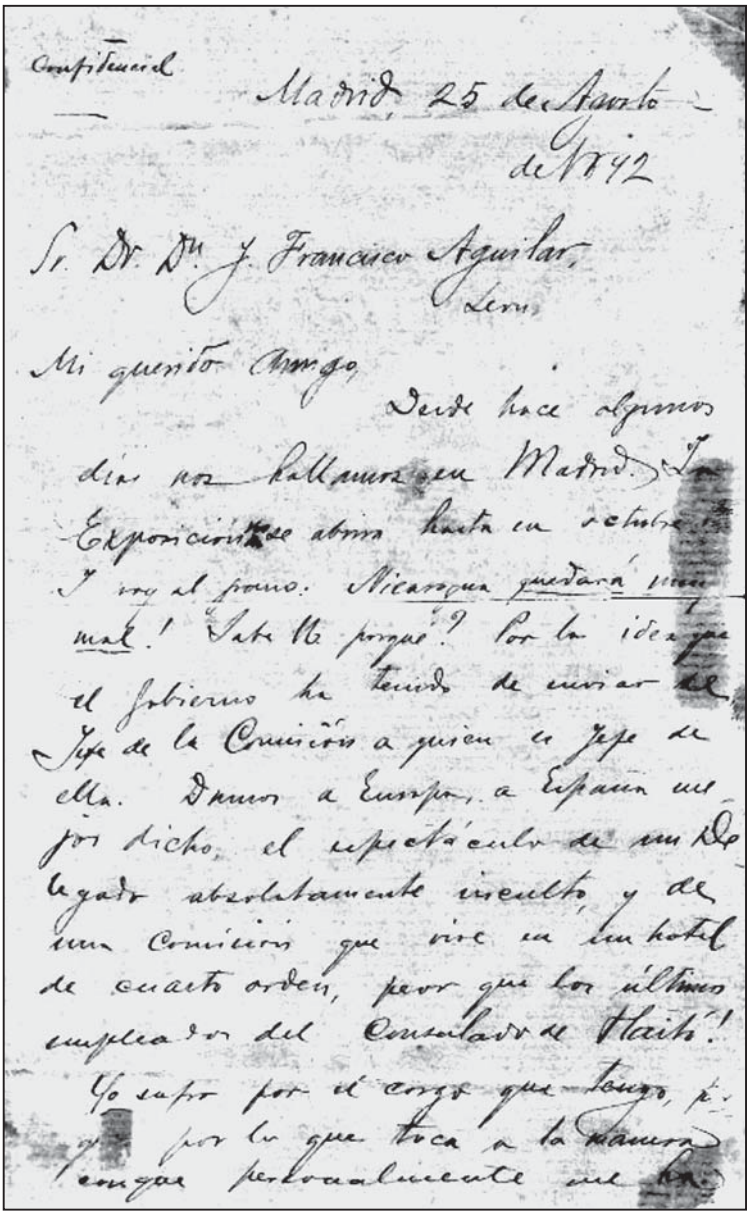
Haga U. por Dios, que manden giros a este buen Señor y orden de que gaste lo que se necesite para que no aparezcamos como ciudadanos de una república de trogloditas o de cafres, o mosquitos. Esto es asunto urgente. Y luego, que no hallo que hacer para que mi Jefe no aparezca entre esta gente como un tipo de zarzuela.

En otra carta me ocuparé de otros asuntos.

Ahora le encargo lo siguiente, para que con [Fernando] Sánchez y demás amigos lo lleve a la realidad. Varios grandes escritores y hombres públicos de aquí me han indicado que pida al Gobno. del Dr. Sacasa mi permanencia en España, y entre otros, el ilustre escritor y poeta Salvador Rueda ha escrito para un diario un artículo en que en nombre de la juventud literaria española ~~pide~~ inicia la idea. Sé que podría servir a mi país, enviando memorias bimensuales, o mensuales, sobre el movimiento intelectual europeo y sobre los adelantos y evoluciones en todas las ramas de la Administración, la Hacienda, Guerra, Diplomacia, hasta agricultura, industria, etc. Así como la organización de una discreta propaganda para la inmigración. Sé bien que yo trabajaría desquitando cien veces, o mil, el sueldo que se me pagaría. Deseo saber el resultado de esto, porque como no sé a mi vuelta [a] América, en qué país iré a plantar mi tienda, quiero tocar por una única vez a las puertas de mi patria, para ver qué resuelvo y a qué tierra me iré.

Esta carta es únicamente para U. Mil recuerdos a la estimada señora Dª Felícitas, cariño a los niños y no olvide á su amigo que le quiere

R. Darío



Confidencial

Madrid 25 de Agosto de 1892

Sr. Dr. Dn. J. Francisco Aguilar,
Leon.

Mi querido Amigo,

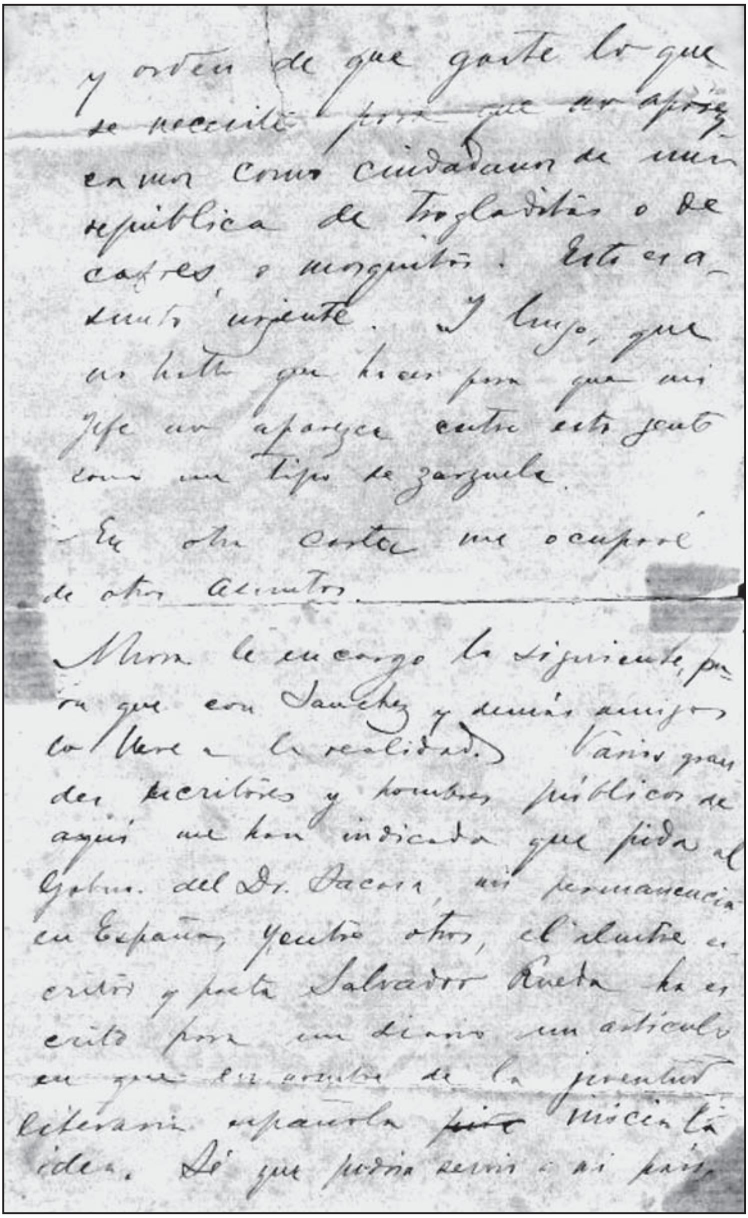
Desde hace algunos dias nos hallamos en Madrid. La Exposicion se abrirá hasta en octubre. Y voy al punto: Nicaragua quedará mal! Sabe Ud. porqué? Por la idea que el Gobierno ha tenido de enviar de Jefe de la Comision a quien es Jefe de ella. Damos a Europa, a España mismo dicho, el espectáculo de un Delegado absolutamente inculto, y de una Comision que vive en un hotel de cuarto orden, peor que los últimos empleados del Consulado de Haiti!

Yo sufro por el cargo que tengo, p. por lo que toca a la manera con que personalmente me ha

recibido España, lo verá usted en
los Recortes que le incluyo.

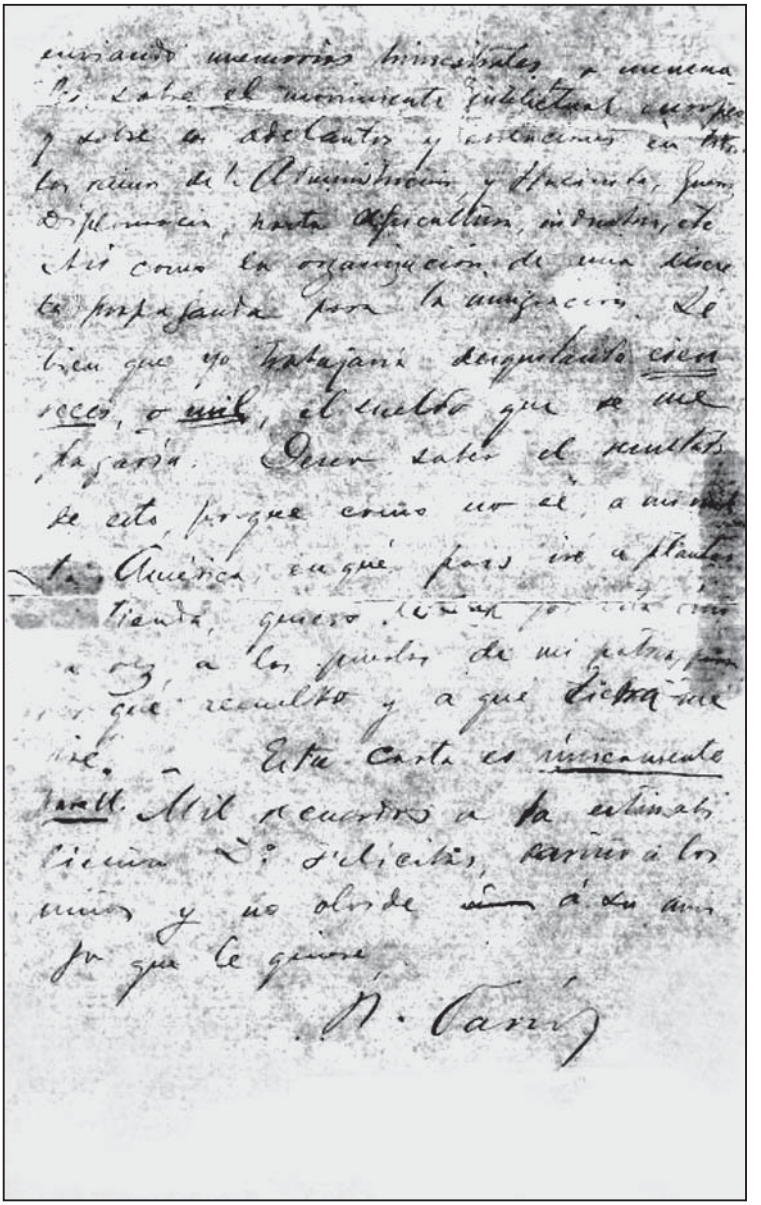
Don Fulgencio cree que está
en León; y entre un Gobierno que
viene representado con informa-
ción de pobreza y un Jefe de Co-
misión que hace saludos a los co-
cheros y anda con zapatos claveta-
dos, y se mete en un agujero para
vivir, vea Ud. Rojo me pongo
cuando nos visitan gentes oficiales
por nuestro cargo, o personas ilus-
tres que visitan por motivos de a-
precio intelectual.... Y esto que
todavía no hemos entrado en la
sociedad, en el tout Madrid,
porque la Corte está en San Se-
bastián!

Haga Ud. por Dios, que me
den giros a este buen Señor,


y orden de que gaste lo que
se necesite para que no aparezca
en uno como ciudadano de una
república de Trogloditas o de
cafres, o mosquitos. Esto es a-
sunto urgente. Y luego, que
no habrá que hacer para que mi
Jefe no aparezca entre esta gente
como un tipo de zarzuela.

En otra carta me ocuparé
de otros asuntos.

Ahora le encargo lo siguiente, pa-
ra que con Sánchez y demás amigos
lo lleve a la realidad. Varios gran-
des escritores y hombres públicos de
aquí me han indicado que pida al
Gobno. del Dr. Sacasa, mi permanencia
en España, y entre otros, el ilustre es-
critor y poeta Salvador Rueda ha es-
crito para un diario un artículo
en que en nombre de la juventud
literaria española ~~pide~~ insinúa tal
idea. Sé que podría servir a mi país,



UNA DEDICATORIA DE DARÍO A LUIS F. COREA

Jorge Eduardo Arellano

EL LIBRERO anticuario italiano Federico Orsi conserva un ejemplar de la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*, poemario culminante de Rubén Darío —editado en Madrid a mediados de 1905— con la siguiente dedicatoria: *A mi querido Ministro / y amigo / my friend, / Luis L. F. Corea / En el mar / y por siempre. / Rubén Darío*. Sin datación específicas, estas palabras de Rubén hay que ubicarlas en el Atlántico, mientras bajaba como secretario de la delegación del gobierno de Nicaragua —presidido por el general José Santos Zelaya— a la Tercera Conferencia Panamericana a celebrarse en Río de Janeiro del 23 de julio al 27 de agosto de 1906. Luis Felipe Corea, de 42 años (había nacido en 1864) era el jefe de la delegación y también el destinatario de la dedicatoria, escrita entre el 3 y el 23 de julio del año citado.

Corea, nacido en la ciudad nicaragüense de Granada era hijo de un modesto y honrado comerciante y se había bachillerado en el famoso Colegio de Granada, donde tuvo de compañero de aulas, entre otros, a Emiliano Chamorro (1871-1966), con quien, por encima de las divergencias políticas, cultivó siempre cordial amistad. Estudió y se graduó en Derecho en Guatemala. Allí ejerció luego la judicatura y fue catedrático de Historia y Filosofía. El presidente Zelaya lo envió a Washington como secretario de la Embajada de Nicaragua y más tarde lo hizo ministro plenipotenciario. Por varios años sirvió este alto cargo y en ese lapso llevó misiones a Cuba y México. Representó al país en varias conferencias internacionales y una de ellas fue la Panamericana de Río de Janeiro, teniendo de secretario a Rubén Darío [José Francisco Borgen: *Una vida a la orilla de la historia* (Memorias).

Managua, D.N., Dilesa-Editores, 1979, pp. 142-143).

A Rubén Darío se le había unido Luis Felipe Corea en Lisboa el 3 de julio de 1906. No se conocían y, según una crónica de Darío publicada en *La Nación* el 28 de julio del mismo año —y que rescataría Günther Schmigalle— Corea parecía, «aun lleno de juventud, que concentrara los dones de una larga experiencia y seducía como persona y como alma. Su gesto es decisivo, sus juicios maduros, su *charne* invariable» [RD: *Crónicas desconocidas/ 1906-1914*. Edición y notas de Günther Schmigalle. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, enero, 2011, p. 35].

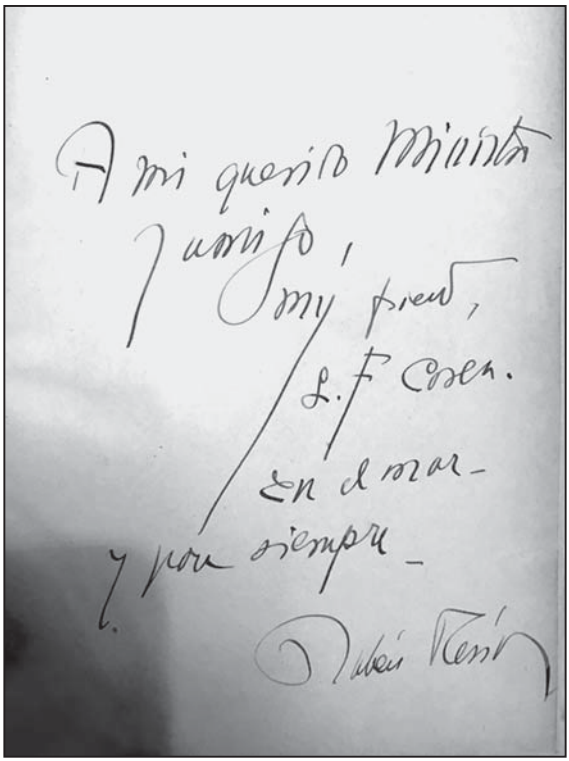
José Francisco Borgen, retomando los datos biográficos del diplomático, añade que tuvo de compañero de delegación a las conferencias de Washington en 1907 al doctor José Madriz (1867-1911), luego presidente de Nicaragua (21 de diciembre, 1909-20 de agosto, 1910). «Caído el dictador, se quedó Corea ejerciendo su profesión en Nueva York, donde gracias a su profesión diplomática había realizado valiosas relaciones personales, las que luego vio ampliadas por su matrimonio con India Belle Fleming, hija de un banquero y senador liberal (op. cit., p. 143). Y continúa Borgen:

«En 1923, varios importantes liberales lo llamaron haciéndole llegar un acta que se dijo cubierta por diez mil firmas» entonces sería uno de los tres candidatos a las elecciones de noviembre de 1924, pero fue derrotado por la fórmula Solórzano-Sacasa: una alianza del Partido Conservador Republicano, fundado por el presidente Bartolomé Martínez (1860-1936) con liberales nacionalistas y que obtuvo 48.072 votos. El candidato del conservatismo tradicional y expresidente Emiliano Chamorro quedó en segundo lugar con 28.760 votos y en tercero Luis Felipe Corea, quien intentaba reinstalar el proyecto nacional del zelayismo, 7.264. Los restantes votos, 39.196, fueron nulos o los ciudadanos inscritos no votaron (Óscar-René Vargas: *Historia del siglo XX. Nicaragua*

1910-1925. Managua, CEREN y Tegucigalpa CEDOH, 2000, p. 70).

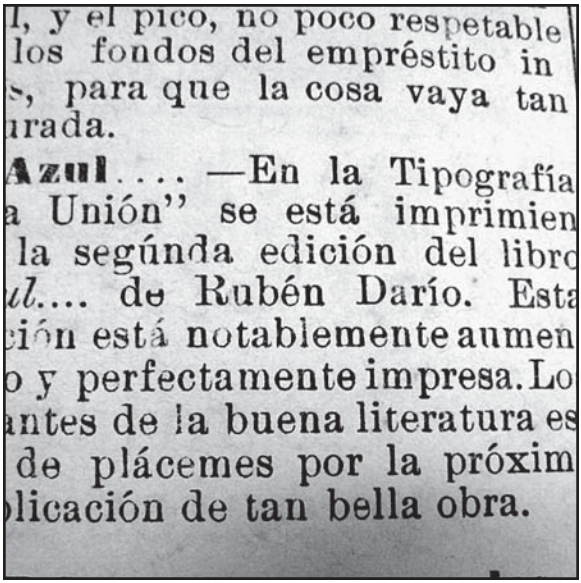
Volviendo a la misión diplomática de Corea y Darío en el Brasil, Edelberto Torres (1899-1994) afirma que a Corea le roían las entrañas una envidia que le nacía espontáneamente contra Rubén, quien disimulando la situación callaba. Solo una vez se desahogaría al referir a un amigo íntimo que le preguntó sobre la conducta del doctor Corea hacia él: «Mal hombre ese».

Hasta la fecha, no he podido encontrar la fecha de fallecimiento de Luis Felipe Corea, y no «Cosen» como paleografió erradamente Federico Orsi, poseedor de uno de los escasos ejemplares dedicados de la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*.



Rubén Darío en la inauguración del Ateneo Hispanoamericano en Buenos Aires, septiembre de 1912. A su izquierda el ministro de Instrucción Pública, Dr. Jarro, y de pie el presidente del Ateneo, Dr. Carlos Malagarriga (fotografía de D. R. Monner Sans, publicada en *La Ilustración Artística*, Barcelona, 14 de octubre de 1912, p. 674.

IV.
Textos
rescatados


l, y el pico, no poco respetable
los fondos del empréstito in
s, para que la cosa vaya tan
urada.

Azul.... —En la Tipografía
a Unión" se está imprimien
la segúnda edición del libro
ul.... de Rubén Darío. Esta
ción está notablemente aumen
o y perfectamente impresa. Lo
antes de la buena literatura es
de plácemes por la próxim
blicación de tan bella obra.

Nota informativa sobre la segunda edición de *Azul*... (1890) en Guatemala

DIARIO DEL RETORNO DE CHILE A CENTROAMÉRICA
(9-14 de febrero, 1889)

Rubén Darío

Tomado de *El Imparcial*, Guatemala, núm. 415, núm. 416, 13 y 14 de junio, 1890, con el título «Fragmentos de un diario de viaje. Impresiones de un corresponsal»; y difundido por Alejandro Montiel Argüello: *Rubén Darío en Guatemala*. Guatemala, Talleres Litografías Modernas, 1984, pp. 34-38. Las notas al pie de página y los datos incorporados entre corchetes son de Paola Solís Miranda.

Valparaíso, 9 de febrero de 1889

DEJAMOS EL primer puerto de Chile. El *Cachapoal*, de la Compañía Sud-Americana de Vapores, levanta su ancla y empieza a cortar las aguas, humeando, mientras el sol del nueve de febrero desaparece, y la ciudad enciende sus luces, semejando enorme franja negra llena de puntos brillantes. El buque va bien cargado, y atestado de pasajeros que dejará en las costas del Norte. Las dos compañías principales que hacen la carrera entre Valparaíso y Panamá, obtienen, es indudable, bastante provecho. Tiene la Sud-Americana sobre la Inglesa, muchas ventajas; entre ellas una crecida subvención del Gobierno chileno, y el brindar comodidades y servicios que halagan a los viajeros. He aquí, por ejemplo, este hermoso *Cachapoal*, uno de los mejores de la Compañía. Elegancia, alumbrado por luz eléctrica, alimentación buena, «confort»,

esmero en todo, aquí se encuentran. Su capitán, el capitán Chase, es un norteamericano de pura sangre, caballeroso y cumplido. ¡Bravo Capitán! Es el tipo opuesto a esos de otros vapores, estirados, almidonados, secos, ásperos; es un completo *gentleman*, que no tiene en el entrecejo la arruga dura cincelada en la frente de muchos de sus colegas por el viento marino. Aquí viene «¿Cómo está usted, capitán?». Hablamos del mar que está tranquilo y solemne, bañado de cuando en cuando y a trechos, por la palidez escasa de una luna avariciosa; de los pasajeros que en apartados grupos conversan; del largo camino hasta el Istmo triste y mortífero donde la gloria de [Ferdinand de] Lesseps [1805-1894] padeció mengua; de tantas estaciones en tanto puerto... Y el capitán con su buena risa franca: «¡Pero no se queje usted! Mientras más lugares encuentre a su paso, más hallará que comunicar a su periódico». Después, mar afuera, mar afuera, ya no se alcanzan a ver las luces de la ciudad que abandonamos. Ya entrada la noche, la cubierta queda solitaria. Solamente un soñador incorregible permanece en ella, contemplando el océano. El horizonte está oscuro como la costa, en que las alturas presentan sus perfiles ondeados como un alambre torcido. El aire salado, aliento de la ola, viene de la inmensa extensión sombría, y la claridad del cielo, pálida y pobre, se ve oculta por las nubes. De tanto en tanto, estas se rasgan, como asidas por manos formidables e invisibles, y dan paso a un chorro de luz lunar que forma en el agua un vasto reguero argentino, una iluminación blanca sobre las ondas, como un temblor luminoso de azogue, o el estremecimiento de una larga tela de plata, debajo de la cual saltase una muchedumbre de peces. A bordo todo está en silencio, menos la máquina que muge sordamente. Todos reposan. Buenas noches.

10 de Febrero

Estamos frente al puerto de Coquimbo, unido con la ciudad de La Serena por una línea férrea. El aspecto de la

población coquimbana, visto desde, lejos, no llama absolutamente la atención. La Serena se alcanza a divisar allá, a la distancia, sobre una colina. Es ciudad notable entre todas las chilenas. Está en vía de muchos adelantamientos. De sus habitantes dícese que son las gentes más hospitalarias y amables de toda la República: no hay allí estiramientos cortesanos como en la capital, ni reina el número, el comercio, la especulación que todo lo absorbe, como en Valparaíso, sino la franca vida colonial, las viejas usanzas españolas combinadas con el buen vivir moderno. La Serena no le envidia a Santiago su Alameda, pues la tiene, y espléndida ni a los porteños sus costas, pues las suyas son mejores. Es en esa ciudad donde menos se encuentra el conocido sello provinciano, y en cuanto a la gallardía y donosura de sus mujeres, he visto rostros y cuerpos serenenses que ponen luz en la cabeza y llamas en la sangre. En la campiña, en los alrededores de Coquimbo y La Serena, el suelo es fértil, productor, la vegetación lujuriante y rica, la fruta sana y sabrosa. De Coquimbo —puerto en que el vapor se detiene poco tiempo—, se exporta para el norte ganado, metales fundidos y gran cantidad de «verduras». En estos momentos, próxima la partida del vapor, se embarcan en la bodega, innumerables sandías, y zapallos gigantescos, como nunca los viera, que apenas los pueden alzar dos grandes rotos, todos músculos. No muy lejos de mí, tres monjas —una de ellas española— que tienen caras bellas y adorables manos blancas, no pueden contener la risa, al ver cómo de un negro lanchón suben, a fuerza de máquina, amarrados de los cuernos como gruesos ramilletes vivos, carneros gordos y lanudos que van a Iquique. Ah, pero ya no ríen y se han ido en desbandada las religiosas. Es que los rudos lancheros que hacen su trabajo a la diabla, no se curan de lo que puede suceder a los pobres animales, y a dos que han amarrado de un solo cuerno, este se les ha quebrado, y han caído entonces desde altura considerable golpeándose horriblemente.

11 de Febrero

Llegamos a Huasco, lugar feo con sus muchas casas viejas. Desde aquí comienza a presentarse la costa sin una sola hoja, toda seca y desierta. Pero Huasco tiene la mejor tierra de Chile para las buenas viñas. Es de aquí de donde se exportan los generosos vinos «asoleados», los higos y las renombradas pasas rivales de las de Corinto. Sale también de aquí manganeso, y es hoy una de las principales fuentes de comercio. ¿Dije antes de la uva huasquina? ¡Qué uva! De ella se sacan néctares como el armidita, de la hacienda de Naranjo, con el que pocos pueden parangonarse; vino delicioso que regocija el paladar y que haría las glorias de Marcabro, el hermano de Pedro el Verídico de Catulo Mendès. Del armidita me decía un mi amigo —conde y buen catador— que, si en lugar de venderse como se vende en Chile, a un precio barato y con *trademark* [marca comercial] del país, tuviese contraseña de fabricación europea y costase el triple de lo que cuesta, fama habría de sobra para no faltar en los postres de ningún banquete. De tierra llegan a bordo multitud de vendedores de fruta. Todos los viajeros hacen su provisión de la exquisita de Noé; la chica se prefiere porque es la mejor, dulce y sonrosada.

Huasco estará unido con Vallenar por un ferrocarril, y esta obra en proyecto, es una de las que comprende el sonado contrato del ingeniero americano Míster Lord. Partimos de Huasco para el vecino pueblo de Caldera. En el viaje no se divisa en tierra, sino aridez, peñas, montículos grietosos, alturas grises y amarillentas, terrenos infecundos. Caldera es puerto principalmente minero, y si ahora es de importancia, fue más en tiempos pasados. Por ahí han encontrado salida oro, plata y cobre, por valor de muchos millones. Tiene también un magnífico porvenir este pueblo, y si se realiza el ferrocarril trasandino de los señores Carranza y Cía. —que aquí, según el proyecto, terminará—, el comercio tomará un ensanche incalculable, los mineros de Chile ganarán con ello,

y los ganaderos de la parte Norte de la República Argentina, podrán dar mucha mayor vida y movimiento a su exportación de animales.

12 de Febrero

Después de pasar cortos momentos en Chañaral —que tiene de notable su mucho cobre— estamos frente a Taltal. Vese la población como la mayor parte de las que están en el largo trecho que ocupa, el desierto de Atacama, con un fondo de cerros escuetos. Allí no se bebe otra agua que la que con máquina especial se prepara y se hace potable, del agua del mar. Por cierto, que cualquier paladar se resiente de tal líquido que no deja de conservar un sabor desagradable. A los animales se les da de beber lo que llaman «agua de piques», que se extrae de las excavaciones de los minerales, y es de un sabor detestable y salobre.

El señor Comandante de Policía de la población, que ha venido a bordo, ha tenido la bondad de invitarnos esta tarde a varios pasajeros, para que vayamos a conocer el lugar. Hoy es día de fiesta cívica, se celebran tres fechas memorables en la gloriosa historia chilena. A tierra, pues. ¡Un pueblo bonito, Taltal! Con sus casas limpias, de techos sin tejados, únicamente cubiertos con tablillas de madera, o con greda, pues donde no llueve nunca, no son precisas las tejas; con sus calles rectas y aseadas, es mejor visto de cerca que de lejos. Y tiene un bonito club y un pequeño teatro, y habitantes muy campechanos y muy corteses. ¡Pues he aquí que llegando nosotros los viajeros a la plaza principal, encontramos que también hay banda! Una banda que empieza, creo que de nueve músicos, pero que, con fe y audacia, tras lanzar al viento el himno chileno, truena gallardamente y con muy buena intención, haciendo estallar sus cobres en los laberintos de una sonata clásica. Entre tanto, en la plaza, lugar de paseo, donde no hay más árboles que unos arbustillos enclenques, conservados a costa de mucho trabajo, van aparecien-

do los elegantes, las damas, las muchachas bellas y frescas.

De Taltal me decía nuestro caballeroso invitante, que era un puerto nuevo, de nueve años apenas; que hay en él riquezas bastantes, en especial productivas salitreras. Estas han sido compradas últimamente por capitalistas ingleses; y, por lo que se ve, John Bull[1] monopolizará el salitre universal. Hay también minerales. Ahí está la famosísima mina del «Guanaco», río de oro. Pero el *Cachapoal* suena su pito de bronce, y es preciso partir.

13 de Febrero

Antofagasta.[2] Al llegar a este puerto, no se puede menos que recordar la tremenda guerra del Pacífico. Fue aquí donde comenzó a encenderse la hoguera, fue este el territorio que Chile ocupó primero, dando por destruido el tratado que tanta sangre había de hacer derramar al romperse. Prólogo fue del drama. Era este pueblo boliviano. Desde el año de mil ochocientos setenta y cuatro es chileno. Vese lleno del humo de sus chimeneas; ahí está una gran elaboradora de salitre, una fábrica de yodo, una gran maquinaría para el agua potable. También aquí se bebe agua del mar, no como Han de Islandia[3] el de las largas uñas, amarga y cruda, sino purifica-

1 John Bull es una personificación de Reino Unido. Fue objeto de numerosas caricaturas políticas. Apareció a principio del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX. Su representación es la de un hombre robusto, de mediana edad, que vive en el campo, alegre, práctico y poco emotivo. El significado de John Bull es el mismo que la del Tío Sam para los EE.UU.

2 Antofagasta, también conocida como *La Perla del Norte*, es una ciudad, puerto y comuna del Norte Grande de Chile y es la capital de la provincia y de la región homónima.

3 Primera novela de Víctor Hugo, publicada en 1823. La novela se desarrolla en 1699 (en un ficticio reino de Islandia). Ordener Guldenlew ama a Ethel (prisionera junto a su padre), Schumaker, quien fue un canciller del Reino encarcelado por falsas acusaciones de un rival, el padre de Ordener Guldenlew. Ethel, también está enamorada del caballero de quien desconoce su apellido. Los enemigos de

da, sin sal ni aspereza. De Antofagasta parte una línea de ferrocarril que tendrá por término a Potosí, en Bolivia, pero que todavía está inconclusa. En la parte que está ya hecha, se encuentra el puente sobre el Loa, a una enorme altura. Me asegura persona conocedora, que es uno de los más altos del mundo. El comercio de Antofagasta se aumenta cada día más y la población se agranda y se mejora por la actividad y el espíritu emprendedor de sus habitantes.

14 de Febrero

Hemos llegado a Iquique, uno de los puertos de mayor importancia en toda la costa del Pacífico. Es capital de la provincia de Tarapacá, y fue en su rada donde tuvo lugar el épico desastre del buque chileno *La Esmeralda*, mandado por Arturo Prat [1848-1879]. Las edificaciones antiguas de la ciudad han sido transformadas por completo, a causa de repetidos incendios. Actualmente, las casas son en su mayor parte nuevas y de un estilo elegante. Las calles miden veinte metros de anchura. Las gentes de aquí, viven más que en otro lugar chileno, trabajando y divirtiéndose. La vida es cara, pero el dinero abunda. El elemento extranjero domina. Hay un bonito punto de recreo llamado Cavancha, único de donde se pueden ver aquí hojas verdes y flores.

Está situado no muy lejos de la población y unido a esta por una línea de tranvías. Allí van los iquiqueños a bañarse y a divertirse. Frente a la ciudad, en la bahía, hay un islote. Se proyecta —y está en vías de llevarse a cabo— unirlo con el Continente, formando así un gran malecón que sería de muchísima utilidad y una mejora para el puerto. Habría, sobre todo, mayores facilidades para el embarque en general, y en

---

Schumacker quieren deshacerse definitivamente de él y organizan un levantamiento de mineros locales, estos solicitan que Schumacker sea el líder del movimiento. Pero todos estos planes se truncan cuando Han, un terrible hombre que comparte soledad con un oso y bebe sangre humana, decide vengar la muerte de su hijo.

especial, para el de esa enorme riqueza, el salitre, que es traído de Iquique de las oficinas de elaboración, por un ferrocarril. Me llama la atención lo que ha logrado aquí la influencia inglesa. «Iquique es inglés» me decía un compañero de viaje, y decía verdad. Los ingleses son dueños de las salitreras, y con solo este monopolio tienen casi todo el camino andado, como se dice. Comercialmente, Iquique es inglés. Por todas partes se ven caras sajonas; en los establecimientos comerciales casi todos los letreros están en gringo. Últimamente se ha formado el Banco Tarapacá, en Londres, y una Compañía de Seguros. Las acciones, a la inmediata, se han cotizado con un subido premio. Asimismo, hay ya formada una compañía para proveer de artículos de consumo, con vapores propios, etc., y en estos días se han hecho transacciones —siempre con casas inglesas— venta de salitreras, por muchos millones de pesos.

Hay, nada menos, la Casa Gibbs ha vendido a un sindicato las suyas por ochocientas mil libras esterlinas. Para que nada falte de Inglaterra, acabo de tener el honor de conocer, al corresponsal del *Times*, enviado especialmente, hace poco. Hay en la ciudad dos diarios. He visitado la redacción de *La Industria*, cuyo director, el señor de Zubiria, es un distinguido escritor de Colombia. *La Industria* es igual en sus dimensiones al *Mercurio* de Valparaíso y la empresa está en muy buen pie.

Textos olvidados de Rubén Darío en Costa Rica[1]

Flora Ovares
Margarita Rojas G.

No busquéis en el presente número el camafeo admirable de Rubén Darío. El poeta [...] *nos ha dejado* [...] *Todos los días, a la hora del trabajo, lo echamos de menos en la oficina del* Diario del Comercio.

Manuel Argüello de Vars

I

RUBÉN DARÍO llegó a Costa Rica el 24 de agosto de 1891, venía de Guatemala, de dirigir *El Correo de la Tarde*. Durante los nueve meses que permaneció en el país, trabajó como redactor y colaboró en varios periódicos y revistas nacionales. En ocasiones utilizó seudónimos: Sphinx, Revistero, Nubia, Petrovich Darioff Faeiowski, o bien con sus iniciales: R. D., D., o R. D.; un par de veces firma junto con Justo A. Facio[2].

El primer artículo de Darío durante su permanencia en el país es «Apuntes», que apareció el 2 de setiembre de 1891 en *El Heraldo,* periódico del escritor Pío Víquez. Los textos suyos en la prensa costarricense en el período de su estancia

1 Apareció anteriormente en el *Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua*, año 14, núm. 2, 2019, pp. 53-96.

2 Para Günther Schmigalle, Darío también pudo haber utilizado seudónimos como Juan Verdad, John Truth, Abindarraez y Celestín. ««La pluma es arma hermosa»: Rubén Darío en Costa Rica. Con textos desconocidos de Rubén Darío, Francisco Gavidia y Mariano de Cavia», *Lengua,* segunda época, 23 (diciembre 2000) pp. 163-233.

suman —hasta ahora— ochenta y siete publicaciones en seis periódicos y dos revistas y dos cuyo lugar de publicación no se ha verificado aún: *La Prensa Libre* (veintidós); en *La República* (cuatro*)*; *El Heraldo* [*de Costa Rica*] (veintidós); *Revista de Costa Rica* (cinco), *Diario del Comercio* (treinta); dos en *El Partido Constitucional*[3]. Se ha señalado además que Darío publicó en Costa Rica —aunque no se han podido consultar las versiones originales— «La matuschka» y «La admirable ocurrencia de Farrals».[4]

Muchas de estas publicaciones son originales, otras son reproducciones de textos publicados en otros países. Varios artículos y poemas se publicaron dos veces: «De sobremesa» había aparecido el 20 de febrero de 1891 en la revista *Costa Rica Ilustrada* y luego Darío la reproduce en *El Heraldo de Costa Rica* en abril de 1892. «La risa», con dedicatoria a José Martí, se publicó el 23 enero 1892 en *Costa Rica Ilustrada,* y el 29 de agosto de 1891 en *La Prensa Libre.* «Febea» apareció primero en *El Heraldo* (5 y 6 de junio de 1891) y más tarde en *La Prensa Libre* (1 de octubre 1891). En la totalidad de estas publicaciones hay poemas, cuentos, crónicas, notas necrológicas, reseñas de libros, polémicas.

El nombre de Darío no era desconocido para el público costarricense antes de su llegada al país en 1891, gracias no solo a su libro *Azul...*, primera edición de 1888 y segunda

3 Algunas no se pueden contabilizar por la desaparición de los periódicos de esos años en la Biblioteca Nacional, particularmente de los tomos de *El Heraldo* y *El Heraldo de Costa Rica* correspondientes a los meses de estadía de Darío en Costa Rica.

4 Carlos Jinesta enumera una de serie de artículos que no fueron recopilados por Teodoro Picado. Entre ellos menciona «La matuschka» (*La Tribuna*, Valparaíso, 1 de febrero de 1889) que se habría publicado en mayo de 1892 en *El Heraldo de Costa Rica* y otros más que posteriormente fueron localizados por Margarita Castro Méndez y Ernesto Mejía Sánchez. Carlos Jinesta, *Rubén Darío en Costa Rica: loanza*, México: s. p. i, 1944, 37. Por su parte, G. Schmigalle, indica que «La admirable ocurrencia de Farrals» se publicó en Costa Rica, Schmigalle, p. 21.

ampliada de 1890; al menos ocho de sus escritos habían sido publicados antes en *Costa Rica Ilustrada*; un poema suyo se integró a la corona fúnebre de Juan Diego Braun, editada por Pío Víquez en 1885; «La canción del oro» apareció en *La República* en 1889; *El Heraldo* había publicado versos suyos bajo el título «Rimas», así como el cuento «La novela de uno de tantos» y los poemas «Sinfonía en gris mayor» y «Claro de luna».

Darío dejó el país el 15 de mayo de 1892, hecho del que informó la prensa nacional. Por ejemplo, en la *Revista de Costa Rica,* Manuel Arguello de Vars publica una noticia de su partida y Numa P. Llona le dedica un poema, que titula «Cromo». El periódico *El Heraldo de Costa Rica* lo despidió con estas emotivas palabras: «Con ser mucha la que nos causa el alejamiento del compañero y del amigo, no es nuestra mayor tristeza; nos sentimos tristes por la patria: mengua nos parece para Costa Rica que no hayamos podido sujetar aquí con lazo de oro las alas de ese pájaro maravilloso»[5].

Después de su partida se reprodujeron numerosos textos suyos. Durante los últimos años del siglo XIX, se leen, entre otros, poemas en las revistas modernistas como *Cuartillas, Pinceladas* y *Germinal*: «Mayo alegre» en la primera, «Artistas argentinos. De la Cárcova» en la segunda y «Margarita» y «A Colón» en la tercera. *«Costa Rica»,* firmado en Guatemala en 1892, se recogerá en el primer tomo de la recopilación de Teodoro Picado, *Rubén Darío en Costa Rica.* «Cámara oscura», que había aparecido por primera vez en *Guatemala Ilustrada* (setiembre de 1892) se publicó en 1893 en el *Almanaque Centroamericano*, de San José. Darío lo escribió en el álbum del fotógrafo Francisco Valiente como agradecimiento a la fotografía que este le había hecho. También dedica a Valiente el poema «Leda», publicado en septiembre de 1892

5 «Adiós, Rubén», *El Heraldo de Costa Rica* (11 de mayo de 1892) reproducido por Teodoro Picado (ed.) *Rubén Darío en Costa Rica*, San José: Imprenta Alsina, 1920. p. 9.

en *Guatemala Ilustrada* y el 18 de octubre en el periódico *La Hoja del Pueblo*; en este último periódico aparece «A la seguidilla» en diciembre del mismo año. Hay que agregar, por su importancia, el prólogo de *Concherías* en 1909, cuya primera edición se hizo en Barcelona y también recopilado por Picado.

En la Colección Ariel, García Monge organizó al menos dos tomos con textos del poeta; uno el mismo año de su muerte (1916) y otro del año siguiente. El primero se titula *La casa de las ideas,* e incluye tres ensayos sobre sus libros: *Azul..., Prosas profanas, Cantos de vida y esperanza.* Agrega el cuento «La larva», al que el editor añade una nota al pie que reproduce dos textos de Darío sobre sus experiencias con el mundo del más allá. Está también «Dilucidaciones», firmado en Mallorca. La otra antología de la Colección Ariel la introduce un artículo de Enrique Gómez Carrillo, de 1912, titulado «Apreciación».

Entre los homenajes y veladas literarias de que dan cuenta las revistas literarias, está el organi-zado en 1917, ofrecido a Darío y Rodó, que contó con la presencia de los escritores Roberto Brenes Mesén, Luis Cruz Meza, Rogelio Sotela, Joaquín García Monge. La crónica del aconteci-miento aparece el 1 de noviembre de 1917 en la revista *Athenea,* donde se transcriben las composiciones, versos y homenajes leídos. Se reproducen «Pegaso», «La canción del oro» y algunas apreciaciones del poeta nicaragüense sobre Rodó.

II

EL CONJUNTO completo de las publicaciones de Darío cuando vivió en Costa Rica se fue constituyendo a lo largo de muchos años gracias a las pacientes búsquedas de varios filólogos. La primera recopilación parece ser la de Teodoro Picado, *Rubén Darío en Costa Rica. Cuentos y versos, artículos y crónicas*, que apareció en las Ediciones Sarmiento de Joaquín García Monge, un primer tomo, con treinta y cuatro textos,

en 1919, y el segundo, con veintisiete textos, en 1920. Posteriormente estos fueron incorporados en sucesivas colecciones de obras completas, en algunos casos sin mencionar al compilador ni que habían visto la luz en Costa Rica, como sucedió con los veinte tomos de las *Obras completas* del argentino Alberto Ghiraldo quien solamente consigna el año y a veces el país[6].

Cinco textos más que no aparecen en la recopilación de Picado fueron encontrados por la filóloga costarricense Margarita Castro Méndez. Se trata de una reseña de una publicación informativa sobre Costa Rica; tres crónicas de actividades sociales y una nota sobre un representante extranjero. Aunque los publicó en 1955, aparecieron en una revista universitaria de Estados Unidos, de poca circulación en el país, motivo por el cual se transcriben aquí[7].

Ernesto Mejía Sánchez hizo una cuidadosa investigación filológica que resultó en la publicación entre 1950 y 1952 de las *Poesías completas* y los *Cuentos completos,* cada uno con varias ediciones y reimpresiones. En estos libros, sin embargo, no está todavía la totalidad de lo publicado por Darío en Costa Rica, porque se restringen a esos géneros literarios[8].

Un posible descubrimiento de un texto publicado en Costa Rica y no incluido en las anteriores recopilaciones o incluido con una fecha de publicación posterior, se dio a conocer en 1967, en ocasión del centenario del nacimiento

6 Cfr. Rubén Darío. *Obras completas*, edición de Alberto Ghiraldo, 20 vols., en sus diversas ediciones entre 1917 y 1929.

7 Margarita Castro M. «Darío: artículos inéditos escritos en Costa Rica», *Revista Hispánica Moderna*, Editorial de la Universidad de Pensilvania, a. 21, n. 2 (abril de 1955) pp.186-194.

8 Rubén Darío. *Cuentos completos,* edición de Ernesto Mejía Sánchez, México: Fondo de Cultura Económica, 1950 y *Poesías completas,* edición de Ernesto Mejía Sánchez, México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

de Darío, en una pequeña publicación costarricense. En esta su descubridor afirma haber encontrado en un diario nacional una versión del relato «Sor Filomela», que sería anterior a la mexicana recopilada por Mejía Sánchez. Según este último, el cuento habría aparecido en *Arte y Letras,* de Buenos Aires, en 1894; la *Revista Azul* de México lo reprodujo el 11 de octubre de 1896. Pareciera sin embargo que «Sor Filomela» se publicó antes en el *Diario del Comercio*, de San José, el 27 de agosto de 1892. Debido a que la edición no consigna un facsimilar y ese ejemplar del periódico no está en la colección de la Biblioteca Nacional, el posible hallazgo queda sin corroborar[9].

Recientemente otros investigadores han hallado más textos; por ejemplo en 1987 Pablo Steiner Jonas publica *Intermezzo en Costa Rica*, donde aparece «La conferencia sobre nihilismo en Rusia», firmada por Petrovich Darioff Faelowski[10]. Después de una larga estadía en las bibliotecas nacionales, el profesor Günther Schmigalle, además de hacer un exhaustivo análisis de la situación de las investigaciones hasta el año 2000, agregó nueve textos más al corpus dariano costarricense. Entre estos da a conocer «Por el lado del Norte», firmado por Darío con su nombre y apellido completos, y que Schmigalle considera «un magnífico ejemplar en la larga serie de textos anti-norteamericanos de Darío, cuyo más famoso es «El triunfo de Calibán».

Existen, todavía, varias publicaciones que podrían atribuirse a Darío, aunque no han sido consignadas por ninguno de los investigadores citados antes. Se trata de dos entrevistas, publicadas en diciembre de 1891 y en febrero de 1892; y varias notas, dos de política internacional, dos de crónica

9 Julio Valle Castillo hace nuevas aclaraciones al respecto pero no reconoce la publicación del cuento en el *Diario del Comercio,* cfr. Rubén Darío, *Cuentos completos* (1950) edición de Ernesto Mejía Sánchez, tercera edición: Managua: Nueva Nicaragua, 1994, p. 243.

10 Pablo Steiner Jonas*, Intermezzo en Costa Rica*, Managua: Gurdián, 1987.

social, y una sobre una compañía de música. Las dos entrevistas aparecen bajo el título «El arte en Costa Rica»; una es la que hace el poeta, en su función de periodista, al artista español Tomás Mur. Se titula «El arte en Costa Rica. La reducción del monumento de Santamaría. Un taller de Bellas Artes»[11]. La segunda entrevista la realiza al artista Manuel González, y se titula «Un gran establecimiento artístico». Ambas entrevistas, firmadas por Sphinx y publicadas en diciembre en el *Diario del Comercio,* se orientan por una misma motivación, lo cual se revela hacia el final del texto: promover el apoyo del gobierno en estas empresas. En las preguntas a Mur, Darío indaga sobre su trabajo en estos países y sobre la reducción de la estatua de Juan Santamaría. El escultor contesta críticamente acerca del desinterés general y la ausencia de estímulo oficial para las artes. La entrevista realizada a González tiene el interés adicional de dar a conocer al ilustrador Felipe Lehner, quien autor de numerosos trabajos en revistas literarias y almanaques en nuestro país. Carlos Jinesta menciona una publicación con el mismo título, aparecida en abril de 1892 en el *Heraldo de Costa Rica*, que no fue recopilada por Teodoro Picado. Otra publicación que no aparece en las recopilaciones es «Croquis al vuelo», firmado por Sphinx. Se trata de una breve calificación profesional de cada uno de los catorce integrantes de la compañía García Marín, además de los coros.

Hay además dos notas, aparentemente de la autoría de Darío, publicadas en el *Diario del Comercio.* Una firmada por Revistero, tampoco forma parte de las recopilaciones; la otra, «Revista de Europa», firmada por Sphinx, ya fue recopilada por G. Schmigalle. La primera, titulada «Centroamérica. El Salvador», es una breve lista de informaciones sobre hechos

11 Cfr. *Rubén Darío en Costa Rica. Loanza*, p. 42. Posteriormente Luis Ferrero fecha el artículo mencionado por Jinesta el 9 de abril de 1892. Luis Ferrero, *Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo XIX,* San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 1986. p. 206.

sucedidos en este país, incluido una crítica a los partidarios de Ezeta, autor del golpe de Estado contra Menéndez: «El periódico América Central, órgano del general Antonio Ezeta, está haciendo propaganda a favor de la Unión Centroamericana. Los artículos a ello destinados, son vehementes. No podemos decir si sean oportunos».

Una nota periodística sobre economía política es «Europa», de Sphinx, acerca de la cual llama la atención que el autor, después de sintetizar los hechos recién sucedidos, revele su posición al situarse del lado de los proteccionistas españoles frente a los franceses, país que Darío admiraba por encima de todos. El artículo titulado «Cuestión científica», también se publica firmado por Sphinx. Sin embargo, en este el compilador interviene poco pues constituye en realidad de una selección de textos aparentemente escritos por el científico Thomas A. Edison, que el redactor copia textualmente, después de una breve introducción, bajo el título Átomos inteligentes».

Una nota de despedida al embajador español Julio de Arellano, también en *El Diario del Comercio*, aparece firmada por «Los redactores», que en ese tiempo eran Justo A. Facio y Rubén Darío. Otra publicación, aparecida en la *Revista de Costa Rica* en febrero de 1892 y firmada R. D., es una nota de despedida a la baronesa de Wilson, de quien destaca su vocación de viajera y su interés por América Latina. Aunque Darío no lo anota, se trata de Emilia Serrano de Wilson (1834-1922), periodista, novelista y autora de obras de historia y educación. Dejó memoria de sus viajes en los libros *Maravillas americanas* y *América y sus mujeres*.

III

CUANDO RUBÉN Darío llegó a Costa Rica la práctica literaria apenas contaba con algunas décadas. Se empezaba a conocer los primeros tanteos en poesía y narrativa, el perio-

dismo si acaso contaba con algo más de cinco décadas, las revistas se sucedían con muy poca duración cada una. El autor de *Azul...,* joven también, llegó poco después de la segunda edición aumentada de su famoso libro que lo habría de inscribir para siempre en la historia de la literatura en español. Y, sin embargo, como muchos escritores, costarricenses y extranjeros, que debían luchar por su subsistencia diariamente, se vio obligado a trabajar como redactor de periódicos: debía abordar tanto entrevistas de arte como notas de política mundial o crónicas teatrales.

Al analizar la trayectoria periodística de Darío desde sus primeras colaboraciones en periódicos nicaragüenses hasta su aporte a reconocidas publicaciones sudamericanas y europeas, se evidencia la multiplicidad de géneros y temas a los que tuvo que dedicar su pluma, obligado por la necesidad inmediata. Muchos son textos vinculados con lo cotidiano, lo cir-cunstan-cial y las preocupaciones e intereses del momento, lo que les otorga validez ante el público.

Esta pluralidad de intereses se percibe igualmente en los escritos que publica en Costa Rica: junto a las poesías y los cuentos, aparecen revistas de noticias extranjeras, historias curiosas, comentarios políticos, reseñas de libros, crónicas y noticias sociales. Estos elementos aparecen unidos por el interés y la competen-cia del lector y, a la vez, descubren un espacio cultural comparti-do. Es posible por lo tanto vislumbrar en esas páginas la existencia de un determinado público lector y delinear sus preferencias.

Su conocimiento resulta entonces de utilidad para bosquejar el ambiente cultural de esos años, para entender la función asignada al periodista y al periodismo, así como la cercanía, propia del momento histórico, de los escritores e intelectuales con ese quehacer. Habría que preguntarse si, en esta labor, tal como sucedió en el plano de la literatura, su presencia en los diarios nacionales marcó un magisterio entre

los escritores de su generación. Junto con los textos hallados ahora, se transcriben también las piezas recuperadas por Margarita Castro M. en 1955.

TEXTOS DE RUBÉN DARÍO PUBLICADOS EN COSTA RICA/ Recopilados por Margarita Castro M.

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS
DIPLOMÁTICOS
EL CONDE ANTONIO GREPPI

ENTRE LOS representantes extranjeros en Centro América, desde que existe cuerpo diplomático hasta el día, descuellan dos que Italia nos ha enviado; y cuya agradable memoria conservarán con especial aprecio los que les hayan conocido.

Estos nobles caballeros se llaman el duque de Liciguiorno y el conde Greppi. El primero representa a su patria en el Uruguay, si no me equivoco. El segundo es hoy huésped de Costa Rica.

El conde Greppi se gana las simpatías desde el momento en que se le trata. Es serio y culto. Está al corriente de toda nuestra vida política y social. Conoce nuestra lengua. Creo que para descansar de sus tareas diplomáticas pasea por los jardines de la literatura.

Está al tanto del movimiento intelectual europeo. Y entre sus revistas favoritas, se halla la *Nuova Antologia,* esa hermana gemela de la *Revue des deux Mondes*. Es en su trato afable y lleno de distinción.

Estudia nuestras producciones, nuestras estadísticas, nuestro progreso. Procura estrechar cada día más las relaciones entre nuestros países y su bella patria, regida por el fuerte y querido monarca Humberto, digno hijo del inolvidable «Re galant'uomo[12]». El cual da muestra de consideración y afecto

12 'Rey galante' en italiano.

por estas repúblicas, con el solo hecho de enviar para que le representen, a ministros de la talla del conde Greppi.

Rubén Darío

[*El Heraldo de Costa Rica*, San José, año I, núm. 2632, 17 de noviembre de 1891].

NOCHE BUENA
EL BAILE EN CASA DE DON JAIME CARRANZA

LA NOCHE de la estrella de oro; la noche de Melchor, Gaspar y Baltasar; la noche en que el órgano de la iglesia trompetea; la noche de los alegres villancicos; la noche en que los niños de Paris gozan con el divino Noel y los niños de Nueva York aguardan al viejo barbudo y lleno de nieve, el gran Santa Claus; y los nuestros al Niño Dios, que da los flamantes y raros juguetes y los tentadores y deliciosos bombones; esa noche ha sido para nosotros espléndida en este pobre año que muere, año de tristezas y luchas, año de afanes y desesperanzas.

Fuimos a casa de Jaime Carranza, donde estaba la flor josefina: fuimos al baile de la Noche Buena. Sabíamos que se había suprimido el frac, que sería un baile de confianza: que la noche seria admirable. Desde la entrada se veía el grupo vencedor y delicioso de tantas hermosuras, a la luz de los farolillos de color que adornaban los corredores. Cuando la orquesta preludió la primera cuadrilla, los salones se llenaron.

Para hacer una reseña exacta de la noche necesitaríamos un incansable y derrochador pincel, que emplease todos sus tonos en una revista de gracia y belleza. Y para nombrar, para decir, por ejemplo: la del traje rosado fue la reina; la del azul tierno imperó por lo graciosa; la de los espejuelos estuvo encantadora; la ...; no podría el pobre cronista. Ya temblaría por el grave peligro de un olvido; ya sentiría el influjo atrayente de un recuerdo; y, en todo caso, tendría el temor de come-

ter una que otra injusticia, o de no estar de acuerdo con más de una opinión.

De modo que, en realidad de verdad, dar la manzana de oro es difícil. *Sphinx* da su juicio, porque se atreve a arrostrar más de un divino rayo; la manzana de oro pertenece al traje color de rosa. ¡Dulce y primaveral color! Símbolo de la juventud, brota en los labios de los claveles, de las mujeres y de la Aurora.

La concurrencia fue numerosa y escogidísima; no sin que hubiese feridos de punta de ausencia, amartelados que lamentaban su soledad. Había, eso sí, parejas felices. Por ejemplo, un joven amigo nuestro, y su primorosa novia. Era de verlos, contentos, absolutamente satisfechos, olvidados de todo, consagrados a la amable ilusión del día del velo blanco, de la fiesta nupcial.

Como los salones se llenaron, hubo parejas que, en tanto que el entusiasmo y la animación crecían, invadieron en la danza los corredores. Abundaron los trajes blancos y los ojos negros. Había ojos azules también, llenos de tierna luz y de candor inefable; los verdes que cuando no son la esperanza, son como el océano cruel y hondo nido de la tempestad.

Una dama había, como fuera la musa de Th. de Banville, serena y picara, olímpica y juguetona, juntas la Anadiomena y Colombina; dama a quien sentaría admirablemente la diadema de las hermosas princesas reales y cuya sonrisa deja entrever el más lindo pórtico de perlas de donde puede brotar el aliento del amor, ¡traje rosado!... ¡Rosa! Otra, de risa sonora, de ojos azules, de traje azul, de cuerpo ágil y vivo cual si la agitase el aire en un junco... ¡Campánula! Recordaremos al poeta:

Las campánulas hermosas
¿sabes tú qué significan?
son campanas que repican
en las nupcias de las rosas…

Otra vestía de un color blando y amoroso, amatista fundido en nieve; su aspecto era el de una cazadora de corazones. ¡Ramo de lilas! (¿Sabes tú cuál es la flor preferida en el corpiño de la señorita Primavera? La aman por bella, por fresca y por avasalladora; esta es otra que triunfa, llena de sangre y de vida como Flora en su soberbia Pubertad. Al verla daban ganas de decirla: Felices noches, botón de rosa.

¿Y tú, toda de blanco la niña del abril y del alba? ¡Dios te salve, llena de esplendor y de gracia! Era como de nieve, seráfica y deslumbradora de blancura, con la candidez de la espuma, del cisne, del cirio nuevo de la primera comunión. Todos la admiraban en su nimbo de intacta delicadeza. ¡Dios te salve, lirio! Luisa... ¡pero si no puedo nombrar a nadie! Iba la niña suave, con la canción de los primeros ensueños en la boca purpúrea; su paso era un ritmo. En su mirada había un poder invencible y supremo.

Mi amiga risueña y sonrosada que al mirar inclina la cabeza como una paloma y entrecierra los ojos adorablemente; mi amiga libélula, mi amiga perla, mi preciosa amiga. ¿Y cuántas más? Muchas. Todas. Sería preciso ser millonario de adjetivos, pachá de los tropos; tener una paleta inagotable, y un tesoro de arte que ofrecer a tanta merecedora de homenajes.

INTERMEZZO

A media noche, cena de varios amigos; unos en casa de don Gaspar Ortuño, otros en la de don Juan Rafael Mata. La del señor Ortuño estuvo como era de esperarse. Reinó la animación mayor y la más franca alegría. En la casa del señor Mata, pasamos momentos agradabilísimos. Cosas que recordamos con placer: la caballerosidad exquisita y amistosa del dueño de la casa; la conversaci6n del doctor Zambrana y el stein-wein, de primera calidad.

FINAL

El baile concluyó a la luz de la aurora. En toda la noche,

la familia de Carranza prodigó sus cultas atenciones. Como al salir a la calle, el simpático e ilustrado Ministro de Venezuela, me señalase en el cielo claro, creo que a Aldebarán, me acosté pensando en una buena estrella.

Sphinx

[*Diario del Comercio,* San José, año I, núm. 23, 27 de diciembre de 1891]

LIBROS RECIBIDOS
COSTA RICA
BUREAU OF THE AMERICAN REPUBLICS
WASHINGTON U. S. A.

I

DE PRENSAS yankees, que imprimen fino y nítido, acaba de salir el libro que sobre Costa Rica ha publicado la Oficina de las Repúblicas americanas, de Washington. El libro no viene mentiroso, y esto es ya una alabanza. El establecimiento de esa oficina que da a conocer en casa de los norteamericanos nuestros países, es harto plausible. Así se les irá aminorando el desdén y la inquina que a nuestra raza manifiestan. La oficina lleva ya publicados treinta y un volúmenes incluyendo este de Costa Rica. El cual pinta y expone el país a correquetecojo y puede servir de manual y guía al viajero. Entendemos que la mayor parte de los datos que en este volumen se contienen están tomados de la obra en que tuvo iniciativa don Joaquín Bernardo Calvo.

Empieza el libro con una rapidísima ojeada histórica. Trata a seguida de la parte física y geográfica; del clima y de las estaciones de la capital y de las provincias; San José y sus progresos; Cartago, la ciudad de Velázquez de Coronado, con sus bellos alrededores y sus aguas calientes; Alajuela, heroica y pintoresca; Heredia, floreciente y laboriosa; la provincia de Guanacaste, con su importantísima posición topo-

gráfica y la variedad de sus productos; Puntarenas, cálida, comercial, trabajadora; Limón, acariciada por el Atlántico y cuyos progresos crecen y aumentan de manera admirable. Trata del oro que guarda el seno de esta espléndida tierra, oro que en los zarcillos de las indias abrió los ojos del deseo en Colón y sus compañeros; oro que rellena el vientre rico del Monte del Aguacate; oro que hoy la industria lucha por sacar a luz... y quisiese Dios lo sacara para acuñarlo y hacer bajar el cambio! De las montañas y florestas habla; de sus cedros y granadillos, de sus maderas de construcción y de sus plantas medicinales; así del hule, como del quiebrahacha, que da su goma semejante a la arábiga. Sobre la agricultura nacional es otro capítulo; y al tratar de agricultura ¡cómo no hablar del grano maravilloso que tuvo a bien traer, el primero, en 1706 el excelente don Francisco Xavier Navarro, cuando mandaba en nombre del Rey Católico el gobernador don José Vázquez y Telles? El grano fue plantado en Cartago, y quépale esa gloria a la noble ciudad.

Y alabanzas eternas sean dadas al balandrán del padre Velarde, que dio buen viento a la industria que es hoy el pan y el oro de tantos trabajadores costarricenses; y alabanzas también a don Juan Mora, a Carrillo, a don Juan Rafael Mora, y a todos los demás que abrieron cauce ancho a esa fuente de riqueza. ¿Y el banano? Digan lo que es para la república tantos vapores que llevan al yankee el fruto valioso, en competencia con las Indias británicas occidentales, con Cuba, con Honduras. Ricardo Villafranca, el cónsul activo y patriota, puede también decirlo. Al azúcar y al tabaco asimismo hay justísimos recuerdos; y al resto de las varias producciones de suelo tan fecundo como este. Por de contado que debían estar, como están, párrafos interesantes sobre el ganado y su engorde; sobre la pesca de las perlas en el «oriental» golfo de Nicoya, de donde ha salido esa goma preciosa que en Londres se ha pagado no hace mucho tiempo en ochocientas libras esterlinas. Se lee también una ojeada

sobre nuestras manufacturas. Después vienen las partes sobre el comercio extranjero, con gran cantidad de detalles, tomados todos de documentos oficiales, sobre los canales interoceánicos, desde las ideas en tiempos de Colón, sobre ese asunto, pasando por las distintas expediciones en tiempo de los españoles, hasta los últimos intentos de canalización.

II

EXPLICA NUESTRO sistema monetario, después de ocuparse de la Constitución y leyes; al paso se copia aquí el dato de los gastos del gobierno en 1890. Ascendieron a $5.924.914,85. Llena de números es la parte que se refiere a religión e instrucción pública, y curiosa la que trata de las relaciones con países extranjeros; allí está la lista de los representantes diplomáticos que ha tenido Costa Rica en los EE. UU., desde don Manuel I. Arce y don Juan M. Rodríguez, comisionados que fueron en 1823, hasta el actual ministro señor Calvo. Sobre transportes y facilidades postales hay cuatro páginas. Naturalmente, al escribir sobre vías de comunicación en Costa Rica, debía brillar, como brilla el nombre de Mr. Keith. Al hacer referencia a los telégrafos se recuerda que Costa Rica fue la primera que los tuvo en Centro América. Hay un error: dice que tenemos establecido en la capital el servicio telefónico, cuando es lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Expresa cuáles son las líneas de vapores que tocan en Puntarenas y Limón; y es de lamentar que no predique a los cuatro vientos sobre esas jaulas de chinos que pasea la Pacific Mail por el Pacifico, en las que trato, servicio y todo, en resumen, es insoportable. Lo referente a inmigración es de interés y tendrá valor para el extranjero que lea estas páginas y desee venir a nuestra patria. (Cómo no, si se expone cómo es la posición geográfica de ventajosa, el clima de sano y agradable, y las instituciones de buenas, el pueblo de honrado y laborioso, las producciones de abundantes y ricas? Vengan,

pues, los inmigrantes, que si no se encontrarán con uno de los tantos eldorados, con una de tantas californias, como sueña el europeo en América, hallarán, sí elementos para el trabajo, escalas para subir a la riqueza honrada. La lista de las concesiones coloniales está en el libro; las colonias de San Bernardo y Talamanca, la de Buena Vista, la colonia cubana de Maceo, la del río Matina, la americana de míster Reynolds, la alemana de la isla del Coco, y la de Rodríguez.

Y para finalizar esta parte hay un párrafo dedicado a otras concesiones agrícolas: la que se otorgó a don Vicente Guardia y a don Odilón Jiménez para el establecimiento de plantaciones de azúcar en el Guanacaste, y la del Costa Rican Loan, Trust, and Colonization Bank. El último capítulo se compone de notas históricas y bibliográficas. En apéndices vienen los derechos de importación, la convención postal con los EE. UU. y un directorio mercantil de la República. El mapa que trae el libro, hecho por Montes de Oca, es excelente; los fotograbados, finos y bellos, como los de Harper's: la cresta del volcán Irazú, único punto del continente desde donde puede verse las aguas de los dos océanos; el palacio nacional; la preciosa orquídea «Reina de la Noche»; un campirano y una campirana; y como él tiene una guitarra en las manos se les llama «native musicians»; un campamento de mineros entre árboles pintorescos y salvajes; la entrada a la mina de los Quemados; el árbol del pan; el árbol del oro; un cafeto; «un patio»; una «saca de café»; un enorme montón de plátanos; una vista desde la finca de Herrán, con el estanque y sus cisnes; una casita campestre a las faldas del Irazú; el Gran Hotel, bajo el reinado de Benedictis; el Parque Central lindamente copiado; el Palacio de Justicia; el muelle de Puntarenas, las lindas niñas de Sion: «Ox shoeing»; un herrador está calzando a un buey; una pintoresca casita americana; la Iglesia de la Merced y un almacén. Y basta de índice.

Rubén Darío

[*El Heraldo de Costa Rica*, San José, año

I, núm. 62, 18 de marzo de 1892 y año
I, núm. 63, 19 de marzo de 1892]

BAÑADOS-ESPINOSA

JULIO BAÑADOS Espinosa es el nombre del ministro fiel y decidido que acompañó a Balmaceda en el triunfo y en la desgracia. Cuando le conocí, al verle, no me impresionó muy bien que digamos. Me pareció frívolo y es que es franco; me pareció vanidoso, y es que es de una clase de hombres que bien puede llamarse explosivos. Una palabra suya estalla casi siempre; una carcajada alegra un salón. Que de 1o que parece defecto en Julio saquen sus enemigos armas y ataques en su contra, no me importa: yo veo en todo el lado generoso y entusiasta. Piensa apasionadamente; habla fogoso; trabaja vivo y rápido.

Como yo le conozco es como diarista. Trabajé junto con é1 en *La época* de Santiago. Él iba rara vez a la redacción; era redactor político; pero sus editoriales los escribía en su bufete y llegaban a la imprenta por la estafeta. Cuando se aparecía en nuestra casa de la calle del Estado, sus visitas eran más a la imperial oficina de nuestro director Mac Clure, que a las mesas llenas de papeles en que trabajábamos Rodríguez Mendoza, Lucho Orrego, Alberto Blest, Pedro Balmaceda y yo. Pero cuando le veíamos aparecer, anunciado por una franca risa o por su voz vibrante, la nota alegre triunfaba en nuestro taller. Se hablaba de política, de arte, de teatros, de sport. Quién me hubiera dicho que aquel joven caballero habría de ser, pocos años después, una de las mis notables figuras del gobierno dictatorial, que concluyó, tras la sangrienta guerra, con uno de los mis trágicos suicidios de la historia.

La vida de Bañados Espinosa aparece llena de páginas hermosas. Y é1 está en el tiempo más florido. Distinciones y honores; victorias literarias y tribunicias; altos cargos públicos, le halagaron en lo mejor de su existencia. Le mandó el

emperador don Pedro del Brasil, la gran cruz de la Orden de la Rosa; la Asociación de Escritores y Artistas que preside en Madrid Núñez de Arce, le nombró miembro honorario. Fue bombero, y ser bombero en Chile ya es una honra. El año de 1880 le dieron una medalla de plata por sus servicios en el célebre incendio de la Artillería. De oro fue la que le mandó el pueblo de Ovalle por su abnegación cuando organizó y dirigió el servicio sanitario de aquella población en tiempo de cólera. Fue varias veces ministro.

A su salida del Gabinete de Mayo, recibió como recuerdo del gran banquete que se ofreció a los ex-ministros, una tarjeta y un laurel de oro. Antes, en 81, fue secretario de la Junta Directiva del Partido Liberal y ascendió a teniente de la 6ª compañía de bomberos; en 82, fue a enseñar historia de América al Instituto Nacional y en su compañía de bomberos subió a capitán; desde el 85 redactó *La Época*; y Ovalle le eligió su diputado y el cuerpo de bomberos su secretario general; en 86 secretario también de la Gran Convención que proclamó a don José Manuel Balmaceda Presidente de la República; en 87 el periodista de Santiago se hizo porteño y redactó *La Patria*; en 88 le nombró Balmaceda su Ministro de Instrucción Pública; en 89 tuvo a su cargo en la Universidad la cátedra de Derecho Constitucional; fue miembro del Consejo de Instrucción Pública y vicepresidente del Consejo de Bibliotecas; director de la sexta compañía de bomberos; en 91 Ministro del Interior; y cuando hizo explosión la más tremenda y poderosa de las revoluciones chilenas, fue a la guerra, en defensa de su jefe y amigo, como Secretario General del Ejército; Balmaceda le nombró Ministro de Guerra y Marina, cuando el General Velázquez dejó la cartera.

Larga es la lista de sus libros y producciones literarias; libros históricos y libros de arte; pero entre todos es, a mi juicio, el más notable, el volumen que imprimió en casa de Jover sobre el *Gobierno Parlamentario y Sistema Representativo*; son 334 páginas llenas de doctrina brillantemente expuesta.

Tiene mucho inédito, y lo mejor será sin duda alguna el estudio teórico, positivo y comparado sobre la Constitución de Chile, una de las primeras obras que habrá entre todas las que se han publicado en América sobre la ciencia política.

Que escriba la historia de Balmaceda, como lo deseó al morir el ilustre suicida; y que se defienda de sus enemigos con el vigor de su inteligencia, con el acero de su carácter, con la persistencia de su trabajo, y con la convicción de sus ideas. Mucho le han atacado y él ha sabido forjar un arma del silencio. Calle a tiempo y escriba y obre a tiempo. Yo, que le estimé con especial cariño en nuestros inolvidables y buenos tiempos de *La Época,* si jamás le visité cuando era ministro, hoy le quiero más que nunca, al ver sobre su cabeza la pálida aureola del destierro, y le mando a Lima el abrazo y el recuerdo del amigo.

Rubén Darío

[*El Heraldo de Costa Rica*, San José, año I, núm. 64, 23 de marzo de 1892]

EL CONCIERTO DE ANOCHE

ANOCHE COMPRENDIMOS el valor de los Sarasates y de los Díaz Albertinis: los señores Mollenhauer nos lo han demostrado. Son dos violines de primer orden. La fama es justa. No les corresponde sino el tributo halagador de los aplausos. Y ese tributo lo tuvieron anoche, en que una concurrencia si no tan numerosa, bastante escogida, escuchó verdaderamente arrobada, la catarata armoniosa que brota de ese par de mágicos violines. Unen los señores Mollenhauer a un conocimiento perfecto de la ejecución un virtuosismo exquisito.

El viejo Mollenhauer es vigoroso y límpido; el joven es fantasista, ágil, vehemente, lleno de viveza. El padre ama al hijo con la doble pasión de la sangre y del arte. Hay que verlos en los ensayos, cuando el maestro cariñoso mima al hijo, le

indica, le arregla el violín, le busca, le sigue con la mirada el movimiento. Cuando el admirable Eduardo mueve el arco, su instrumento es una maravilla sinfónica; la nota se desenvuelve como una lámina de oro. Si es Guillermo el que ejecuta, la nota es una perla, es un diamante. Salta y se irisa, tiembla y se desmaya, y por último se esparce en melodiosa lluvia.

Eduardo funde, Guillermo cincela. Eduardo pasa frente al altar del dios Beethoven, padre de la sinfonía, y se descubre; Guillermo evoca a Paganini, cristaliza en espléndidas armonizaciones la concepción musical, y hace que el que le escuche se deleite y entusiasme. La cabellera de Liszt teñida de negro, está en la cabeza del joven Mollenhauer; el viejo lleva el casco gris de sus cincuenta y tantos años. Hechos para la brega del arte son ambos: el joven empieza, y entra en el bello camino de la gloria; el viejo tiene ya mucho tiempo de sentir su frente acariciada por el dulce fragor de los laureles. Anoche el público josefino estalló en el aplauso de la admiración más sincera y espontánea. El valor verdadero y artístico, el oriente de la perla, el buqué del vino, eso, creemos que pocos, muy pocos, pudieron estimarlo con justicia. Pero el avasallador aliento de la armonía que esos hombres poseen en las cuerdas de sus violines, hace pensar en el prestigio orfeico que hacía temblar las rocas y humillaba a los leones.

Un párrafo aparte, un ramillete especial para la señorita Castro. Anoche oíamos a una calandria presa en la más suntuosa torre de marfil. Del bello edificio salía el canto, como una maravillosa melodía, por la puerta rosada de los labios. Ella, la señorita, es hermosa, y une a la opulencia y el ritmo de su figura, el amor artístico y el pájaro encantado que trina en su garganta. Esa señorita debía ir a Europa. Dicen que las violetas de Italia son buenas para la voz. Lo mismo que el vino de París. Pues bien, la aplaudimos con cariño, la aplaudimos a la magnífica Angelina, con todo nuestro corazón. Uno me dijo: «¿Te parece que es Ofelia?» Yo no creo que

fuera Ofelia, aunque «cogiendo flores y cantando pasa»; es una gallarda musa, es una flor pomposa que canta. Ofelia es rubia y delicada; Ofelia es del norte; Angelina es el tipo meridional, con todas sus seducciones, todo su sol, todos sus triunfos. Si fuera flor sería rosa; si piedra, topacio; si ave, paloma; si vino, borgoña. La niña extranjera que declamó, lo hizo de excelente manera, manera convencional que place sobre todo a los bravos hombres de los ojos azules. Como dijo lo que dijo en inglés, casi nadie le comprendió; pero su mímica fue irreprochable y demostró tener conocimiento del arte escénico, gusto fino y valor bien fundado delante del terrible tirano, delante del público.

Coda: la noche fue deliciosa. En los palcos había bellezas y gracias. Había entre todas las vencedoras, dos ojos atrayentes como dos imanes, fulminantes como dos rayos. Los Mollenhauer hicieron de sus dos arcos dos varitas de virtud, como buenos «virtuosos»; Angelina resplandece como una lírica estrella; su canción resuena aún en nuestra alma; la amable recitadora aparece en nuestro recuerdo con su sonora palabra y su gesto correcto. La última impresión de anoche, bendito tú, ¡oh Dios! fue, para el pobre cronista, la suave sonrisa de una boca digna de ti, ¡blanca y divina Venus!

Rubén Darío

[*El Heraldo de Costa Rica*, San José, año I, núm. 87, 23 de abril de 1892]

RECOPILADOS EN 2019

EL ARTE EN COSTA RICA
LA REDUCCIÓN DEL MONUMENTO DE SANTAMARÍA
UN TALLER DE BELLAS ARTES

AYER HEMOS tenido en nuestra redacción al señor don Tomás Mur, artista español que llegó a Honduras contratado por el gobierno para director de una Escuela de Bellas Artes.

El señor Mur pasó de Honduras a Guatemala, y hoy se encuentra en Costa Rica, donde piensa establecerse. El señor Mur ha merecido en España distinciones y premios, en distintos concursos artísticos. Sobre todo, lo que más le ha dado a conocer es el monumento del Marqués del Duero. La obra de Mur fue reproducida por la *Ilustración Española y Americana*, el año de 1890. El artista español vino a América, contratado por el Sr. Fontecha, en momentos en que estaba a cargo en Madrid de la ornamentación escultórica del Palacio de la nueva Bolsa. La conversación que tuvimos con el señor Mur fue la siguiente:

—¿Qué piensa Ud. del arte en Costa Rica?

—En Centro América toda, el arte según mi juicio, apenas ha podido iniciarse, por causa de que las gentes piensan más en el desarrollo material que en lo que se relaciona con la cultura artística. Talentos he encontrado. Aquí, por ejemplo, creo que podría progresar el cultivo de las artes bellas si hubiese iniciativa y apoyo de parte del Gobierno. Como lo necesita toda idea nueva, naturalmente.

—¿Qué nos dice Ud. de la reducción del monumento de Santamaría, que según se ha anunciado tiene Ud. hecha?

—Conociendo el entusiasmo patriótico del pueblo costarricense, al llegar a Costa Rica, y ver la estatua de ese héroe nacional, pensé en hacer una reducción, para facilitar su adquisición, poniéndola el alcance, no solamente de los capitalistas, sino hasta de las familias más modestas. La reducción será en cemento calcáreo. Haría algunos ejemplares en bronce o en mármol...

—Sabemos que piensa usted fundar un taller de Bellas Artes.

—Al venir aquí, he pensado en ello. Pero esto dependerá de la aceptación que en el público tengan mis trabajos. Desde luego, estableceré uno provisional, para realizar el trabajo de

la reducción y otros que tengo [en] proyecto. Si logro establecerme en el país, trataré de trabajar porque se establezca; una escuela de Bellas Artes, contando con la cooperación de distinguidos artistas, algunos del país recientemente llegados de Europa, donde han hecho sus estudios.

Ojalá se realicen los deseos del señor Mur. Y ojalá Gobierno y público le ayuden en su intento.

Sphinx

[*Diario del Comercio*, San José, año I, núm. 5, 5 de diciembre de 1891]

EL ARTE EN COSTA RICA
UN GRAN ESTABLECIMIENTO ARTÍSTICO

HEMOS TENIDO ocasión de hablar con el señor don Manuel González respecto al establecimiento artístico que, según anunciamos[13], piensa fundar dentro de poco tiempo en San José. Del *interview*, publicamos lo siguiente:

—¿El establecimiento que usted va a fundar será para toda clase de trabajos?

—Para toda clase, excepto aquellos que necesiten del buril. Será sobre todo de litografía, pero también de fotograbado, electrograbado, cromolitografía, etc.

—Para artista principal de su casa, creo que Ud. debe tener ya alguno.

—Tengo uno, austríaco. Se llama Felipe Eduardo Lehner. Es un verdadero artista, hombre de talento y habilidad. Ha dirigido anteriormente un establecimiento litográfico del Gobierno griego y otro colombiano, en Bogotá, particular, pero donde se hacían los trabajos del Gobierno Como artista,

13 En una nota titulada «Arte nacional» se anuncia la apertura de dicho negocio. *Diario del Comercio*, San José, a. 1, n.1 (1 de diciembre de 1891) 5.

ha llevado a cabo una obra en la capital colombiana, que causó admiración en la culta ciudad. Fue un libro en pergamino, en donde copió varias poesías de los primeros poetas nacionales, ilustrándolas al margen, con magníficas composiciones a varios colores. Por ese trabajo se pagaron quinientos pesos. Yo tengo excelentes recomendaciones, además, de Hamburgo, nada menos que de la casa Klimsch y Cía.

—¿Así que sería posible ilustrar obras en su establecimiento?

—Toda clase de trabajos. Es un excelente dibujante y un litógrafo perfecto. Puedo mostrar obras suyas que confirman mi aserto.

—¿Cuándo se efectuará la inauguración de su casa?

—Contando con las dificultades que hoy presenta el ferrocarril, en enero. Ya las facturas están en mi poder y Lehner está aquí, desde junio, cuando yo mismo lo traje de Bogotá.

Ya ven, pues, los lectores del *Diario del Comercio* como tendremos nuestro *petit Goupil* en San José. Ojalá el Gobierno y el público protejan como es debido a una empresa de tanta importancia, la cual, según sus bases y elementos, juzgamos será la primera en Centro América; y una de las primeras en la América Latina.

Sphinx

[*Diario del Comercio*, San José, año 1, núm.1, 12 de diciembre de 1891]

COMPAÑÍA GARCÍA MARÍN
CROQUIS AL VUELO

García Marín

ES UN artista muy conocido. En España ha logrado gran éxito. Como tenor cómico se gana las simpatías del público

desde el momento en que aparece en las tablas. Se ve que «sabe dónde pisa», como dice uno de sus mejores compañeros. Es de regular estatura, de buen empaque, y de una voz agradable y de alguna extensión. Entre sus principales papeles están el Mateo de *La tempestad* (...) de *Los diamantes de la corona* y el Sebastián de *El juramento.*

Ricardo Sendra R.

El maestro director y concertador tiene dos cosas muy valiosas: justa fama y gran fama. En Costa Rica es conocido. En su carrera artística ha logrado triunfos verdaderos y valiosos. Como director es plausible y muchos de los aplausos que arrancan los actores en las mejores obras de su repertorio, en gran parte le pertenecen. En el concertante de *La tempestad,* obtiene siempre lo que se llama una victoria. Tiene veintinueve años. Hará gran carrera si sigue en su camino con igual entusiasmo por el arte y con igual tesón.

La Celimendi de Vila

Antigua conocida. Bravísima artista. Lo que ella hace en las tablas es digno de las mejores *estrellas* de la zarzuela. Si nuestro entusiasmo nos hace exagerar nuestras palabras y elogios, no es culpa nuestra. Muchos colegas extranjeros nos han precedido y quizás nos han llevado ventaja en alabanza a la distinguida Celimendi. Cuando estuvo en Costa Rica su éxito fue espléndido. No puede nuestro público olvidar su prestigio escénico y su admirable comprensión de los papeles que interpreta.

Sra. Flora Sanz de Sendra

Vis cómica. Se presenta bien en escena. Es graciosa, joven y guapa.

Leonor Fernández de Delgado

Tiene una voz dulce; voz bonita. Como artista se le

puede llamar discreta. Sabe salir a las tablas. Un poco gruesa; pero agrada bastante.

Matilde Cavaletti

Ya es también antigua conocida. Es hoy una conocedora del teatro; y que ha recogido muchos laureles en su carrera artística. Fue en un tiempo de la ópera italiana. Su talento es innegable. Nada podemos agregar, sino un saludo para nuestra conocida y amiga.

[Parti]quinas

Concepción Boria es la señora de García Marín. Es discreta. Elvira Celimendi, muy bonita, muy inteligente. Agradará.

José Conill

Empieza. Tiene voz fresca, agradable y de extensión. Buen tipo y representa muy bien.

Lucio Delgado

Es enorme. No cabe por una puerta; y la voz llena el teatro. Artista tan grande de cuerpo como de alma. Será uno de los mimados del público, sino se equivoca un buen conocedor que nos informa.

Vila

Vila es Vila. Ya lo conocemos todos. Es el más simpático y el más «buen muchacho» de toda la Compañía. Bajo de voz, alto de sentimientos artísticos, gracioso, endiablado en las tablas, se hace buenas «cabezas», se caracteriza bien, canta agradable y vivo, y tiene todos los aplausos del público, porque en verdad, se los merece.

Sr. Monfort

No tenemos datos de él. Lo veremos y lo juzgaremos.

Nicolás Rubio

Es el segundo bajo y hace sus papeles a conciencia.

Antonio Núñez

Bastante entendido.

Martí

El señor Martí es el violín concertino, y según sabemos merece aplausos. Ha trabajado en buenos teatros.

Coros

Buenos.

Sphinx

[*Diario del Comercio*, San José, año I, núm. 19, 22 de diciembre de 1891]

DESPEDIDA

EL SEÑOR Ministro de España, don Julio de Arrellano, ha partido hoy de esta ciudad con destino a Puntarenas, en donde ha de tomar vapor para Nicaragua. Acompáñale su señora. El distinguido señor de Arellano es, como particular, de las personas más cultas y más estimables que hemos llegado a tratar, y como representante de España, sabe robustecer de la manera más viva y más grata en favor de su noble y glorioso país todo el afecto y las simpatías que estas naciones sienten por la antigua madre patria. España ha sido siempre muy querida en Costa Rica; pero los vínculos de confraternidad han adquirido ahora, gracias al señor de Arellano, una consistencia excepcional.

Nos deja el Ministro muchos y muy gratos recuerdos de su estada entre nosotros; que él por su parte, no eche en olvido lo mucho que aquí se le estima, bien que ella sea estimación justamente merecida. Que el señor de Arellano y

su muy apreciable señora tengan feliz viaje.

Los Redactores

[*Diario del Comercio*, San José, año I, núm. 23, 11 de enero de 1892]

CENTRO AMÉRICA/ EL SALVADOR

—SE HA fundado en la capital un nuevo hotel, el Hotel de Ambos Mundos.

—Asesinaron en su finca, cerca de Santa Ana, a don J. Santiago Jirón.

—Volvió don Ramón Uriarte de Europa, sin haber obtenido el empréstito.

—Hay mucha viruela en Santa Ana.

—Se han descubierto en la capital, por el Ministro de Gobernación, varios recibos con el *dése* falsificado.

—El ingeniero Franco Cáceres está levantando el plano de San Salvador.

—El periódico *América Central*, órgano del general Antonio Ezeta, está haciendo propaganda a favor de la Unión Centroamericana. Los artículos á ello destinados, son vehementes. No podemos decir si sean oportunos.

—Murió en San Salvador la señorita Antonia Navarro, primera centroamericana que ha recibido el título de ingeniero civil.

—Se casó en México Salvador Rodríguez, secretario que fue de la Legación del Salvador en México. Su esposa es hija de don Ángel Prieto Álvarez.

Revistero

[*Diario del Comercio*, San José, 14 de enero de 1892]

CUESTIÓN CIENTÍFICA

PROBLEMA DE solución difícil es el estado que aquí abajo, los mortales llamamos vida, con el cual estamos familiarizados, pero cuyos misterios dejan por lo general perplejo al concienzudo observador. Ya se ha dicho que la ambición de los sistemas por penetrar el enigma humano, ha llegado en último término a hacer descansar la sabiduría en el lecho de la duda. La razón y la verdad no han entrado nunca en regiones que antes no hubiesen sido posesiones del error. Así se explican las incertidumbres y falacias que han podido servir de fundamento a las diferentes soluciones que suelen ofrecerse para cada cuestión, entre otras la del fenómeno vida. Nosotros no nos atrevemos a enunciar ninguna opinión. Conocemos ese fenómeno como lo conoce cualquiera. Se nos presenta día a día y momento a momento, sin que sepamos de su naturaleza nada positivo y cierto.

Sin embargo, cuando un científico de la talla de Edison, emite una teoría revestida del atractivo seductor de la razón, es difícil a nuestro entendimiento dejar de rendirle, si no asenso completo, al menos respetuosa y callada admiración. Tal es el motivo que nos ha inducido a traducir para los lectores del *Diario del Comercio* la pieza que va a continuación, y que hemos encontrado en el *Herald* de Nueva York. Ese diario acostumbra entrar de lleno en todas las fases del movimiento progresivo de la humanidad, ya como [ilegible], ya como vocero y guía inteligente de la opinión. Habiendo propuesto hace poco, a varias sabios y renombrados pensadores, la cuestión de «¿Qué es la vida?» ha publicado sus respuestas, entre las que la más notable, a no dudarlo, es la de Edison, llamado por sus paisanos el Brujo, a causa de los prodigios que ha arrancado y sigue arrancando a la electricidad. De él dice el mismo *Herald,* estas palabras: «El Brujo tiene su propio y peculiar modo de tratar toda cuestión, y es raro que no logre arrojar un torrente de luz sobre algún oscuro rincón del pensamiento». He aquí la respuesta de Mr. Edison:

Átomos Inteligentes

[...]

[*Diario del Comercio*, San José, año I, núm. 65, 18 de febrero de 1892]

EUROPA

La nueva tarifa en Francia

EL NUEVO arancel francés ha sido causa de ruidos y agitaciones. La prensa lo ha combatido con razones poderosas. En Francia, en España ha producido una verdadera revolución en el mundo económico. La tarifa ha comenzado a regir cabalmente cuando han concluido los tratados comerciales entre Francia y otros países. España pretendió, aunque infructuosamente, renovar su pacto. No fue posible. Se ha tronado contra los ultraproteccionistas; se ha atacado rudamente a Meline y sus allegados. Verdadero peligro ha habido de que se rompiesen las relaciones entre los gabinetes francés y español. Entre el duque de Mandas y M. Ribot estamos con el duque de Mandas. Su protesta fue enérgica y bien pensada. Tanto más, que M. Ribot, hoy tan antiespañol, ha sido no ha mucho tiempo apasionado hispanófilo.

El embajador de España ha luchado bravamente, hasta donde sus esfuerzos han podido alcanzar, por el arreglo de un pacto nuevo. No ha logrado el triunfo de sus deseos. Mas es claro que la situación de Francia respecto a los otros países, y especialmente con su vecina de allende el Pirineo, es delicadísima y harto peligrosa. ¿No está claro que todo vendrá a causar una seria crisis en lo que toca a la exportación? Bien lo ha dicho y con muy claras y enérgicas frases, un notable diario parisiense: «El 1 de febrero es para Francia el principio de un sistema de aislamiento y de instabilidad comercial». La batalla, el proteccionismo la ha ganado, pero los resultados de esa victoria no pueden sino ser y sobre toda ponderación lamentables y desastrosos. En cuanto a los cosecheros de

vinos españoles, creemos que para ellos es muy aplicable el proverbio que *Las Novedades* les recuerda: «No hay mal que por bien no venga». La lucha de la prensa irrita cada día más los ánimos. En Madrid se ha hablado mucho de represalias; y ello es lo natural en caso de tal naturaleza. Se trata de denunciar el tratado sobre propiedad literaria. «Tal medida», dice el citado colega, «no podría menos de originar en Francia una fuerte propaganda contra el ultraproteccionismo, que a tales resultados conduce. No serían poco gravados los intereses de autores y editores franceses que en España tienen hoy buena leche que ordeñar».

Ya nos ocuparemos más detalladamente de este asunto.

Sphinx

[*Diario del Comercio*, San José, año I, núm. 72, 26 de febrero de 1892]

[S. T.]

ACABA DE dejar las playas costarricenses la señora baronesa de Wilson. Su nombre es simpático para todos los hispanoamericanos; sus cualidades altas de dama inteligente [y] culta le granjean por donde va el aprecio y el cariño. Entre nosotros estuvo poco tiempo. Anda la infatigable viajera en busca de datos para su anunciada y monumental obra de historia de América. Ella ama nuestros países americanos. Es en Europa, indiscutiblemente, la americanófila más generosa y apasionada. Escribe sobre nuestros hombres y sobre nuestras repúblicas, con tinta brillante y siempre color de rosa. En todos sus libros no se hallan sino alabanzas, recuerdos gratos, ditirambos, y cánticos a la «virgen del mundo», que desde hace ya mucho tiempo perdió su virginidad y lleva una vida de todos los diablos. Pero es el caso que debemos agradecer a la señora baronesa su continua lluvia de flores. Lleva ya recorrido el continente de extremo a extremo. Tiene amigos en todas partes. El que estas líneas traza tiene a

honra contarse en el número de ellos y desea toda suerte de felicidades en su viaje a la famosa escritora española. Sea bien llegada a los lugares del nuevo mundo a donde se dirija.

R. D.

[*Revista de Costa Rica*, San José, año I, núm. 4, febrero de 1892, pp. 213-214]

PUBLICACIONES DE RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA 1891-1892

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Apuntes	1891	2 de setiembre	*El Heraldo*	poema en prosa	t. I T. Picado
Balmaceda	1891	4 de octubre	*La Prensa Libre*	sobre el presidente chileno y la lucha política por la que se suicidó	t. I T. Picado
Bañados-Espinoza	1892	23 de marzo	*El Heraldo*	—	Margarita Castro M.
¡Bronce al soldado Juan!	1891	15 de setiembre	*El Heraldo*	crónica de la inauguración de la estatua	t. I T. Picado
Cabezas de estudio: la sonrisa	1891	12 de noviembre	*La República*	—	t. I T. Picado
Canciones de España. A la seguidilla	1892	1 de diciembre	*La Hoja del Pueblo*	—	—
Claro de luna	1892	28 de febrero	*Diario del Comercio*	publicado en *El Heraldo de Costa Rica*, 28 de abril 1891	—
Cerebro y carne	1891	4 de noviembre	*La Prensa Libre*	adaptación de un artículo de *El correo de la tarde*,	t. I T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
				del 18 de marzo de 1891.	
Centro América. El Salvador	1892	14 de enero	*Diario del Comercio*	firmado Revistero	—
Conferencia del Dr. Zambrana sobre el nihilismo en Rusia	1891	20 de diciembre	*Diario del Comercio*	seud. Petrovich Darioff Faeiowski	Pablo Steiner
Congreso literario hispanoamericano	1892	27 de abril	*El Heraldo*	R.D. comenta carta de Asociación de escritores y autores españoles a Pío Víquez	Günther Schmigalle
Costa Rica	1892	—	—	A. Ghiraldo lo fecha «Guatemala 1892».	t. II T. Picado
Costa Rica en las exposiciones colombinas	1891	9 de octubre	*La Prensa Libre*	a propósito de las exposiciones colombinas de Chicago y España, comenta las colecciones del Museo Nacional	t. I T. Picado
Compañía García Marín. Croquis al vuelo	1891	22 de diciembre	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx	—
Crónica	1892	abril, año I, n. 6	*Revista de Costa Rica*	consta de cuatro partes: una nota sobre un viaje a Limón; una comparación entre la	t. I T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
				Semana Santa en León y en Costa Rica, un comentario sobre los conciertos de O´Leary y Mollehauer, y una nota necrológica	
Cuentos nuevos. Rojo	1892	14 de febrero	*Diario del Comercio*	cuento	E. Mejía Sánchez
Cuentos nuevos. Febea	1891	1 de octubre	*La Prensa Libre*	Cuento; publicado antes el 5-6 de junio en *El Heraldo.*	t. I T. Picado
Cuentos nuevos. La muerte de Salomé	1891	27 de setiembre	*La Prensa Libre*	Cuento. Justo A. Facio informa que se escribió en Guatemala.	t. I T. Picado
Despedida	1892	11 de enero	*Diario del Comercio*	firmado Los redactores (Darío y Facio)	—
De sobremesa	1892	20 de abril	*El Heraldo de Costa Rica*	había aparecido en *Costa Rica Ilustrada,* 31 de marzo 1891	t. II T. Picado
De viaje. Heredia	1892	9 de marzo	*Diario del Comercio*	fechado el 6 de mayo de 1891	t. I T. Picado
De Washington a Buenos Aires por tierra	1891	2 de diciembre	*Diario del Comercio*	crónica sobre un proyecto de un tren que atravesaría el continente americano y la importancia del ferrocarril	t. II T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Del libro de los ídolos. Los caciques. Tutecotzimí	1892	enero	*Revista de Costa Rica*	poema	—
Don Pedro	1891	11 de diciembre	*Diario del Comercio*	sobre la muerte del emperador portugués Pedro en el exilio	t. II T. Picado
¿Dónde estás?	1892	7 de marzo	*El Heraldo*	poema	t. I T. Picado
¡Dulce niña! ¡Dulce niña!	1891	18 de setiembre	*La Prensa Libre*	poesía declamada en una velada de caridad	t. I T. Picado
Eironeia	1892	24 de abril	*El Heraldo*	poema en prosa dedicado a Francisco Huete	t. II T. Picado
El árbol del rey David. Palimpsestos.	1891	15 de octubre	*La Prensa Libre*	cuento	t. I T. Picado
El arte en Costa Rica. La reducción del monumento de Santamaría. Un taller de Bellas Artes	1891	5 de diciembre	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx. Entrevista de Rubén Darío a Tomás Mur.	—
El arte en Costa Rica. Un gran establecimiento artístico	1891	12 de diciembre	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx. Entrevista de Rubén Darío a Manuel González	—

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
El concierto de anoche	1892	23 de abril	*El Heraldo*	—	Margarita Castro M.
El dios bueno	1891	26 de setiembre	*El Partido Constitucional*	apareció primero en *El Correo de la Tarde*, Guatemala	—
El doctor Castro	1892	6 de abril	*El Heraldo*	nota necrológica	t. I T. Picado
El dr. Rubén Rivera	1892	25 de enero	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx	G. Schmigalle
El hombre bueno	1892	18 de marzo	*El Heraldo*	sobre Ernesto Rohrmoser	t. I T. Picado
En el mar	1892	11 de junio	*El Heraldo*	tomado del *Diario de Centroamérica;* dedicado a Tomás Regalado	t. II T. Picado
Europa. La tarifa nueva en Francia	1892	26 de febrero	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx	—
Fiesta de la patria	1891	22, 23 y 25 de setiembre	*La Prensa Libre*	crónica sobre la inauguración de la estatua de Juan Santamaría en Alajuela.	t. I T. Picado
Fotografías instantáneas. Diplomáticos. El conde Antonio Greppi	1891	17 de noviembre	*El Heraldo*	—	M. Castro M.

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Fotografías instantáneas. Diplomáticos. Julio de Arellano	1891	15 de noviembre	*La República*	—	t. I T. Picado
Henriqueta. Página oscura	1892	26 de enero	*Diario del Comercio*	—	t. II T. Picado
Historia de un sobretodo	1892	21 de febrero	*Diario del Comercio*	—	—
Impresiones y pensamientos	1891	31 de diciembre	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx. Parte de un tríptico sobre la ética del periodista. Publicado antes en el diario *La Unión* (El Salvador) en 1890.	G. Schmigalle
Instrucción pública	1892	1 de enero	*El Heraldo*	informe de las pruebas del Colegio de Sión dirigido al ministro de Educación con fecha de 27 de diciembre de 1891	t. I T. Picado
La admirable ocurrencia de Farrals	—	—	—	Cuento sobre un personaje catalán. Según Schmigalle, este texto se publicó en Costa Rica y fue posteriormente recopilado por Ghiraldo.	publicado por Ghiraldo, v. 3, 3ª serie, 1924

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
La canción de la luna de miel	1891	20 de octubre	*La Prensa Libre*	poema en prosa	t. I T. Picado
«La Mercurial» de Montalvo	1891	setiembre	*La Revista de Costa Rica*	comenta *Mercurial eclesiástica* de Juan Montalvo.	t. I T. Picado
La matuschka	[1892]	[mayo]	[*El Heraldo de Costa Rica*]	publicado en Chile, 1 febrero 1889.	mencionado por Carlos Jinesta
La nueva obra de Richepin	1892	22 de marzo	*El Heraldo*	—	t. I T. Picado
La resurrección de la rosa	1892	19 de abril	*El Heraldo*	Cuento	t. I T. Picado
La risa o Apología de la risa	1891	29 de agosto	*La Prensa Libre*	el mismo artículo apareció en el n. 4 de *Costa Rica ilustrada,* 23 enero 1892, dedicado a José Martí	t. I T. Picado
La tragedia del toro	1891	17 de octubre	*La Prensa Libre*	conocido después también con el título «La gesta del coso»	—
Las Casas	1891	15 de diciembre	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx	G. Schmigalle
Las pérdidas de Juan Bueno. Cuentecitos del domingo	1892	13 de marzo	*El Heraldo*	cuento	t. II de T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Leda	1892	18 de octubre	*La Hoja del Pueblo*	se publicó primero en *Guatemala Ilustrada,* en setiembre de 1892	—
Libros recibidos. Costa Rica. Bureau of the American Republics. Washington U.S.A	1892	18 y 19 de marzo	*El Heraldo*	—	M. Castro M.
Linterna mágica. El mercado	1891	1 de diciembre	*Diario del Comercio*	Ar-ma; de la serie Linterna mágica	t. II T. Picado
Linterna mágica. El Parque Central	1891	23 de diciembre	Diario del Comercio	firmado Ar-ma	t. II T. Picado
Linterna mágica. Fugitiva	1892	19 de enero	*Diario del Comercio*	poema en prosa	t. II T. Picado
Linterna mágica. La estación	1891	13 de diciembre	*Diario del Comercio*	Ar-ma; descripción de la Estación del Atlántico	t. II T. Picado
Linterna mágica. La mascarada	1892	6 de enero	*Diario del Comercio*	crónica. Firmado Ar-ma;	t. II T. Picado
Los centauros (Bajo relieve)	1892	marzo	*Revista de Costa Rica*	poema	—
Los yernos en política	1892	3 de marzo	*La República*	crónica política	t. II T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Mayo alegre	1892	6 de junio	*El Heraldo*	—	t. II T. Picado
Menéndez	1891	7 de julio	*La Prensa Libre*	soneto	t. II T. Picado
Neurosis	1891	27 de setiembre	L*a Prensa Libre*	poema, fechado en Valparaíso 1887	t. I T. Picado
Nochebuena. El baile en casa de don Jaime Carranza	1891	27 de diciembre	*Diario del Comercio*	—	M. Castro M.
Páginas de arte. Detaille y Neuville	1891	18 de octubre	*La Prensa Libre*	comentario sobre dos pintores militares	t. I T. Picado
Páginas de arte. Ranvier. La infancia de Baco	1891	8 de octubre	*La Prensa Libre*	comentario a un cuadro	t. I T. Picado
Páginas de un libro inédito [Rojo y negro]	1891	6 de setiembre	*La Prensa Libre*	polémica con Enrique Guzmán	t. II T. Picado
Palomas fugitivas	1892	27 de abril	*El Heraldo*	firmado D.	G. Schmigalle
Por el lado del norte	1892	15 de marzo	*El Heraldo*	—	G. Schmigalle
¿Por qué?	1892	17 de marzo	*El Heraldo*	ensayo político	t. II T. Picado
Pro domo mea	1891	28 de noviembre	*El Partido Constitucional*	polémica religiosa por comentario de la Mercu-	t. I T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
				rial de Juan Montalvo	
Recortes. Abrojo	1891	6 de octubre	*La Prensa Libre*	«Viendo a su madre aterida...»	t. I T. Picado
Reina Barrios	1892	19 de marzo	*Diario del comercio*	firmado Nubia; resumen del publicado en *El Heraldo de Costa Rica* el 16 de marzo de 1892, con el mismo título	G. Schmigalle
Regalito de boda	1892	8 de mayo	*El Heraldo*	poema	t. II T. Picado
Revista de Europa	1892	14 de enero	*Diario del Comercio*	firmado Sphinx	G. Schmigalle
Revista política europea	1892	27 de enero	*Diario del Comercio*	firmado Revistero	G. Schmigalle
Rimas	1892	7 de febrero	*Diario del Comercio*	de *Rimas y Abrojos* (1887)	t. II T. Picado
Rojo y negro. Los presidentes en el destierro	1891	12 setiembre	*La Prensa Libre*	crónica política	t. II T. Picado
Sinfonía	1892	21 de junio	E*l Heraldo*	poema	t. II T. Picado
S. T.	1892	febrero, a. I, n.4	*Revista de Costa Rica*	sobre la baronesa de Wilson	—
S. T.	1892	18 de febrero	*Diario del Comercio*	nota necrológica sobre la hija de Justo A. Facio	t. I T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Sor Filomela	1892	27 de agosto	Diario del Comercio	cuento, otra versión apareció en *Artes y Letras* de Buenos Aires en 1894 y luego en la *Revista Azul,* México, en octubre de 1896, con un final distinto.	—
Requiescat	1891	7 de julio	La Prensa Libre	nota necrológica sobre Jorge Castro Fernández, hijo de José María Castro M.	t. II T. Picado
Un libro para la amistad	1891	11 setiembre	*La Prensa Libre*	crítica literaria del libro del poeta costarricense Juan Diego Braun (1859-1885)	t. I T. Picado
Un sermón. En la basílica de San Pedro	1892	8 de mayo	*El Heraldo*	cuento sobre Ernesto Castelar	t. II T. Picado
Una tarea	1891	4 de setiembre	*La Prensa Libre*	—	t. I T. Picado
Versos negros	1892	22 de marzo	*El Heraldo*	«La danza macabra»	t. I T. Picado
Versos nuevos. El clavicordio de la abuela	1891	24 de diciembre	*Diario del Comercio*	poema	t. II T. Picado
Versos de año nuevo. Los regalos de Puck	1892	1 de enero	*Diario del Comercio*	poema	t. II T. Picado

TÍTULO	AÑO	DÍA	REVISTA/PERIÓDICO	OBSERVACIONES	RECOPILADO EN
Viaje a Tarascón	1891	14 setiembre	*La República*	—	t. II T. Picado
Zambrana	1891	25 de octubre	*La Prensa Libre*	bienvenida a Antonio Zambrana	t. I T. Picado

PUBLICACIONES PREVIAS DE RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA[14]

TÍTULO	AÑO	DÍA	MEDIO	OBSERVACIONES
Abrojo	1888	15 de febrero	*Costa Rica Ilustrada*	«Cuando la vio pasar el pobre mozo»
A Juan Diego Braun	1885	—	Corona fúnebre a Juan Diego Braun	en el libro colectivo editado por Pío Víquez
A una estrella. Romanza en prosa.	1891	31 de marzo	*Costa Rica Ilustrada*	apareció en *Azul...* (1890)
De sobremesa	1891	20 de febrero	*Costa Rica Ilustrada*	—
Caso cierto	1888	1 de febrero	*Costa Rica Ilustrada*	—
Cuentos nuevos. La novela de uno de tantos	1891	2 y 3 de abril	*El Heraldo*	—
La cabeza del Rawí	1888	29 de agosto	*Costa Rica Ilustrada*	—
La canción del oro	1889	13 de enero	*La República*	cuento publicado en Chile en 1888, calificado también como poema en prosa

14 Son reproducciones de otras publicaciones suyas, antes del período en que vivió en Costa Rica.

TÍTULO	AÑO	DÍA	MEDIO	OBSERVACIONES
La muerte de la emperatriz de China	1890	20 de julio	*Costa Rica Ilustrada*	—
La poesía castellana contemporánea	1890	10 de diciembre	*Costa Rica Ilustrada*	reseña del libro de Boris de Tannemberg sobre poesía española e hispanoamericana. Reproduce el poema de Rostand, «El Cristo de la Vega», basado en la leyenda de Zorrilla.
Rimas	1891	11de marzo y 5 de mayo	*El Heraldo*	de *Rimas y Abrojos* (1887)
Sinfonía en gris mayor	1891	18 de marzo	*El Heraldo*	—

Rubén Darío en Chile

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DE *PEREGRINACIONES*

(Presentación y anotaciones de Paola Solís Miranda)

Justo Sierra

Tomado de Rubén Darío: *Peregrinaciones*. Prólogo de Justo Sierra. París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1901, pp. 1-19. El prólogo está fechado en París, abril, 1901 y su autor se dispuso «no a viajar con el poeta, sino a viajar por dentro de las impresiones del poeta», terminando de reconocer la condición americana de Darío, recientemente negada por José Enrique Rodó (1871-1917).

Justo Sierra Méndez (Campeche, 26 de enero de 1848-Madrid, 13 de septiembre de 1912). Escritor, historiador, periodista, poeta, político y filósofo mexicano. Fue decidido promotor de la fundación de la Universidad Nacional de México. Se le conoce también como *Maestro de América*. En 1901 se trasladó a Madrid con el objeto de participar en el Congreso Social y Económico Hispanoamericano; en esa ocasión, conoció a Rubén Darío en París. Según palabras del mismo Darío: «Don Justo Sierra, el eminente escritor y poeta, que en Méjico era llamado el *Maestro*, y que acaba de fallecer en Madrid de ministro de su país, escribió el prólogo para uno de mis volúmenes *Peregrinaciones*. En París tuve la oportunidad de conocer a este hombre preclaro, que en los últimos años de la administración del presidente Porfirio Díaz, ocupó el ministerio de Instrucción Pública» (Rubén Darío: *Autobiografía*. Vol. XV de las *Obras completas*. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1918, pp. 189-190).

I

HE AQUÍ un poeta discutido: es indiscutible. Sin reserva alguna es un poeta, y solo eso es quizás, pero lo es en toda la fuerza connotativa del término. ¿Un gran poeta? No hay grandes poetas: hay poetas, astros de luz propia y hay los otros, los de luz reflejada; somos los más, somos los planetas; Rubén tiene su luz en sí mismo.

Sí, lo dijo ya el mundo hispano-americano y todo latino comienza a saberlo ya: Rubén es un poeta. Una de estas noches atroces, de frío, de bruma, de agua, en que parece que llueve barro sobre las calles de París y que son, sin embargo, muy oficial y muy astronómicamente «noches de primavera», leía yo, paladeándolas con delectación morosa, como diría un teólogo, las composiciones que, por un capricho un poco enigmático o un poco infantil, llama el autor *Prosas profanas*. Las tales prosas son poesía pura, arle puro, copas de Bohemia, tazas de Sèvres, cálices de oro y gemas de los tesoros de las iglesias italianas, anforinas del Cerámico, en las cuales ha vertido Rubén esencia de su alma, formada con los instintos que suben al alma del fondo de nuestro organismo y la rebotan y la hacen opaca como la sangre; formada con el dolor que comunica a la nuestra todo contacto con otras almas y tornan su esencia transparente como las lágrimas; formada con lo que recoge nuestra alma de átomos emanados de un sol oculto (en poesía es evidente la teoría de las emanaciones) de imágenes sin contorno proyectadas por un mundo no visto, por el universo que empieza allí donde el universo acaba y que transmutan la sombra en misteriosa e infinita claridad; son ellas las que ponen en lo interior de nuestra vida una lámpara de altar que parece a veces apagada, cuando repentinamente nos inunda de eso que llama deliciosamente el poeta «una dulzura de luz».

Pero, dice una crítica, si de esos elementos de sensualismo y misticismo, que efectivamente suelen ir juntos al grado

de que el segundo no es más que el erotismo imantado hacia Dios, si de eso se compone la inspiración de Rubén Darío ¿por qué hablarnos de ánforas de Atenas, de cálices de Cellini y de cristales de Baccarat? ¿Es bella la forma de esa inspiración? ¿Son bellos esos versos? Tienen, respondo, una gran música extraña, que sorprende primero, que parece un reto a todas las reglas de la métrica y la prosodia pero que, leída atentamente, se filtra en el alma gota a gota de miel y la anestesia y subyuga.

En primer lugar, es suyo el instrumento poético, enteramente suyo. Quiero decir que Rubén lo domina al grado que parece su creador, que parece el inventor de su modo de hacer versos; y ese instrumento es un orquestrión: clarín, flauta, címbalo, arpa, violín y lira, todo lo pulsa por igual. No sé si alguno haya dudado jamás de que este poeta fuese capaz de cincelar su estrofa en mármol clásico como Leconte de Lisle [1818-1894] y [Gaspar] Núñez de Arce [1832-1903], o en bronce como [Víctor] Hugo [1802-1885] y [Salvador] Díaz Mirón [1853-1928], o en arcilla de Tanagra como [Ramón de] Campoamor [1817-1901] y [Théodore de] Banville [1823-1891]; muestras de su destreza de escultor ha dado no para olvidadas; pero es músico y es músico wagneriano.[1] El doctor Max [Simon] Nordau [1849-1923] que lo admira (hemos conversado mucho con él) debe de aborrecerlo por este capítulo, y Rubén que es un retador soberbio y silencioso —su silencio suele tener sabor de desdén— se ha resignado a figurar en la próxima edición de *Dégénérescence*[2] al lado de [Paul]

1 De Richard Wagner (Leipzig, Reino de Sajonia, Confederación del Rin, 22 de mayo de 1813 Venecia, Reino de Italia, 13 de febrero de 1883). Compositor, director de orquesta, poeta, ensayista, dramaturgo y teórico musical alemán del romanticismo. Destacan sus óperas calificadas como *dramas musicales* —por el propio compositor— en las que, a diferencia de otros, asumió también el libreto y la escenografía.

2 Obra de Max Nordau, escrita en alemán, su nombre original era *Entartung* (1892), fue traducida al castellano por Nicolás Salmerón

Verlaine [1844-1896] y Maurice Maeterlinck [1862-1949]. ¡Asustado debe estar con tamaña compañía! Y, sin embargo, el doctor Nordau tendrá razón en clasificarlo entre los tipos de la familia de los *degenerescentes*, que pudo muy bien llamar *regenerescentes*, porque inútil es negar que, si [Richard] Wagner y Verlaine no han creado una forma nueva del arte eterno, sí han estado a punto de hallarla, y el primero la ha hallado tal vez. Y yo no sé si es cierto que el verso de nuestro poeta es en realidad el del ancestro Gonzalo de Berceo [c. 1198-c. 1264] engastado en joyas *modern style* o, como con elegante donaire dice:

Y yo procuro que en la luz resalte
Tu antiguo verso cuyas alas doro
Y hago brillar con mi moderno esmalte.

Esto es para sabiamente dilucidado entre quienes como [José Enrique] Rodó [1871-1917] en el juicio admirable sobre *Prosas profanas* estudian al microscopio el talento de Darío y al telescopio sus poesías, que son estrellas. Yo solo veo en mi interior las reliquias que allí han dejado esos cuerpos celestes al pasar por mi atmósfera mental. Lo que es evidente es que ha entrevisto y nos ha hecho entrever un color más en la poesía castellana, un ultravioleta que no conocíamos; que nos ha hecho sentir un sonido más no percibido antes de él; y repito que es músico wagneriano en verso español, no solo por la prodigiosa variedad de su métrica que cierto va más allá del metro de los primitivos algunas veces, sino por el ritmo, apropiado por tal modo al tema, que es probable que un oído fino, aun cuando fuese el de un ignaro en lengua

(1838-1908) en 1902, con el título *Degeneración*. *Dégénérescence*, se publicó en dos volúmenes (1892 y 1893, respectivamente). Dentro de esta obra, Nordau ataca lo que él calificaba como arte degenerado y comenta los efectos de una variedad de fenómenos sociales de la época. Nordau creía que la *degeneración* debería diagnosticarse como una enfermedad mental porque aquellos que eran desviados estaban enfermos y necesitaban terapia.

española, pudiera inferir, por ejemplo de la *Marcha triunfal*, por solo su resonancia, que se trataba de algo heroico y bélico, y que de la composición que se intitula: «Era un aire suave», verdadero *ménuet* oral, que se trataba de algo del antepasado siglo, que pasó, efectivamente, «entre los sollozos de los violoncelos».

Nadie ignora cuánto se ha discutido en América su técnica, sus procedimientos métricos, y cómo han caído sobre sus hombros desdeñosos *confetti* y serpentinas de parodias y censuras. Rubén ha sacudido impávidamente su túnica apolínea con la secreta amargura del que quisiera ser respetado y comprendido en la dolorosa labor y exquisita de... Así dice:

> *Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo.*
> *Botón de pensamiento que busco ser la rosa* [...]
> *Y no hallo sino la palabra que huye*
> *La iniciación melódica que de la flauta fluye*
> *Y la barca del sueño que en el espacio boga* [...]

De mí sé afirmar que, sin que arrastre siempre mi asentimiento en sus ensayos, me encantan siempre y suelen convencerme. Pero sería mejor prescindir del verso antes que desarticularlo así, y hacer bella prosa, dice una crítica. ¡Ah! Lo bello es abrir a la estrofa su dorada jaula clásica, dejarla volar y perderse en el horizonte y hacerla volver al reclamo. Y es de ver, en las osadías métricas de nuestro liróforo, cómo los acentos se multiplican, las cesuras se complican y la frase métrica se disgrega y salva el límite del largo alejandrino monorrimo primitivo sin llegar a duplicarse, a hacer de un verso dos yuxtapuestos, sino manteniendo unidad misteriosa en el alma misma de la estructura. La teoría de la melodía ideal que ha formulado el poeta en un preámbulo que va a desencadenar una tempestad literaria, no me convence, porque no define nada, puesto que esa melodía puede encontrarse tanto en el verso de [Heinrich] Heine [1797-1856] como en la prosa de [Pierre] Loti [1850-1923], y de lo impreciso de

esa teoría ha resultado el ensayo, no digno de aplauso, de mezclar a la prosa el verso en combinación íntima. No, no es porque cada palabra tenga un alma por lo que el verso de Rubén será verso, sino porque siempre conserva el tema y se agrupa y se cristaliza en una unidad musical; este es un arte consumado y, aquí puede decirse, no aprendido.

Sugerido sí, sugerido por el medio poético a que se ha apropiado mejor el alma rítmica de Rubén Darío. Toda, o casi toda la nueva generación literaria en Francia y en todo el grupo latino, pugna por hallar un mundo nuevo en la métrica: está en cinta la musa decadente y nada más interesante que este trabajo de gestación; pero no será un Mesías lírico el que nacerá, será solamente un Benjamín.

Después de Víctor Hugo que apuró cuanto había de color, de música y de plasticidad en la lengua poética francesa, Leconte de Lisle y los parnasianos para renovar, sin romperlos, los moldes eternos del alejandrino, lo hicieron sonar o con mayor dulzura o con mayor fuerza, pero siempre acomodándolo a la expresión de ideas cada vez más objetivas y concretas, verdadero realismo lírico que se acercaba sin cesará un arquetipo de música oral que tradujese fónicamente la imagen y que el día que sea alcanzado por el poeta en vez de palabras escribirá notas. El parnasianismo desde De Lisle hasta [José-María] de Heredia [Girard: 1842-1905][3] ha sido dominado por ese afán, y todos sabemos cuan venturosos han sido sus hallazgos y cómo ha dotado a la lírica y la épica francesas de una maravillosa colección de medallas y bajorrelieves imperecederos. Pero el empeño de encontrar a la poesía una forma elementalmente distinta de la prosa continuó inextinguible y las palabras llegaron a tener, para le generación de poetas post-parnasianos, un valor de sonido en el verso casi independiente de su significado y el verso resultó

3 No se lo debe confundir con el poeta, traductor, abogado, historiador y humanista cubano José María de Heredia y Campuzano (1803-1839), quien fue su primo-hermano.

indeterminado, lo que lo convirtió en una especie de ensueño verbal que en los grandes poetas decadentistas tiene un encanto extraño y responde a lo que la noción de poesía representa de vago, de inexpresable, de misterioso.

Entonces las palabras cuya acepción se esfumaba en no sé qué onda musical, adquirieron valor simbólico y la frase poética fue una alegoría apenas penetrable a otro que no fuera su autor y la poesía fue esotérica, solo inteligible para los iniciados. Esto la sentenciaba a muerte. Perdido el contacto con el medio social se desoxigenó y murió entre [Paul] Verlaine y [Stéphane] Mallarmé [1842-1898], pero dejando como reliquia un verso capaz de emanciparse de la métrica antigua, capaz de expansiones y retracciones imprevistas, sin perder la unidad rítmica que lo constituye; dejando a Henry de Régnier [1864-1936], a [Émile] Verhaeren [1855-1916], a Rubén Darío. Nuestro poeta ha sido en el mundo de habla española el más conspicuo representante de esta gran tentativa de hacer hablar a la poesía un verso nuevo y no puede decirse que no lo haya realizado.

Lo singular es que profundamente sugerido por toda la poesía francesa de la última generación, ha sabido robustecerse con la asimilación y ser original como se debe ser, no empeñándose en decir lo que otros no han dicho nunca, sino esforzándose en ser una personalidad cada vez de mayor relieve. El idioma español con sus palabras precisas hasta la rigidez, se defendió de los forzadores, pero la verdad es que ha adquirido su métrica matices nuevos, como dijimos ya; y afirmábamos que el hijo flamante era un Benjamín y no un Mesías, porque si España ha agregado una cuerda a su lira no ha suprimido las otras. [Gaspar] Núñez de Arce [1832-1903] seguirá haciendo admirables versos y Rubén, como suele también, los hará admirables; la poética *decadentista* no es, en mi concepto, una renovación, sino una innovación.

Al servicio de esta causa ha puesto el poeta sudamericano un alma en que la sensibilidad artística es una hiperestesia,

un temperamento prodigiosamente voluptuoso que convierte en una especie de agonía el amor por la forma y un don de reducir cuanto le dictan sensibilidad y temperamento a fórmulas selectísimas que comunican la emoción del poeta y la prolongan en la vibración de las almas. Frente a algunos aspectos de la civilización humana un poeta así dotado debe ser un caso interesantísimo —me decía yo— al comenzar la lectura de los apuntes de Rubén en su viaje por Italia y París; y me dispuse no a viajar con el poeta, sino a viajar por dentro de las impresiones del poeta.

II

AL VOLVER de un viaje a Italia conocí una buena parte de estas peregrinaciones que va el lector a conocer, que conoce ya, porque no le supongo el mal gusto de comenzar este libro por el prólogo, y la verdad es que todo prólogo debía ser un epílogo y ser colocado al fin, porque ese es el orden racional, puesto que nace, después de la lectura de la obra, en la mente del prologuista, y el orden habitual, porque nadie va al introductor sino al autor cuando se trata de literatos de alta talla.

Rubén no solo es alto intelectual y sensitivamente, sino físicamente; es el suyo un cuerpo que a punto de ser atlético se detuvo negligente y perezoso y escondió una resistencia férrea a todos los *surmenages* bajo una piel pálida patinada de bronce, y una alma de artista afinada hasta el dolor, en un cráneo que revela su cúpula mística bajo la cabellera obscura cuidadosamente peinada, y detrás de unas pupilas color de tabaco, frías y silenciosas mientras no afocan uno cualquiera de los infinitos aspectos de lo bello, que entonces brilla en ellos una llama concentrada de pasión y de goce. Así atraviesa el poeta hispanoamericano la Europa de la civilización, grande, lento siempre bien pergeñado y elegante, como quien *flâne* por un inmenso bulevar.

¿Quién no cae en la tonta tentación de escribir sus impresiones de viaje en general y de viaje a Italia en particular?

Rubén Darío se ha visto forzado a hacerlo así; a eso vino, enviado por un periódico de Buenos Aires, ¡hay periódicos inteligentes en este mundo, digo, en el otro mundo! Y forzado es la palabra ¡cuánto se conoce en los comienzos de algunos de sus trabajos el esfuerzo atormentador del poeta por exteriorizar su impresión en lenguaje de viajero, por precisarla, cuando es imprecisa, por recortarla cuando es vaga, por darle forma cuando no tiene contornos, por reducir a unas gotas de agua clara que ha de beber cualquiera el celaje sutil que *flàne* por nuestro cielo! Pero mientras murmura sus primeras líneas pasa una metáfora ante la playa de su Mediterráneo (Mar interior) un trirreme de marfil o ébano, purpúrea la vela triangular, y tripulada por oceánidas desnudas dentro de su gasa de oro, y nuestro autor se embarca y sigue el hilo de cristal de su sensación y de su ensueño.

Las primeras hojas del libro son *manchas* de París, como los pintores dicen, *totales* de la última Exposición, «gloria de los ojos», como dice el poeta: artículos panorámicos a través de cuyas líneas se entrevé la mar de ángulos y curvas de pirámides y hemisferios, de grises y oros, de sombra difusa estriada de luz que constituye el aspecto de este París que hace indefinido, que hace infinito su perpetuo cerco de bruma. Cuando el viajero desciende de la torre de Eiffel (el penacho de Cyrano [de Bergerac][4] de París) es para buscar detalles de arte, para meterse en un sumario dorado y elegan-

4 Hercule-Savinien de Cyrano de Bergerac (París, 6 de marzo de 1619-Sannois, 28 de julio de 1655), más conocido como Cyrano de Bergerac, fue un poeta, dramaturgo y pensador francés, coetáneo de Nicolás Boileau (1636-1711) y de Jean-Baptiste Molière (1622-1673). Como intelectual, fue considerado libertino, por su actitud irrespetuosa hacia las instituciones religiosas y seculares. También se le tiene por uno de los precursores de la ciencia ficción. Actualmente es conocido por la obra de teatro *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand (1868-1918). La obra está basada en la vida del personaje que le da nombre y consiste en un drama heroico en verso (divido en cinco actos); fue estrenada en el Teatro de la Porte Saint-Martin el 27 de diciembre de 1897.

te de la evolución artística de Italia, para medir a un escultor del tamaño de [Auguste] Rodin [1840-1917], grande hasta en sus errores haciendo, por cierto, con exquisiteces de criterio incapaz de pedantería, el más acertado juicio que del insigne y obscuro autor del bloque de [Honoré de] Balzac [1799-1850] se ha hecho hasta hoy. Y como no hay cosa que seduzca más a estos adoradores de la gracia que son los poetas, que la fuerza (que cuando está en el servicio de la inteligencia es también una belleza y también es una gracia) nuestro peregrino se mete entre los anglosajones de América y todo lo encuentra digno de alabanza y casi todo digno de admiración y puede que razón tenga y la tiene de seguro y no sé por qué se desearía que no la tuviera tanto.

Las líneas consagradas a Oscar Wilde [1854-1900], el poeta estigmatizado sobre quien hizo llover la sociedad fuego de vilipendio e ignominia, como el que cayó del cielo bíblico sobre Sodoma, son magníficas de piedad y severa tristeza. Tiene en él frases Darío que muestran cómo su fantasía a pesar de sus gigantescas alas condorinas no salen de la atmósfera de la razón y de la realidad y que no es cierto que la genial idea poética, el estro, que los académicos dicen, sea una enfermedad de la mente, una vesania, sino una afirmación extraordinaria de la facultad de percibir lo bello. Tiene en ese juicio pensamientos supremamente hermosos como este, que será lo único que del libro cite yo, puesto que, reducido a fragmentos, lo haría entrar todo en este prólogo. «Wilde no comprendió sino muy tarde que los dones sagrados de lo invisible son depósitos que hay que saber guardar, fortunas que hay que saber emplear, altas misiones que hay que saber cumplir».

Y así vive París Rubén Darío y París vive así: de la Exposición a Krüger, de [Emanuel] Swedenborg [1688-1772] a Sada Yacco [1871-1946], de la Ópera a *La Boîte à Fursy*,[5] de

5 *La Boîte à Fursy* (La caja de furia), era un cabaret propiedad de Henri Dreyfus (1866-1929), conocido artísticamente como Henri Fursy,

Lohengrin[6] a *Los Doce Trabajos de Hércules*,[7] del abate Estourneau a la *Belle Otero*,[8] de un sermón de [Jacques-Bénigne] Bossuet [1627-1704] exclamado por [Jean] Mounet-Sully [1841-1916] a una *complainte* funero-pornográfica del *Cabaret du Néant*.[9] Y todo esto se refleja no con precisión fotográfica, sino con verdad de vida y de poesía en el libro del poeta que,

---

quien era un *chansonnier*. *La Boîte*... originalmente se llamaba *Le Chat Noir* (El gato negro) y Dreyfus la compró luego de la muerte de su primer propietario Rodolphe Salis (1851-1897). La *complainte funero* es una canción lastimosa con temática de funeral. También puede traducirse como lamentos.

6 Es una ópera romántica en tres actos, con música y libreto en alemán de Richard Wagner. Fue estrenada en el Teatro Großherzoglichen de Weimar el 28 de agosto de 1850, y dirigida por Franz Liszt (1811-1886).

7 Zeus, tras dejar embarazada a Alcmena (madre de Heracles), proclamó que el próximo nacido en la casa de Perseo se convertiría en rey. Al oír esto Hera (esposa de Zeus), hizo que Euristeo naciera dos meses antes. En un ataque de locura (provocado por Hera), Heracles mató a su familia. Cuando recuperó la cordura se aisló del mundo. Fue hallado por su hermano Ificles y lo convenció de que visitase el oráculo de Delfos. En penitencia, el oráculo le dijo que tenía que llevar a cabo una serie de trabajos que dispusiera Euristeo. Los trabajos fueron: 1. Matar al león de Nemea; 2. Matar a la hidra de Lerna; 3. Capturar vivo al jabalí de Erimanto; 4. Capturar a la cierva de Cerinea; 5. Expulsar a las aves del Estínfalo; 6. Domar al toro de Creta; 7. Limpiar los establos de Augías; 8. Robar las yeguas de Diomedes; 9. Robar el cinturón de Hipólita; 10. Robar el ganado de Gerión; 11. Robar las manzanas doradas del jardín de las Hespérides; y 12. Raptar al perro del inframundo, Cerbero, y enseñárselo a su hermano rey.

8 Agustina Carolina del Carmen Otero Iglesias, más conocida como Carolina Otero o *La Bella Otero* (Valga, 4 de noviembre de 1868-Niza, 12 de abril de 1965), fue una bailarina, cantante, actriz y cortesana española afincada en Francia y uno de los personajes más destacados de la *belle époque* francesa en los círculos artísticos y la vida galante de París.

9 *Cabaret du Néant* (Cabaret de Nada/ Cabaret del Void/ Cabaret Vacío) era un cabaret en Montmartre, París, fundado en 1892. Pionero en el ámbito temático exhibía colecciones y decoración mortuoria y sepulcral. El tema oscuro del cabaret incluía trucos mágicos y las ilusiones que se centraban en temas mórbidos.

a fuerza de ver, risueño y *charmé*, a este París que lo ha fascinado y hecho suyo, que lo ha hecho su mosca de oro en una telaraña maravillosamente irisada por la luz de este sol que parece el lustro que alumbra la escena de eterna comedia, se ha vuelto pesimista; y suavemente y con la *nonchalance* de un *dilettante* pone en su honda esta piedra: «Como hago muy poca vida social tengo todavía el mal gusto de creer en Dios, un Dios que no está en San Sulpicio ni en la Magdalena y creo que ciertos sucedidos como el del Bazar de Caridad y la singular muerte de Félix Faure [1841-1899] son vagas señas que hacen los guardatrenes invisibles a esta locomotora que va con una presión de todos los diablos a estrellarse en no sé qué paredón de la historia y a caer en no sé qué abismo de la eternidad».

III

¿SERÁ QUE nuestro poeta encuentra que lo que liga y aprieta en un haz de placer y de gusto todas esas disímbolas manifestaciones del París que tanto ama, sin embargo, es un signo misterioso que reside en la sombra y en el mal y que un *Mané*, *Thecel*, *Phrès*[10] relampaguea invisible en las noches de la moderna Babilonia? Lo cierto es que de improviso desertó el París de la Exposición, una cosa monstruosamente admirable y loca, como un laberinto de gemas que fulguraran, rieran y cantaran, y al mismo tiempo ordenada y armoniosa como una sinfonía de Beethoven, y huyó a Italia. Tuvo razón. A Italia se debe huir siempre; Italia es el refugio divino de toda alma en peregrinación; todo hombre que tenga el estigma del amor lo bello en su frente debe ir allí, debe abandonarlo todo por ir allí, debe ir a oír lo que Italia le dice,

10 Palabras hebreas cuyo significado es «pesado, contado, dividido» que, según la Biblia, aparecieron escritas con letras de fuego en el muro del salón donde Baltasar celebraba su última orgía mientras Ciro penetraba en Babilonia. Se mencionan para aludir con ellas al «fin próximo, fatal y desastroso» que se prevé para algo.

pegando todo el espíritu, todo el sentimiento al corazón de la diosa, y auscultarla devotamente y sentir el ritmo sorprendente de esa vida en que la naturaleza y el arte riman en un poema sin fin. ¡Oh! ¡Italia, Italia, madre de toda poesía, desposada de todo ensueño, visión de amor y de belleza apenas estrechada cuando desvanecida entre los brazos!

Rubén Darío entró a Italia como se debe entrar, con la devoción ingenuamente pagana de un católico, dispuesto a arrodillarse en los Calvarios convertidos en labores, ante los Cristos-Apolos, ante las Madonas-lirios de [Fra] Angélico [1395-1455], nardos de [Sandro] Boticelli [1445-1510], rosas de ternura de Rafael [Sanzio: 1483-1520], de dolor de [Carlo] Dolci [1616-1686], de vida de Andrea del Sarto [1486-1530] y de cielo de [Giovanni] Bellini [1430-1516]. Así hizo el arte en Italia, veránlo mis lectores, le fue como un diamante bebido faceta a faceta, luz a luz.

Empezó a rezar su rosario de poeta por Génova, Pisa, Roma, Nápoles... allí lo dejé yo a través de este libro magnífico; las cuentas de oro le pasan, lentamente acariciadas, por los dedos. En todas partes dice algo, después de tantos y tantos, que se oirá siempre, porque deja hablar a su alma... Qué bien transmitida al lector la maravillosa tristeza y silencio de Pisa, el gran campo santo de mármol cuyas tumbas son la Torre Inclinada, el Baptisterio, el Duomo y el mismo campo-santo en que parece que oye uno por delante los pasos del Dante [Alighieri: 1265-1321] y por detrás los de Dios... ¡Oh, con qué piedad se adora allí en aquella tremenda tranquilidad la desnudez y la pobreza de aquel sitio decorado de sombras de frescos de [Benozzo] Gozzoli [1420-1497] y de [Andrea] Orcagna [1308-1368], de reliquias de sepulcros y de un mundo de historia y poesía!

¡Y en Roma! La Roma de Rubén Darío es la Roma del Pontífice, es la Roma de que toma posesión Pedro en el Circo de Nerón [37-68 d. de C.] de *Quo Vadis*, allí mismo quizás donde hoy se levanta la Basílica tiarada con la gigantesca

cúpula de Miguel Ángel [1475-1564].[11] Las protestas, las reservas, las negaciones ante ese divinismo hierático que forma bloque con las miserias y las flaquezas más tristes de la humanidad, se disiparon cuando tocó con sus labios reverentes el anillo del pescador. Tiene palabras encantadoras para León XIII [1810-1903], de admiración, de amor; tanta gallardía de inteligencia y de vida dentro del transparente fanal de aquel cuerpo que parece una lámpara de altar en un santuario oro todo, arte todo, todo Rafael, todo Miguel Ángel, todo Pinturicchio [1454-1513], todo [Antonio] Canova [1757-1822], lo seduce, lo atrae, lo arrodilla. Tiene razón: el espectáculo es soberbio; estos hombres de ideal en lucha con un mundo son la obra de arte de Dios; ¡cómo besa las manos del pontífice, manos fluidas bendecidoras y trémulas, manos hechas de alma y de bondad cuya blancura inmaculada se continúa y se completa en la mística blancura de la hostia!

En Nápoles, a orillas del golfo de luz, de cuyo fondo de zafiro viene y emerge ante los ojos arrobados la flor del arte antiguo, del arte eterno, la flor de amor, entre la tumba de Virgilio [70-19 a. de C.] y la tumba de Tiberio [42-37 a. de C.], entre los oráculos de la Sibila y las tarantelas de Carmelina, yo he dejado al peregrino. Y ¡oh, espectáculo incomparable, el de un poeta que transmite al mundo en vibraciones la perenne sugestión, de esas cosas en que el hombre y Dios han rivalizado casi en crear belleza! Mas no creáis que Rubén

11 *Quo vadis* es una frase latina que significa «¿A dónde vas?». La expresión está vinculada a una tradición cristiana que gira en torno a San Pedro. El emperador Nerón comenzó la persecución contra los cristianos. Temeroso, Pedro escapa de Roma por la Vía Apia, pero en el camino se encuentra con Jesucristo (cargando una cruz). Pedro, al verlo, le pregunta: «*Quo vadis Domine*» (¿A dónde vas, Señor?) a lo que Cristo contesta: «*Romam vado iterum crucifigi*» (Voy hacia Roma para ser crucificado de nuevo). Pedro vuelve a Roma, siendo posteriormente martirizado y crucificado cabeza abajo. En el lugar de su martirio se levanta la Basílica de San Pedro de la Ciudad del Vaticano, en la que reposan sus restos.

cabalga siempre en Pegaso; fue a tierra y con la rienda de su corcel lírico al brazo, *il mène Pégase au vert*, como decía el ancestro [Víctor] Hugo. Este *vert* es aquí el campo de la observación realista, penetrante, exacta, del medio social que el viajero atraviesa. Dice lo que ve, todo lo que ve y en su retina nada se deforma, unas cosas toman mayor relieve que otras y eso es todo.

Rubén sigue peregrinando, seguirá por mucho tiempo; ahora va de bulevar en bulevar, exquisitamente divertido por el fantástico desfile del París crepuscular y nocturno ante los bocks; cada vicio cascabeleante de audacia y de locura, cada virtud alegremente disfrazada de vicio lo sorprende, lo retiene, lo conmueve.

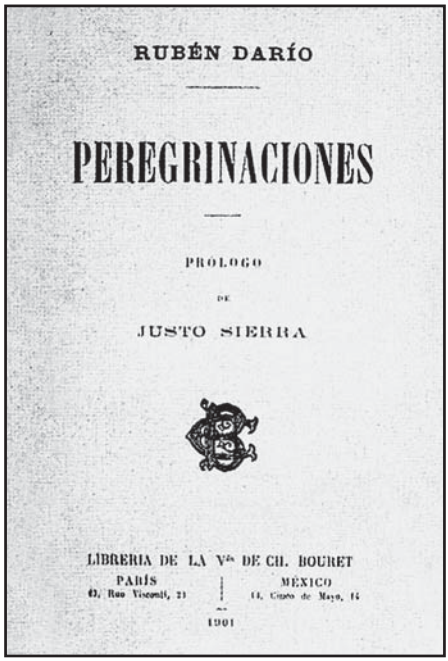
IV

¿POR QUÉ dicen que no sois un poeta de América, mi querido gran poeta, cordial y bueno bajo la pálida máscara, por qué? Pues no sois de Francia, porque aunque vuestro verso habla, no la lengua, pero sí el verbo francés, encendéis sobre él esas constelaciones nuevas que ven «los conquistadores» de José M. de Heredia al pasar el Ecuador; no español porque tenéis el estro demasiado crepuscular y compuesto de demasiado complicados matices para que pueda ser su medio natural el de los colores francos y altos que ama la musa española y que tienen el don de irritar a nuestro eximio amigo Santiago Rusiñol [1861-1931] a cuyos pies todos los días pone, sin embargo, el Mediterráneo su copa de oro blanco y de azul enceso.

Sí, sois americano, pan americano, porque en vuestros versos cuando se les escucha atentamente suenan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne, que es vuestro pájaro heráldico, boga sin cesar en vuestros lagos helénicos en busca de Leda, el cóndor suele bajar a grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia tropi-

cal de vuestro temperamento al través del cual sentís lo bello; y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra.

Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en *Prosas profanas* son un «alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil» que aprietan el corazón. Volved a la humanidad, volved al Pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués, a América nuestra madre, a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspasia y de Pericles [c. 495-429 a. de C.]. Los poetas deben servirse de su lira para civilizar, para dominar monstruos, para llevarlos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el Ideal.


RUBÉN DARÍO

PEREGRINACIONES

PRÓLOGO

DE

JUSTO SIERRA

LIBRERIA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS | MÉXICO

1901

«CONFESIÓN» (1907): POEMA INÉDITO DE RUBÉN DARÍO

Arturo del Hoyo
Editorial Aguilar, Madrid.

Tomado de Alberto Gutiérrez de la Solana y Elio Alba Buffill, editores: *Festschrift José Cid Pérez*. New York, Senda Nueva de Ediciones, 1981, pp. 193-199.

El manuscrito

TENGO ANTE mí dieciocho hojas manuscritas con los poemas «La hembra del pavo real», «A un pintor», «Antonio Machado», «Preludio», «Nocturno», «A Remy de Gourmont», pertenecientes estos al libro *El canto errante* de Rubén Darío, y un sexto poema titulado «Confesión», que su autor, cuando *El canto errante* se estaba imprimiendo mandó retirar, sin más explicaciones, del original. Este sexto poema, aunque buscado, hasta ahora ha permanecido incógnito e inédito.[1]

Las dieciocho hojas a que me refiero son un fragmento del original de imprenta de *El canto errante*, sin lugar a dudas. Cinco de sus seis poemas son claros autógrafos de Rubén Darío; solo «Antonio Machado» parece escrito por un copis-

1 Como nos recuerda Antonio Oliver Belmás, en su «Bibliografía en sombras en Darío»: «En su Epistolario (tomo XIII de O. C., R. D. h., p. 118, citado por Saavedra: *Poesías y prosas raras de R.D.* Santiago, 1938, p. 104, alude RD a «los versos 'Confesión'» que manda queden fuera de *El canto errante*, entonces en prensa, en Madrid». (Cf. Rubén Darío: *Poesías completas*. Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada por Antonio Oliver Belmás, Madrid, Aguilar, 1987, p. 1257).

ta. Como es natural en un original de imprenta, los poemas no tienen por qué llevar firma del autor; no obstante, el titulado «A un pintor» está firmado plenamente *Rubén Darío* y el titulado «A Remy de Gourmont» con las iniciales *R.D.*

No hay duda, repito, de que estos seis poemas formaban parte del original de imprenta de *El canto errante*. Están numeradas sus hojas con lápiz de cera azul de este modo: 47a, 47b, 47c («La hembra del pavo real»); 50a, 50b, 50c, 50d («A un pintor»); 52a, 52b («Preludio»); 53 («Nocturno»); 58, 59, 60 («A Remy de Gourmont»); 75a, 75b, 73c, 75d («Confesión»); solo la hoja de «Antonio Machado» carece de numeración. Como se ve, en unos casos la numeración es seguida y en otros las hojas van subcontadas con letras. A veces las hojas contienen indicaciones tipográficas a lápiz. Y por si esto fuera poco para sentar que estamos ante un fragmento del original de imprenta de *El canto errante* bastaría señalar que estas dieciocho hojas proceden del archivo personal de Gregorio Martínez Sierra [1881-1947], a quien Rubén Darío confió, desde el primer momento, la impresión y corrección en pruebas de su libro.[2]

El editor y los correctores de *El canto errante*

El 5 de agosto de 1907, Rubén Darío, desde París, donde era cónsul de Nicaragua, propuso al editor madrileño M. Pérez Villavicencio la publicación de *El canto errante*. Este editor había iniciado una hermosa colección con el título «Biblioteca Nueva de Escritores Españoles», que contaba ya con dos libros, *Tributo a París*, de Luis Bello [1872-1935] y *Tartarín en los Alpes*, de Alberto Insúa [1883-1963]; aunque fuera de colección, Villavicencio había publicado, en ese mismo año (1907), el libro *Aroma de leyenda*, de Ramón del Valle-Inclán [1866-1936], que llevaba como pórtico un «Soneto iconográfico de Don Ramón del Valle-Inclán», incluido

2 Doy las gracias aquí a don Jaime Lejárraga, por haberme facilitado el manuscrito y autorizado a reproducir el texto de «Confesión».

después en *El canto errante* como «Soneto para el Sr. D. Ramón del Valle-Inclán». Estos precedentes —y seguramente la recomendación de Valle-Inclán— son los que animarían a Rubén Darío a entregar *El canto errante* a Villavicencio. De acuerdo en principio editor y autor en la publicación de *El canto errante*, un José Mariño, empleado de Villavicencio, escribe a Rubén, en nombre de su principal, el 15 de agosto: «¿No podría hacer una rebaja? [...] ¿No le daría lo mismo obtener por *El canto errante* mil pesetas?».

Esta inesperada petición mermaba las expectativas de Rubén. Valle-Inclán, quizá movido por Rubén, y descontento por el modo en que se estableció la liquidación de sus propios derechos de *Aromas de leyenda*, se dedicó a gestionar con otro editor, Juan Pueyo —que acababa de publicar *La casa de la primavera*, de Gregorio Martínez Sierra—, mejores condiciones para la publicación de *El canto errante*. Rubén, además, movilizó a Gregorio Martínez Sierra, en el mismo sentido. Junto al fragmento del manuscrito de *El canto errante*, hallamos la siguiente carta de Rubén, a Gregorio Martínez Sierra, hasta ahora desconocida:

Hotel des Voyageurs
Quenot.
Brest

Brest, 19 agosto, 1907

Querido amigo:

Voild. *Ahí tiene esa balada que es posible haga balar a los eunucos de siempre*.

Los conceptos de su carta han sido los suyos siempre a mi respecto. Y en cuanto a chismecillos, yo no me meto con negros.

A otra cosa.

Y es urgente. Debo partir para C[entro] *América a fines del entrante. Tengo listo El canto errante, ¿Quiere*

U[sted] *buscarme un editor de esos que me quiera comprar el derecho a la 1ª edición? (De 3 a 4 mil ejemplares), Haré el* [¿contrato?] *sin rebajar un céntimo por mil francos. Dando y dando. No me queda tiempo para hacer yo la edición por mi cuenta, como en Cantos de V*[ida] *y E*[speranza]*, que a pesar de su lujo y del fraude de los impresores, me dio los gastos y gané algún dinero*.

Como le digo, el asunto debe arreglarse pronto, pues a fin de setiembre me embarco.

Muy suyo

Rubén Darío

Me faltaba algo también muy importante a U[sted] *que aparezcan antes en* Los Lunes (...) *esos versos. Y a mí me vendrían muy* [¿bien?] *los quince duros que me* [¿dan?] *siempre por la colaboración. Así, ruégole los lleve a la redacción, Y que me envíen el dinero en seguida, porque el administrador tarda a veces en liquidar. Así mismo ruégole que recuerde al de Blanco y Negro que estoy esperando el valor de mi último trabajo remitido y que siempre me han pagado al recibir el original. Espero me escriba pronto*.

Posiblemente, la gestión de Gregorio Martínez Sierra no llegase a producirse; y la de Valle-Inclán, entre los días 15 y 20 de agosto, resultó tardía. Pues el mismo día 19 —fecha de la carta a Martínez Sierra— ya había escrito Rubén a Villavicencio su aceptación, con notorio gozo de Alberto Insúa, asesor literario de la «Biblioteca Nueva». Suya es una carta a Rubén, de 26 de agosto, en la que alude a Valle-Inclán: «Este libro, Darío —escribe Insúa— viene a honrar una casa editorial que comienza románticamente y que tiene ya, la pobre, un enemigo gentil y pintoresco: ese marqués quimérico para quien usted ha forjado más de un soneto genial (...) Yo no sé si usted habrá recibido una carta infantilmente maquiavélica que intente disuadirle de tratar con el editor Villavicencio. Como tengo ese temor le he contado estas cosas algo interio-

res y desde luego triviales. Espero *El canto errante*».

Unos días después, el 30 de agosto, recibe el editor el original de *El canto errante*; y al mismo tiempo, y a petición de Rubén, Alberto Insúa acepta la tarea de revisar las pruebas de imprenta. Este fue el único resultado de la intervención de Valle-Inclán. En un principio, los correctores de *El canto errante*, los hombres de confianza de Rubén que habían de cuidar la fidelidad de la impresión, habían de ser sus buenos amigos Ramón del Valle-Inclán y Gregorio Martínez Sierra. Sin embargo, debido a su fracasada intervención, Valle-Inclán quedó excluido. Los correctores, definitivamente, fueron Alberto Insúa y Gregorio Martinez Sierra. La composición tipográfica y la corrección de pruebas de *El canto errante* se hicieron a lo largo de septiembre de 1907.

La exclusión de «Confesión»

Mientras se componía en la imprenta *El canto errante*, Rubén, sin explicación alguna, mandó a Alberto Insúa retirar del libro el poema «Confesión». La carta en que lo dice reza así: *3 rue Corneille. Paris, 12 sept. 1907. / Mi distinguido amigo: / Hoy he escrito a la casa Villavicencio. Puse un telegrama a V. sobre lo de las pruebas, que como había dicho ya* [¿?] *de Valle-Inclán, vi la imposibilidad. Según lo que V. me escriba, de que él acompañara a M. Sierra para el trabajo. Ruégole me envíe los versos de «Confesión» del* Canto errante, *pues no quiero que se publiquen. Si las pruebas están antes de un mes, yo las corregiré aquí. Créame muy suyo Rubén Darío*. Y el 23 de septiembre Alberto Insúa le respondió: *La poesía «Confesión» ha sido retirada. Las pruebas las hemos visto Sierra y yo*. Unos días más tarde, en carta de 28 de septiembre, Gregorio Martínez Sierra confirma a Rubén haber corregido él también las pruebas: «He corregido pruebas de *El canto errante* y he rogado a Insúa que envíe a usted las dos o tres poesías en que encuentro palabras dudosas».[3]

3 Las cartas y los fragmentos de cartas que reproducimos a lo largo de este artículo proceden de ÁLVAREZ, Dictino: *Cartas de Rubén Darío.*

El origen de *El canto errante*

La exclusión de «Confesión» nos lleva a plantearnos cuál fue el origen de *El canto errante*. Hemos visto ya cómo Rubén aceptó rápidamente la oferta del editor Villavicencio, pues, pese a su «rebaja» de los derechos del autor, tenía en su favor la promesa de pagarlos íntegramente al recibir el original. El editor Pueyo, movido por Valle-Inclán, si bien ofrecía teóricamente más realizaría el pago escalonadamente. Así que, pese a la gran amistad que siempre le unió con Valle-Inclán, Rubén Darío siguió con el editor Villavicencio, aceptando rápidamente sus condiciones. ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué esa mudez ante las gestiones de su amigo Valle-Inclán? No cabe otra explicación que le urgente necesidad de dinero. Esa urgente necesidad es la que le lleva a improvisar la preparación del libro y aceptar inmediatamente las condiciones del editor, Rubén pasaba entonces por una difícil situación. «Ante la situación en que ha quedado —comenta Edelberto Torres[4]—, se yergue para hacerle frente con dignidad y coraje. Reúne muchos poemas dispersos, de diferentes épocas, en un volumen: *El canto errante*, precedido de un notable prólogo de sí mismo que titula 'Dilucidaciones'; es su credo poético de ese momento y la definición de su actitud y de su misión».[5]

Ciertamente *El canto errante* no es un «libro de poemas» unitario, en sentido estricto, sino un volumen formado con poemas diversos para obtener dinero y afrontar una situación difícil. Puede decirse que Rubén «rebañó» cuantos poemas

---

Epistolario inédito con sus amigos españoles. Madrid, Taurus, 1963.

4 TORRES, Edelberto: *La dramática vida de Rubén Darío*. Barcelona, Grijalbo, 1966, p. 347.

5 La esposa de Rubén Darío, Rosario Murillo había llegado en noviembre de 1906 a París, con el firme propósito de embargar los sueldos consulares de Rubén. Después de muchos tratos y dificultades, Rubén logró deshacerse del acoso de su esposa mediante la entrega de dos mil francos en octubre de 1947.

sueltos pudo hallar, más el artículo de periódico, «Dilucidaciones», que adoptó como prólogo de *El canto errante*. Se conocen las fechas y los lugares de publicación de casi todos los poemas que forman *El canto errante*. Los más antiguos datan de 1886; los más recientes, del mismo año 1907 en que se publicó el libro. ¿Los lugares? Río de Janeiro, San José (C.R.), Córdoba (Argentina), París, Santiago de Chile, Buenos Aires, Madrid. Esa diversidad geográfica y temporal es seguramente la que motivó el título del libro y, en mi opinión, su primer poema, «El canto errante», pues creo que fue escrito expresamente para abrir y justificar el libro.

Los motivos de la exclusión

Sentado cuál fue el origen de *El canto errante*, nos queda discurrir por qué fue excluido de sus páginas el poema «Confesión». Por la correspondencia de Rubén con su editor, sabemos que el poeta se comprometió a entregar un original suficiente para trece pliegos, formado con cincuenta poesías, Y así le escribe: *El libro constará de cincuenta poesías, entre las cuales las hay largas. Hay otras cortas. Así es que depende de la disposición tipográfica que el libro dé los trece pliegos*. Observemos que Rubén no alude al prólogo en prosa «Dilucidaciones»[6] y que solamente se refiere a poesías suficientes para los trece pliegos. El libro quedó constituido definitivamente no por cincuenta, sino por cuarenta y siete poesías, más el prólogo en prosa. Es posible sospechar que la adición de ese prólogo en prosa liberó a Rubén de su compromiso primero; y sobre todo le permitió excluir el poema «Confesión». Esa exclusión no fue ocasional, sino tajante, permanente, no solo de *El canto errante*, sino de la obra posterior de Rubén Darío. Nadie ha visto nunca, hasta ahora, publicado este poema.

6 «Dilucidaciones» apareció antes en *Los Lunes de El Imparcial*, en Madrid, respondiendo a Unamuno, Salvador Rueda y otros censores, según señala Alfonso Méndez Plancarte, op. cit., p. 1191.

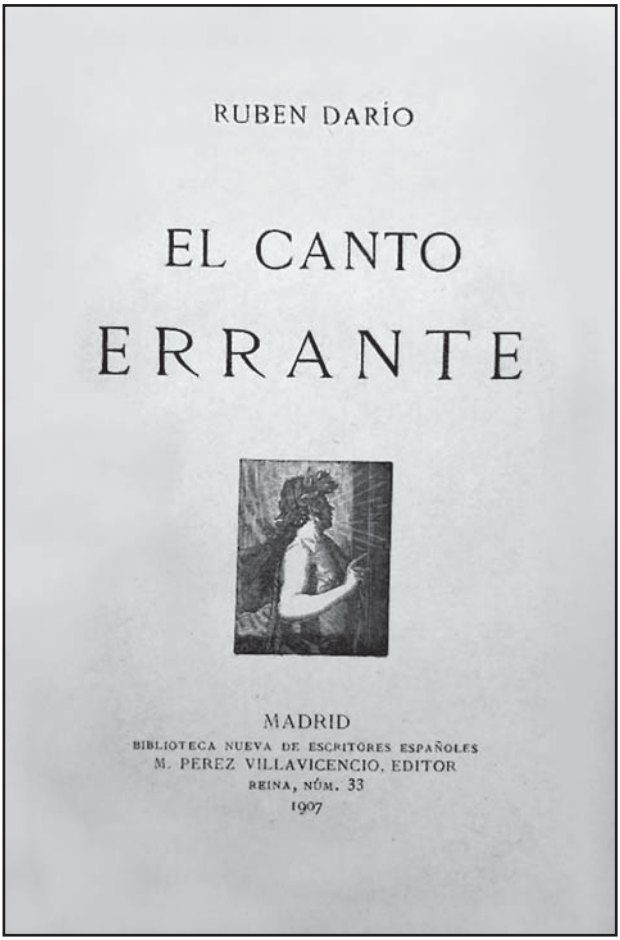
Creo que Rubén, tan cuidadoso, no lo estimó digno, ya que su rima no resultó del todo arbitraria, ni del todo regular. Pues cabe distinguir en «Confesión» dos partes, en cuanto a la rima. La primera parte ya desde el verso primero al decimotercero; la segunda, desde el verso decimocuarto hasta el final. En la primera parte la rima es así: ABAB, DD, EE, FE, GG..., terminando en un verso cojo, es decir, que no rima con ningún verso anterior ni posterior; la vacilación en la rima existente en esos trece primeros versos se complica además con rimas internas en los versos sexto (*natal*), séptimo (*lustral*), octavo (*España*). En la segunda parte, es decir, desde el verso decimocuarto existe regularidad total, conseguida con pareados: HH, II, JJ, KK, etcétera. Esto en cuanto a la rima.

Considerando otros aspectos, es posible que Rubén estimase extremada su identificación hispánica, al menos tal como la expresan los siguientes versos: *Amo la España extraña / para hoy, es decir, / la España del sentir / decidido y cruel, / la que mató al infiel, / la que quemó al judío* [...] aun cuando terminara por suavizar su adhesión en los tres versos siguientes: *habiendo algún Darío, / según he sospechado, / nieto de renegado*. A continuación, damos el texto completo de «Confesión»:

Buen amigo cordial,
a ti es a quien dirijo
mi confesión mental.
Adoro el crucifijo
desde mi Nicaragua
natal. Creo en el agua
lustral, He estado en Roma;
vecina de Sodoma
y Segor. Domicilio:
Paris. Me reconcilio
a veces con un fraile
de teología y baile.
Amo la España extraña
para hoy, es decir,

la España del sentir
decidido y cruel.
La que mató al infiel,
la que quemó al judío…
(habiendo algún Darío,
según he sospechado,
nieto de renegado).
Leo viejos autores;
gusto de frescas flores;
me regocija el vino
y todo lo divino.
Cuando voy a Madrid
estoy lleno del Cid;
cuando estoy en París
amo la flor de lis.
Y aquí y en todas partes
amo todas las artes.
Tengo muchos cuidados
con los hombres honrados.
Mis peanes entono
a Apolo sauroctono
por ser [tachado: un] *dios más raro.*
En soledad me amparo
de la vulgar ofrenda.
Vivo solo en mi tienda.
En los pecados diestro,
rezo mi padrenuestro
cotidiano, de modo
que al cielo no incomodo.
Con san Buenaventura
mi paganismo augura
premio. Y en él se fía.
Lo afirma la homilía.
En mi literatura
la gente se figura
que hay cosas tenebrosas.

Hay miel, hay sangre, hay rosas.
Soy un hombre sencillo.
Yo me abrumo y me humillo
ante una coccinela
que sobre un ramo vuela.
Amo a Shakespeare. Y amo
a Berceo y reclamo
mi Góngora a las veces.
Huyo de los cipreses,
pues soy hombre de lirios.
Expongo mis martirios
en rimas agradables.
Tengo mis miserables.
Soñando me deleito
en mis tristezas. Pleito
pongo a las horas por-
que nos llevan al horror
del morir. Y es la sola
cosa que me desola,
con pensar y sentir,
el morir…! el morir!



El canto errante (1907), del que fue excluido «Confesión»

V.
Noticias rubendarianas

Edición de *Azul*... en coreano

AZUL... TRADUCIDO AL COREANO

Faustino Sáenz

EL 15 de enero de 2021 tuvo lugar en la Sala Sandino del Palacio Nacional de la Cultura la entrega de la primera traducción al idioma coreano de la renovadora obra de Rubén Darío *Azul...*, traducida por el ex embajador de Corea señor Gap-dong Cho, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. El embajador actual Young-Sam Choi leyó el discurso de rigor e hizo la entrega al co-director general del Instituto Nicaragüense de Cultura, arquitecto Luis Morales Alonso. La edición consta de 208 páginas y de algunas sobrias ilustraciones. Además, los textos llevan anotaciones aclaratorias de vocablos y autores, pero se limita a la primera edición de 1888.

El arquitecto Luis Morales Alonso, co-director general del Instituto Nicaragüense de Cultura, recibe *Azul...* en coreano de manos del embajador Young-Sam Choi.

EL SEXTO *REPERTORIO DARIANO* DE LA ANL

Flory Luz Martínez Rivas

UN IMPACTANTE retrato de Darío, trazado a plumilla y en papel lino por Adolfo Castro, ilustra la cubierta del *Repertorio Dariano 2019-2020/ Bianual sobre Rubén Darío y el modernismo hispanoamericano* (sic). Se trata del sexto volumen de este órgano de la Academia Nicaragüense de la Lengua (ANL), fundado por su entonces director Jorge Eduardo Arellano, quien compiló los primeros cuatro: en 2010 (350 p.), 2012 (285 p.), 2014 (318 p.) y 2016 (319 p.), en cuyos subtítulos se puntualizaba su temática: Rubén Darío y el modernismo hispánico, es decir, el fenómeno literario y mental operado tanto en la península como el continente de habla española.

En el quinto y sexto volumen, sin embargo, se redujo ese ámbito histórico a *hispanoamericano*, lo cual constituye un indiscutible —aunque reparable— error. Julio Valle-Castillo, compilador de ambos tomos publicados respectivamente en 2018 (301 p.) y 2020 (272 p.), debería explicar esa modificación. No es mi ánimo restar méritos a esta valiosa sexta entrega, pero considero necesario referir algunos descuidos, comenzando con la afirmación en la (p. 7) que el *Repertorio* se desprendió de la sección «Monumenta (sic) rubendariana» de la revista *Lengua* que en realidad, se titulaba «Documenta...»

Antes indicaré sus cuatro secciones: **1. Ensayos sobre la religiosidad de Darío** («La idea de Dios en Rubén Darío», por el costarricense Carlos Antonio Ruiz Ortiz, y «El discurso apocalíptico y las atribulaciones de su enunciador en la obra de Rubén Darío», por Ignacio Campos Ruiz, excatedrático de la UNAN-Managua; **2. Relaciones literarias** (seis

trabajos); **3. La narrativa dariana y otros recursos** (siete); y **4. Notas, señas y reseñas** (cinco). En esta última figura, como una notable incongruencia, el largo estudio —no una simple nota o reseña— de Jorge Eduardo Arellano (JEA): «Los cuentos fantásticos de Rubén Darío, capítulo de la obra *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica*» (Managua, Banco Central de Nicaragua, febrero 2020. 358 p.), no presentada aún en Nicaragua, pero ya difundida entre los darianos y dariístas del país y del extranjero, entre ellos el andaluz Alfonso García Morales. Este expresó al autor lo siguiente: «Muchísimas gracias por el envío de tu libro. Por lo que llevo leído, resulta imposible de superar en conjunto y seguramente de matizar en algún mínimo punto tu completísima, erudita y lúcida actualización crítica sobre el Darío cuentista. Mi admiración y mi más sincera enhorabuena».

«Rubén Darío en México/ México en Rubén Darío», por Adolfo Castañón, encabeza los trabajos de la segunda sección. Consiste ese aporte en una lista de textos, escritos entre 1885 y 2016 (no más de 150) de y sobre nuestro *padre y maestro mágico*, originalmente titulada «Calendario Darío y los mexicanos», pero no se identifica las fuentes en que se sustenta: AML, AR, ARD, CA, ERD, PC y RDM. Desde luego, no podían faltar, entre otros, los nombres de Justo Sierra (1848-1912), Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Federico Gamboa (1864-1939), Amado Nervo (1870-1919) y Alfonso Reyes (1889-1959).

Le siguen los trabajos de tres nicaragüenses: Carlos Tünnerman Bernheim («El Dr. Rafael Núñez, benefactor de Rubén Darío»), quien no cita la semblanza de Núñez rescatada por Roberto Ibáñez en su compilación *Páginas desconocidas de Rubén Darío* (Montevideo, Biblioteca Marca, 1970); Iván Uriarte («Cervantes, Darío y la modernidad literaria») y Roberto Carlos Pérez («Rubén Darío y 'yo soy aquel' de Cervantes y Lope de Vega...»), una erudita relación intertextual. A continuación, se incluyen dos ensayos el del español

José María Balcells («Presencia de Darío en Miguel Hernández [1910-1942] y un eco de [Raúl] González Tuñón [1905-1974]») más el bien documentado e interesante del cubano y miembro correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua —al igual que Roberto Carlos Pérez— Jorge Luis Castillo: «El Poeta y el Divo: Rubén Darío y Américo Stampanoni». Catedrático de la californiana Universidad de Santa Bárbara, Castillo destaca la crónica dariana (aparecida en *La Tribuna*, Buenos Aires, 14 de mayo, 1897) sobre el referido tenor operístico (¡italiano naturalmente!). En ella, Darío expuso en boca de Stampanoni —concluye Castillo— su propio credo estético.

La tercera sección, cuyo título no corresponde enteramente a su contenido (**La narrativa…**), lo inicia una profunda visión de conjunto («El protoidioma de la poesía en Rubén Darío/ La independencia de las letras hispanoamericanas»), por el poeta y ensayista dominicano Bruno Rosario Candelier (1941), sempiterno director de la Academia de la Lengua de su país caribeño; y la continúa el nicaragüense Roberto Aguilar Leal con «Esteticismo y crítica social en la cuentística dariana posterior a *Azul…*», título que Valle-Castillo (en la página 13) transcribe mal, o sea, circunscribiendo el ensayo de Aguilar Leal a la pionera y catapultante obra del movimiento modernista.

Como se afirmó, cinco trabajos —no menos importantes— completan dicha sección: «Las señales del modernismo en *Azul…*» por la brasileña Ester Abreu Viera de Olivera; «El exteriorismo de Rubén Darío», por el argentino Santiago Sylvester; «La perspectiva política en *Azul…*», por el francés radicado en Nicaragua Norbert-Bertrand Barbe, también miembro correspondiente de nuestra Academia de la Lengua; «La conciencia agroecológica de Rubén Darío» en [*El*] *Viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, por Addis Esparta Díaz Cárcamo, exdirectora de la maestría en Literatura Hispanoamericana en la UNAN-Managua; y un análisis intertextual

del poeta y crítico Anastasio Lovo sobre «Un soneto a Cervantes» (no «*para*» Cervantes, como lo titula el dariano caraceño) y «Letanía (no «*Letanías*») de Nuestro Señor don Quijote», en el cual no se ahorra la coma intrusa del conocidísimo verso: *de las epidemias de horribles blasfemias*.

Pasando a la cuarta sección, consta de otros cinco trabajos: «Volver a Darío» (bastante superficial) del español Santiago Montobbio es el primero. El segundo el capítulo de JEA —ya citado— «Los cuentos fantásticos de Rubén Darío», el estudio más completo y actualizado sobre el tema, en el que se analizan diez piezas: «*Cuento de Nochebuena*: milagro desafiante del tiempo y el espacio», «*Verónica* o '*La extraña muerte de San Pedro':* tras la fotografía del rostro de Cristo»: «*El caso de la señorita Amelia:* pavorosa detención del tiempo», «*El Salomón negro:* la tentación demoníaca», «*La pesadilla de Honorio*: plasmación estética/ grotesca de lo onírico», «*Cuento de Pascuas*: pesadilla universal y mirada cinematográfica», «*Thanatofobia:* cuento macabro de impronta poeniana», «*La larva*: cuento sobrenatural», «*D.Q.*: la gloriosa muerte de don Quijote en Cuba» y «*Huitzilopoxtli*: respuesta ancestral a la intromisión yanqui», más la conclusión «Aporte de Darío al género fantástico».

La tercera colaboración es una «Bibliografía: algunos escritores mexicanos que han escrito sobre Rubén Darío incluyendo un par de autores adoptivos» [el dominicano Max Henríquez Ureña (1886-1968) y el hondureño Rafael Heliodoro Valle (1891-1959)], de nuevo por Adolfo Castañón (1952), secretario de la Academia Mexicana de la Lengua; la cuarta: una reseña del libro *Mi Rubén Darío* (1990) de Juan Ramón Jiménez (1881-1958), por Carlos Tünnerman Bernheim; y la quinta: otra bibliografía, pero más detallada, de JEA, acerca de doce obras recientes de y sobre el Bolívar literario de nuestra América. A saber: *Una historia en fragmentos / Exposición en el centenario de la muerte del poeta* (2016, 155 p., editada por la Agencia Española de Cooperación Interna-

cional para el Desarrollo y la Universidad Complutense); *Novelas* (2017, 436 p., edición crítica de Pablo Kraudy Medina, patrocinada por el Banco Central de Nicaragua); *Rubén Darío y los Estados Unidos* (2017, 279 p., lanzada por la Academia Norteamericana de la Lengua, de autores varios); *Semblanzas de Emilio Castelar: cinco crónicas y un cuento* (2018, 115 p.), compiladas por Noel Rivas Bravo; *Una modernidad confrontada* (2018, 137 p.) de Roberto Carlos Pérez; *Yo panamericanicé: Rubén Darío en Brasil* (2018, 179 p.); *Léxico modernista en los versos de* Azul... (2018, 210 p.) de Eduardo Zepeda-Henríquez; la segunda edición del principal aporte de un dariano chileno, Raúl Silva Castro: *Obras desconocidas escritas en Chile* (2018, 448 p.); otra segunda edición, esta vez de JEA: *Rubén Darío en Managua* (2019, 86 p.); el *Boletín Dariano 2017* (Instituto Nicaragüense de Cultura/ Biblioteca Nacional Rubén Darío, 2018, 303 p.), *Sala Dariana 1* (ibidem, 2019, 220 p.) y *Found in translation*: traducciones al inglés de 41 poemas de Darío por Adam Feinstein (Instituto Nicaragüense de Cultura, 2020, 90 p.)

En el *Repertorio Dariano 2019-2020* Francisco Arellano Oviedo, director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, rescata un «Poema poco conocido de Rubén Darío» escrito en un álbum del Eden Hotel (Córdoba, Argentina) y un soneto inédito, tomado del álbum de la familia Andreve que le facilitó a Arístides Royo, director de la Academia Panameña de la Lengua.

LOS CUENTOS DE DARÍO AL JAPONÉS

Jorge Eduardo Arellano

NAOHITO WATANABE —diplomático, traductor, escritor y poeta— ha concluido la traducción a la lengua japonesa de casi todos los cuentos de Rubén Darío (1867-1916). La noticia, sorprendente para muchos, resulta explicable para quienes hemos estudiado a ese prodigioso *conteur* que fue Darío, uno de los fundadores modernos y magistrales del género en lengua española.

Más de un centenar de narraciones breves brotaron de su pluma desde 1881 (a sus catorce años) hasta 1914 (a los cuarenta y siete). Integrados a su universo creador, se publicaron y reprodujeron en múltiples revistas y periódicos de América y Europa durante la vida de su autor. Respondiendo a tres básicos ámbitos temáticos —el erotismo agónico, la preocupación social y la trascendencia del arte— se han traducido a 16 idiomas: alemán, árabe, banga, búlgaro, chino, croata, danés, euskera, francés, griego, inglés, italiano, japonés, portugués, ruso y turco. Pero el más completo de los volúmenes traducidos corresponde al presente, tercer aporte de Naohito Watanabe, miembro correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua y el más fecundo daríista fuera del mundo occidental. Basta recordar sus dos obras darianas vertidas al japonés hace ya varias décadas: *Azul...* y *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Las tres ejecutadas con *intellecto d'amore*.

La mujer y el amor, la vida y la muerte, lo pintoresco y lo exótico, las leyendas y tradiciones, la ironía y el humor, la denuncia social, el heroísmo bélico por causas justas, la infancia y la juventud, se despliegan en su persistente labor de cuentista. Tras los nueve cuentos y las transposiciones pictó-

ricas del renovador breviario *Azul...* (Valparaíso, 1888; Guatemala, 1890; Buenos Aires, 1905; Barcelona, 1907), Darío elaboró narraciones realistas, ficciones neopaganas, recreaciones judeo-cristianas, relatos fantásticos (macabros, maravillosos, sobrenaturales, poéticos) y otros textos narrativos procedentes de la crónica periodística, la ambientación realista contemporánea, la veta infantil, el cuento de hadas y el autobiografismo ficcional.

Innumerables temas contiene la cuentística dariana. He aquí los diez más notorios: 1) la presencia del misterio de la subyacente cultura prehispánica, 2) la paz bucólica del mundo como ideal, 3) la convicción de que el buen gobierno no depende del sistema adoptado, sino de la elección del sujeto que ejerce el poder en bien de todos, 4) el clamor protestatario y apocalíptico de la futura revolución social, 5) la oposición entre Ariel y Calibán concretado en la muerte de Don Quijote en Santiago de Cuba, luchando contra las fuerzas imperiales de los Estados Unidos; 6) la obsesión por el más allá de la muerte, 7) la interpretación de la figura de Cristo como arquetipo ejemplar, 8) la lucha anterior entre la idea nietzcheana y su raigal cristianismo, 9) la pugna entre la tradicional cosmovisión católica y el cientifismo secularizante y 10) el recurso a los sobrenatural como cuestionamiento de la realidad.

En fin, durante su corta vida (49 años y 19 días), Rubén Darío no publicó libros de cuentos, excepto parcialmente su catapultante *Azul...* No era un narrador consagrado exclusivamente al género (su obra en verso y el cronismo cotidiano eran prioritarios); tampoco se planteó superar a sus iniciales modelos: el francés de apellido lusitano Catulle Mendès (1841-1909) y el estadounidense Egdar Allan Poe (1809-1849). Pero él, como cuentista —comparto esta apreciación de Gustavo Alemán Bolaños— «no desmerece ante el gran poeta que fue».

Tal lo revela esta obra al japonés de mi dilecto amigo Naohito Watanabe, profundo admirador de Darío y ciudadano literario de Nicaragua.

[Managua, 7 de diciembre, 2020]

Naohito Watanabe, traductor al japonés
de los cuentos de Darío

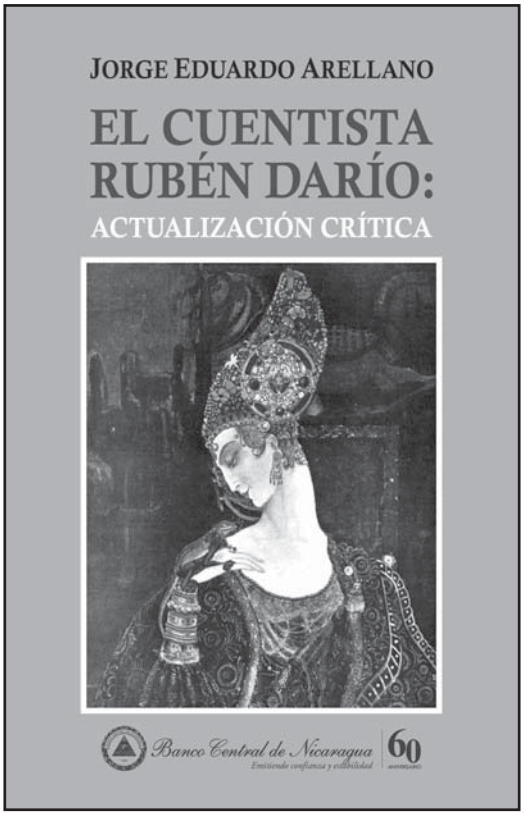
DOS OBRAS DE JEA SOBRE DARÍO EN 2020

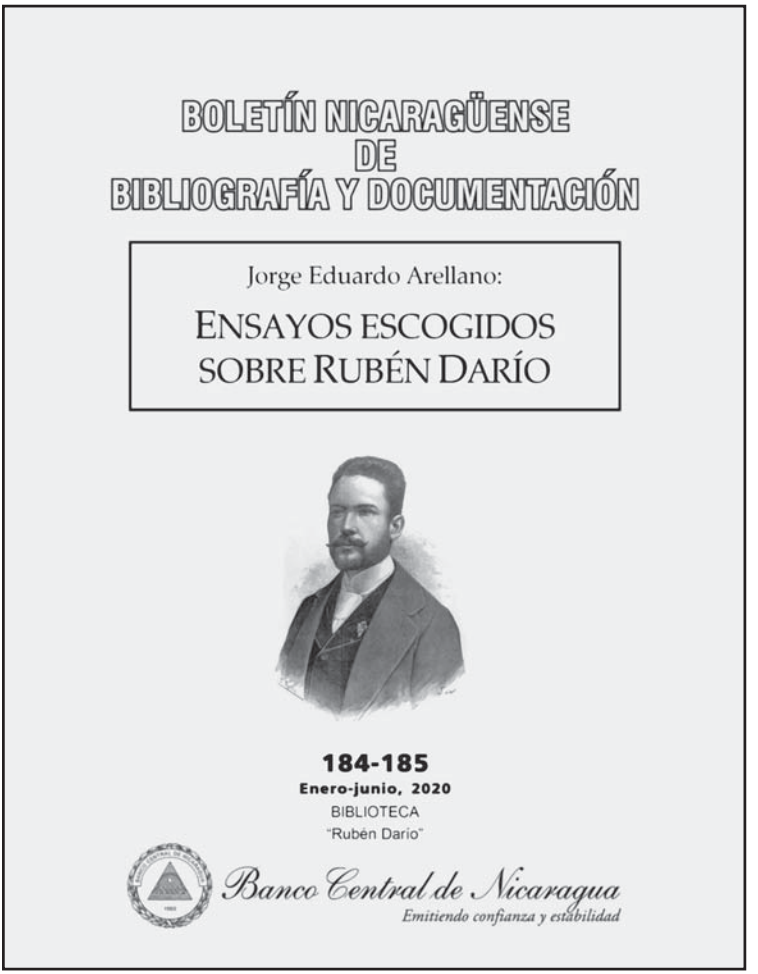
Héctor Vargas

ARELLANO, Jorge Eduardo: *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica*. [Texto en la contratapa: Pablo Kraudy Medina]. Managua, Banco Central de Nicaragua, febrero, 2020. 358 p., il. [El dariísta español Alfonso García Morales escribió al autor el 13 de febrero de 2020: «Muchísimas gracias por el envío de tu libro. Por lo que llevo leído, resulta imposible de superar en conjunto y seguramente de matizar en algún mínimo punto tu completísima, erudita y lúcida actualización crítica sobre el Darío cuentista. Mi admiración y mi más sincera en horabuena»].

_____: *Ensayos escogidos sobre Rubén Darío*, en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 184-185, enero-junio, 2020. 276 p. [Nota explicativa. I. Textos preliminares: «RD: cronología vital», «RD: pensamientos escogidos», «Juicios sobre Rubén Darío (1892-1992)» de los siguientes autores: Juan Valera, Juan Ramón Jiménez, Pedro Henríquez Ureña, Marcelino Menéndez Pelayo, José Rogelio Sánchez, Miguel de Unamuno, Salomón de la Selva, José Enrique Rodó, Jorge Guillén, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Federico García Lorca, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Ernesto Mejía Sánchez, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Luis Rosales y Samuel Gordon; II. ENSAYOS CLAVES: «Rubén Darío transatlántico (Aproximación esencial a su obra)», «Rubén Darío: lírico perdurable de nuestra lengua (sobre *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y Otros poemas*)», «*Los Raros*: contexto, coherencia e imagen de Martí»; III. OTROS ENSAYOS (A): «Rubén Darío y las letras francesas del siglo XX», «Darío y sus páginas cervantinas», «El superhombre suicida y nuestro Bolívar literario

(Martí y Darío)», «Dos poemas políticos representativos ('A Roosevelt' y 'Salutación al águila')», «Rubén Darío ante los Estados Unidos» y «Rubén Darío: españolista mayor»; IV. OTROS ENSAYOS (B): «Darío y su amistad con los jesuitas», «El emblemático *Azul*… chileno», «Fervor y apoteosis del 'Canto a la Argentina' (en su centenario)», «Darío: ¿novelista?», «Darío y sus raíces mestizas», «Darío: querido y admirado maestro de Antonio Machado», «El Rubén de los bazuqueros de Managua» y «Nuestro *bardo rei* y el cine»].




BOLETÍN NICARAGÜENSE
DE
BIBLIOGRAFÍA Y DOCUMENTACIÓN
Jorge Eduardo Arellano:
ENSAYOS ESCOGIDOS
SOBRE RUBÉN DARÍO
184-185
Enero-junio, 2020
BIBLIOTECA
"Rubén Darío"
Banco Central de Nicaragua
Emitiendo confianza y estabilidad